Imperio de Realeza



Su

JULIETA

Emilia Rossi



EMILIA ROSSI

Derechos Reservados © 2025 por Emilia Rossi
Su Julieta
Una historia de Imperio de Realeza

Traducción, edición y corrección al español: Sirena Audiobooks LLC

Diseño de Portada: Emilia Rossi

Revisión versión inglés: Chelsea Adams, Starlight Editorial

Arte de los personajes: Incendio Sketches, Mary Begletsova

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin la autorización por escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Queda prohibida el uso o reproducción total o parcial de este libro con fines de entrenamiento de sistemas de inteligencia artificial.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares, empresas o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

ÍNDICE

Nota De La Autora

1. Romeo
2. Julieta
3. Romeo
4. Julieta
5. Romeo
6. Romeo
7. Julieta
8. Romeo
9. Julieta
10. Romeo
11. Romeo
12. Julieta
13. Romeo
14. Julieta
15. Julieta
16. Romeo
17. Julieta
18. Romeo
19. Julieta
20. Romeo
21. Julieta
22. Romeo
23. Romeo
24. Julieta
25. Romeo
26. Julieta
27. Romeo
28. Romeo
29. Julieta
30. Romeo

31. Romeo
32. Romeo
33. Julieta
34. Romeo
35. Julieta
36. Romeo
37. Romeo
38. Romeo
39. Julieta
40. Romeo
41. Julieta
42. Romeo
43. Julieta
44. Romeo
45. Julieta
46. Romeo
47. Julieta
48. Romeo
49. Julieta
50. Julieta
51. Romeo
52. Julieta
53. Romeo
54. Julieta
55. Romeo
56. Romeo
57. Julieta
58. Julieta
59. Romeo
60. Julieta
61. Romeo
62. Julieta
63. Julieta
64. Julieta
65. Romeo
66. Romeo

67. Julieta
68. Julieta
69. Julieta
70. Julieta
71. Romeo
72. Romeo
73. Romeo
74. Romeo
75. Romeo
76. Julieta
77. Julieta
78. Julieta
79. Julieta
80. Romeo
81. Julieta

También escrito por Emilia Rossi
Agradecimientos
Acerca de la Autora

Para todos los que se han sentido atrapados por un trauma
Brindemos por el amor, por darnos la valentía de resurgir de nuevo

NOTA DE LA AUTORA

ADVERTENCIA SOBRE EL CONTENIDO

Su Julieta es el segundo libro de la serie *Imperio de Realeza*, pero puede leerse de forma independiente. Tiene contenido para adultos, incluidas escenas de sexo explícito. Toda la intimidad física entre la pareja protagonista es completamente de mutuo acuerdo.

En esta historia se representan enfermedades mentales, como agorafobia, ataques de pánico y autolesiones (cortes). Si la autolesión es un posible detonante para el lector, por favor visite la página web www.emiliaemerson.com/content-warnings para obtener una advertencia de contenido más detallada.

Otros contenidos posiblemente perturbadores incluyen: discusiones sobre administración de drogas a una persona sin su consentimiento y violación en el pasado, padres asesinados y el suicidio de un amigo. Hay violencia, sangre, secuestros, torturas, tráfico sexual, drogas, intentos de agresión sexual y prejuicios contra las personas gordas que aparecen en las páginas.

¡Este libro termina con un final feliz!

1

ROMEO

La lluvia fría había alejado a la mayoría de la gente de la oscura calle de Manhattan. El alumbrado público proyectaba sombras sobre los pocos que habíamos salido esta noche, la anciana con un llamativo paraguas morado que arrastraba un carrito por la acera, la niña que gritaba agarrándose de la mano de su madre mientras corrían hacia el interior de un edificio y el hombre que me seguía con un único propósito: matarme.

Mi teléfono vibró y me lo llevé a la oreja.

—*Te voy a matar, carajo*.

No pude evitarlo, mis labios se curvaron en una sonrisa mientras Matteo, el Don de la Mafia Italiana de New York City, comenzaba un sermón sobre que *más me valía que no me mataran porque él quería tener el placer de matarme primero.*

—*Aww*, me conmueves —repliqué mientras me deslizaba por una calle lateral. Su voz se intensificó y tuve que apartar el teléfono de mi oreja. Matteo era mi jefe, mi mejor amigo, mi hermano en todo menos de sangre. Yo había sido su segundo al mando desde el asesinato de su padre, el antiguo Don. Lo había sacrificado todo para ayudarle a ganar su imperio, y él nunca lo olvidó.

—*Te dije que esto era demasiado arriesgado, maldita sea* —se quejó a través del teléfono.

Miré por encima de mi hombro, mis músculos se aflojaron cuando no vi la silueta del albanés iluminada por la luz de la calle.

—¿Vas a ayudarme o solamente me vas a regañar? —Mi voz sonaba apagada mientras daba la vuelta a otra calle. Estaba repleta de tiendas que mostraban sus carteles de cerrado.

Matteo dejó escapar un largo suspiro.

—Busca un lugar donde ocultarte. De alguna manera están bloqueando el acceso de Franco a las cámaras de la calle, así que estamos a ciegas.

Pasé por delante de una pequeña tienda y me detuve en seco. El cartel de la puerta decía *cerrado*, pero había una luz encendida en el interior. Tanteé el picaporte y solté un suspiro cuando la puerta se abrió. Entré, cerré la puerta con llave y cerré las persianas.

—Estoy dentro de una tienda. No pude verlo detrás de mí —murmuré mientras me adentraba más en el interior. Las lámparas iluminaban las pilas de libros amontonados por *todas partes*. Al parecer, me encontraba en una librería. Apagué las luces al pasar, bañando los pasillos en oscuridad.

—Quédate ahí hasta que podamos ver la zona. No puedo creer que hayas llamado la atención del maldito Carnicero…

Me detuve bruscamente cuando vi el mostrador de la caja registradora. Una mujer estaba detrás, paralizada, con un bolígrafo en una mano y un pedazo de *pizza* en la otra.

—Me tengo que ir. —Colgué la llamada, sabiendo que Matteo se enfadaría; sin embargo, tenía asuntos más urgentes que atender, como la belleza que tenía frente a mí. Su cabello caía en rizos de color castaño oscuro con mechones rosas en las puntas, a juego con el cintillo rosa que tenía puesto. Sus ojos eran verdes brillantes, sus mejillas rosadas y con pecas, y su expresión era de un horror en aumento.

Claro.

Mierda.

—Hola —saludé, con voz alegre mientras guardaba mi teléfono en el bolsillo. Le mostré mi sonrisa más encantadora, la que hacía que todas las mujeres y, algunos hombres, cayeran prácticamente rendidos a mis pies, aunque a ella no parecía convencerla.

Sus ojos se movían de un lado a otro.

—Está cerrado —soltó por fin.

—*Ah*, sí, lo siento. La puerta estaba abierta. —Fruncí el ceño—. Lo cual es realmente inseguro. Deberías ponerle seguro cuando está cerrado, sobre todo si estás aquí sola.

—Lo tendré en cuenta. —Su voz era un susurro ronco mientras dejaba caer rápidamente el bolígrafo, agarraba su celular y retrocedía hasta chocar con una pila de libros. Todavía tenía el trozo de *pizza* en la mano.

—No puedo dejar que hagas eso —señalé, arqueando una ceja hacia su teléfono. Sus dedos se cernían sobre la pantalla como si intentara averiguar cómo llamar al 911 sin que yo lo supiera.

—¿Qué quieres?

El pánico en su voz me retorció el estómago. Cerré el espacio que nos separaba, me incliné sobre el mostrador y le agarré la muñeca.

—Suelta el teléfono, preciosa. —Dudó un momento antes de soltarlo. Lo agarré y lo metí en mi bolsillo trasero—. Ya está. No hay por qué alarmarse. —Mi pulgar acarició la suave piel del interior de su muñeca antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo. La solté de mala gana.

—Estoy seguro de que no es así como esperabas pasar la noche, pero te prometo que no me interpondré entre tu *pizza* y la contabilidad.

Apretó la mandíbula y me miró con fiereza.

—Voy a pedirte que me devuelvas mi teléfono y te vayas. Si necesitas un libro, puedes volver en horario laborable.

Mis labios se torcieron. Maldita sea, era adorable.

—Por desgracia, no puedo irme.

—¿Por qué?

Me quedé pensando, tratando de decidir qué decirle.

—Estoy metido en un lío y tengo que quedarme aquí hasta que se calmen las cosas.

Un ruido en la puerta principal me puso en acción. Salté por encima del mostrador, agarré a la mujer por la cintura y nos tiré a

ambos al suelo, con mi pistola ya en mano. Ella forcejeaba contra mí, con la respiración cada vez más agitada.

—*Shhh, shhh,* estás bien —murmuré, apretándola más contra mí. Joder, qué bien olía.

Contuve la respiración y allí estaba, alguien estaba intentando abrir la puerta.

Saqué mi teléfono y se lo entregué a la mujer.

—Si entra, quiero que te escondas donde puedas y llames a Matteo. —Sus ojos muy abiertos se encontraron con los míos, llenos de miedo. Apreté su mandíbula—. Asiente si entiendes. Escóndete y llama a Matteo.

Aceptó con un movimiento de cabeza.

—Buena chica.

Le solté la barbilla y me coloqué frente a ella.

Esperamos en un silencio tenso, pero a medida que pasaban los minutos, no se escuchaba ningún otro ruido. Parecía que el Carnicero se había marchado.

Me senté con un suspiro de alivio.

—Muy bien, eso debería ser suficiente emoción por esta noche.

Volteé a ver a mi pequeña dueña de la librería. Tenía la cara pálida, los ojos muy abiertos y el pecho se le levantaba demasiado deprisa.

—Mierda. ¿Estás teniendo un ataque de pánico?

Si bien abrió la boca para decir algo, lo único que salió fue un gemido. Reconocí las señales de cuando Sienna, la hermana de Matteo, era más joven y tenía ataques de pánico.

—De acuerdo, de acuerdo… todo va a salir bien.

Le quité suavemente el pedazo de *pizza* de las manos y me lo comí de tres bocados antes de tomar sus manos entre las mías.

—Solo inhala y exhala —indiqué con la boca llena de comida.

Ella frunció el ceño.

—Te acabas de comer mi maldita *pizza*.

—Cuida tu vocabulario —la regañé, con las palabras ahogadas mientras masticaba—. Alguien tan dulce como tú no debería decir palabrotas.

Sus labios fruncidos me dijeron exactamente lo ridículo que sonaba.

—¿Qué *demonios* está pasando? —preguntó, sonando más firme.

Me ahogué de risa antes de tragarme por fin el resto de la *pizza*.

—¿Sigues teniendo un ataque de pánico? —Le apreté las manos, frunciendo el ceño al sentir lo frías que estaban.

—Estoy bien. —Volvió a respirar entrecortadamente—. No obstante, sigo sin saber qué está pasando. ¿Viniste a hacerme daño?

Su voz era tan tranquila, tan vulnerable, que me destrozó.

—No, dulzura. Nadie va a hacerte daño. Solamente tenemos que quedarnos aquí un rato.

Agarré la caja del mostrador y le di una porción de *pepperoni*.

—Cómetela. ¿Quieres beber algo? ¿Agua o *whisky*?

Tomó la *pizza*, todavía con una expresión de desconfianza.

—*Umm*, creo que nos quedamos sin *whisky*.

Sonreí.

—Menos mal que yo no. —Metí la mano en el bolsillo de mi chaqueta y saqué un par de botellas de licor de tamaño pequeño que había tomado de la habitación de hotel en la que me había alojado la noche anterior.

—Creo que estoy teniendo una especie de desconexión con la realidad —agregó. Pero agarró la minibotella de tequila.

—Primero cómete la *pizza*.

Miró el trozo que tenía en la mano y le dio un mordisco. Yo agarré otro. Reconocí el nombre del restaurante, era propiedad de la *Familia*, aunque nunca había ido. La *pizza* estaba buenísima.

—Ya que vamos a estar aquí un rato, deberíamos hacer un juego de beber —propuse.

—Asumiendo que no eres una alucinación, ¿quién eres? ¿Quién intentaba entrar?

Mi teléfono vibró, y me di cuenta de que estaba sobre el regazo de la mujer.

—¿Me permites?

Lo tomó y dudó un momento, quizá pensando si podía pedir ayuda, antes de dármelo.

El mensaje de Matteo parpadeó en la pantalla, haciéndome saber que aún no tenían ojos en la zona y que me quedara donde estaba. Me pareció bien. Mis ojos recorrieron el cuerpo de la mujer. Parecía joven, tal vez de unos veintitantos años, en contraste con mis treinta y ocho, y era todo curvas pronunciadas, labios exuberantes y hermosa cabellera.

Estiré los brazos por encima de mi cabeza antes de agarrar otra rebanada.

—Come —ordené con firmeza. Una vez que dio otro mordisco, continué—: Llamé la atención de la persona equivocada y necesito esperar hasta que sea seguro.

—¿Quieres quedarte aquí? ¿Por cuánto tiempo?

Me encogí de hombros.

—¿Tienes prisa por librarte de mí?

—Necesito irme a casa.

—No puedo dejar que lo hagas. Estás atrapada conmigo por un tiempo. Entonces, ¿partida de tragos?

Tomó otro bocado.

—Definitivamente estoy alucinando. Voy a cerrar los ojos y cuando los abra, te habrás ido.

Cerró los ojos, con un aspecto jodidamente adorable. Me hice a un lado en silencio, así que cuando los abrió, se quedó boquiabierta por la confusión. Luego me vio y dio un resoplido exagerado.

—¡Buenas noticias! —exclamé—. No estás alucinando. Ahora, antes de comenzar a jugar, deberíamos presentarnos. ¿Cómo te llamas, preciosa?

Sus mejillas se sonrojaron.

—Julieta.

No pude contener mi enorme sonrisa. *«No puede ser, joder».*

—Julieta, creo que esta noche estaba escrita en las estrellas. Soy Romeo.

Parpadeó y puso los ojos en blanco.

—Sí, definitivamente me estoy volviendo loca.

—No, en serio, ese es mi nombre.

—Ajá. —Se movió de modo que su espalda estaba contra una pared de libros, con las piernas estiradas delante de ella. Estaban a

pocos centímetros de las mías, y tuve que contenerme para no rozarlas—. Así que dime, *Romeo*, ¿con quién te metiste en problemas?

Dijo mi nombre como si pensara que era falso, pero aun así me encantó cómo sonaba en sus labios.

—Bueno, *Stellina*, no todo el mundo aprecia lo gracioso y guapo que soy.

Arrugó la nariz.

—¿Alguien te persigue y posiblemente quiera matarte, a juzgar por la pistola que portas, porque eres demasiado gracioso y guapo? ¿Esa es la versión que pretendes contar?

—Tu falta de fe en mí es asombrosa.

—¿Y, *Stellina*?

—*Estrellita*. Porque somos amantes destinados por las estrellas. Así como Romeo y Julieta, ¿cierto?

Volvió a poner los ojos en blanco y me encantó. Había algo en ella que me parecía frágil, como si pudiera romperse en cualquier momento, pero esos destellos de su frescura me aliviaban algo en el pecho.

—Entonces, ¿eres un gran amante de Shakespeare? —indagó.

—*Nah*. Demasiado deprimente para mi gusto. Ahora, ¿a qué juego de beber deberíamos jugar, Julieta? A menos que tengas un juego de *beer pong* en la parte de atrás, quizá debamos optar por un clásico como "Verdad o Reto". O podríamos hacer póquer de *striptease*. —Sus mejillas se sonrojaron, pero la mirada que me dirigió fue mordaz—. "Verdad o Reto" será —anuncié, levantando la minibotella de *whisky* sin abrir.

2

JULIETA

CIERTAMENTE, MI VIDA NO HABÍA ESTADO EXENTA DE COSAS OSCURAS Y espeluznantes que ocurrían por la noche, aunque esto sin duda ganó el primer lugar a la situación más extraña en la que me había visto envuelta. Debería haber estado gritando, llorando, luchando… *algo* más que tomar otro bocado de *pizza* para apaciguar la expresión severa de Romeo. Mi secuestrador, no, eso no era del todo correcto… ¿colado?, parecía muy preocupado porque cenara lo suficiente.

Aparte de mi pequeño ataque de pánico, que había disminuido sorprendentemente rápido cuando Romeo me sujetó las manos, no pude reunir la energía necesaria para alterarme. Siempre hubo algo raro dentro de mí que me hacía sentir más tranquila ante el peligro que cuando las cosas iban bien.

Fruncí el ceño mientras Romeo se comía otra rebanada de *mi pizza*. No es como si pudiera comerme una *pizza* grande completa, sin embargo, quería las sobras. Me había dado el gusto de pedir *pizza* a domicilio de mi *pizzería* favorita, ya que era noche de inventario. Había recibido un enorme cargamento de libros esta tarde y necesitaba catalogarlos antes de ponerlos a la venta.

Normalmente me gustaba la noche de inventario. Podía sumergirme en el aburrido y monótono trabajo, mientras escuchaba

un audiolibro o un *podcast*.

El hombre guapo y bromista que tenía ante mí, era de todo menos aburrido.

Aún no estaba completamente segura de que todo esto fuera real. Esperaba perder la cabeza en algún momento, aunque no estaba segura de que mi cerebro fuera capaz de invocar a este hombre. Sus largas piernas se extendían junto a las mías. No me costaría nada rozar mis piernas cubiertas con *jeans* con las suyas. Tenía puesto un traje negro sin corbata, y los botones superiores de su camisa estaban desabrochados para revelar su pecho bronceado. Su cabello negro, con algunos mechones plateados esparcidos, tenía ese aspecto desordenado y despeinado que le daba un aire *sexy* y arreglado al mismo tiempo. Su mandíbula firme estaba cubierta de barba incipiente y sentí que me ruborizaba bajo su mirada ardiente.

Diablos, parecía un dios griego.

O italiano, supongo.

—Conoces las reglas del juego, ¿verdad?

Duh. Verdad o Reto era un juego típico de la casa de acogida para chicas en la que viví unos años. Así pasábamos el tiempo muchas noches.

—Verdad o reto no es un juego de beber —protesté.

—*Ahh*, ahí es donde te equivocas. Cualquier cosa puede ser un juego de beber, dulce Julieta, si te esfuerzas lo suficiente. Si te niegas a responder a la verdad o a hacer el reto, tienes que beber.

Mis labios se curvaron en una sonrisa. ¿Realmente iba a jugar a Verdad o Reto con el temible y atractivo criminal? Eso parecía.

—De acuerdo, Romeo. —No creí ni por un segundo que ese fuera su verdadero nombre. No era el primero que soltaba un chiste de *Romeo y Julieta* después de saber mi nombre—. ¿Verdad o reto?

Sonrió.

—Reto.

Me resistí a poner los ojos en blanco. Por supuesto que elegiría reto. Mi mejor amiga, Breanna, siempre había elegido *reto* cuando jugábamos. Pero siempre había sido intrépida, y ahora que se había ido, se había llevado toda mi valentía con ella.

—Te reto a que salgas de mi tienda.

Romeo negó con la cabeza.

—Estoy dolido. —Pero su expresión era todo sonrisas mientras tomaba un sorbo de *whisky*—. Tu turno, preciosa. ¿Verdad o reto?

Fruncí los labios. Romeo obviamente era un coqueto empedernido y probablemente llamaba *preciosa* a montones de mujeres. Odiaba lo mucho que me gustaba.

—Verdad.

—¿Cuál es tu idea de un día perfecto?

Parpadeé. La pregunta no era en absoluto lo que había esperado, especialmente no con la expresión curiosa de Romeo, como si realmente quisiera saber la respuesta.

Una sensación incómoda y punzante se formó en mi pecho ante la idea de responder con sinceridad, de ser vulnerable. En los últimos años, había levantado muros impenetrables. Sin embargo, nunca volvería a ver a este hombre y toda esta noche tenía un aire de irrealidad. ¿Qué podía perder?

Agarré la pequeña botella de tequila, luchando contra el impulso de beber un sorbo simplemente para combatir mi ansiedad.

—Supongo que empiezo durmiendo hasta tarde y luego desayuno en la tienda de *bagels* que hay junto a mi apartamento. Y luego abro la librería y pido *pizza* para cenar… —Me quedé a medias, incapaz de mirarlo a los ojos. Mi día perfecto sonaba más que patético, pero ¿cómo podía admitir que mi agorafobia había empeorado tanto que estaba demasiado asustada para ir a otro sitio que no fuera la tienda de *bagels*, la bodega y la librería? ¿Cómo podía responder con sinceridad cuando lo único que quería era pasar un día más con Breanna? Lo único que no podía tener porque mi amiga estaba muerta y yo no la había salvado.

—Lo que estoy escuchando es que interrumpí tu día perfecto, y lo mejoré.

Resoplé, por fin con el valor suficiente para mirarlo a los ojos. No había ningún prejuicio en su mirada, y parte de la tensión de mis hombros se alivió.

—Estoy segura de que tu día perfecto es ser perseguido por un misterioso asesino y robarle la *pizza* a alguien mientras la tomas como rehén.

Me guiñó un ojo.

—Así es —Era tan injusto lo *sexy* que se veía.

—Bien, tu turno otra vez. ¿Verdad o reto?

Esta vez escogió *verdad*, y me tomó un minuto decidir lo que quería saber de este hombre. Necesitaba usar sabiamente mi pregunta.

—Si pudieras tener un superpoder, ¿cuál sería? —inquirí.

Quizás era una pregunta poco original, pero demándenme.

Soltó una carcajada, sus ojos bailaban.

—Esperaba algo mejor de ti, Julieta.

—*Ugh*, bien. —Me exprimí el cerebro buscando una pregunta mejor—. ¿Qué es algo que nadie sabe sobre ti? —Levanté las cejas en señal de desafío.

—Mucho mejor. —Hizo una pausa para pensar—. Yo, *um*, comencé un nuevo pasatiempo recientemente. —Se alborotó el cabello y esperé su respuesta. ¿Cuál sería? ¿Levantar pesas? ¿Maratones? ¿Destruir a sus enemigos con sus propias manos?—. Tejer con gancho.

—¿Qué?

Se encogió de hombros, extrañamente avergonzado. Juraría que su piel aceitunada estaba teñida de rosa.

—¿Tienes fotos? —Curioseé, señalando su teléfono—. Quiero verlas.

—*Umm*, sí, supongo que sí. —Revisó el teléfono durante un minuto antes de girar la pantalla hacia mí. Era una foto de un cojín hecho con cuadritos tipo abuelita. Yo no tejía, no tenía talento artístico, mas había visto suficientes vídeos de manualidades a altas horas de la noche como para saber un poco sobre el tema.

—Es muy bonito —halagué mirando a Romeo. En ese momento no había forma de negar que se había sonrojado.

—No es gran cosa, pero sirve para pasar el rato —explicó bruscamente, dejando el teléfono a su lado—. ¿Verdad o reto? —devolvió, obviamente intentando cambiar de tema.

—Verdad.

—Si pudieras tener cualquier superpoder, ¿cuál sería?

Solté una carcajada y me incliné hacia adelante para golpearlo en el brazo.

—*Oh*, vamos.

—Tienes que contestar —dijo, con cara de suficiencia—. Es la regla.

Puse los ojos en blanco.

—De acuerdo. Me gustaría tener el poder de la invisibilidad.

Romeo me estudió detenidamente.

—Nunca podrías ser invisible. —Ahora era mi turno de sonrojarme. Sonaba tan sincero, y me confundió. Me había pasado los dos últimos años de mi vida siendo invisible—. Por cierto, el mío sería la capacidad de volar —añadió—. Pero no contaré eso como mi turno. Elegiré otra verdad.

Necesitaba que esta fuera buena. Si hubiera tenido mi teléfono, podría haber buscado ideas para las preguntas. Jugué con mi botella de tequila, tomando otro sorbo, hasta que se me ocurrió una.

—Si pudieras hacerle cualquier pregunta a una bola de cristal, ¿cuál sería?

En ese instante él jugueteó con su botella de *whisky*, y yo estaba segura de que volvería a beber en lugar de responder. Pero la puso sobre su regazo y pasó sus dedos por su cabello.

—Le preguntaría si mi padre me perdonaría por no haber hecho lo suficiente para salvarlo.

Se me formó un nudo en la garganta, tan intenso que apenas podía respirar. Porque también era mi exacta respuesta, excepto que sobre Breanna.

Su respuesta me hizo sentir instantáneamente más cerca de él. Algo relacionado con lo tarde que era, la poca luz y el hecho de saber que estábamos los dos solos encerrados aquí hizo que todo aquello pareciera sagrado.

Me incliné hacia adelante y le agarré la mano, como él había hecho antes cuando yo estaba alterada.

—Sé lo que se siente. Ojalá pudiera decir que sé que te perdonaría, pero yo tampoco estoy segura de que me hayan perdonado. —¿Cómo podía Breanna perdonarme cuando no me lo merecía? ¿Cómo podía perdonarme a mí misma?

—¿A quién perdiste? —inquirió, con la voz ronca mientras entrelazaba nuestros dedos.

—A mi amiga.

Asintió. Nos quedamos sentados un momento, hasta que se volvió demasiado íntimo y ambos nos apartamos. Solté una risita ahogada y bebí un sorbo de tequila. Me quemaba la garganta mientras lo bebía.

Romeo se inclinó hacia mí y me colocó el cabello detrás de la oreja.

—Me encanta esto —indicó, pasando sus dedos por los mechones rosas.

—Mis amigas me enseñaron cómo hacerlo. —Sonreí al recordar a Breanna y Daniela metiendo decolorante y tinte a escondidas en nuestras habitaciones y tiñendo todo nuestro cabello. Por fin había aprendido a hacerme un *ombre balayage* decente, y era una de las pocas cosas que me hacían sentir bonita.

—¿Tienes novio? —preguntó de repente.

—Estoy bastante segura de que primero tienes que preguntarme verdad o reto —dije, sonriendo.

Soltó un sonido casi como un gruñido.

—Bien. ¿Verdad o reto?

Escogí reto, simplemente para molestarlo. Sacudió la cabeza y sus labios se torcieron en una sonrisa renuente.

—Eres problemática. Bien… ¿qué debo obligarte a hacer?

Se inclinó hacia adelante hasta que nuestros rostros estuvieron tan cerca que pensé que podría besarme, o retarme a besarlo. Un cosquilleo de *algo* se apoderó de mi pecho, pero no estaba segura de si era miedo o excitación. Romeo parpadeó antes de volver a incorporarse, apoyándose contra el mostrador. Miró a su alrededor y agarró un par de *Sharpies* que tenía sobre una pila de libros.

—Quiero que me hagas un tatuaje temporal —pidió. Arqueé una ceja—. En el pecho. —Antes de que me diera cuenta, se había quitado la camisa y me estaba dando un marcador—. Justo aquí, encima del corazón. —Se dio un golpecito en el pectoral derecho. Parpadeé. La estatua de David no era nada comparada con Romeo.

Tenía el pecho ancho, musculoso y firme. Su piel era suave y dorada, con una capa de vello oscuro que bajaba hasta…

La cara me ardió cuando me di cuenta de que había estado mirando su entrepierna. La expresión de satisfacción de Romeo me dijo que sabía exactamente lo que había estado haciendo. Como sea. Probablemente todo el mundo se le quedaba mirando.

—Estoy bastante segura de que tu corazón está en el lado izquierdo —agregué con un resoplido. No obstante, me acerqué lo suficiente como para sentir el calor de su piel. Nuestros ojos se encontraron, pero desvié los míos rápidamente—. Te advierto que no soy una artista.

Romeo se estiró y colocó sus manos detrás de la cabeza, dándome acceso completo a su pecho.

—Haz lo que quieras conmigo, *Stellina*.

Arrugué la nariz y pensé en lo que quería dibujar. Antes de poder autosabotearme demasiado, apoyé una mano en su pecho y empecé a dibujar con la otra. Su piel era tan cálida contra la mía. Era imposible ignorar lo grande y poderoso que era su cuerpo, estando tan cerca. Debería haberme aterrorizado. Podía hacerme cualquier cosa en ese momento y yo no sería capaz de defenderme. Debía de estar más destrozada de lo que pensaba porque miedo no era lo que sentía recorrer por mi cuerpo. Me sonrojé mientras daba los últimos retoques a su "tatuaje". Era tan infantil y horrendo como imaginé que sería, mas cuando me aparté, quitando mi mano de su piel a regañadientes, Romeo lo miró y sonrió.

—Es perfecto.

Resoplé. Había dibujado un corazón torcido con una flecha atravesándolo… y mi nombre escrito en el centro. Ahora que lo estaba mirando, me sentí avergonzada de haberle puesto mi nombre. Pero Romeo se limitó a pasar sus dedos por las líneas del marcador.

—Me gusta tener tu nombre en mi pecho. Se siente como si perteneciera a ese lugar.

—Eres ridículo —musité. Tomé otro gran trago de tequila para distraerme de lo que estuviera pasando entre nosotros. Nada de

esta noche era real, y quizás eso me daba la libertad suficiente para aceptarlo.

3

ROMEO

Eran las tres de la madrugada y Julieta se estaba durmiendo. Sus ojos estaban cansados mientras se recostaba contra la pared. Nos habíamos terminado todas mis pequeñas botellas de licor y, a juzgar por lo mucho que se había reído durante el resto del juego, no aguantaba mucho el alcohol.

Le había sacado más verdades: vivía sola y *no* tenía novio. No me había preguntado si salía con alguien, así que se lo dije voluntariamente. Me parecía esencial que supiera que estaba soltero, pero no estaba seguro de por qué. No era como si pudiéramos salir juntos. Éramos de mundos diferentes, aunque cuanto más tiempo pasaba con ella, más me cautivaba.

Julieta era increíblemente hermosa, cada movimiento que hacía atraía mis ojos hacia la curva de sus caderas, sus muslos exuberantes, su pancita adorable. Su cabello se había sentido tan jodidamente suave cuando lo toqué, y quise envolverlo alrededor de mi puño simplemente para mantenerla cerca de mí. Si bien volví a ponerme la camisa a regañadientes, quería volver a tener sus manos sobre mí y seguir estudiando el tatuaje con el que me había marcado.

Me moví para ocultar mi erección. Julieta estaba manejando esto de *ser rehén en su propia tienda* mucho mejor que la mayoría de la

gente, o eso me imaginaba, que hacía años que no pasaba tiempo con alguien que no fuera de la *Familia*, aunque seguía teniendo una mirada cautelosa.

Era inteligente. Bien. Debería desconfiar de hombres desconocidos.

Sin embargo, no quería que me tuviera miedo.

—Verdad o reto, preciosa —pronuncié en voz baja, rogándole en silencio que eligiera reto.

Lo hizo.

Mi corazón dio un vuelco.

—Te reto a que vengas aquí. —Abrí las piernas y palmeé el espacio entre ellas.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque te reté a que lo hicieras —repliqué guiñándole un ojo. Luego suavicé mi tono de voz—. No te voy a lastimar. Te lo prometo.

Lenta, pero muy *lentamente,* se acercó a mí hasta colocarse entre mis piernas. La rodeé con los brazos y la atraje hacia mi pecho hasta que se apoyó completamente contra mí. Mis dedos recorrieron su cabello.

—Solo relájate. Puedes descansar aquí. Yo te mantendré a salvo.

Tenía el cuerpo rígido, pero fui paciente. Pasé mi mano lentamente por su brazo, su espalda, su cabello, hasta que se soltó y se relajó completamente contra mí. No tardó en dormirse.

La pantalla de mi teléfono se encendió y la miré. Era un mensaje de Matteo dándome la señal de que todo estaba bien. Franco había accedido por fin a las cámaras de la calle y había confirmado que el Carnicero había abandonado la zona.

Lo ignoré, abrazando más fuerte a Julieta.

Me había labrado una reputación a lo largo de los años de andar con muchas mujeres y nunca tener relaciones duraderas. Yo era Romeo, el bromista, el donjuán. Me beneficiaba que la gente no me tomara en serio. Que no vieran la oscuridad que acechaba bajo la superficie.

Julieta era demasiado pura para mi vida, y eso me hizo sentir un extraño nudo en la garganta.

Se agitó en mis brazos, soltando un gemido angustiado como si estuviera teniendo una pesadilla. Le murmuré al oído promesas tranquilas de que no le ocurriría nada malo mientras yo estuviera aquí. Se calmó, su respiración se volvió regular y lenta.

Y deseé que mis promesas se extendieran más allá de esta noche.

4

JULIETA

Me quedé acostada en la cama hasta que incluso mi despertador se molestó por las veces que presioné la tecla *posponer.* Los huesos me pesaban tanto como el corazón. Cada mañana me costaba más levantarme.

Dirigir la librería era lo único que me mantenía en pie, pero aun así pasaba cada día con la sensación de estar atrapada. Atrapada en mi aburrida vida, atrapada en mi cabeza. Las pocas veces que me permitía pensar en el futuro, todo lo que veía era un abismo oscuro.

Mi mente revoloteaba en torno a cierto italiano de ojos oscuros, y me quejé mientras movía las piernas fuera de mi pequeña cama. Cuando Romeo se marchó de la librería hace dos días, se llevó consigo la magia de aquella noche. Aquellas horas con él ya estaban firmemente guardadas en los rincones de mi mente. Estar con él se había sentido especial… *me* había hecho sentir especial. Pero en ese momento, su recuerdo me estrujaba el corazón de dolor. Era un recordatorio de lo vacía que estaba el resto de mi vida.

Terminé de arreglarme en el baño más pequeño del mundo y tomé mis *jeans* de la pequeña silla en la esquina de mi destartalado apartamento tipo estudio. Metí los pies en el pantalón y brinqué de arriba a abajo mientras intentaba pasármelos por las caderas. Eran viejos, como toda mi ropa, y ya no me quedaban bien. Pero para

conseguir ropa nueva tenía que comprar por Internet, donde todo lo que comprara me quedaría fatal, o ir a una tienda física.

Y eso no iba a pasar.

Así que me quedé atascada haciendo lo que podía con mi ropa que no me quedaba bien.

Me puse los zapatos, tomé mi bolso y bajé los tres tramos de escaleras hasta el pequeño vestíbulo, respirando profundamente antes de salir del apartamento.

Había diez escalones desde la puerta hasta la entrada de la tienda de *bagels* de al lado. Los conté. Kim, detrás del mostrador, me saludó distraída mientras empezaba a preparar mi pedido: un *bagel* tostado con queso crema sabor fresa. Teníamos más o menos la misma edad y nunca hablábamos, pero era agradable saber que al menos alguien notaría si yo desaparecía.

Con el *bagel* en la mano, salí a la calle del Lower Manhattan y recorrí el mismo trayecto hasta la librería que tomaba seis días a la semana, siete manzanas, un giro a la derecha y otro a la izquierda. Luego abría la puerta principal, con los dedos recorriendo las letras descoloridas de la librería Olive Branch en el cristal.

Ya eran las nueve y media de la mañana, lo que me daba treinta minutos para prepararlo todo y desayunar. La última vez que había estado en la ciudad, le había preguntado a Arturo, el dueño, si podía cambiar el horario de la librería para abrir a las diez en lugar de a las ocho. Me dio una palmadita en la mejilla y me dijo que ahora era mi tienda y que podía hacer lo que quisiera. Me lo tomé como un permiso para ampliar la ya de por sí enorme sección de libros de romance. A Arturo le gustaban más los libros históricos sobre la Segunda Guerra Mundial, pero habíamos ganado mucho dinero con la ampliación de la sección de romance. Siempre había pensado que Arturo me había dado este trabajo por lástima. Aumentar las ventas de la tienda me hizo sentir que merecía su confianza, que tal vez no era una completa inútil.

Saqué una pila de libros de una caja que no había tenido tiempo de desempacar la noche anterior, cuando me había puesto al corriente con el inventario, esta vez con un paquete de ramen en

lugar de *pizza*. Definitivamente, mis ojos no habían revoloteado hacia la puerta en toda la noche, esperando que alguien entrara.

Giré el letrero a *abierto* e hice algunas publicaciones en las redes sociales de las nuevas exhibiciones de libros, incluyendo nuestro lugar destacado para autores indígenas en preparación para el Día de Acción de Gracias que estaba a apenas una semana de celebrarse.

Arturo no sabía lo que eran las redes sociales cuando empecé aquí como pasante. Mis amigas, Breanna, Vivian, Daniela y yo habíamos participado en un programa que nos pagó nuestros estudios universitarios cuando salimos del sistema de hogares sustitutos. No sabía qué estudiar, así que elegí Administración de Empresas, como me sugirió mi asesor. El programa incluía unas prácticas, y me habían asignado trabajar en la librería.

Me había cambiado la vida.

Arturo me trataba como a algo más que a una simple empleada. Alentaba mis ideas para la tienda, me traía un sinfín de contenedores de comida y me daba una razón para seguir viviendo después de todo lo que había pasado dos años atrás.

Lo extrañaba ahora que estaba viviendo en New Jersey. Se merecía una jubilación fácil después de trabajar en la tienda con su padre desde que era un niño.

—Esta portada es súper adorable —le comentó una chica de edad universitaria a su amiga, mientras recogía un libro popular de la mesa de romance.

Su amiga se quedó boquiabierta.

—*Oh*, Dios mío, lo leí y era obsceno. Nunca lo imaginarías por la portada.

Sonreí mientras reorganizaba algunos libros de la estantería de ciencia ficción. Yo había tenido la misma reacción cuando lo leí. Por millonésima vez, pensé en crear un club de lectura de romance en la librería y, una vez más, la idea me abrumó y me produjo ansiedad. La librería era mi lugar seguro. Mi ansiedad solía estar bien controlada allí, pero la idea de que un grupo de personas viniera a un club de lectura y me miraran fijamente… ¿Esperando que lo hiciera interesante? Seguramente los decepcionaría.

Di la vuelta hasta la caja registradora, pero cuando no había nadie esperando, me dirigí a la pequeña área de empleados para prepararme un *espresso*. Aunque Arturo ya casi nunca venía a la tienda, el café de cafetera seguía estando estrictamente prohibido, ya que ningún italiano que se respete se dignaría a tener café americano de cafetera en su establecimiento. El *espresso* sofisticado me resultaba indiferente, ya que, de todas maneras, llenaba mi taza casi siempre con leche y azúcar, mas me había acostumbrado a tomarlo por las mañanas.

El día se me hizo interminable. Ni siquiera podía pasar el tiempo con un libro porque el que estaba leyendo tenía como protagonista a un misterioso hombre de cabello oscuro y me encontraba parando cada dos páginas para soñar despierta sobre la otra noche.

De cómo nos reímos juntos.

Estar rodeada por sus brazos fuertes.

Sintiéndome más segura de lo que me había sentido en años, aunque no tuviera sentido.

—¿Este está incluido en el descuento del diez por ciento? —Una voz grave me sacó de otra fantasía.

Un hombre calvo con barba canosa y una gran cicatriz en la mejilla estaba frente a mí, sosteniendo un libro. Su tamaño me hizo volver a mirar. Debía de medir al menos metro ochenta y era tan ancho y musculoso que sus brazos sobresalían ligeramente de su torso grueso. Sostenía un libro titulado *Las vías que nunca duermen: El metro de New York a través del tiempo*. Debía de ser uno de los elegidos por Arturo.

—Así es —le contesté, sonriendo—. ¿Quiere comprarlo?

Asintió con la cabeza y procedí a cobrarle.

—Es una tienda muy bonita. ¿Lleva aquí mucho tiempo? —preguntó.

Intenté ubicar su ligero acento. ¿Quizá de Europa del Este?

—La tienda está a punto de cumplir cien años —informé.

—¿Es un negocio familiar?

—Sí, en efecto. La fundó el abuelo del dueño.

—¿No es de tu familia?

Le entregué el libro y su recibo.

—No, llevo trabajando aquí un par de años.

Levantó la barbilla y salió de la tienda, pasando por delante de nuestra encargada del correo.

—Hola, Susan. —La saludé con la mano—. ¿Necesitas ayuda?

—*Nah*, chica, yo me encargo. Hoy solamente tienes un par de paquetes. —Susan dejó caer sobre el escritorio unos sobres acolchados y un montón de cartas sujetas con una goma elástica.

—¿Quieres un *espresso*? —Le ofrecí.

—Sabes que sí.

Sonreí mientras le preparaba uno y se lo llevaba en un vasito de papel. Lo levantó para brindar y volvió a su ruta.

Revisé las cartas. La mayoría eran basura, pero un sobre me llamó la atención. Me mordí el labio al ver el logotipo de *Empire Properties*. Utilicé el antiguo abrecartas de Arturo, el que siempre me hacía sentir como en un libro de Jane Austen, para abrirlo.

No debí hacerlo.

Porque lo que me esperaba era una carta en la que se nos notificaba un aumento del alquiler. Uno considerable.

Me quedé helada y estupefacta mientras miraba las cifras.

A partir del mes que viene.

Justo a tiempo para las fiestas navideñas. Gracias, casero. Realmente se lo agradezco.

Tenía que decírselo a Arturo. Mi mano se posó sobre el teléfono de la tienda antes de recordar que estaba a punto de irse a visitar a su familia en Italia. Tal vez debería esperar para llamarlo. Quizá podría encontrar una manera de conseguir más ingresos para cubrir el aumento.

Apoyé la cabeza sobre mis manos, permitiéndome unos momentos de autocompasión hasta que entraron un par de clientes nuevos y tuve que reponerme.

Volví a meter la carta en el sobre. Era un problema para mi yo del futuro.

5

ROMEO

—¡Franco los encontró! —El grito de Enzo al irrumpir en el despacho de Matteo me sacudió de mi estupor medio dormido.

Habíamos pasado los últimos cuatro días intentando localizar al Carnicero. Sabíamos que estaba trayendo chicas a la ciudad para venderlas, pero el hombre era un fantasma. De alguna manera, evitaba toda vigilancia en vídeo, y los pocos soldados albaneses que habíamos capturado no estaban lo suficientemente arriba en la organización como para decirnos algo útil.

Cuanto más se burlaba de mí, mayor era mi necesidad de acabar con él.

—¿Qué encontró? —indagó Matteo, apretando con fuerza a Sofiya, que estaba *muy* embarazada y sentada en su regazo.

Enzo levantó el teléfono y la voz de Franco sonó en el altavoz. Había sido el mejor *hacker* de Matteo durante años. Era raro sacarlo de su apartamento, sin embargo, era increíble en lo que hacía y me había salvado la vida en más de una ocasión.

—He estado vigilando este club en Midtown. Está registrado a nombre de una empresa americana, y después de un montón de indagaciones, finalmente encontré vínculos con los albaneses. Todas las cámaras de la zona han sido manipuladas excepto una de un cajero automático. Acabo de hackearla y saqué imágenes de ayer

por la noche. La mayor parte está desenfocada, pero había dos hombres llevando a una mujer a la parte trasera del club. Utilicé un programa de reconocimiento facial y hubo una coincidencia con uno de los soldados del Carnicero.

Matteo apretó la mandíbula.

—Consíguenos todo lo que puedas sobre ese edificio. Quiero planos, imágenes y cualquier otra información útil. Atacaremos esta noche.

Enzo terminó la llamada y esperó órdenes. Yo ya estaba repasando la lista de hombres y armas que quería llevar conmigo.

Sofiya hizo un pequeño ruido y se aferró al brazo de su esposo. Se miraron a los ojos y mantuvieron una conversación silenciosa. Algo se agitó en mi pecho, algo sospechosamente parecido a la nostalgia. Julieta se había sentido perfecta en mis brazos.

Matteo volteó hacia mí.

—¿Puedes encargarte de esto? Yo me quedaré aquí y trabajaré con Franco en las comunicaciones.

Mantuve una expresión neutra para ocultar mi sorpresa y asentí. Matteo no era de los que se quedaban al margen, no obstante, Sofiya estaba a menos de dos meses de dar a luz, así que comprendí su deseo de mantener a su esposo fuera de la línea de fuego. Aunque una parte de mí echaba de menos cómo eran las cosas antes, a Matteo y a mí recorriendo imprudentemente la ciudad juntos, quería a Sofiya como a una hermana y deseaba hacer todo lo que estuviera a mi alcance para apoyar a su familia en crecimiento.

—Deberías traer a Sienna para que ayude a Franco —le comenté.

Aunque Sienna era la mejor *hacker* que conocía, Matteo era extremadamente protector con su hermana y nunca había querido involucrarla en los asuntos de la *Familia.*

—Franco lo tiene bajo control —declaró Matteo.

Su mirada inquebrantable se cruzó con la mía, y supe que hoy no ganaría esta discusión.

—Les avisaré a nuestros hombres para que se preparen —notifiqué.

—El club cierra a las dos de la madrugada —informó Enzo.

Mis manos se apretaron contra los reposabrazos. Faltaban horas para eso, y la oscuridad dentro de mí que ansiaba sangre me empujaba a ir en *este instante*. Sin embargo, sería inteligente y me aseguraría de tener un plan sólido para que mis hombres estuvieran a salvo.

Estaba listo para la venganza.

Mi rodilla rebotó mientras esperaba en la parte trasera de una camioneta. Nos habíamos estacionado lo más cerca posible del club albanés, evitando al mismo tiempo sus cámaras de vigilancia. La doctora que estaba frente a mí ordenaba los suministros de primeros auxilios.

—¿Tienes todo lo que necesitas?

Me miró con los ojos muy abiertos y balbuceó un sí. Parecía joven y nerviosa, pero si Aria, la jefa de nuestra clínica privada, la consideraba competente, yo tenía que confiar en que lo era.

Una vez que despejáramos y aseguráramos el club, nos esperarían dos vehículos médicos para trasladar a las chicas que encontráramos.

Cada minuto que pasaba en el reloj se burlaba de mí. Era inteligente esperar a que el club cerrara, pero cada segundo que pasaba era otra oportunidad para que esas chicas salieran lastimadas.

Busqué dentro de mí, tocando al monstruo que guardaba encerrado en lo más profundo. En noches como esta, me acechaba con impaciencia.

Angelo me dio un codazo.

—¿Estás bien?

Hablaba en voz baja para que no lo escucharan los soldados. Había escalado posiciones rápidamente en los últimos años hasta convertirse en el guardaespaldas de Sofiya. Era un buen hombre y confiaba en que me cubriría la espalda, pero al diablo con él por ser demasiado perspicaz, por ver las partes de mí que yo ocultaba.

—Bien.

Gruñó.

—Los clientes y la mayoría del personal se han ido. No sabemos si todo el personal es de la Mafia Albanesa, así que procedan con cautela. —Escuché a Franco por mi auricular.

—Y traigan a los albaneses aquí para interrogarlos —interrumpió Matteo—. *Manténganlos con vida.*

Observé a mis hombres y todos asintieron.

—Estamos listos.

Condujimos las manzanas que quedaban hasta el club por las calles tranquilas. Nuestra camioneta se detuvo en la entrada principal y la otra, que transportaba al resto de nuestros hombres, se estacionó en la parte trasera. Respiré profundamente, dejando que la oscuridad me llenara, antes de guiar a nuestro grupo hasta la puerta principal. Disparé a la manija cerrada con llave y Angelo la abrió con el hombro.

Franco no había podido hackear las cámaras del interior del club, lo que significaba que íbamos a ciegas. Eso me tenía nervioso, Franco era bueno, lo que significaba que el informático del albanés era aún mejor.

Entré por la puerta con la pistola en alto. Mis ojos se posaron inmediatamente en un grupo de cuatro hombres junto al bar. Vestían trajes oscuros y parecían tener unos sesenta años.

—¡Manos arriba! —grité, sabiendo que Angelo me cubría la espalda.

Intentaron sacar sus armas, pero fueron demasiado lentos. El aire se llenó de gritos cuando les disparé en los brazos y las manos.

—Átenlos —ordené. La irritación me recorría las venas por tener que mantenerlos vivos para interrogarlos. Merecían sufrir.

Sin embargo, el interrogatorio lo haría yo, y eso calmó mi sed de sangre lo suficiente como para continuar.

El resto de nuestros hombres se unió a nosotros, habiendo entrado por detrás.

—Tenemos a uno atado en la oficina, pero no vimos a nadie más —dijo Accardi, nuestro nuevo ejecutor.

—Ayuda a inmovilizar a estos bastardos. —Señalé a los cuatro hombres que se retorcían en el suelo—. Y asegúrate de que el callejón y los médicos estén cubiertos. Los demás dispérsense y avísenme si encuentran algo o a alguien.

Asentí con la cabeza hacia Angelo y él me cubrió mientras yo registraba las habitaciones restantes, abriendo de par en par todas las puertas. No encontramos nada sospechoso hasta que mi vista se fijó en algo al fondo de un almacén. Una única bombilla colgaba del techo, obligándome a entrecerrar los ojos.

—¿Eso te parece raro? —cuestioné.

Angelo levantó su pistola y la linterna que llevaba encendida iluminó una pared trasera cubierta por una gran plancha de madera desalineada. Nos miramos y movimos la tabla. Cuando lo hicimos, apareció otra puerta. Angelo la abrió de golpe y dejó al descubierto las escaleras más espeluznantes que jamás había visto.

—Encontramos escaleras —le informé a Franco y Matteo.

—*Ten cuidado* —gruñó Matteo.

—*Aww*, sabía que te importaba.

Prácticamente podía sentir cómo ponía los ojos en blanco.

Bajamos las escaleras y nos encontramos con otra puerta. Una sensación de malestar se apoderó de mí. No nos esperaba nada bueno.

Estaba cerrada con llave, y apunté la luz de mi pistola al picaporte para que Angelo pudiera abrirla. Momentos después, se abrió.

Lo primero que sentí fue el olor. Era sudor, sangre, orina y desesperación. La oscuridad envolvía la habitación, por lo que era imposible ver algo, pero ya sabía que este lugar me perseguiría en mis pesadillas.

Apunté mi linterna en el espacio e inmediatamente deseé no haberlo hecho.

Seis chicas estaban encadenadas a la pared del fondo. Estaban sucias y esqueléticas, vestidas únicamente con ropa interior y sentadas en el piso de cemento duro. Sus ojos grandes y aterrorizados se cruzaron con los míos. Esperaba que gritaran, que suplicaran clemencia o que pidieran ayuda, pero guardaron silencio.

Se me subió la bilis a la garganta al darme cuenta de lo que debían de haber pasado para mantenerlas así de calladas.

—Estamos aquí para ayudarlas —les aseguré en voz baja. No sabía si entendían inglés, pero, con suerte, comprendieron mi tono —. Las llevaremos a un lugar seguro, lo prometo.

Me acerqué y las chicas finalmente reaccionaron, apartándose de mí. No ayudaba el hecho de que les estuviera apuntando con un arma para poder ver mejor sus cadenas.

Volteé hacia Angelo, que se había quedado atrás.

—Necesitamos las llaves de las esposas o un cortapernos. Y unas putas linternas.

Apenas podía distinguir sus rasgos en la oscuridad, pero lo que vi en su mirada coincidía con la furia ardiente de la mía. Asintió y salió de la habitación.

Me alejé de las chicas para no parecer demasiado intimidante.

—¿Alguna de ustedes habla inglés?

Silencio.

Intenté hablar en italiano, pero no hubo respuesta.

Las otras chicas que habíamos encontrado víctimas de la trata de los albaneses eran ucranianas. Yo había perdido una apuesta con Sofiya, así que ella me había enseñado a decir: "Soy un perdedor", y me obligó a anunciarlo en una partida de póquer después de que ella me ganara.

—*Ya nevdakha* —dije con lo que estaba seguro de que era un acento torpe.

Esto obtuvo la más mínima reacción, lo que parecía prometedor. Aunque ahora probablemente estaban aún más confundidas con el hecho de que un hombre armado se llamara a sí mismo perdedor.

—Matteo —dije en mi auricular—. Encontramos seis chicas, pero no me responden en inglés. ¿Puedes decirle a Sofiya que me llame para que lo intente en ucraniano o ruso?

Hubo un largo silencio.

—No quiero estresarla.

Me restregué la mano por la cara. La actitud protectora de Matteo hacia su esposa había aumentado con su embarazo. No lo

culpaba, pero necesitábamos la ayuda de Sofiya, y sabía que ella querría dárnosla.

—Necesito que sepan que vamos a llevarlas a la casa de seguridad y que no les haré daño.

Hubo una larga pausa.

—Bien. Se lo pediré.

Angelo regresó.

—Encontré la llave y una linterna. —Apuntó a las chicas. Estaban esposadas a cadenas sujetas a las paredes.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo y contesté.

—Hola, estoy aquí —dijo Sofiya—. *El amo sobreprotector por fin me dio el teléfono. ¿Estoy en altavoz?*

—Ahora te pongo en altavoz.

Presioné el botón y me acerqué a las chicas, agachándome para resultar menos intimidante. Sofiya dijo algo y las chicas se miraron entre sí. Sofiya siguió hablando y, al final, una mujer respondió. Parecía ser la mayor; dos de las chicas más jóvenes se aferraban a sus brazos.

La mujer habló con Sofiya e intercambiaron algunas frases.

—Les dije que podían confiar en ti y que las llevarías a un lugar seguro, pero quién sabe si me creen —pronunció Sofiya en inglés—. *Romeo, ella dijo que hay otra chica en la habitación. ¿Encerrada en un armario o algo así?*

Mi corazón se estremeció. *Mierda, mierda, mierda*. La mujer se encontró con mi mirada y señaló hacia la esquina trasera. Angelo examinó la habitación con la linterna y se detuvo en una puerta metálica que se confundía con la pared oscura. Mi corazón latió con fuerza cuando se acercó a ella y probó el picaporte.

Esta se abrió enseguida.

El cuerpo de Angelo me bloqueaba la vista, aunque sus sonoros insultos me dijeron todo lo que necesitaba saber.

Cayó de rodillas.

—Creo que sigue viva.

Me moví para poder ver por encima de su hombro. Una mujer joven estaba acurrucada en un pequeño armario de mierda, completamente desnuda. Estaba pálida, inconsciente, y tenía una

fea herida en la pierna. Alguien había intentado vendársela con retazos de tela, pero era un desastre de sangre y pus.

—Cariño, ¿puedes oírme? —Angelo puso la mano en la frente de la chica y volvió a maldecir—. Está ardiendo. Necesita ir al hospital ya. —Su voz estaba llena de furia mientras levantaba su cuerpo pálido y flácido en sus brazos. Se dio la vuelta para salir corriendo de la habitación, pero lo detuve.

—No puedes disparar con ella en brazos. Espérame para que pueda cubrirte.

Si bien parecía dispuesto a asesinar, me entregó la llave de las esposas y apuntó la luz a las cadenas para que pudiera liberar a las mujeres. Me apresuré, sabiendo que la chica en los brazos de Angelo no aguantaría mucho más.

Una de las chicas lloró silenciosamente cuando me acerqué, pero todas se quedaron quietas y dejaron que las liberara.

—Sofiya, ¿puedes decirles que me sigan de cerca? —Ella transmitió la información a las chicas y ellas asintieron—. Muy bien, vamos.

Yo fui primero, con el arma en alto mientras revisaba el pasillo. Mis hombres me hablaron por el auricular. Habían despejado el resto del edificio, mas no me relajé mientras dirigía a nuestro grupo hacia la salida trasera, donde los médicos y las camionetas esperaban para llevarlas a un lugar seguro. Sofiya había habilitado apartamentos en la ciudad y en el norte del estado para proporcionar alojamiento seguro y a largo plazo a las chicas víctimas de la trata de personas que quisieran quedarse.

Accardi nos esperaba en la puerta trasera.

—Los hombres que estaban aquí ya están de camino para retenerlos. Encontramos a otros dos en la parte de atrás. Nos apuntaron con armas y uno murió en el proceso.

Mierda. Con suerte los hombres que atrapamos tendrían la información que necesitábamos. Estaba deseando destrozarlos.

Salí a la calle oscura. Le hice una señal a Angelo, cubriéndolo mientras llevaba a la mujer a la parte trasera de la furgoneta, donde esperaban los médicos. Uno de ellos se adelantó e intentó agarrarla.

—Yo me encargo de ella —gruñó Angelo, empujando al médico y llevándola directamente a la camioneta—. Tenemos que ir a la clínica *ahora mismo,* carajo.

—Ve tú —dije—. Yo los seguiré con los demás en la segunda camioneta. —El cuerpo lánguido de la mujer me estaba asustando muchísimo.

Cuando salieron del callejón, me dirigí a las otras mujeres y les indiqué que subieran al vehículo que quedaba. Odié el terror en sus rostros y deseé tener un medio de transporte más cómodo para ellas, aun así, obedecieron. Subí al asiento del pasajero y volví a recargar el arma por si nos atacaban de camino a la clínica, mas el trayecto transcurrió sin incidentes.

Cuando llegamos, Aria ya estaba evaluando a la mujer del armario y arqueé una ceja al ver cómo Angelo se cernía sobre ella.

—¿Puedes encargarte de esto? —le pregunté a Aria.

Me hizo un gesto con la mano, y esa fue mi señal para marcharme y vengarme de todas las heridas, visibles y ocultas, que habían sufrido estas chicas.

Mi cuchillo atravesó la carne. Lo había afilado la noche anterior para que el cuerpo de este bastardo no ofreciera prácticamente ninguna resistencia, aunque no había satisfacción en ello.

La sangre brotó de la herida profunda, empapando el suelo y saturando el aire con el olor a hierro cobrizo.

Los albaneses habían chillado de inmediato. Sinceramente, fue decepcionante. Había estado preparado para un desafío.

Confirmaron que formaban parte de la Mafia Albanesa de New York. Habían estado divididos y luchando entre ellos desde la pérdida de Arben, su líder, el año pasado. Esperábamos que toda la organización se derrumbara sin mucha presión por nuestra parte después de que Matteo matara a Arben, pero el Carnicero había ocupado el puesto vacante de líder.

Era el *Krye* o jefe del mayor clan albanés de Europa, y ahora el hijo de puta intentaba ganar poder en los Estados Unidos, importando chicas para ganarse el dinero y los favores de los imbéciles ricos moralmente corruptos que se deleitaban con la oportunidad de comprar esclavas sexuales.

Cuando uno de los llorones me confirmó que no eran las primeras chicas que habían traído al club y que otras tres habían muerto… Por fin tuve la oportunidad de usar la espada que Enzo me había regalado como broma. Le arrancó la mano al hombre con facilidad. La extremidad inútil cayó al suelo con un ruido sordo, salpicando sangre por todas partes. Mi monstruo interior observaba impasible mientras el bastardo se desangraba delante de mí y los otros hombres gimoteaban y pedían piedad.

Esto no se sentía como justicia. Nada borraría lo que esas chicas habían sufrido. No importaba lo que les hiciera a estos hombres, nada lo mejoraría.

—Mete la basura que queda en las celdas —le ordené a Accardi. Asintió con la cabeza, con expresión estoica. Tenía unos treinta y tantos años y había sido ascendido a ejecutor después de que Domenico nos traicionara. Hasta ahora había sido una buena decisión.

Me lavé las manos en el lavabo lateral. Me ducharía cuando volviera a mi apartamento, pero no quería chorrear sangre por todo el edificio.

Llamé a Matteo mientras subía en el ascensor y le conté lo que me habían dicho los albaneses. Como sospechaba, ninguno de ellos tenía el rango suficiente para saber gran cosa. Les pagaban por mantener a las chicas en el sótano y les daban una lista de números que identificaba a cada comprador. Se suponía que el siguiente grupo de compradores vendría al club en dos días. Si se enteraban de nuestra redada, sabrían que debían mantenerse alejados. Pero en caso de que alguno fuera tan estúpido como para venir, lo estaríamos esperando.

Colgué al salir del ascensor. Sienna y yo compartíamos esta planta y ella había decorado mi apartamento, haciendo que

pareciera que alguien realmente vivía aquí. Pero cuando entré, con el silencio como único saludo, me sentí vacío.

6

ROMEO

Bebí otro vaso de *whisky*, sin embargo, ninguna cantidad de alcohol podía contrarrestar la oscuridad que se arremolinaba en mi interior.

Era casi mediodía cuando regresé a mi apartamento. Debí haberme ido a la cama después de ducharme, pero en lugar de eso, me senté en la escalera para incendios y me quedé mirando la ciudad, observando cómo cambiaba la luz a medida que el sol se abría paso por el cielo.

Tenía las manos entumecidas por el frío.

En algún momento había intentado tejer para ver si eso me tranquilizaba, mas acabé tirando todo el proyecto por la escalera de incendios en un arrebato de rabia frustrada.

No podía quitarme de la cabeza las imágenes, los sonidos y el maldito *olor* de aquel lugar. El desconsuelo en los ojos de aquellas chicas reflejaba lo que yo había visto en los ojos de mi madre décadas atrás. Todas merecían algo mucho mejor. Merecían haber sido encontradas más rápido… que nada de esto hubiera ocurrido en primer lugar.

No quería sentir esta impotencia y arrepentimiento. *Necesitaba* no sentir. Pero ninguno de mis recursos habituales, pelear, follar o beber, me atraía.

Unos brillantes ojos verdes y una suave sonrisa llenaron mi mente y, de pronto, supe dónde tenía que estar. *Con ella*.

Me puse en marcha, incluso antes de haber tomado una decisión.

Me dirigí al garaje, aunque no me llevé el auto. No quería que me preguntaran adónde iba. También puede que estuviera un *poco* borracho. Tomé el tren hacia el centro de la ciudad como un maldito ciudadano modelo y luego me encontré frente a la librería Olive Branch. Su aspecto cálido y acogedor me atrajo hacia el interior. La tienda seguiría abierta durante un par de horas más, así que no tendría a Julieta para mí solo, aunque el simple hecho de saber que estaba cerca de ella ya calmaba la crudeza que llevaba dentro.

La puerta sonó cuando entré. Recibí algunas miradas de asombro de la gente que miraba las estanterías, pero los ignoré. Estaba aquí por una razón.

Fruncí el ceño cuando Julieta no estaba en la caja y pensé: ¿y si hoy no estaba trabajando? Me pasé la mano por el cabello y la piel se me erizó por la agitación. Estaba claro que no podía ser la única empleada, pero *necesitaba* verla. No entendía por qué. Lo único que sabía era que nada estaría bien hasta que estuviera en presencia de Julieta.

Recorrí los pasillos con el corazón latiéndome con fuerza hasta que la encontré en la sección infantil, al fondo de la tienda. Solté un profundo suspiro, sintiéndome mareado por el alivio.

Esta zona era luminosa y colorida, con citas y obras de arte en las paredes. Julieta estaba agachada frente a dos niños pequeños sentados apretujados en un *puf.* Estaban absolutamente cautivados por ella, con los ojos muy abiertos mientras les enseñaba dos libros ilustrados diferentes.

—¡Quiero el de los dinosaurios! —exclamó uno de los niños, alzando las manos.

—Aquí tienes —dijo Julieta, entregándole el libro. Se dirigió al segundo niño—. ¿Quieres el del unicornio?

El niño parecía indeciso. Se inclinó hacia ella.

—¿Los niños pueden leer sobre unicornios?

Julieta soltó un jadeo dramático.

—¡Claro que sí! La magia de los unicornios es para todos.

Se le dibujó una gran sonrisa en el rostro y tomó el libro, mirándola como si fuera un ángel. Estaba seguro de que yo tenía una expresión idéntica.

Se levantó y enderezó un par de libros en los estantes inferiores antes de darse la vuelta. Sus ojos se abrieron de par en par y se quedó boquiabierta al verme. Una sonrisa involuntaria se dibujó en mi rostro. Tener sus ojos sobre mí lo era *todo*.

—Hola, Julieta.

Miró a su alrededor, con el ceño fruncido, como si pensara que estaba hablando con otra persona llamada Julieta.

—Romeo. Regresaste.

—Así es. —¿Sería raro pedirle que dijera mi nombre de nuevo? Tal vez. Y estaba decidido a escucharlo de sus labios antes de que acabara la noche.

Se acercó y mis manos ardieron por la necesidad de tenerla entre mis brazos.

—¿Te estás escondiendo de alguien otra vez? —preguntó.

Negué con la cabeza, y un hilo de ansiedad me oprimió el pecho al recordar mi encuentro con el Carnicero. No lo quería en el mismo planeta que Julieta, y me moría de ganas de localizarlo y destruirlo. Lenta y dolorosamente.

Sufriría por lo que les había hecho pasar a todas y cada una de sus víctimas.

Sin embargo, esta noche, Julieta tenía toda mi atención.

—Necesitaba un libro nuevo para leer, ¿y quién mejor para recomendarme uno que la mejor dueña de una librería de la ciudad? —Estoy bastante seguro de que la última vez que leí un libro fue el siglo pasado, pero ella no necesitaba saberlo.

Julieta se sonrojó y torció los labios, intentando no sonreír.

—¿Qué tipo de libro buscas?

Acorté el espacio que nos separaba, enrollando las puntas rosadas de su cabello alrededor de mi dedo. Ahora estaba lo bastante cerca como para respirar su ligero aroma a vainilla y fresa.

—Cualquiera que sea tu favorito, preciosa.

Frunció el ceño y se le formó una bonita línea entre los ojos.

—¿Estás aquí porque quieres leer mi libro favorito?

—¿Es tan difícil de creer?

—*Nah*. Es tan fácil de creer como que te escondes de un extraño aterrador porque eres demasiado guapo. —Me dedicó una verdadera sonrisa que me dejó sin aliento.

La oscuridad de mi alma se calmó. ¿Cómo era posible que con apenas unos minutos en su presencia volviera a sentirme vivo?

El tintineo de una campana hizo que Julieta viera por encima de mi hombro, y quise exigirle que volviera a mirarme.

—Tengo que ir a la caja. Si esperas un minuto, puedo darte algunas recomendaciones de libros.

—Haz tu trabajo, *Stellina*. No iré a ninguna parte.

Se sonrojó aún más y pasó a mi lado para dirigirse al mostrador, donde dos chicos de unos veintitantos años esperaban para pagar. Me invadió una posesividad como nunca había sentido. De ninguna maldita manera iba a dejar a Julieta a solas con ellos. Apreté la mandíbula mientras la seguía detrás del mostrador. Dio un respingo cuando le puse una mano firme en la cadera. Lo que no pudo ver fue la mirada de advertencia que les lancé a los dos idiotas que parecían demasiado interesados en ella.

—*Umm*, esta área es exclusivamente para empleados —comentó.

La sujeté con más fuerza por la cadera.

—Haz tu trabajo, nena. Ya dije que no me iría a ninguna parte.

—Alguien está siendo muy literal hoy. —Cuando seguí sin moverme, soltó un suspiro y se dirigió a los dos chicos.

—¿Te está molestando? —inquirió el Idiota Uno, mirándome fijamente. *Hacia arriba*, porque le sacaba unos buenos quince centímetros. Le sonreí siniestramente y dio un pequeño paso hacia atrás.

Julieta dudó antes de responder.

—No, está bien. —Observó el libro que estaba encima—. Excelente elección con este. Realmente lo disfruté.

—Oh, lo sé. Ya lo leí en mi Kindle, pero necesitaba conseguir la versión en papel para tenerlo —habló con entusiasmo el Idiota Dos. Sus ojos se clavaron en las tetas perfectas de Julieta, y vi rojo.

—Cuidado con lo que miras —demandé, jalándola para que quedara pegada a mi cuerpo. Julieta me dio un codazo en el

estómago, pero ni me inmuté. Ella resopló y terminó la transacción, deseándoles una buena tarde mientras salían apresuradamente de la tienda.

En cuanto se fueron, se giró para mirarme.

—¿Qué fue eso?

Volví a sentir una calidez en mi interior, ahora que sus ojos volvían a mirarme. Ni siquiera importaba que tuviera los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—¿Y bien? —insistió. Había estado demasiado ocupado catalogando cada detalle de su perfección como para darme cuenta de que esperaba una respuesta.

Me encogí de hombros.

—No me gustó cómo te miraban.

—Ni siquiera me estaban mirando. Estábamos charlando.

Gruñí en desacuerdo.

Julieta parecía ligeramente exasperada.

—Vamos a buscarte un libro.

Si pensaba que buscarme un libro iba a hacer que me fuera, estaba absolutamente equivocada. Me sentía vivo cuando estaba en presencia de Julieta y no tenía fuerzas para marcharme.

7

JULIETA

Si pensaba que con darle a Romeo unas cuantas recomendaciones de libros conseguiría que se fuera, estaba muy equivocada.

Y no podía estar más emocionada.

Se había pasado las últimas horas siguiéndome por la tienda, ayudándome a mover algunas de las cajas de libros más pesadas al suelo y colocándose de forma amenazante detrás de mí mientras atendía a la gente.

Su comportamiento me parecía posesivo. No tenía sentido. Únicamente habíamos pasado una noche juntos y pensaba que no lo volvería a ver. Pero eso no impidió que me encantara la forma en que mantenía su cuerpo cerca del mío, siempre jugando con mi cabello y acariciando mi cintura.

Despertaba una parte de mí que creí que había desaparecido para siempre. La parte que se sentía eufórica y *excitada* por su atención.

Ordené una pila de libros ilustrados.

—Esto es lo último de la lista de cierre. —Examiné la sección infantil, ahora limpia y ordenada, para asegurarme de que no se me había pasado nada por alto antes de mirar a Romeo con una ceja arqueada—. Oficialmente estamos cerrados.

Me dedicó una sonrisa que me derritió las bragas antes de dejarse caer en uno de los *pufs*.

—Por fin. Ahora te tengo toda para mí solo.

El calor de sus ojos me hizo retorcerme.

—¿Qué haces aquí, Romeo? —Era imposible que este hombre tan guapo estuviera realmente interesado en mí, y por mucho que me encantara pasar las últimas horas con él, no tenía idea de lo que estaba pasando.

—Estoy aquí para llevarte a cenar, dulzura.

—¿A cenar? —repetí, como si fuera un concepto extraño para mí.

Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro.

—Sí, a cenar. La comida que tomamos a estas horas. Vámonos. —Se levantó del *puf* y mis ojos se detuvieron en sus musculosos antebrazos. Se había remangado la camisa antes y no pude evitar echarle un vistazo.

Pero cuando tomó mi mano, me quedé helada.

El hombre más atractivo que había visto en mi vida acababa de invitarme a salir. Posiblemente a una cita.

Y no había ninguna forma de que yo pudiera ir.

Tragué saliva contra el intenso anhelo que se formaba en mi garganta, deseando más que nada poder ser normal y salir con este hombre. Estaba segura de que Romeo seguiría adelante después de lo que fuera que estuviera haciendo conmigo, posiblemente al final de la noche si era sincera conmigo misma, aunque yo era codiciosa y quería cada minuto que pudiera estar con él.

—No puedo. —Odié las palabras incluso mientras las pronunciaba.

Romeo frunció el ceño.

—¿Por qué no?

«Piensa en una excusa. Rápido».

—Tengo que quedarme aquí y hacer inventario.

Bien hecho. Suena razonable.

—Sáltate el trabajo. Todo el mundo necesita un descanso.

Al encontrarme con la mirada llena de esperanza de Romeo, por primera vez tuve la tentación de decir la verdad en voz alta. Nadie

sabía de mi agorafobia. Estaba segura de que Arturo lo sospechaba, pero yo nunca lo había admitido.

Tragué saliva con dificultad. La vergüenza hizo que las palabras se me atascaran en la garganta.

—Es que… no puedo.

Romeo ladeó la cabeza y tuve la extraña sensación de quedar totalmente al descubierto ante él. Como si viera demasiado.

—¿Hay alguna razón por la que no quieras irte conmigo?

Mantenía un gesto inexpresivo, mas había un atisbo de vulnerabilidad en sus palabras. Se me revolvió el estómago. No quería que pensara que no quería estar con él. Negué con la cabeza.

—No, no es eso. Te lo prometo.

Me miró un instante antes de sonreír.

—Entonces pediré comida a domicilio. —Sus pulgares frotaron círculos suaves en mis caderas. ¿Cuándo se había acercado tanto? Apenas pude evitar balancearme más cerca.

—¿Quieres quedarte aquí y comer conmigo? ¿Por qué?

—Porque no estoy listo para que la noche termine —añadió simplemente.

Se me oprimió el pecho.

—De acuerdo.

—De acuerdo —respondió con una sonrisa de satisfacción.

8

ROMEO

Julieta se sentó hacia atrás con un quejido. De nuevo estábamos en el suelo, frente a frente, con nuestras piernas tocándose y los recipientes de comida tailandesa esparcidos a nuestro alrededor.

No podía dejar de mirar los muslos de Julieta con sus *jeans* ajustados. Me tenía que acomodar para que ella no viera mi erección, pero mierda, la deseaba. Quería arrastrarla hasta mi regazo, apretar ese coñito caliente contra mi polla y hacerla sentir tan bien que lo único que pudiera hacer era gritar mi nombre.

—Pediste demasiada comida —comentó.

Parpadeé, volviendo a la realidad.

—No existe tal cosa como demasiada comida —bromeé, pero la montaña de recipientes sin tocar se burlaba de mí en un rincón. Puede que tuviera *algo* de razón. Estaba acostumbrado a pedir comida para muchas más personas: Sofiya, Sienna, Matteo, Angelo, Enzo, además de las sobras para quien fuera a hacer la guardia nocturna.

—¿Tienes un refrigerador aquí?

Asintió con la cabeza.

Me encogí de hombros.

—Bien. Entonces puedes comer las sobras. Si quieres.

Se le iluminaron los ojos.

—¿De verdad? ¿Estás seguro de que te parece bien?

Ladeé la cabeza.

—Claro que sí.

Se contoneó contenta y yo me quedé aún más confundido. ¿Estaba tan emocionada por las sobras de comida? Tuve la extraña necesidad de enviarle comida a domicilio todos los días.

Se levantó, y de pronto, mi cara estaba a la altura de su coño. Si me inclinaba hacia adelante, podía…

Ahogué un gruñido cuando se *agachó* para agarrar los recipientes, carajo. Su trasero era tan voluminoso y tentador. Quería que cada nalga llenara mi mano mientras apretaba…

—Voy a meterlos en la nevera —indicó, poniéndose de pie con un montón de recipientes.

Me levanté de un salto y agarré las cajas. Julieta no debería cargar nada. Me miró con curiosidad mientras ella me dirigía hacía el pequeño refrigerador que había al fondo de la tienda.

—Voy al baño. —Dudó un momento—. ¿Seguirás aquí?

Había algo vulnerable en su expresión que me hizo querer estrecharla contra mi pecho y no soltarla jamás. No quería irme. Quería disfrutar de la luz estelar de Julieta todo el tiempo que fuera posible, aunque fuera injusto para ella. Cuanto más me quedara, más en peligro la pondría.

—No me iré a ninguna parte.

Su sonrisa tímida hizo que valiera la pena.

Volví a la zona del escritorio para recoger las cosas, pero me detuve cuando vi un sobre con el logotipo de *Empire Properties*. Era uno de los negocios legítimos de Matteo, y yo era técnicamente el director de finanzas. Eso significaba que esta carta era tan asunto mío como de Julieta. Al menos, eso me dije mientras la sacaba del sobre ya abierto. Se me oprimió el pecho al examinar el contenido.

Levanté bruscamente la cabeza al escuchar los pasos de Julieta.

—¿Qué es esto? —Mi voz era áspera mientras levantaba el sobre.

Ella frunció el ceño y me lo arrebató de la mano.

—¿Mi correo privado?

—Dice que hay un aumento de alquiler de la librería. ¿Es normal?

Julieta volvió a colocar la carta sobre el montón de correo, alisándola con la mano. No me miró mientras se encogía de hombros.

—Sí. Es decir, creo que es normal que aumente el alquiler.

—¿Puedes pagarlo?

Una pequeña línea apareció entre sus ojos.

—Ya me las arreglaré.

Nop. No me gustó esa respuesta.

Me coloqué detrás de ella y la aprisioné contra el escritorio.

—¿Me estás mintiendo, Ángel?

Se retorció, pero eso simplemente significaba que su cuerpo rozaba el mío.

—Esto no es tu problema, Romeo.

Tampoco me gustó esa respuesta. Llámenme bastardo egoísta, pero rara vez me preocupaba por alguien que no fuera de la *Familia*. Por alguna razón, quería que todo lo que tuviera que ver con Julieta fuera asunto mío.

—¿Es demasiado el aumento? —Incliné su barbilla para poder ver su expresión.

—No lo sé. —Intentó apartarme, no obstante, me quedé exactamente donde estaba. Después de unos momentos, se relajó contra mi tacto—. Tal vez no soy buena haciendo esto. —Sonaba tan insegura.

—¿Haciendo qué?

—Administrar esta librería. Tal vez no estoy hecha para todo esto. Todavía no puedo creer que Arturo me la confiara, y ahora…

Una neblina roja se apoderó de mi vista. La agarré de las caderas y la giré hacia mí, apretando mi cuerpo contra el suyo.

—¿Quién demonios es Arturo?

Julieta ladeó la cabeza.

—Es el dueño de la librería.

—Pensé que la librería era tuya.

—No, solamente soy la gerente. Arturo se mudó el año pasado y me dejó a cargo, y no quiero decepcionarlo. Estoy probando formas nuevas de atraer gente a la librería, como hacer eventos de firma de

libros y publicar en las redes sociales, pero no sé. —Se interrumpió, con las mejillas sonrojadas como si estuviera avergonzada.

Le acaricié el rostro.

—Creo que estás haciendo un trabajo increíble. A todos los que vinieron hoy les encantó hablar contigo. —Demasiado, en mi opinión —. ¿Tienes a alguien que te ayude?

Asintió lentamente.

—Tengo dos empleados de medio tiempo. Uno de ellos tenía que trabajar hoy, pero llamó diciendo que estaba enfermo, y ahora me preocupa no tener suficiente dinero para pagarles.

Quería decirle que no tenía que preocuparse por pagar el alquiler, sin embargo, no podía decírselo sin revelar mi trabajo. Y si investigaba, podría encontrar los rumores en Internet de que Matteo era un mafioso. El contraste tan marcado entre nuestros mundos me llenó de un temor profundo e inquietante. No diría nada ahora, pero de algo estaba jodidamente seguro: averiguaría qué estaba pasando con el aumento del alquiler y lo solucionaría para ella. No me gustaba ver estrés en el rostro de Julieta.

—Estoy seguro de que todo se arreglará, nena.

Me incliné y le besé la frente, y se sintió tan bien. *Demasiado* bien. No debí haber venido hoy. Necesitaba cortar con esto por el bien de ambos, no obstante, la idea de no volver a verla me hacía sentir físicamente enfermo.

Ella se relajó contra mí y yo me acerqué hasta que quedó apoyada contra el escritorio, con su cuerpo curvilíneo pegado al mío.

9

JULIETA

ROMEO ESTABA PRESIONADO CONTRA MI CUERPO, Y EL ESCRITORIO DETRÁS DE mí significaba que no podía alejarme.

Y no es que quisiera.

El fuego de sus ojos me hacía estremecerme. Quería envolverme en él y hacer que se quedara para siempre.

Se me calentaron las mejillas y me alegré de que Romeo no pudiera leerme la mente. Si supiera que ya estoy obsesionada con él, saldría corriendo de aquí rápidamente.

Se me cortó la respiración cuando sus manos recorrieron mis costados. Agarró mis caderas y me levantó sobre el escritorio, y dejé escapar un chillido ante el movimiento, asombrada de que me levantara con tanta facilidad.

—La próxima vez avísame un poco antes. —Jadeé.

Sus manos subieron lentamente por mis muslos.

—Pero me gustas así. Con las mejillas sonrosadas —sus labios rozaron mi piel—, y el corazón latiendo con fuerza. —Sus dedos me rodearon las muñecas, sin duda sintiendo mi pulso acelerado.

Una oleada de miedo se unió a mi excitación al recordar lo más fuerte que era él comparado conmigo. Lo fácil que le resultaría someterme.

—¿Julieta? —La voz de Romeo me devolvió a la realidad—. ¿Estás bien?

Parpadeé, asombrada de que se hubiera dado cuenta del cambio. Respiré profundamente y su aroma me envolvió, cuero, *whisky* y calidez, calmando mi ansiedad.

—Sí, estoy bien.

Di la vuelta a nuestras manos, de modo que ahora le sujetaba las muñecas y mis dedos eran incapaces de rodearlas completamente. Su piel era tan cálida, sus palmas callosas y el dorso de sus manos estaban llenas de pequeñas cicatrices blancas. El ritmo constante de su pulso me tranquilizaba, como si mi pasado y toda su oscuridad se desvanecieran.

Romeo tomó mi rostro entre sus manos.

—¿Sabes siquiera el ángel que eres?

Recorrí el borde de su mandíbula, su barba áspera contra las yemas de mis dedos.

—No soy un ángel. —Mis palabras salieron como una confesión susurrada.

—Lo eres. —Me acercó más, empujando mis piernas para que rodearan su cintura—. Y yo soy el diablo, así que lo sabría.

Nuestros labios estaban a un pelo de distancia, el aire que nos rodeaba era electrizante. Mi corazón latía de emoción. Iba a besarme, y yo quería que lo hiciera.

Y entonces el teléfono de Romeo sonó.

—Mierda —murmuró. Sacó su móvil del bolsillo y algo oscuro cruzó su rostro mientras leía lo que había en la pantalla. Escribió una respuesta rápida y volvió a mirarme—. Me tengo que ir. Lo siento.

Se me encogió el corazón y me tragué mi decepción. Parecía realmente arrepentido.

—Está bien —repliqué.

—No lo está, maldita sea —musitó antes de acercarme su teléfono—. Pon tu número.

Tomé el aparato, pero no tecleé nada.

—¿Por qué?

—Porque quiero poder ponerme en contacto.

Resoplé y le di un empujoncito en el pecho, aunque él no se movió.

—Pero ¿por qué? —Quería saber qué había entre nosotros. ¿Por qué había venido hoy? ¿Qué quería de mí?

Me agarró la barbilla con el pulgar y el índice.

—Haz lo que te digo.

Fruncí el ceño ante su prepotencia exasperante, aunque por alguna razón, sus palabras me excitaron.

Introduje mi número de teléfono.

—Buena chica. —Tomó de nuevo su móvil—. ¿Cómo llegarás a casa?

—Caminando.

Su mandíbula se apretó.

—Está oscuro afuera.

—He caminado de noche antes —me burlé. No obstante, la expresión de Romeo se ensombreció aún más.

—Ponte tu chaqueta. Te acompañaré a casa.

—¿Qué? No, eso no es…

—No discutas.

Su mirada inquebrantable se encontró con mi ceño fruncido.

—Generalmente no dejo que los extraños sepan dónde vivo.

—Eso es muy inteligente. Menos mal que no soy un extraño. —Como no cedí, suspiró—. Julieta, podría encontrar tu dirección en segundos si quisiera. No voy a hacer algo que te haga daño. Pero no te dejaré caminar sola a casa en una zona de mierda de la ciudad en la oscuridad.

Espera, ¿qué? ¿Cómo podría encontrar mi dirección? Aunque, supuse que cualquiera con suficiente dinero podría averiguar cosas en línea.

—Esta no es una zona de mierda de la ciudad. —Me crucé de brazos—. ¿Entonces donde vives *tú*?

—En Upper West Side.

Puse los ojos en blanco.

—Por supuesto que sí. Bien, puedes acompañarme a casa. Pero te advierto que cuando hagan un *podcast* de crímenes verídicos

sobre mi asesinato, en este momento es cuando todos los que lo escuchen gritarán que soy una idiota.

Resopló.

—Tienes una imaginación muy activa, dulzura. —Luego volvió a ponerme las manos en las caderas y me ayudó a bajar del escritorio, deslizando mi cuerpo lentamente contra el suyo. Me quedé allí un momento, apretada contra él y aspirando su aroma, antes de retirarme de mala gana.

No podía explicar mi comportamiento, mi disposición a dejar que Romeo entrara en mi vida, excepto porque había estado rodeada de muchos hombres abusivos y Romeo no me los recordaba. Había algo de peligro en él… quizá algo más que eso, si era sincera, mas no había crueldad que pudiera percibir.

Me ayudó a ponerme la chaqueta y sus manos recorrieron mis brazos.

Arqueé una ceja.

—Todo un caballero.

—Siempre. —Abrió la puerta con un ademán.

En cuanto la cerré con llave, Romeo me pasó el brazo por el hombro y me arrimó a su lado mientras empezábamos a caminar. Normalmente tenía que fortalecerme antes de salir a la calle, pero me sentí más relajada al instante con él a mi lado.

Siempre había sido así, ansiosa en público, incluso antes de que la agorafobia fuera tan grave como ahora. Únicamente exploraba la ciudad con mis amigas a mi lado, y nunca se habían burlado de mí por ello. Cuando empezamos las clases en la universidad pública, se aseguraron de que sus horarios coincidieran con los míos, así que siempre había al menos una persona que podía acompañarme a clase y de vuelta a casa.

Había olvidado lo agradable que era no tener que andar sola.

Romeo me acomodó de modo que él quedara más cerca de la calle, abrazándome con más fuerza cada vez que alguien se cruzaba con nosotros. A menudo había soñado con encontrar un apartamento aún más cerca de la librería, pero hoy deseaba que hubiera una forma de alargar las siete calles.

10

ROMEO

NO, *MALDITA SEA*.

Joder, por supuesto que *no*.

De ninguna puta manera Julieta estaba viviendo *aquí*.

Su edificio de apartamentos era un enorme rectángulo sucio, y bastaba un vistazo para saber que los tres tipos que merodeaban por la puerta principal eran traficantes.

La sujeté con más fuerza. ¿Qué probabilidades había de que notara algo si seguíamos caminando hasta llegar a un apartamento lo bastante bueno? Se lo compraría, en cualquier edificio de la ciudad que quisiera. O podría llevármela a casa.

La visión de ella metida en mi cama bailaba ante mis ojos, extrañamente tentadora. El mensaje de Matteo decía que habíamos recibido información urgente. Debía haber llegado a casa hace diez minutos, pero ahora no podía quitarme de la cabeza la idea de llevarme a Julieta conmigo. Podría sentarse en mi regazo toda adorable, como Sofiya hacía a menudo con Matteo.

—¿Romeo?, ¿está todo bien?

Miré la expresión de confusión de Julieta.

—¿Qué? —Mi voz salió demasiado áspera y ella se mordió el labio. Respiré profundamente y suavicé mi tono—. ¿Este edificio es seguro?

—*Oh.* Llevo viviendo aquí un par de años y no he tenido ningún problema. Casi siempre soy muy reservada.

No me moví, mi mente daba vueltas mientras intentaba decidir qué hacer.

Julieta me picó en el costado.

—Pensé que tenías prisa.

—La tengo. —Sin embargo, seguía sin soltarla. ¿Por qué era tan difícil? Nunca había sentido algo así por otra persona, y la intensidad de eso me incomodaba.

Mi teléfono volvió a vibrar y suspiré.

—Necesito que te mantengas a salvo, *Stellina*. Lo digo en serio.

Ella sonrió.

—Lo haré.

La acompañé a pasar junto a los tres tipos de la entrada y abrió la puerta del vestíbulo. Mi teléfono volvió a vibrar y apreté la mandíbula. Quería acompañarla a su apartamento, pero tenía que irme. Además, si no me iba ahora, la echaría sobre mi hombro y saldría corriendo de aquí.

—Hablaremos pronto —le dije, y la abracé por última vez—. Que pases una buena noche, Ángel.

Sus mejillas se tiñeron de rosa mientras me miraba.

—Tú también. Cuídate en lo que sea que estés haciendo.

Mi boca esbozó una sonrisa.

—Entendido.

La miré mientras atravesaba el vestíbulo lúgubre y subía las escaleras. Cuando la perdí de vista, me acerqué a los traficantes de la escalera principal.

—¿Saben quién soy?

Inmediatamente dejaron de hablar y negaron con la cabeza. Puede que no supieran quién era yo, pero podían percibir el peligro que me rodeaba.

—Soy Romeo De Luca.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Bien, ahora ya saben quién soy. ¿Esa chica con la que estaba? Manténgase alejados de ella.

Asintieron furiosamente con la cabeza.

Rodé los hombros y me dirigí a la calle. Era hora de volver a mi vida real.

—¿Dónde demonios has estado? —preguntó Matteo cuando entré a su oficina.

—Necesitaba un poco de aire.

Me miró con escepticismo, sin embargo, no estaba listo para contarle a alguien sobre Julieta, así que tomé asiento frente a él.

—¿Franco encontró algo? —inquirí.

Suspiró, restregándose la cara con la mano.

—No, pero Sofiya habló con las chicas que rescataste.

Arqueé una ceja, sorprendido de que hubiera dejado que Sofiya fuera a los apartamentos de la casa de seguridad.

—No fue decisión mía. Ella insistió —reviró.

—¿Ahora la obligas a descansar? —Mi sonrisa se ensanchó ante su mirada fulminante como respuesta. Me gustaba fastidiarlo, pero de pronto comprendí su renuencia a separarse de su esposa—. ¿Qué dijeron las chicas? —indagué.

—No hablan mucho inglés, pero los hombres que las transportaron al club no paraban de decir la palabra "liberty".

Fruncí el ceño.

—¿Como la *Estatua de*?

—O el Puerto.

Carajo. Había una instalación de transporte de contenedores en Staten Island llamada Port Liberty.

—¿Crees que así es como están metiendo a las chicas?

—Franco consiguió algunas de las imágenes de vigilancia. El *software* de reconocimiento facial tuvo una coincidencia parcial con el Carnicero. La cara del hombre estaba en las sombras, pero podría haber sido él. Eso fue hace dos noches.

—¿Crees que trajeron más chicas?

—No tengo la menor idea. Seguiremos vigilando las grabaciones, pero necesito que lo investigues esta noche.

Asentí.

—Reuniré un pequeño equipo y me comunicaré con Franco por radio.

—Gracias. —Matteo se movió en su silla. Esperé a ver si iba a decir algo más—. Siento no poder acompañarte. Sofiya no me quiere en el campo, sobre todo ahora que está a punto de dar a luz.

—Tiene sentido. Nosotros nos encargamos de esto, *Fratello*. Para esto me tienes a mí.

Se pasó la mano por la cara y miró por la ventana hacia la ciudad oscura.

—No estoy acostumbrado a quedarme de brazos cruzados.

—Las cosas han cambiado.

Antes de que conociera a Sofiya, nunca habría imaginado que mi hermano cambiaría su comportamiento por una mujer, aunque supuse que eso era lo que te hacía el amor.

—Sí —respondió—. Estaré escuchando por radio esta noche.

Asentí y me di la vuelta para marcharme, pero Matteo me detuvo.

—¿Me dirías si pasara algo? Sé que anoche fue duro. —Sus palabras sonaron forzadas.

Resoplé.

—¿Ahora vamos a hablar de nuestros sentimientos?

Me hizo una seña con el dedo y sonrió.

—Sofiya ha estado molestándome acerca de las emociones y esa mierda.

—Estoy bien. Ya me vengué de esos bastardos.

No obstante, mientras salía de la oficina, volví a tener la sensación de que la venganza no era suficiente.

11

ROMEO

Me quedé observando mi teléfono, mi dedo flotando sobre el nombre de Julieta. Había vuelto a mi apartamento después de ir al puerto. No habíamos encontrado nada, pero varias horas agazapado detrás de contenedores de transporte significaban que mi espalda me estaba matando, recordándome que ya no era un hombre joven, maldita sea.

Me tumbé en el sofá, mirando su nombre en la pantalla como si fuera a invocarla. Si bien apenas habían pasado unas horas desde que había estado con Julieta, ya tenía síndrome de abstinencia.

No dejaba de pensar en ella. La forma en que soltaba un pequeño bufido cuando se reía. Las curvas suaves de su cuerpo. La forma en que se había inclinado para consolarme aquella primera noche, cuando admití lo que nunca había dicho en voz alta sobre que necesitaba el perdón de mi padre.

Habíamos estado a punto de besarnos antes de que nos interrumpieran. Quizás ese era el problema. No había tenido la oportunidad de sacarla de mi sistema.

En cuanto lo pensé, me sentí asqueado. Julieta ya estaba en mi organismo y no quería sacármela follándomela. Quería tenerla cerca, atesorarla y mimarla. Darme cuenta de que quería más con ella me dejó aturdido. ¿Había tenido alguna vez esta sensación? Mi

entusiasmo se aplastó inmediatamente bajo una ola helada de realidad. Julieta no formaba parte de mi mundo. No entendería la oscuridad en la que yo vivía, y yo no la arrastraría a ella.

Tiré el teléfono al sofá con un gruñido. Debería dejarla vivir su vida y seguir con la mía, pero no sabía si era lo bastante fuerte para hacerlo.

Tal vez podríamos ser amigos. De ese modo, podría asegurarme de cuidarla y, al mismo tiempo, mantener una distancia suficiente para garantizar su seguridad.

Hablando de cuidarla, tenía algo más que hacer. Salté del sofá, ignorando cómo me crujían las rodillas, y me dirigí al apartamento de Sienna. Saludé con la cabeza a Dante, su guardaespaldas que estaba en el pasillo, y toqué a su puerta.

Pasaban los segundos y mi impaciencia aumentaba. Finalmente abrió la puerta con los brazos cruzados y las cejas levantadas.

—¿Sabes que es más de medianoche? Podría haber estado durmiendo.

Puse los ojos en blanco. Todos en este edificio éramos noctámbulos.

—Sabes que estarás despierta al menos dos horas más.

Refunfuñó, pero se hizo a un lado para dejarme entrar.

—Necesito un favor.

—Sorpresa, sorpresa —dijo Sienna.

La seguí hasta la cocina, donde había un plato de galletas junto a la tetera hirviendo. Durmiendo, sí cómo no.

Me descubrió mirándolas y puso los ojos en blanco.

—*Una* galleta, ¿está bien? Te juro que mi hermano se las comió casi todas hace un rato. Apenas pude llevarme estas.

Sofiya era una increíble repostera, y todos luchábamos como criaturas rabiosas por apoderarnos de todas las delicias que nos fuera posible.

Agarré dos galletas de chispas de chocolate, y ella frunció el ceño.

—No es el comportamiento de un hombre que quiere un favor.

Sonreí. Molestar a Sienna era divertido. Puede que fuera hijo único, pero ella era como una hermana para mí.

Nos sirvió tazas de té y me miró fijamente.

—Bien, ¿cuál es este favor que necesitas a medianoche?

—¿Puedes ver información sobre negocios específicos gestionados por *Empire Properties*?

Arrugó la nariz.

—Eso es literalmente lo último que pensé que dirías. ¿Ahora te interesa el lado legítimo de las cosas?

—Para nada —me burlé. No había ningún mundo en el que pudiera imaginarme abandonando a la *Familia* y trabajando de forma legal. Trabajar fuera de la ley era demasiado divertido—. Solo necesito información sobre un negocio en particular.

—Ajá —expresó, dejando el té en la mesa y agarrando su *laptop* —. ¿Y de qué negocio se trata?

—La librería Olive Branch.

Comí mis galletas mientras ella tecleaba en su computadora.

—Muy bien. Librería Olive Branch. Propiedad de Arturo Prati. Han sido dueños de la librería durante varias generaciones y siempre han tenido vínculos con la *Familia*.

Refunfuñé.

—¿Puedes ver si han tenido un aumento de alquiler recientemente?

—Tienes que darme una pista de lo que está pasando aquí —comentó.

—La otra noche tuve que esconderme en esa librería para escapar del Carnicero. Vi en una carta que les habían subido el alquiler y pensé en investigarlo como agradecimiento.

Sienna golpeó el teclado con sus largas uñas.

—Vaya, qué considerado de tu parte. Debías de estar aburrido ahí escondido si te pusiste a revisar su correspondencia. De acuerdo, veo un aumento del diez por ciento en el alquiler.

—¿Eso es mucho?

Se encogió de hombros.

—Nunca he pagado alquiler.

Hablando de vivir en mundos diferentes. Julieta tenía que preocuparse por el dinero, y a juzgar por el edificio de apartamentos de mierda en el que vivía, no tenía mucho. Era injusto. ¿Por qué iba

a tener yo fondos ilimitados cuando Julieta estaba estresada por el alquiler de la librería?

Me pasé la mano por el cabello.

—¿Podemos revertirlo? ¿Bajar el alquiler? Ella no puede pagarlo.

—¿Ella? ¿Quién es ella? —A Sienna se le iluminaron los ojos y me maldije por mi error—. Ahora estamos llegando a algo —opinó, frotándose las manos.

Intenté disimular mi error.

—Ella solo es la encargada de la librería. Arturo está jubilado.

—¿Cómo sabes que está jubilado?

Mierda. Normalmente era mejor que esto evadiendo preguntas.

—Puede que la gerente estuviera allí la otra noche.

—*Ahh,* así que quieres asegurarte de que la linda vendedora de libros no tenga que pagar más alquiler.

Crucé los brazos.

—¿Cómo sabes que es linda?

Sienna simplemente se rio.

—No lo sabía. Puedo ajustar su alquiler en el sistema y enviarle una carta oficial haciéndoselo saber.

—Gracias —pronuncié fulminándola con la mirada.

—Creo que quieres decir, *gracias, eres la mejor, más lista y más guapa* hacker *del mundo*.

—Sí, sí.

—Tal vez vaya a esta librería. A echar un vistazo.

Me levanté para irme.

—No te metas, Sienna. Deja la librería en paz.

—Lo que tú digas.

Volví a mi apartamento, con mi resolución firme.

ROMEO

¿Qué tal el resto de tu velada?

JULIETA

Bueno, ahora sé que eres un noctámbulo.

Mierda. Era la una de la mañana.

JULIETA

Pero está bien. Yo también lo soy. El resto de mi noche estuvo bien. Tranquila. ¿Y la tuya?

ROMEO

Bastante tranquilo aquí también.

Estaba sudando la gota gorda. ¿Por qué era esto tan jodidamente difícil? Prefería estar en un tiroteo que redactar un texto para Julieta.

ROMEO

Tengo una propuesta para ti.

JULIETA

¿Qué tipo de propuesta?

ROMEO

Creo que deberíamos ser amigos.

La burbuja apareció, indicándome que estaba escribiendo, y luego desapareció antes de volver a aparecer. Contuve la respiración, esperando su respuesta.

JULIETA

Interesante propuesta.

ROMEO

Sí, muy interesante.

¿Cuál es tu respuesta?

JULIETA

Me robaste mi pizza y me tomaste como rehén aquella vez… pero supongo que esta noche lo compensaste con comida a domicilio.

Así que acepto.

Me invadió un alivio aturdidor. No me permití pensar demasiado en por qué esto era tan importante para mí… por qué *ella* era tan importante.

ROMEO

Es muy amable de tu parte.

JULIETA

Así soy yo.

Pero también… gracias. No tengo muchos amigos.

Un nudo fuerte se instaló en mi garganta. Mi mundo estaba lleno de secretos y engaños, y aquí estaba Julieta, honesta y vulnerable.

ROMEO

Bueno, ya no te podrás deshacer de mí.

12

JULIETA

Me abrigué con más fuerza y respiré profundamente antes de salir. Los días eran cada vez más fríos ahora que nos acercábamos a diciembre, e incluso había visto algunas ráfagas de nieve a través de mi ventana esta mañana. Era un día como cualquier otro. Excepto que, al abrir la puerta principal de mi edificio, me detuve bruscamente. Porque frente a mí estaba un Romeo muy sonriente, con un aspecto demasiado atractivo con traje y abrigo negro.

—Buenos días —me saludó. Me quedé mirándolo hasta que soltó una risita y cerró el espacio que nos separaba. Recorrió mi brazo con su mano y me dio un pequeño apretón—. Veo que te dejé sin palabras.

Mi cerebro fallaba ante esta completa desviación de la rutina.

—Hola —solté finalmente.

—¿No te gustan las mañanas? —Negué con la cabeza—. A mí tampoco. Vamos a que desayunes algo. Eso te alegrará la mañana. ¿Esta es la tienda de *bagels* a la que vas? —Señaló la tienda de al lado.

No podía creer que recordara que la primera vez que nos vimos había hablado de los *bagels*. Lo único que pude hacer fue asentir con la cabeza. Sonrió, me guio suavemente hasta la entrada y me abrió la puerta.

—¿Qué pides, Ángel?

Mi corazón se encogió al escucharlo llamarme *ángel*, y tuve que decirle con severidad que Romeo y yo solamente éramos amigos.

Me había sorprendido cuando me envió un mensaje anoche con su "propuesta". La parte de mi corazón adicta a las historias románticas me dolió cuando dijo que quería que únicamente fuéramos amigos, pero sinceramente esto era más de lo que jamás podría haber soñado. No entendía por qué este hombre había entrado a mi vida, mas le dio color al gris en el que se había convertido mi día a día.

—*Bagel* sencillo tostado con queso crema de fresa.

—Suena bien.

En lugar de su habitual saludo indiferente, Kim nos miraba fijamente. Cuando Romeo volteó a ver la parte trasera de la tienda, ella hizo un gesto muy amplio, murmurando *¡Oh, Dios mío!*, lo que me hizo reír. Él giró la cabeza hacia mí, con los ojos muy abiertos y una expresión de asombro.

Ladeé la cabeza.

—¿Qué?

Hizo girar un mechón de mi cabello alrededor de su dedo.

—Me gusta oírte reír.

Me sonrojé y me pasó el brazo por el hombro mientras nos dirigíamos al mostrador. Romeo hizo el pedido por mí, solicitando lo mismo para él, y pagó, ignorando mis protestas. Tomó las dos bolsas y volvió a estrecharme a su lado. Kim me lanzó otra mirada mientras nos íbamos, y supe que mañana me preguntaría por esto.

—¿Vienes conmigo a la librería? —le pregunté.

—Si te parece bien.

Aparté la mirada, ocultando mi sonrisa.

—Sí, está bien.

Nos condujo con cuidado por la acera y me deleité con la calidez de su cuerpo. Me hacía sentir segura y protegida.

Estaba aturdida mientras avanzábamos por la calle, pero me sobresalté cuando nos topamos con una obra de construcción.

—Supongo que tendremos que tomar una desviación —indicó Romeo. Había señalamientos que nos indicaban que camináramos

una cuadra a la izquierda, pero mi cuerpo estaba paralizado—. ¿Julieta?

Se me aceleró el corazón y sentí un pitido agudo en los oídos. Tendría que desviarme de mi ruta y mi cerebro no estaba de acuerdo. Me invadieron olas acaloradas de mareo. Apreté los puños, aterrorizada por la idea de desmayarme.

Noté vagamente que Romeo me empujaba hasta que mi espalda quedó apoyada contra un edificio y él estaba delante de mí, bloqueando el mundo. Su mano sujetó mi cara y su calor atravesó parte de mi pánico.

—¿Qué sucede? —Tenía el ceño fruncido.

Las palabras se me atascaban en la garganta. Si él no estuviera aquí, habría dado media vuelta, me habría ido a casa y habría dejado cerrada la librería el día de hoy. Tenía una sola ruta segura a la tienda, y esta desviación era suficiente para desencadenar mi pánico. No obstante, Romeo estaba aquí, y tenía que decirle algo.

—Yo… tengo…

—*Shhh* —expresó, apretando su cuerpo contra el mío con más fuerza—. Tómate tu tiempo. No hay prisa. Solo respira y dime cuando estés lista.

Igualé mi respiración con la suya, mi pecho subiendo y bajando al mismo ritmo hasta que ya no sentí que fuera a desmayarme.

Mantuve mi mirada en su pecho mientras hablaba.

—Tengo agorafobia.

Sus dedos jugaron con mi cabello.

—He escuchado sobre eso, pero no sé mucho al respecto. ¿Me hablarías de ello?

—Me dan ataques de pánico cuando estoy fuera de mi casa. Hay algunos lugares que son seguros, como la tienda de *bagels*, y tengo una ruta que sigo para ir a la librería.

Mis palabras sonaban confusas y era demasiado cobarde para mirar a Romeo. Estaba convencida de que todo lo que vería allí sería prejuicio y confusión.

Me acunó suavemente la cara con ambas manos.

—¿Así que el desvío es un problema porque está fuera de tu ruta normal? —Me inclinó suavemente el rostro hasta que lo vi con

renuencia. Mis ojos se humedecieron ante la amabilidad que encontré allí—. ¿Ese es el problema? —me preguntó.

—S-sí —balbuceé.

—De acuerdo. ¿Quieres volver a casa o probar el desvío? Si lo hacemos, no me separaré de ti. Te mantendré a salvo.

Todo dentro de mí gritaba que me diera la vuelta y me fuera a casa, que me encerrara en mi apartamento y me escondiera bajo las sábanas. Aunque una pequeña parte de mí me impulsaba a ser valiente. Ya no quería seguir atrapada en mi rutina. Antes podía pasear por la ciudad sin sentir pánico. Quizá podría hacerlo con Romeo a mi lado.

—Si probamos la desviación y me pongo histérica…

—Volveremos enseguida, lo prometo. —Me pasó los dedos por el cabello, su tacto me tranquilizó.

—Siento mucho ser tan rara —susurré.

Me agarró el cabello con más fuerza.

—No hables mal de ti.

Nuestras miradas se cruzaron y, por un momento, el mundo entero se desvaneció y lo único en lo que podía pensar era en su cercanía y en lo bien que se sentía su cuerpo contra el mío.

«Amigos, amigos, amigos», repetía a mi cerebro.

—De acuerdo. Vamos a intentarlo —declaré.

Romeo me estrechó contra su pecho, apretándome en un fuerte abrazo. Juraría que me olió el cabello, pero luego se apartó. Sin embargo, siguió abrazándome y giramos hacia la calle. Mi respiración se aceleró inmediatamente.

—¿Qué libro estás leyendo ahora? —preguntó Romeo mientras dábamos unos pasos.

—*Umm,* ¿qué? —El mundo me daba vueltas, pero su firme abrazo me mantenía erguida.

—Estás leyendo algo, ¿verdad?

Dimos la vuelta por la calle, yendo en dirección contraria a la habitual.

—No lo sé. Tengo un bloqueo lector, no tengo ganas de leer nada. Anoche empecé uno nuevo. Es un romance de *aliens.*

Había pensado que leer sobre *aliens* me distraería de mis constantes pensamientos sobre mi italiano de cabello oscuro, no obstante, el chico alienígena no paraba de soltar chistes que me recordaban a Romeo.

—¿Romance de *aliens*? ¿Qué carajos es eso? —El semáforo se puso en verde y Romeo medio me arrastró al otro lado de la calle. Un hombre alto que cruzaba en sentido contrario chocó conmigo mientras enviaba un mensaje de texto, y dejé escapar un ruido de angustia.

—Estás bien —aseguró Romeo, frunciendo el ceño hacia el hombre—. Ya casi llegamos.

Siguió con la conversación mientras girábamos a la derecha y caminábamos por la calle, burlándose de mí sobre el romance de *aliens* hasta que volvimos a la calle original por la que habíamos empezado. Se detuvo y nos llevó a un lado de nuevo, envolviéndome en sus brazos. Me hundí contra su pecho. Me puso la mano en la nuca y me apretó la cara contra su cuello. Lo respiré, su olor me impregnó.

—Lo lograste —halagó en voz baja.

No sé cuánto tiempo estuvimos allí, pero finalmente me aparté un poco y me encontré con la sonrisa de Romeo.

—Gracias —agregué, con dificultad una vez más para encontrarme con su mirada. Me había visto en mi momento más vulnerable, sabía algo de mí que nadie más sabía.

—No tienes que agradecérmelo. Gracias por confiar en mí lo suficiente como para contármelo. —Me apretó la mano y me acompañó a la librería.

—Deberíamos haber comprado café —dijo—. Necesito mi cafeína matutina.

—Hay una máquina de café *espresso* en la tienda. Puedo hacerte uno.

Me sonrió.

—Me encantaría.

Aún me temblaban las manos cuando abrí la librería. El suave aroma de los libros me tranquilizó, al igual que la mano de Romeo en la parte baja de mi espalda.

—¿Hora del *bagel*? —me preguntó.

—Estoy atrasada, pero tú puedes comer. —Llevaba unos quince minutos de retraso y tenía que hacer mis tareas de apertura de la tienda.

—Ven, tómate un momento. —Romeo me llevó hasta unos sillones y se arrodilló frente a mí cuando me senté—. Necesitas recuperar el aliento. Acabas de hacer algo grande.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y no pude parpadear lo bastante rápido. Se deslizaron por mis mejillas y él las secó. Lo único que había hecho era caminar por una calle distinta a la habitual, pero él lo reconoció por lo significativo que era, y eso lo significaba todo.

Sacó mi *bagel* de la bolsa y me lo puso en la mano antes de sentarse a mi lado.

—Veamos si están buenos. Nunca he comido queso crema de fresa.

No sabía cuánto iba a poder comer con el estómago revuelto, pero le di un mordisco.

—Está buenísimo —pronunció Romeo. Miré hacia él y vi que casi se había terminado el bagel. Me percaté cómo le daba otro bocado enorme, con las cejas alzadas con diversión.

Me terminé la mitad del *bagel* y le ofrecí la otra mitad.

—No, deberías comértelo tú.

—Estoy llena. Lo prometo —añadí cuando me miró con incredulidad.

Tomó mi medio *bagel* y se lo comió de un bocado, haciéndome sonreír. Me levanté de la silla.

—¿Quieres un *espresso*? —Se suponía que la tienda abría en cinco minutos, pero pensé que no había problema si hoy me demoraba un poco.

—Me encantaría uno.

Se lo tomó puro mientras yo le añadía una buena dosis de leche y azúcar, y luego me ayudó a abrir la tienda. Con todas las luces encendidas, incluidas las de Navidad que había puesto, el espacio parecía cálido y acogedor.

Estaba encendiendo mi computadora obsoleta cuando Romeo recibió una llamada. Hablaba en voz baja, pero las pocas palabras que pude escuchar eran en italiano.

—Tengo que ir a trabajar —me informó después de colgar.

Se me encogió el corazón. Claro que no podría quedarse aquí todo el día, mas me gustaría que pudiera. Me estaba acostumbrando demasiado a volver a tener un amigo en mi vida.

—Gracias por el desayuno y… por todo. —Me aclaré el nudo de la garganta.

—¿A qué hora te irás a casa? —preguntó Romeo.

—Probablemente alrededor de las ocho y media.

—Volveré para acompañarte.

—No tienes por qué hacerlo.

Me dirigió una mirada severa y no pude evitar sonreír. Me devolvió la sonrisa y se inclinó para besarme en la mejilla.

—Que tengas un buen día, Ángel.

—Tú también.

Y luego se marchó. Me llevé la mano a la mejilla donde acababan de estar sus labios, sintiendo una sensación de calidez.

13

ROMEO

Me quedé sin aliento cuando llegué a la librería de Julieta. Me había reunido con nuestro capo de Brooklyn para hablar de un nuevo cargamento de armas y había tenido que lidiar con el tráfico para llegar hasta aquí. Matteo me necesitaba de vuelta en el apartamento, sin embargo, le había dicho a Julieta que la acompañaría a casa y no faltaría a mi palabra.

Además, quería volver a verla. Esta mañana había sido demasiado corta.

Entré sigilosamente a la librería y encontré a Julieta en el mostrador, tecleando algo en su computadora. Sonrió tímidamente al verme.

—Hola, hermosa. ¿Lista para irnos?

Ladeó la cabeza.

—Iba a terminar una cosa más del inventario, pero puedo dejarlo para mañana si tienes prisa.

Me sorprendió lo fácil que me entendía.

—Tengo que estar en un lugar pronto. Una reunión de negocios —aclaré rápidamente cuando me di cuenta de que podía pensar que me refería a una cita.

Agarró su chaqueta de un perchero detrás del mostrador y me maldije por no haberla ayudado a ponérsela.

«Solo son amigos», me recordó la molesta voz de mi cabeza.

Bueno. Los amigos siempre ayudan a los amigos a colocarse la ropa.

Rodeó el mostrador y se detuvo frente a mí.

—Gracias por volver. No era necesario. —Desvió la mirada—. Normalmente no soy tan, —hizo un gesto con las manos—, disfuncional como esta mañana. —Soltó una risita suave—. Bueno, tal vez eso no sea del todo cierto. Aunque normalmente lo disimulo mejor.

El autodesprecio de su voz me resultaba familiar. Era la misma forma en que yo solía hablar de mí mismo, pero no me gustaba en los labios de Julieta.

Le sujeté la barbilla.

—No hables así de ti misma. No eres disfuncional y nunca tendrás que ocultarme tus problemas.

Su piel se sonrojó y tuve que hacer todo lo posible para soltarla y retroceder. Quería sentir sus curvas entre mis brazos, saborear sus labios, pero me contuve. Una vez afuera, no perdí de vista a Julieta. Dejó escapar un suspiro tembloroso al ver que la obra que nos había obligado a desviarnos esta mañana había sido despejada. Aun así, tomé su mano mientras cruzábamos la calle concurrida. Entrelazó sus dedos con los míos y eso hizo que mi corazón latiera más deprisa, como si fuera un puto adolescente.

No es que de adolescente sintiera algo tan fuerte por alguien.

Estábamos de nuevo en su edificio demasiado pronto. Me apretó la mano.

—Será mejor que vayas a tu reunión.

Le devolví el apretón.

—Sí. —Mis palabras eran como grava. Abrió la puerta del vestíbulo, pero antes de devolverle la mano, la atraje hacia mí y besé la coronilla de su cabeza—. Que pases una buena noche, Ángel.

—Tú también, Romeo —susurró.

Volví corriendo al lugar donde había estacionado el coche y conduje hacia el centro, luchando contra el tráfico y la sensación de que no debería haberla dejado.

Sofiya suspiró pesadamente desde su lugar junto a mí en el sofá. Arqueé una ceja.

—¿Estás bien?

—No —se quejó—. Necesito que este bebé nazca ya. Estoy demasiado embarazada. —Se movió para recostarse, con una almohada grande entre las piernas.

Matteo iba a reunirse con un nuevo proveedor de armas esta noche. Normalmente, habría ido con él, pero me había ordenado que me quedara con Sofiya. Ella ya tenía a Angelo, su guardaespaldas, no obstante, la creciente tensión con esta nueva facción albanesa, junto con el embarazo de su esposa, habían hecho que Matteo fuera aún más autoritario que de costumbre.

—Solo faltan unas pocas semanas más.

Ella soltó un quejido.

—No puede llegar lo suficientemente rápido.

Estábamos viendo una extraña película de vampiros para adolescentes en la que el chico observaba a la chica que le interesaba mientras dormía.

—¿Crees que poner cámaras en el apartamento de alguien sin que lo sepa es pasarse de la raya? —inquirí.

—No —dijo Angelo.

—Sí —respondió Sofiya al mismo tiempo.

Ella frunció el ceño.

—¿De quién estamos hablando? ¿Para qué necesitas las cámaras?

Me encogí de hombros.

—Es solo una hipótesis. Pero ¿y si las cámaras estuvieran ahí para mantenerla a salvo?

—¿Mantenerla? —Sofiya se animó, ya no parecía enfadada y cansada—. ¿Quién es *ella*?

—Nadie —murmuré—. No importa.

Me encontré con la mirada de Angelo y él levantó la barbilla.

—Haz lo que tengas que hacer.

Había una profunda comprensión en su expresión y me hizo preguntarme.

—¿Cómo están las chicas que rescatamos el otro día? —Mantuve la mirada fija en el guardaespaldas. Su mandíbula se tensó y de pronto se quedó absorto en la película.

—Están… No sé, me parece mal decir que están bien —opinó Sofiya, con voz suave—. Después de lo que sufrieron, no sé cómo es posible sanar. Pero ahora todas están a salvo y estamos haciendo todo lo que podemos para apoyarlas.

—¿Qué le pasó a la mujer que sacaste en brazos, Angelo?

Frunció el ceño.

—Perdió la pierna.

—Carajo, qué mal.

—No se lo merecía —gruñó con tono brusco.

Conocía a Angelo desde que era un niño. Siempre había sido dulce y amable, criado en un hogar amoroso con dos padres cariñosos. Su padre trabajaba en la *Familia* como contador, pero Angelo estaba decidido a ser soldado. Me preocupaba que fuera demasiado blando para eso, no obstante, demostró lo contrario cuando salvó la vida de Matteo. Había ascendido de rango y había vuelto a demostrar su valía cuando se convirtió en el guardaespaldas de Sofiya y la defendió a capa y espada, recibiendo un disparo en el proceso.

Todavía me preguntaba si esta vida lo hacía feliz.

—¿Cómo se llama? —le pregunté.

Me miró.

—¿Quién?

Tuve que contener mi sonrisa.

—La mujer. ¿Cómo se llama?

—Anya. —La oscuridad cubrió sus rasgos—. ¿Por qué quieres saberlo?

Oh, esto sí que era interesante. Parecía que no era el único que guardaba un secreto… ¿Un secreto de qué?, ¿enamoramiento?

Llamar a Julieta un *enamoramiento* no se sentía lo suficientemente bueno, pero ¿podría tener más con ella? ¿Podría tener lo que Matteo y Sofiya tenían?

Durante el resto de la película, lo único en lo que podía pensar era en lo suave que era la piel de Julieta, en lo bien que olía su cabello. Se veía tan perfecta hoy. Se sentía tan perfecta.

Ella era perfecta.

Vi a Julieta salir de su apartamento a la mañana siguiente. Entró a la tienda de *bagels* de al lado y salió unos minutos después, con la bolsa en la mano. En cuanto la perdí de vista, entré a su edificio. Era enorme, con cerca de cien unidades. Por suerte, Sienna me había dado el número del apartamento de Julieta, que parecía demasiado presumida cuando me lo dio.

Colocar las cámaras fue fácil. Una apuntaba a su puerta y la otra estaba junto a la entrada principal del edificio. Estuve tentado de poner una dentro de su apartamento, pero incluso yo sabía que eso era pasarse de la raya. ¿O no?

«Sí, sí, lo era».

Al menos ahora podía asegurarme de que llegara a casa sana y salva todos los días.

Cuando volví al coche, abrí la aplicación para asegurarme de que las cámaras estaban transmitiendo correctamente y respiré con alivio al ver que así era.

Tamborileé con los dedos en el volante y abrí un nuevo mensaje de texto.

ROMEO

Siento no haberte visto esta mañana. ¿Llegaste bien al trabajo?

El corazón me latía con fuerza en el pecho mientras esperaba la respuesta de Julieta. Quizá debería poner cámaras en la librería y sus alrededores. ¿Y si le pasaba algo de camino al trabajo?

Los segundos pasaban y mi ritmo cardíaco aumentaba. ¿Y si se había desmayado en algún sitio? ¿Debería ir a buscarla en coche o a pie?

Abrí la puerta del vehículo de golpe, dispuesto a echarme a correr, cuando vi aparecer la burbuja de texto. Me desplomé aliviado contra el asiento.

JULIETA

Sin desvíos esta mañana 😊

ROMEO

Me alegra saberlo.

Apoyé la cabeza en el volante mientras mi ritmo cardíaco volvía a la normalidad. Ahora quería ir a la librería. Probablemente Julieta necesitaba el almuerzo y yo podía llevárselo. Pero entonces recibí un mensaje de Matteo pidiéndome que llevara a Enzo y a Dante a visitar uno de los almacenes del norte del estado donde se guardaban los cargamentos de cocaína. Las cifras del inventario no cuadraban y Matteo temía que uno de nuestros hombres se estuviera quedando con la mayor parte.

Solía encantarme mi posición como segundo al mando del Don. Mi trabajo me daba una emoción y un propósito. Aunque, últimamente, algo más estaba compitiendo por mi atención. *Alguien*. Y eso me preocupaba. Matteo era mi hermano y la Mafia era mi familia. Tenían que ser mis prioridades.

Arranqué el coche. Necesitaba poner mi cabeza en el juego. Julieta estaría bien, y yo tenía trabajo que hacer.

14

JULIETA

Apoyé mi cabeza en el gran escritorio de la librería. Hoy había sido un día muuuuy lento. El clima era horrible, una mezcla de lluvia y nieve que caía en un asqueroso aguanieve que obligaba a cualquier persona cuerda a quedarse en casa.

La librería era agradable y acogedora. Lástima que no hubiera nadie más que yo para disfrutarla.

Tomé mi teléfono y navegué sin rumbo por mis redes sociales antes de dirigirme a Google. Miré a mi alrededor mientras tecleaba mi búsqueda, sintiéndome extrañamente culpable. *Romeo, hombre de negocios, New York City*.

Como era de esperarse, nada relevante apareció. Nada sorprendente, ya que mi hombre misterioso no me había dado su verdadero nombre. Ni su apellido. O una profesión. No me extrañaría que trabajara en el mundo de los negocios o las finanzas, obviamente tenía dinero, no obstante, mi suposición actual era que era un espía internacional en una misión encubierta.

Mi pulgar se dirigió automáticamente a nuestra conversación de texto. Romeo me había enviado varios mensajes para ver cómo estaba. El trabajo lo mantenía ocupado, así que hacía tiempo que no pasaba por la librería y lo echaba de menos.

Debía tener cuidado de no enamorarme demasiado de él, o acabaría con el corazón roto. Pero no tenía a nadie más a quien enviarle mensajes y estaba tremendamente aburrida, así que empecé a teclear.

JULIETA

¿Cómo va tu día?

Fruncí la nariz al mirar mi teléfono. Era un mensaje muy aburrido, mas no tuve mucho tiempo para pensar en ello porque él empezó a responderme enseguida.

ROMEO

Es todo gris y horrible porque tú no estás en él.

Me sonrojé, mis entrañas retorciéndose ante el texto. Romeo coqueteaba conmigo. Al menos, a mí me pareció que coqueteaba, pero quizá era así como hablaba con todo el mundo.

JULIETA

Creo que es por la mezcla invernal que estamos teniendo.

ROMEO

No, es porque necesito mi dosis de Julieta

¿Cómo está tu día?

JULIETA

Tan aburrido. Nadie viene por culpa del clima.

ROMEO

¿Tienes planes para más tarde?

Mi corazón empezó a latir más rápido. ¿Me lo preguntaba porque quería verme?

JULIETA

En realidad no. Solo ropa sucia que no quiero lavar.

ROMEO

No es difícil lavar la ropa, ¿o sí?

Me quedé mirando el teléfono, con el ceño fruncido.

JULIETA

¿Nunca has lavado ropa?

ROMEO

Claro que sí. Sería raro si no lo hubiera hecho.

JULIETA

Ajá. Entonces, ¿cómo lavas la ropa?

ROMEO

Uso la máquina esa.

JULIETA

¡Oh, Dios mío! ¡En serio no sabes cómo lavar la ropa!

ROMEO

¿Pensé que estabas aburrida y sin embargo eliges el tema de lavar la ropa?

JULIETA

Puedes venir a mi casa y te enseñaré a hacerlo.

Escribí el mensaje antes de que pudiera dudar de mí misma, pero en cuanto se envió, tiré el teléfono sobre el escritorio con un chillido indigno. Me cubrí las mejillas acaloradas y el sudor me recorrió las axilas. ¿En serio acababa de invitar a Romeo a mi apartamento de mierda para que aprendiera a lavar la ropa en el mugriento cuarto de lavado del sótano? ¿Qué demonios pasaba conmigo?

ROMEO

Es la mejor oferta que me han hecho en todo el día. Por desgracia, estoy a punto de irme al norte del estado y no volveré hasta tarde.

JULIETA

Sé que estás triste por perdértelo.

ROMEO

Absolutamente destrozado.

Respiré aliviada. No se había portado raro con mi mensaje. Agité mi blusa, abanicándome. La tienda era vieja y tenía corrientes de aire, así que normalmente tenía frío, pero esta conversación me había dejado acalorada.

MÁS TARDE POR LA NOCHE, mientras ponía mi primera carga de ropa en la lavadora, recibí un mensaje de Romeo para que saliera. Allí encontré a un repartidor con una enorme *pizza* para Julieta.

ROMEO

Para compensar las rebanadas que me robé.

15

JULIETA

Cerca de la hora de comer, sonó la campanilla de la puerta y levanté la vista de mi lugar junto al exhibidor de libros de no ficción para ver entrar a dos mujeres acompañadas de dos hombres enormes. Por un segundo, el corazón me dio un vuelco al pensar que uno de los hombres era Romeo, pero por supuesto me lo estaba imaginando. Sin embargo, algo en su porte me recordó a él. Ambos eran altos y musculosos, de piel bronceada. Uno tenía el cabello oscuro recogido en un moño y el otro lo tenía muy corto.

La primera mujer que entró parecía tener unos veintitantos años. Era increíblemente hermosa, con el cabello largo y oscuro recogido en una de esas coletas que lucen tan geniales que me dan envidia. Cada vez que me hacía una, me parecía más a un chico colono aprendiz que se dirige a su primer día de trabajo. Su piel era dorada y su atuendo gritaba lujo. La segunda mujer era una rubia embarazada guapísima en silla de ruedas. El hombre del moño le abrió la puerta y ella entró con un golden retriever a su lado. Tuve que contenerme para no dar saltitos de alegría. *Amaba* a los perros. Pero este llevaba un chaleco de invierno que indicaba que era un perro de servicio, así que me contuve.

—Buen chico, Noodle —halagó la mujer, poniendo su mano sobre su pancita. El perro parecía muy orgulloso de sí mismo.

—Bienvenidos —dije—. Háganme saber si necesitan ayuda para encontrar algo.

—¿Esta es tu librería? —preguntó la chica de la coleta.

—Soy la encargada —respondí—. Me llamo Julieta.

La mujer sonrió animadamente.

—Yo soy Sienna y estos son Sofiya, Dante, Angelo y Noodle. Es nuestra primera vez aquí y esperábamos conseguir algunos libros de romance.

—Eso es genial. Tenemos dos mesas de romance aquí —señalé las mesas que había cerca de la entrada—, para nuestros libros de romance más vendidos. Y en ese estante de allá hay aún más. Estaré encantada de darles recomendaciones si me dicen lo que les gusta.

Sofiya, Noodle y Sienna se acercaron a una de mis mesas de exhibición mientras los dos hombres se quedaban cerca, tomando algunos libros sin mucho entusiasmo. ¿Eran los novios de las mujeres? ¿Esposos? Ninguno de los dos usaba anillo.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí? —inquirió Sofiya, mirando por encima de la mesa. Estaba muy orgullosa de mi trabajo. Estas exposiciones habían aumentado mucho nuestras ventas, y yo había ordenado los libros por los colores de las portadas y la tonalidad oscura del contenido.

—Desde hace un par de años.

—Bueno, la tienda se ve estupenda —pronunció Sienna, agarrando un libro con una portada rosa brillante.

—Si te termina gustando ese libro, tendremos un evento próximamente con la autora. —Era el primer evento que organizaba y estaba muerta de miedo, pero sabía que era algo que tenía que hacer. Al menos no tenía que salir de la tienda, así que estaría en mi espacio seguro.

—¡Oh! —exclamó Sofiya—. ¿En serio? Me encantó ese libro. Es del que te estaba hablando, Sienna. Definitivamente vendremos al evento.

Tuve que esforzarme para mantener la compostura. Estaban siendo muy amistosas, y hacía mucho tiempo que no tenía amigas. Hablamos unos minutos más, hasta que tuve que atender a otro

cliente. Las chicas acabaron comprando diez libros entre las dos, y uno de los hombres que daba miedo compró dos libros de ciencia ficción. Se fueron con un folleto de la próxima firma de libros y la promesa de que asistirían.

ROMEO

¿Cómo está mi Julieta?

Mi sonrisa era ridícula al leer *mi Julieta*. Mi obsesión por Romeo crecía cada vez que hablábamos.

JULIETA

Hoy es un buen día :) tuve algunos clientes nuevos y quieren venir a un evento que voy a tener el próximo mes.

ROMEO

Eso es maravilloso. ¿Cuál es el evento?

JULIETA

Mi primera firma de libros de una autora en la tienda. Estoy nerviosa

ROMEO

Estoy seguro de que no tienes de qué preocuparte. ¿Cuándo es?

JULIETA

El 14 de diciembre a las 7pm

ROMEO

Si puedo estaré allí

JULIETA

No tienes que hacerlo. Es una autora de romance

ROMEO

¿Estás diciendo que mis habilidades románticas ya son tan buenas que no necesito aprender nada más?

Se me calentaron las mejillas. Tenía que estar coqueteando

JULIETA

Siempre hay oportunidad de mejorar

ROMEO

Acepto el reto, Ángel

16

ROMEO

Suspiré, echándome el brazo sobre la cara. Eran las dos de la madrugada. Debería estar durmiendo, pero como la mayoría de las noches, no podía. Agarré mi teléfono y, sin mucho entusiasmo, miré algunas aplicaciones. Una vez más, mi dedo se detuvo en el contacto de Julieta. Ahora pasaba cada minuto que estaba despierto pensando en ella, queriendo hablar con ella, aunque no tenía ni idea de qué decirle.

«No puedo dejar de pensar en ti».

«¿Quieres más pizza*?».*

«¿Quieres un nuevo lugar para vivir?».

«¿Qué tal un novio?».

Le di un puñetazo a mi almohada. Nunca había sido un puto novio para nadie, y desde luego no podía serlo para Julieta, una mujer de afuera. Apreté la mandíbula mientras pensaba en mi *mamma*. Me había llamado antes y no le había contestado. Me dije que era porque estaba ocupado, pero podría haber hecho tiempo para ella. Debí haber hecho tiempo para ella. Excepto que cada vez que hablábamos, me acordaba de cómo había fallado en protegerla… y de la mirada de horror en sus ojos cuando vio al monstruo que llevaba dentro.

¿Y si le pasaba algo a Julieta por mi culpa?

Volví a nuestra conversación de texto. Con tan solo mirar su nombre, sentí una extraña opresión en el pecho. Rodé sobre mi costado y, en el proceso, sin querer presioné su nombre.

Mierda, mierda, mierda. El teléfono estaba sonando. En mi estado de pánico, lo perdí entre las sábanas. Maldije de nuevo y conseguí agarrarlo justo cuando la voz de Julieta llegaba por el altavoz.

—*¿Hola?*

Mátenme ya.

—Hola. Maldición, lo lamento. No pretendía llamar. ¿Te desperté?

Contuve la respiración mientras esperaba su respuesta.

—Oh*, no. Estaba despierta. Pero, umm, si no pretendías llamar, supongo que podemos*…

—¡No! —Me levanté de un salto y empecé a caminar de un lado a otro—. Quiero decir, no, si quieres hablar, podemos hacerlo.

La pausa al otro lado de la línea fue insoportable, pero finalmente respondió.

—*¿Por qué estás despierto tan tarde?*

—Tengo insomnio. Estoy despierto hasta tarde casi todas las noches.

—*¿Haces algo para pasar el rato?*

Me acerqué a la ventana y retiré la cortina para poder contemplar la ciudad.

—La mayoría de las veces tengo pensamientos melancólicos.

Resopló, y el sonido me hizo sonreír.

—Tu risa es adorable —elogié.

—Oh*, gracias.* Um*, tu risa también es adorable*.

Eso me hizo reír.

—¿Ah, sí? —tarareé—. ¿Qué haces para pasar el rato?

—*Casi siempre leo hasta que me duermo*.

—¿Estás segura de que no son los libros los que te hacen quedarte dormida?

—*Bueno, fue un placer conocerte…*

—Es broma. ¿Qué estás leyendo ahora?

—*Nada interesante.*

—*Oh*, vamos, dime. Te interesa y quiero conocerte.

Ella dudó un momento.

—*Estoy leyendo un romance.*

Sonreí. Había visto algunos de los libros que Sofiya dejaba por ahí.

—¿Es sucio?

—*Tal vez.*

—La linda Julieta leyendo sus libros sucios.

—*El absorto Romeo, reflexionando sobre sus profundos y oscuros pensamientos melancólicos.*

—Me atrapaste. —Volví a mi cama y me senté en el colchón—. A veces, si he terminado de reflexionar, juego videojuegos.

—Ahh*. ¿Un gran fan de Animal Crossing?*

Ahora me tocaba a mí resoplar.

—Me descubriste. Me paso las noches construyendo una isla o lo que sea que hagas en ese juego, carajo.

—*La verdad es que nunca lo he jugado, pero parece divertido. ¿Qué tienes planeado para mañana? Me di cuenta de que nunca te pregunté en qué trabajas.*

—Soy el CFO de una compañía inmobiliaria.

«No me preguntes el nombre de la empresa».

—*¿Tienes un trabajo de oficina? Es lo último que esperaba.*

—¿Qué esperabas?

—*Suponía que agente de la CIA o espía secreto o algo así.*

Se me retorció el estómago al ver lo cerca que estaba de la verdad. Salvo que yo estaba del otro lado de la ley.

Me reí a la fuerza.

—*Nah*, un simple trabajo de oficina para mí. Pero me da muchas oportunidades para tener pensamientos melancólicos.

—*Seguro que a la oficina le encanta eso.*

Noté una sensación incómoda en el pecho por tener que mentirle. Quería que Julieta conociera mi verdadero yo, pero ¿podría aceptarme tal como era?

—¿Qué te mantiene despierta hasta tan tarde? —pregunté, cambiando de tema.

—*No estoy segura.* —Su voz sonaba baja y tenía un toque de vulnerabilidad—. *He sido así casi toda mi vida. Es como si mi cuerpo*

no quisiera dejarme dormir. —Respiró profundamente—. *A veces tengo pesadillas.*

—Lo siento, Ángel. —Yo también tenía pesadillas, mas eso me parecía demasiado vulnerable como para compartirlo—. ¿Hay algo que pueda hacer?

—*No, pero es muy dulce de tu parte el preguntar.*

—No mucha gente me dice que soy dulce.

—*Debe ser porque no te conocen lo suficiente.*

Ojalá fuera cierto, pero por desgracia, me temía lo contrario. Cuanto más se acercaba la gente a mí, más claramente veían mi oscuridad interior.

—Deberías intentar dormir. Tienes una librería que atender.

Julieta tarareó.

—*Gracias por llamar. Fue agradable.*

Eso me hizo sonreír.

—Dulces sueños.

—*Igualmente, Romeo.*

17

JULIETA

ROMEO

Feliz Día de Acción de Gracias.

¿Algún plan para hoy?

Me sobresalté cuando vibró mi teléfono. Últimamente solo una persona me enviaba mensajes, y el corazón me latía con fuerza cuando lo saqué de los cojines del sofá, donde se había caído.

No pude evitar sonreír al ver el mensaje de Romeo. No habíamos hablado en absoluto desde hacía dos noches, cuando me había llamado accidentalmente. No dejaba de pensar en nuestra conversación… en la forma suave y tranquilizadora en que me había dicho *dulces sueños*.

No habían sido dulces esa noche ni la siguiente. Nunca lo eran. Pero cuando me despertaban, repetía nuestra conversación en mi mente, intentando memorizar sus palabras.

JULIETA

La verdad es que no. Acción de Gracias no es lo mío.

¿Y qué hay de ti?

Al menos, no lo había sido en los últimos años. El último Día de Acción de Gracias que celebré fue antes de que pasara todo.

Breanna, Vivian, Daniela y yo habíamos ido a un restaurante chino de mala muerte en Harlem, cerca de nuestra casa de acogida. Era propiedad de una pareja mayor y, a lo largo de los años, habíamos llegado a conocerlos a ellos, a sus hijos y a sus nietos. Viv traducía su mandarín cuando era necesario y nos enseñaba frases para que se las dijéramos.

Aquel Día de Acción de Gracias, nos quedamos hasta altas horas de la noche riendo y hablando de la escuela, de pasantías y de nuestros sueños para el futuro, sin saber que todo se derrumbaría poco después y que nunca volveríamos a ese restaurante chino.

ROMEO

Para mí tampoco es gran cosa. Mi mamá siempre decía que no entendía por qué debía pasar tanto tiempo cocinando un pavo cuando podíamos comer pasta.

JULIETA

Voy a cenar pasta.

Spaghetti de caja y salsa de frasco. Por alguna razón no pensé que la madre de Romeo la haría así.

ROMEO

Sabía que tenías buen gusto

ROMEO

¿Cómo va tu día?

JULIETA

Ugh la gente es tan molesta hoy. Los libros son mucho mejores.

ROMEO

¿Qué hace la gente?

JULIETA

Un tipo acaba de entrar a la librería y se puso tan prepotente diciéndome que los libros de romance no son “literatura de verdad” bla, bla, bla. Y tuve que ser educada.

ROMEO

¿Cómo se llama, nena?

JULIETA

Risas ¿Por qué, vas a cazarlo y a gritarle?

ROMEO

Sí.

JULIETA

😊 Eres adorable.

ROMEO

Dime algo bueno.

JULIETA

Estoy a punto de lavar la ropa por lo que es totalmente lamentable por aquí.

ROMEO

¿No acabas de lavar la ropa?

JULIETA

Oh cierto, olvidé que no sabes sobre lavar ropa. Hay que hacerlo más de una vez al año.

Me quedé mirando los puntitos de la respuesta de Romeo, mordiéndome el labio mientras esperaba a que llegara su mensaje. ¿Mi mensaje había sido demasiado grosero?

ROMEO

Malcriada. Simplemente compra más ropa en lugar de lavarla. La solución perfecta.

Sonreí. Nadie me había llamado nunca malcriada, y quizá me gustaba que Romeo lo hiciera.

JULIETA

Vaya, qué idea más brillante

ROMEO

Lo sé

———

JULIETA

Romeo.

ROMEO

Julieta.

JULIETA

No puedes hacer esto.

ROMEO

¿Hacer qué?

JULIETA

Ni siquiera intentes hacerte el listo. No es adorable.

ROMEO

Yo siempre soy adorable.

Y tú también.

Me quedé mirando la enorme montaña de ropa nueva que había sobre la cama. Habían hecho falta varios viajes desde la sección de correo para traer todos los paquetes, ninguno con remitente ni recibo.

Toda estaba perfecta. La mayoría era ropa de invierno, suéteres suaves y acogedores, más lujosos que cualquier otra cosa que hubiera tenido, *leggings* forrados de felpa, calcetines de lana y un precioso abrigo verde esmeralda. Pero también había dos pares de *jeans* que me *quedaban perfectos*, un overol verde que casi parecía de terciopelo, un vestido negro de lentejuelas largo hasta el suelo

con una gran abertura lateral y una gran cantidad de sostenes de encaje, ropa interior y *bodies*. Las lágrimas me resbalaban por la cara mientras recorría con mis dedos un suéter especialmente suave.

JULIETA

No puedo quedarme con esto

Mi teléfono vibró, pero en lugar de un mensaje de texto, Romeo me estaba llamando. Pensé en rechazar la llamada, pero al final contesté.

—*Te lo quedarás todo* —declaró, dejando a un lado la conversación trivial—. *A menos que no te guste algo. Entonces te conseguiré otra cosa.*

—No puedes —protesté débilmente.

Su risita me hizo estremecer incluso a través del teléfono.

—*Desde luego que puedo.*

—Pero esto no es algo que hagan los amigos.

—*Claro que sí, preciosa.*

—¿Los amigos te compran montones de lencería? —lancé.

—*Mmm, yo mismo la elegí. ¿Te gustan?*

—Romeo —dije, exasperada.

—*Julieta. Sé una buena chica y dame las gracias.*

—Gracias.

Se rio de mi tono arisco, y eso me reconfortó de adentro hacia afuera. Todavía no me sentía capaz de aceptar la ropa como un regalo de un *amigo*, mas me hacía sentir tan especial. Parpadeé mientras las lágrimas resbalaban por mis mejillas.

—*¿Ángel?* —La risa de Romeo se detuvo de inmediato—. *¿Qué pasa?*

—Nada. —Moqueé mientras me secaba las lágrimas.

—*Háblame.* —No pude resistirme a sus suaves palabras.

—Esto es muy considerado —Volví a moquear—. Y no sé cómo conseguiste adivinar mis tallas.

—*Es que no podía soportar volver a escucharte quejándote de lavar la ropa.*

Una risa llorosa brotó de mi pecho y la pesadez se disipó.

—¿Así que es un regalo egoísta?
—Completamente egoísta.
Todavía sonreía cuando colgué el teléfono.

18

ROMEO

Maldición, odiaba escuchar a Julieta llorar y odiaba que se sintiera tan abrumada por unas pocas prendas de ropa. Eso me hacía querer comprarle más cosas.

Me alegraba que no me hubiera preguntado cómo sabía cuáles eran sus tallas exactas, porque, desde luego, no iba a admitir que había entrado a la fuerza a su apartamento mientras ella estaba en la librería y le había tomado fotos a todas las etiquetas de la ropa para enviárselas a Sienna, quien había hecho la mayor parte de las compras, excepto elegir la lencería. Eso lo había hecho yo.

Cada vez me resultaba más difícil convencerme de que Julieta y yo éramos solamente amigos, sobre todo cuando me despertaba excitado después de haber tenido un sueño vívido en el que ella modelaba su nueva lencería para mí.

Quería acariciar sus magníficos senos y chuparle los pezones. Besar su suave vientre y pasar horas entre sus muslos carnosos.

Carajo.

Estaba excitado de nuevo, justo a tiempo para mi reunión con los capos.

19

JULIETA

ROMEO

¡Mirad cómo apoya en su mano la mejilla!

¡Oh! ¡Quién fuera el guante de esa mano para poder tocar esa mejilla!

JULIETA

No me estás citando Romeo y Julieta en este momento.

ROMEO

En caso de que no lo supieras, esa es la frase de Shakespeare para “Extraño tu cara”.

JULIETA

Coqueto.

ROMEO

😘😘😘

20

ROMEO

Sonó mi teléfono despertándome de un sobresalto. Instintivamente, mi mano buscó la pistola de mi mesita de noche mientras saltaba de la cama, con el cuerpo tenso y preparado para cualquier cosa. Las llamadas a altas horas de la noche nunca traían buenas noticias. Cuando mis ojos por fin enfocaron la pantalla, vi que era Julieta la que llamaba. El corazón me dio un vuelco. Había puesto mi teléfono en el modo *No molestar*, permitiendo solamente las llamadas de ella y de Matteo. Nunca me había llamado, y menos a las cuatro de la mañana.

—Julieta, ¿qué pasa? —El silencio me llegó al otro lado de la línea, interrumpido únicamente por un suave resoplido—. ¿Ángel? Háblame.

El corazón me latía con fuerza a medida que pasaban los tormentosos segundos. Estaba dispuesto a subirme al auto y atravesar la ciudad para llegar hasta ella.

—*Lo siento.* —Su voz llegó a través del teléfono, suave y rota—. *No debí haber llamado.*

—Por supuesto que debiste. ¿Pasó algo? ¿Estás lastimada?

—*No, es estúpido. Yo solo…* —Volvió a moquear y se me rompió el corazón ante sus lágrimas—. *Tuve una pesadilla.*

Dejé escapar un suspiro tembloroso y me senté en el borde de la cama con mi cabeza apoyada en las manos.

—Lo siento mucho, bonita. ¿Quieres hablar sobre eso?

—No. Lo siento. Estoy muy avergonzada por haber llamado. Estaba asustada y no sabía qué hacer.

—Hiciste exactamente lo correcto. Estoy aquí para ti.

—Gracias —susurró.

—¿Estás en la cama?

—Sí.

Puse mi arma en la mesita de noche y me recosté.

—Yo también. —Intenté pensar en qué más decir, cómo arreglarlo—. ¿Hoy trabajarás en la librería?

—Sí. Me llegará un nuevo cargamento de libros.

—¿Alguno que tengas ganas de leer?

—Um, sí.

—Cuéntame sobre eso, nena.

Sus moqueos se hicieron menos pronunciados a medida que me contaba sobre los nuevos lanzamientos de libros. No entendía nada, pero me encantaba la pasión de su voz. Podría escucharla hablar durante horas.

—No creo haber leído nunca un libro de romance. Quizá debería intentarlo —admití.

—Te daré un ejemplar si vienes a la tienda.

Sonreí ante su invitación tímida.

—Tendré que ir pronto, entonces. —Lo que realmente quería era ir a su apartamento en ese momento para poder estrecharla entre mis brazos. Sin embargo, tenía que levantarme pronto. Estaba trabajando con Matteo para reforzar nuestras defensas en toda la ciudad. No podíamos entender cómo los albaneses transportaban chicas y armas sin ser captados por ninguna de nuestras cámaras.

Ambos nos quedamos callados, pero había algo reconfortante en que estuviéramos conectados así.

—¿Romeo?

—¿Sí, Julieta?

—Gracias.

Sentí un nudo en la garganta cuando respondí.

—Cuando quieras, preciosa. Cuando quieras.

21

JULIETA

JULIETA

¿En qué proyecto de tejido estás trabajando?

ROMEO

envía foto

Me quedé mirando la foto. Había un cuadrito color verde bosque tejido con ganchillo, pero estaba sobre el regazo de Romeo.

O, para ser más específicos, *sobre su bóxer ajustado* en su regazo.

O, aún más específicamente, *encima del BULTO* visible a través de su bóxer en su regazo.

Sentí un cosquilleo en mi interior. ¿De verdad estaba usando el tejido para *sextearme*? El pequeño cuadrito parecía casi indecente, ya que apenas cubría algo.

Acerqué la imagen.

Para ver mejor el diseño.

No por otra razón.

ROMEO

¿No te gusta?

JULIETA

Es bonito.

ROMEO

Me doy cuenta de que estás impresionada por mi talento para tejer.

JULIETA

🙄

22

ROMEO

Sonreí mirando mi teléfono. Quizás podría convencer a Julieta para que me envíe una foto de ella leyendo… desnuda. No podía dejar de pensar en ella, y no solo imaginando cómo se vería debajo de mí, desnuda y gritando de placer, sino simplemente en *ella*. La emoción en sus ojos cuando hablaba de sus libros favoritos. La forma en que su voz se volvía suave cuando hablábamos a medianoche. El rubor rosado en sus mejillas.

Un golpe en la puerta me sacó de mi fantasía.

—¿Estás listo? —preguntó Angelo cuando abrí.

Franco había recibido información de que los albaneses iban a recibir un cargamento de chicas en Liberty Port mañana por la noche, y nos íbamos a reunir para planear cómo interceptarlas. Esperaba que el Carnicero estuviera allí. Estaba listo para acabar con ese bastardo.

Tenía los dedos entumecidos por el frío mientras esperaba a los albaneses detrás de un contenedor de transporte. Cuanto más

tiempo pasábamos allí, más me invadía la inquietud. Algo no me cuadraba, pero no sabía decir qué era.

Miré a Angelo, que parecía despreocupado. Sacudí los hombros. Estaba siendo paranoico. Nuestra información decía que los albaneses iban a recibir un cargamento de chicas después de medianoche y que las transportarían a través de la bahía hasta un almacén cerca de Newark.

Teníamos hombres situados al otro lado del agua para interceptarlos en caso de que los perdiéramos por este lado, mas yo estaba decidido a no dejar que eso ocurriera.

Terminaría con esto esta noche.

Un ruido estruendoso me puso en estado de alerta, pero provenía de la carretera, no del agua. De pronto, un enorme foco casi me dejó ciego al iluminar nuestra sección del puerto.

—¡Agáchense! —grité. Me tiré al suelo, con el corazón latiéndome a toda velocidad mientras los disparos rasgaban el aire.

Habíamos caído en una maldita emboscada.

El reflector delató nuestra ubicación, pero también iluminó a los soldados albaneses. Eso hizo que eliminarlos fuera extrañamente fácil, sobre todo porque todos sus disparos fallaban y rebotaban en los contenedores metálicos.

Rodé, indicando a mis hombres que giraran hacia otra fila que aún estaba en la oscuridad. Me asomé por detrás de la esquina y eliminé a dos soldados albaneses antes de volver a cubrirme. Angelo lideraba a un grupo de hombres para rodearlos por detrás.

—*Vedi qualche ragazza?* —«¿Ves a alguna chica?», murmuré en mi bluetooth.

—No —respondió Angelo, confirmando mi sospecha de que habíamos recibido información falsa. Esa noche no iban a recibir ningún cargamento.

Corrí por un callejón entre dos largas filas de contenedores. Me agaché, esquivando por poco una bala, antes de devolver el fuego. Estaba furioso por haber sido engañado, no obstante, combatir así le daba a mi monstruo interior una agradable sensación de placer.

Esto era para lo que estaba hecho.

Mientras recargaba, distraído únicamente por la vibración de mi teléfono en el bolsillo. Lo saqué y vi que era Julieta. Mierda. Habíamos estado hablando todas las noches de esta semana alrededor de medianoche. Probablemente se estaría preguntando por qué no la había llamado.

Respiré profundamente, obligando a mi oscuridad a retroceder antes de responder, asegurándome primero de silenciar mi comunicación por radio.

—Hola, nena. ¿Estás bien? Siento no haber podido llamarte todavía.

Mantuve la voz baja para que los albaneses no me escucharan.

—Sí. Es solo que… umm… ¿Por qué susurras? ¿Hay alguien ahí?

Sonreí.

—¿Por qué, estás celosa?

Hubo un momento de silencio.

—Bueno, si estás ocupado…

—No —la interrumpí rápidamente—. Nunca estoy demasiado ocupado para ti. No hay nadie conmigo. Solo estoy… en la biblioteca.

Sentí el impulso de darme un golpe en la cabeza con mi propia pistola. *¿En la biblioteca?* ¿Qué mierda de respuesta era esa, carajo?

—Oh. Antes me encantaba la biblioteca. No sabía que abrían hasta tan tarde.

Me tapé la boca con el puño para contener la risa. Maldita sea. ¿Cómo podía ser tan jodidamente adorable todo el tiempo?

—Tengo mis contactos. —En ese instante quería construirle una biblioteca entera. Tenía muchas habitaciones vacías en mi apartamento.

—Bueno, no te entretengo más, pero estaba pensando que quizá podría pedir una pizza *en la librería mañana por la noche y, si tienes un momento, podrías pasar por allí. Esta vez ni siquiera tendrías que robarte la* pizza*.*

Dos balas impactaron en el costado del contenedor detrás del cual estaba agachado. Rápidamente apreté el teléfono contra mi pecho y respondí al fuego, y mi sonrisa se agrandó cuando le di a uno de los soldados albaneses.

—¿Romeo? ¿Qué fue ese ruido? ¿Estás bien?

Odiaba el pánico en la voz de Julieta, pero me deleitaba su preocupación por mí.

—Solo fue el ruido de un coche. Me encantaría comer *pizza* contigo. ¿Te parece bien a las ocho?

—A las ocho está bien. ¿Seguro que estás bien?

—Mi chica acaba de invitarme a comer *pizza* con ella, así que sí, estoy jodidamente genial. Aunque yo llevaré la *pizza*. ¿Quieres lo mismo de la última vez?

—Oh, no tienes por qué…

—Julieta —dije con severidad.

Soltó un suspiro de irritación.

—Sí, lo mismo que la última vez, por favor.

—Buena chica. Nos vemos mañana por la noche. Ahora duerme un poco, Ángel.

Colgué antes de que pudiera responder y le disparé a los soldados que quedaban.

23

ROMEO

—Nos dejaron una pista falsa para llevarnos al puerto esta noche, y caímos en la jodida trampa. —La ira helada de Matteo se extendió por la sala de conferencias, reflejando lo que todos sentíamos. Eran las cinco de la mañana y ninguno de nosotros había dormido. Los soldados albaneses no habían sido rivales para nosotros, ni siquiera con el factor sorpresa a su favor. Habíamos matado a la mayoría y capturado a tres, vivos.

En ese momento me esperaban en el sótano.

Aun así, dos de nuestros soldados estaban en el hospital con heridas de bala.

—¿Cómo están esquivando a nuestros soldados?, ¿nuestras cámaras? ¡Esta es nuestra ciudad! —Matteo dio un puñetazo en la mesa.

Franco estaba encorvado sobre su *laptop* con ojeras. Él era quien había encontrado la información sobre el puerto, y sabía que se culpaba a sí mismo. Sin embargo, esto era más grande que él. No podíamos seguir subestimando a los albaneses.

—Los soldados con los que nos enfrentamos en el puerto no estaban bien entrenados —expliqué—. Tenían la ventaja de ser más numerosos y del factor sorpresa. Deberían haber sido capaces de

acabar con más de los nuestros. Pero estaban desorganizados. Sus disparos no daban en el blanco. Algunos intentaron huir.

—También eran jóvenes —añadió Enzo—. Claramente indisciplinados. No tiene sentido.

—A menos que fueran solo una distracción, un sacrificio para distraernos de lo que el Carnicero estaba haciendo realmente esta noche —razonó Matteo.

Un murmullo inquietante resonó en la sala mientras la declaración del Don se asimilaba. Estudié a los capos. Parecían furiosos, especialmente Carlo, ya que los dos hombres heridos eran suyos. Era esencial que confiáramos los unos en los otros, pero yo no bajaría la guardia después de que Domenico, nuestro ejecutor, nos traicionara el año pasado. Su traición había puesto en peligro a Sofiya y a toda la *Familia.* No podíamos permitir que otras organizaciones percibieran ninguna debilidad, o intentarían invadir la ciudad.

—He accedido a todas las cámaras de la ciudad que me ha sido posible y estoy ejecutando un *software* de reconocimiento facial continuo para rastrear al Carnicero y a los otros albaneses que hemos podido identificar. Los vemos fugazmente, pero luego parecen esfumarse en el aire. —Franco se revolvió el cabello.

—Capos, dupliquen la vigilancia en sus territorios para mañana. Angelo les ayudará a coordinar los planes y los horarios si es necesario —ordenó Matteo.

Los capos asintieron con la cabeza.

—Pueden retirarse. Pronto les enviaré más instrucciones.

Me dirigí hacia la puerta, listo para descargar mi agresividad sobre los hombres que estaban en el sótano, cuando Matteo habló:

—Romeo, quédate aquí.

Una vez que todos se habían ido, volteé hacia mi hermano. Podía hablar con más libertad ya qué estábamos solos.

—Deberías pedirle ayuda a Sienna —le sugerí—. Franco es bueno, pero por alguna razón, en este momento no es rival para los albaneses.

—No puedo involucrarla.

—Sé que quieres protegerla…

—No la involucraré a menos que sea nuestra única opción. No haré nada que ponga en peligro su seguridad. —Matteo agitó la mano con nerviosismo.

Aunque entendía su postura, seguía pensando que estaba cometiendo un error.

—Es que no lo entiendo —dijo, sacudiendo la cabeza—. Se suponía que los albaneses estarían desorganizados después de que matara a Arben. Deberíamos haber podido destruirlos fácilmente, pero ahora necesitamos más apoyo.

Me froté la cara con la mano, sintiendo cómo me invadía una sensación de pavor al darme cuenta de adónde iba a parar todo esto.

—Necesito que vayas a Chicago y te reúnas con Dimitri Ivanov —dijo.

Dimitri era el hermano de Sofiya y el nuevo jefe de la *Bratva* rusa. Habíamos hablado con él por teléfono hacía un par de meses para consolidar nuestra alianza, sin embargo, hasta el momento ninguno de los dos había pedido ayuda al otro.

—¿Quieres traer soldados de la *Bratva* a nuestra ciudad?

—¿Qué otra opción tenemos?

Ojalá se me ocurriera alguna respuesta brillante, pero no se me ocurría nada. Estaba tan enfadado y confundido como Matteo. Éramos los dueños de New York. Había peleado junto a mi hermano para recuperar la ciudad de su tío corrupto, había sacrificado mucho en la lucha, y la habíamos mantenido desde entonces.

—¿De verdad quieres que sea *yo* quien negocie este acuerdo? —Me encantaba mi trabajo como segundo al mando precisamente porque podía aportar mi estilo caótico al puesto. Sentarme en largas y tediosas reuniones para cerrar acuerdos y alianzas era mi definición de la miseria. Prefería la acción. La violencia. Y salir de New York significaría dejar a Julieta. Me moví en mi silla, sintiendo una punzada de incomodidad en el pecho ante la idea de estar a cientos de kilómetros de ella mientras el Carnicero vagaba por la ciudad.

—No hay nadie en quien confíe más que en ti. —Matteo me miró fijamente—. Sofiya dijo que vendría conmigo a Chicago, pero le

quedan pocas semanas para dar a luz y no quiero que nada la estrese a ella ni al bebé.

—¿Dimitri no puede venir aquí?

—Le pregunté, pero no puede venir en los próximos días porque está esperando un cargamento de diamantes —explicó, y al ver que arqueaba una ceja, continuó—: Estableció contactos en el comercio de diamantes mientras vivía en el extranjero y quiere traerlos aquí. Ayer hablamos sobre la posibilidad de que la *Bratva* utilice nuestras rutas comerciales. Pero esto no puede esperar hasta la próxima semana. Tenemos que acabar con los albaneses ya.

—Joder. —Me recosté en la silla con un gruñido—. Más putas reuniones.

Matteo resopló.

—Bienvenido a mi mundo.

—¿Seguro que no quieres que salga a dispararle a alguien?

—Esperemos que pronto tengas la oportunidad. Ojalá ambos la tengamos.

Sonreí.

—¿Te molesta tu nueva vida doméstica, *Fratello*?

Puso los ojos en blanco.

—Es solo que… —Tragó saliva y miró por la ventana—. Necesito que nazca el bebé y que ambos estén sanos y salvos. No soporto sentirme tan fuera de control.

El hecho de que estuviera dispuesto a mostrarse vulnerable era una señal de la confianza que había entre nosotros.

—Ambos estarán bien. El médico dice que todo está bien, ¿no? —Matteo había insistido en que el médico hiciera visitas diarias a su casa para revisar a Sofiya, llegando incluso a comprar su propia máquina de ultrasonidos para asegurarse de que el bebé estaba bien.

Asintió secamente.

—Pero ¿y si se equivocan?

—Le conseguiste el mejor equipo médico que hay. Supongo que en estos casos solo queda confiar.

—No es mi fuerte.

—No me digas. ¿Cuándo quieres que vaya a Chicago?

—Esta noche.

Mierda. Eso significaría faltar a mi cita para comer *pizza* con Julieta.

—¿A menos que tengas algo más que hacer? —Juntó los dedos y me estudió fijamente.

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho.

—¿Qué quieres decir? —No dijo nada. Se produjo un silencio incómodo entre nosotros hasta que lo rompí—. ¿Cómo demonios te enteraste?

—Lo sé todo.

—Pero…

Matteo puso los ojos en blanco.

—Por el amor de Dios, Romeo, te conozco, carajo. Haz estado sonriéndole a tu teléfono en las reuniones. Escapándote en momentos extraños. Y luego escuché a Sofiya y Sienna hablando de una librería que visitaron.

—¿Qué? —pregunté bruscamente.

—Sí, y sobre la encantadora dueña de la librería que conocieron. ¿Pensabas que ibas a poder ocultárselo a ellas? ¿Y a mí? —La voz de Matteo se hizo más fuerte y yo tragué saliva con dificultad. No me gustaba ocultarle cosas a mi hermano, pero era peligroso ocultarle cosas a mi Don. Nuestra relación exigía honestidad y confianza absolutas. Yo había roto esa confianza al mantener en secreto lo de Julieta.

—Así que, ¿quién es ella? —indagó.

—Se llama Julieta —respondí inmediatamente—. Dirige la librería donde me escondí del Carnicero.

—¿Estaba allí contigo?

Asentí con la cabeza.

—Pasamos la noche juntos.

Matteo levantó las cejas de golpe.

—No de esa manera —expresé con un bufido—. Los dos estábamos atrapados allí, así que hablamos.

—De acuerdo —afirmó lentamente—. ¿Y qué es ella para ti?

Esa era la maldita pregunta del siglo, ¿no?

—Somos amigos —repliqué finalmente.

—*Amigos* —repitió Matteo secamente.

—Sí.

—¿Desde cuándo tienes amigos?

—Yo no soy el antisocial en esta habitación.

—Ya sabes a qué me refiero. Nunca te he visto tener amigos fuera de la *Familia*, y desde luego ninguna mujer.

Me encogí de hombros.

—Siempre hay una primera vez para todo.

—No puedes ocultarme estas cosas. —Había un tono severo en su voz, y me lo merecía.

—Lo sé. Lo siento. No tenía intención de seguir hablando con ella ni de seguir viéndola. Simplemente sucedió.

—¿Le dijiste quién eres?

Negué con la cabeza.

—Bien. Debes tener cuidado. No podemos confiar en personas ajenas a la *Familia,* especialmente ahora.

La idea de que Julieta representara un riesgo para mí era ridícula. Era mucho más probable que yo la pusiera en peligro. Ese pensamiento se posó como plomo en mi estómago.

Matteo se levantó de su escritorio.

—Programé el *jet* para que salga mañana a las diez de la noche.

Sentí un gran alivio al saber que podría acudir a mi cita para cenar con Julieta, aunque mantuve el rostro impasible.

—Allí estaré.

—Llévate a tres hombres contigo. No tengo motivos para dudar de la honradez de Ivanov, sobre todo porque se preocupa por Sofiya, mas esta alianza es nueva y debemos tener cuidado. Las chicas permanecerán confinadas hasta que pase la amenaza.

—Eso les *encantará*. —El sarcasmo se desprendía de mis palabras. Matteo sería inflexible en este punto, y yo estaba de acuerdo con él. Sofiya y Sienna odiarían estar encerradas, pero por nada valía la pena arriesgar su seguridad.

Matteo se dirigió a la puerta.

—Vamos al sótano a ver qué tienen que decir estos bastardos.

—¿Crees que sabrán algo?

—Probablemente no, si en realidad son peones. Aunque aceptaré cualquier cosa que nos dé una idea de lo que están haciendo los albaneses o cuáles son sus planes a futuro.

Le di una palmada en el hombro.

—No dejaremos que les pase nada a Sofiya y Sienna. —Él asintió con la cabeza bruscamente—. Y siento no haberte contado lo de Julieta.

Respiró profundamente y parte de la tensión de sus hombros se disipó, la única señal que tuve de que me había perdonado. Matteo no era de los que expresaban sus sentimientos, pero después de todos estos años, podía leer sus pequeños gestos.

Al salir del ascensor en la planta más baja, con el aire húmedo y frío del sótano a mi alrededor, liberé las restricciones de mi oscuridad interior, permitiéndole salir a la superficie.

Abrí la puerta que daba a las celdas con una sonrisa.

24

JULIETA

ROMEO LLEGARÍA A LA TIENDA CON NUESTRA *PIZZA* EN CUALQUIER MOMENTO, Y yo ya había tomado una decisión.

Quería besarlo.

No había tenido el más mínimo deseo de besar o siquiera estar *cerca* de alguien en años, mas en este instante no podía dejar de pensar en ello. Era muy posible que la actitud habitual de Romeo fuera "coquetear descaradamente" y que no tuviera ningún interés en mí más allá de la amistad, y yo podía aceptarlo. Pero después de todos nuestros mensajes de texto y llamadas nocturnas, me había convencido a mí misma de que tal vez él quería algo más.

Tocaron la puerta y me apresuré a abrirla para ver a Romeo sonriendo a través de la ventana. Mi corazón dio un vuelco. Era injustamente guapo, con la nieve pegada a las puntas de su cabello negro y espolvoreando su chaqueta.

—Hola —saludé, abriendo la puerta y temblando por la ráfaga de aire frío que me golpeó. Romeo cerró rápidamente la puerta detrás de él y me acurrucó a su lado—. ¡Estás helado! —exclamé cuando mi cálida piel chocó con su chaqueta gélida, pero no me aparté.

—Debe ser porque necesito que mi Julieta me caliente.

Mis mejillas se sonrojaron y carraspeé.

—¿Necesitas ayuda con eso? —Señalé las dos *pizzas* grandes que balanceaba en sus manos.

—Yo me encargo. —Me guiñó un ojo y me puso la otra mano en la parte baja de la espalda, empujándome hacia el interior de la tienda. Cuando llegamos al mostrador, dejó las *pizzas* y vi una bolsa de papel marrón encima de las cajas. Ante mi mirada inquisitiva, Romeo sacó un recipiente de cristal.

—Este es uno de los mejores tiramisús que probarás en tu vida.

—¿Tú lo hiciste?

Romeo se rio entre dientes, puso el recipiente sobre el mostrador y abrió la primera caja de *pizza.*

—No es mi especialidad. Lo hizo mi amiga Sofiya.

Una oleada de emoción me abrumó, haciendo que mi pecho se sintiera oprimido y vacío al mismo tiempo. ¿Quién demonios era Sofiya? ¿Romeo trataba a esta *amiga* de la misma manera que me trataba a mí?

Me ofreció un pedazo de *pizza* en un plato de papel y lo tomé. Frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Intenté parecer indiferente, sin embargo, mi voz sonó fría—. Es muy amable de su parte compartir el tiramisú.

Me miró fijamente y me acarició la mejilla con sus dedos.

—Fue muy amable. A su *esposo* no le gustó que lo compartiera. Es muy posesivo con lo que hace su esposa.

—*Oh*. —Me sentí estúpida por mi ataque de celos, pero Romeo solo sonrió y me dio un golpecito en la nariz.

—Eres adorable. Comamos, nena, y cuéntame cómo te fue hoy.

Nos sentamos en el suelo, en los mismos sitios que la primera noche que nos conocimos, uno frente al otro. Esta vez, en lugar de lluvia, caían suaves copos de nieve, no había ninguna figura amenazante tratando de entrar y nuestras piernas estaban apretadas una contra la otra. Podía sentir el calor que irradiaba a través de sus pantalones de vestir. Se había quitado la chaqueta y se había arremangado la camisa, dejando al descubierto unos antebrazos gruesos y musculosos que coincidían con la fuerza del

resto de su cuerpo. Parecían lo suficientemente poderosos como para lanzar por los aires incluso mi cuerpo curvilíneo.

Me di cuenta de que lo había estado observando fijamente durante mucho más tiempo del apropiado. Deslicé mi mirada por su pecho hasta su mandíbula afilada y luego lo miré a los ojos, que bailaban con diversión. Avergonzada, aparté mis ojos y le di un gran mordisco a la *pizza*, sobresaltándome un poco cuando Romeo apretó mi pantorrilla. Mantuvo su mano allí mientras comía y me hacía preguntas sobre mi día. Me costaba concentrarme, todo mi mundo se reducía a su fuerte agarre mientras me masajeaba ligeramente la pierna.

—¿Cómo estuvo tu día? ¿Pudiste descansar después de tu larga noche? —le pregunté.

—No te preocupes por mí. Tomé mucho *espresso.*

Fruncí el ceño, sin gustarme esa respuesta.

—También necesitas dormir.

—Tú también.

Los dos habíamos terminado de comer y dejamos los platos vacíos a un lado. Romeo se inclinó hacia delante, deslizando la mano por mi pierna, y el aire se electrificó. Sus ojos capturaron los míos y no pude apartar mi mirada. Me acarició la cara y yo me incliné hacia su áspera palma.

—Julieta. —Su voz era baja e hipnótica.

Era el momento. Era mi oportunidad.

Contuve el aliento y entonces… Presioné mis labios contra los suyos. Al principio con sutileza y vacilación, pero al sentir su sabor, la suavidad de su boca, quise más. Entrelacé mis dedos en su cabello y lo acerqué más a mí.

Romeo maldijo y luego me colocó sobre su regazo, de modo que quedé a horcajadas sobre él. Sus movimientos eran seguros, dominantes, y me encantaban. Se me cortó la respiración cuando me agarró el trasero con una mano y me sujetó la mandíbula con la otra.

—Ábrete para mí, Ángel.

Mis labios se abrieron y gemí al sentir cómo su dominio hacía que el placer se disparara hacia mi clítoris. Me atrajo hacia él y sentí su

erección, enorme, dura y caliente contra mi centro. Lo agarré por la nuca, sin querer que ese momento terminara, pero no tenía nada de qué preocuparme, Romeo no daba señales de alejarse mientras su lengua se arrastraba contra la mía.

Gimió mi nombre y yo jadeé cuando se movió, apretándome aún más contra su polla.

—Demonios, Julieta. ¿Cómo es posible que seas real? —Sus manos dejaron mis caderas y subieron por mis costados hasta acariciar mis pechos pesados. Me estremecí cuando me pellizcó ligeramente el pezón a través de la ropa—. ¿Esto está bien?

Asentí y tomé su caricia como permiso para hacer lo mismo. Mis manos vagaron por su pecho, vacilantes al principio, y cuando gruñó, me volví más atrevida.

Habían pasado años desde que había tocado a un hombre, y desde luego nunca se había sentido así. Nunca había sido algo que quisiera. Que *ansiara*.

Me perdí en él, en la búsqueda del placer, y no tenía idea de cuánto tiempo había pasado cuando nos apartamos, sin aliento. Recorrió con su pulgar mis labios hinchados.

—Sabes tan dulce como imaginaba.

«Di algo romántico».

—No puedo creer que hayamos estado besándonos en el suelo de la librería.

«Sí, justo así».

Yo no tenía remedio, pero a Romeo no parecía importarle. Sonrió.

—Espero que los libros no nos delaten.

Sonreí, pero una ola de inseguridad me invadió. Seguía sentada en su regazo, pero ya que estábamos allí sentados, no sabía qué hacer.

Sus firmes manos volvieron a posarse en mis muslos, subiendo poco a poco, cada vez más cerca de mi intimidad.

Mantuve mi respiración tranquila, incluso cuando pequeñas oleadas de pánico florecieron dentro de mí. ¿Quería llevar esto más lejos? ¿Podría manejarlo sin asustarme? Mi cuerpo lo deseaba, *ardía*

por él, no obstante, mi mente estaba encerrada con recuerdos más oscuros.

Su pulgar rozó mi sexo y yo me estremecí. Él se apartó inmediatamente.

—Lo siento —susurré.

—Oye, no, no te disculpes.

Pero, a pesar de sus palabras reconfortantes, mi interior se inundó de vergüenza. Mi rostro se sonrojó y quise salir corriendo y esconderme. ¿Por qué no podía ser normal?

—*Oh*, *Stellina*. Ven aquí. —Fue muy delicado al atraerme hacia su pecho, rodeándome con sus brazos en un abrazo tan tierno y perfecto que me dieron ganas de llorar. Me relajé en sus brazos, apoyando mi cara contra su cuello para respirar su aroma masculino.

—Tú controlas el ritmo, siempre.

—No es que no quiera… —Empecé a decir.

—*Shhh* —dijo—. No hay prisa.

La forma en que estábamos sentados hacía que su erección se presionara contra mi centro. Me moví un poco y sentí chispas de placer en el estómago con la fricción.

—Ignóralo. Es solo un efecto secundario de estar tan cerca de la mujer más hermosa del mundo.

Solté una risita involuntaria.

—No tienes por qué decir eso.

Romeo me empujó suavemente hacia atrás para poder ver mi rostro.

—¿Disculpa?

Su mirada era tan seria, tan severa, que me hizo retorcerme por dentro.

—Es solo que… no tienes por qué decir cosas así para halagarme.

Enredó sus dedos en mi cabello hasta que quedé a su merced.

—No estoy tratando de halagarte, Julieta. Si digo que eres la mujer más hermosa del mundo, es porque lo eres—. Algo oscuro brilló en sus ojos, poniéndome tensa. Exhaló un largo y lento suspiro —. Dime que me crees. —Era una orden, no una petición. Me mordí el labio—. Julieta —gruñó.

Solté un bufido que era en parte una risa.

—Está bien, de acuerdo. Acepto que creas que soy la mujer más hermosa del mundo. ¿Contento?

—*Extasiado* —respondió con ironía.

Volví a pasar mi mano por su cabello solo porque quería hacerlo.

—Creo que eres el hombre más hermoso que he visto en mi vida. Pero estoy segura de que te lo dicen todo el tiempo.

Una gran sonrisa se dibujó en su rostro, transformándolo de *sexy* y taciturno a absolutamente deslumbrante.

—Significa más viniendo de ti. —Me acarició los labios con el pulgar y los presionó suavemente dentro de mi boca. Abrí mucho los ojos mientras chupaba su dedo y estaba a punto de decir *a la mierda, tengamos sexo ahora mismo*. Mi cuerpo se sentía tan *vivo*. Sin embargo, quitó rápidamente su pulgar y suspiró. —Tengo que salir de la ciudad por trabajo y no sé cuánto tiempo estaré fuera.

Mi corazón se hundió.

—*Oh.*

—Lo siento. No quiero irme.

¿No quería irse por mí? Eso parecía, sin embargo, me daba demasiado miedo preguntárselo.

—¿Qué vas a hacer?

—Nuestra empresa está considerando fusionarse con una de Chicago. Normalmente sería mi jefe quien se encargaría, pero su esposa está a punto de dar a luz, así que tendré que hacer mi trabajo. —Echó la cabeza hacia atrás con un gruñido y yo sonreí.

—*Oh,* no, Romeo tiene que trabajar de verdad.

—Me alegro de que veas lo horrible que es esto para mí.

—Qué terrible. —Le acaricié el cuerpo con mis manos, tratando de ignorar el dolor en mi pecho por lo mucho que lo extrañaría—. Nunca he estado en Chicago, pero he escuchado que es bonito.

Él solo gruñó.

—Es ventoso y frío, y no es New York City.

—Pero tienen *pizza* estilo *deep-dish*.

Su ceño fruncido se hizo aún más profundo.

—Sí, ¿y qué carajos es eso?

—*Oh*, vamos. He escuchado que es muy rica.

—¿Nunca la has probado?

Negué con la cabeza.

—Tendré que traerte una.

Me reí.

—Está bien, puedes traerme una *pizza* de Chicago para compensar tu ausencia.

—Trato hecho.

Mis dedos se entrelazaron con los suyos y él me apretó la mano.

—¿Siempre has vivido en la ciudad? —pregunté.

Asintió.

—Mis padres eran de Italia, pero yo nací aquí. ¿Y tú?

—Sí. —Me mordí el labio—. En realidad, no sé nada sobre mis padres. Creo que emigraron aquí desde algún lugar, pero no estoy segura.

El pulgar de Romeo dibujó pequeños círculos relajantes en mi cadera.

—¿Qué les pasó?

—Murieron. —Jugueteé con el cuello de su camisa—. En realidad, los asesinaron. —Recuerdos oscuros y fragmentados pasaron por mi mente. Una voz siniestra. Un grito. Dos sonidos estruendosos. Y luego, una desesperación y soledad absolutas mientras yacía atrapada en un armario hasta que la policía me encontró.

Romeo emitió un sonido grave en la garganta y me atrajo hacia su pecho.

—¿Cuántos años tenías?

—Tenía dos años, así que no los recuerdo. Pasé mi infancia en hogares temporales y luego en un centro de acogida para niñas.

Hacía mucho tiempo que no le contaba a nadie sobre mi pasado, que no confiaba en nadie, pero mientras Romeo me acariciaba la espalda con las manos, no sentí pánico. Me sentía protegida.

—A mi padre también lo asesinaron —confesó—. Yo ya era mayor, tenía poco más de veinte años, así que lo tuve mientras crecía. Pero al menos sé un poco lo que es perder a alguien así.

—Lo siento mucho. —Acaricié su cabello, deseando poder quitarle el dolor—. Eso es horrible.

—Sí. —Su voz era áspera—. Sí, lo es.

Apoyé mi cabeza en su pecho y lo abracé con todas mis fuerzas.

—¿Tu madre? —inquirí.

—Se mudó a Italia después de lo que pasó. Hablamos por teléfono. —Jugaba con mi cabello, y pude percibir el dolor en su voz. No podía imaginar cómo sería intentar seguir siendo una familia después de algo tan horrible.

—¿Has estado en Italia?

—Sí, varias veces —manifestó—. Creo que te gustaría. Pueblos encantadores, arte hermoso y comida increíble.

—Cuando era más joven, pensaba que sería divertido viajar.

—Aún puedes hacerlo.

Hice un ruido de incredulidad en la garganta.

—No puedo siquiera desviarme una calle. No creo que Italia sea una opción realista.

—¿Hay algún tratamiento para la agorafobia?

Una oleada de vergüenza me invadió inmediatamente, junto con el deseo de huir y esconderme. Era una pregunta perfectamente razonable, una que había buscado en Google muchas veces, pero escuchar a Romeo hacerla me recordó lo rota que estaba. ¿Cómo podía esperar ser su novia si no podía ir a ningún lado? ¿Todas nuestras citas tendrían lugar en la librería? Seguramente se aburriría pronto, especialmente si alguna vez descubría lo rota que estaba realmente.

—Oye, ¿qué pasa? —preguntó, tomando mi cara entre sus manos.

Tragué con dificultad.

—Nada. —Respiré profundamente y esbocé una pequeña sonrisa —. Estoy segura de que hay tratamiento, pero no sé… Dudo que me cure. —Me encogí de hombros como si no fuera gran cosa.

Frunció el ceño.

—No necesitas *curarte,* Julieta. Es solo que odio verte sufrir.

Aparté la mirada.

—Sí, bueno, a veces así es la vida.

El silencio entre nosotros se sentía incómodo y forzado, y me maldije por arruinar las cosas, especialmente cuando no íbamos a vernos por un tiempo.

—La próxima vez que nos veamos, traeré un postre de esta panadería italiana, Marco's. Está a solo unas cuadras de aquí —prometió.

«La próxima vez». Había dicho la próxima vez. No había arruinado esto.

Sus manos seguían acariciando mi rostro, firmes y tiernas. Me armé de valor y lo miré, fijándome en sus ojos suaves y su sonrisa.

—*Pizza* y postres. Me vas a malcriar.

—Ese es el plan, Ángel.

Si bien sus palabras me hacían sentir bien por dentro, también me confundían. ¿Qué éramos? ¿Estábamos saliendo? ¿Teníamos una aventura? ¿Éramos amigos que a veces se besaban? Pero mi pregunta se atascó en mi garganta. No quería parecer necesitada ni hacerlo sentir como si le estuviera exigiendo algo. Ya me había dado más de lo que tenía derecho a recibir.

Ladeó la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Nada —solté rápidamente, sacudiendo ligeramente la cabeza—. Te echaré de menos cuando estés en Chicago.

Me abrazó contra su pecho, aunque no me respondió lo mismo. Cerré los ojos con fuerza, avergonzada por mi confesión, pero entonces lo escuché. Sus palabras fueron suaves y apagadas, ya que tenía la cara hundida en mi cabello.

—Yo también te echaré de menos.

25

ROMEO

El frío viento de Chicago azotó mi rostro mientras bajaba las escaleras del avión.

No quería estar en esta maldita ciudad.

Había pensado en Julieta durante todo el vuelo. Mi erección había hecho que el viaje fuera incómodo, pero no era como si pudiera controlar mi polla cuando pensaba en mi ángel.

Sus labios rosados eran tan suaves, sus mejillas tan bonitas cuando se sonrojaba. Quería explorar todo su cuerpo, desnudarla hasta que gritara mi nombre de placer, mas el recuerdo de cómo se había puesto tensa cuando intenté ir más allá se repetía en mi mente. La idea de hacer algo que le hiciera daño o la incomodara me mataba. Supuse que su vacilación se debía a su inexperiencia. Mi cerebro no admitía ninguna otra posibilidad: la de que a Julieta le hubieran hecho daño de alguna manera. Fuera cual fuera la razón, sorprendentemente no tenía prisa. Después de años de aventuras anónimas de una noche, apenas reconocía a este nuevo Romeo que se sentía perfectamente feliz con solo estar sentado en presencia de Julieta, disfrutando de ella como una flor que absorbe la luz del sol.

Fruncí el ceño cuando Enzo, Dante, Alessandro y yo nos acercamos al SUV blindado que nos esperaba en la pista. Ivanov nos había ofrecido un chofer, aunque nos negamos. Nuestra confianza en

el nuevo *Pakhan* era frágil y necesitábamos mantener el control en este viaje.

Cerré de un golpe la puerta del lado del chofer después de entrar, y los demás me siguieron.

—Has pasado demasiado tiempo con el jefe —señaló Enzo mientras salía del aeropuerto privado.

—¿Qué?

—Le robaste el ceño fruncido.

Le hice un gesto obsceno mientras me incorporaba con una sola mano al tráfico de Chicago.

—Consigamos el refuerzo de la *Bratva* que necesitamos y salgamos de aquí —declaré.

—¿Ansioso por volver con alguien? —preguntó Dante con una sonrisa burlona.

—Cállate, maldita sea —murmuré.

No le había contado a nadie más que a Sienna y Matteo lo de Julieta, pero obviamente no había sido tan discreto como pensaba. Los mafiosos eran famosos por sus chismes.

Dejé de prestar atención a los chicos mientras conducía hacia la casa del *Pakhan*. La última vez que estuve en Chicago fue para impedir la boda de Mila, la hermana de Sofiya, con Arben, el antiguo jefe de la Mafia Albanesa. Pensábamos que eso había puesto fin al conflicto albanés, pero entonces el maldito Carnicero llegó a nuestra ciudad.

Me detuve frente a la entrada de la mansión y bajé la ventanilla para hablar con los guardias.

—Parece el castillo de la Bestia —apuntó Alessandro. Todos lo miramos confundidos—. Ya saben, de *La Bella y la Bestia*. —Como nadie respondió, cruzó los brazos, se recostó en su asiento y murmuró—: Es una buena película.

Puse los ojos en blanco mientras el guardia nos hacía señas para que pasáramos por la puerta y subiéramos por un camino sinuoso hasta la mansión, que parecía haber sido construida específicamente para intimidar a cualquiera que cruzara sus puertas.

Una fila de personas nos recibió afuera, todos vestidos con trajes negros y armados. Al frente estaba Dimitri Ivanov. La última vez que

lo vi, tenía el cabello rapado. Ahora lo traía largo, rubio, y con una barba corta que le enmarcaba su mandíbula cuadrada, aunque eso no suavizaba su aspecto en absoluto. Era enorme, con hombros y pecho anchos, y tenía pequeñas cicatrices en el dorso de las manos, igual que yo. Había escuchado rumores de que su arma preferida era la manopla de acero.

—De Luca —saludó, levantando la barbilla—. Bienvenido.

Nos dimos la mano, ambos con un apretón contundente.

—Este es mi mano derecha, Maxim Petrov, mi *sovietnik* «consejero», Nikolai Antonov, y mi ejecutor, Sergey Sokolov.

Presenté a mis hombres y entramos para comenzar las negociaciones.

—Rusia es el mayor productor mundial de diamantes en bruto. Tenemos un acuerdo con varios exportadores de diamantes rusos que quieren afianzarse más en el mercado negro aquí. Abrir el acceso a las rutas comerciales de New York City y del norte del estado contribuiría en gran medida a la distribución. —Ivanov se sentó a la cabeza de una larga mesa. El mobiliario de la sala era casi ostentoso en su opulencia, vestigios del estilo del antiguo *Pakhan*. Me pregunté si Dimitri cambiaría las cosas. ¿Hasta qué punto se parecía a su padre?

—¿Qué están dispuestos a darnos a cambio del acceso a las rutas comerciales? —pregunté.

Dimitri me vio con una expresión fría mientras me estudiaba.

—Suponemos que querrán un porcentaje de las ventas.

Incliné la cabeza.

—Pero eso no es lo que ofrecemos.

—Ah, ¿no? —Arqueé una ceja.

—Necesitan nuestra ayuda para derrotar a los albaneses ya que hasta ahora no han servido para eliminar la amenaza.

Mis hombres y yo nos levantamos al instante, con las manos en las armas. Los hombres de Dimitri sacaron las suyas, pero el *Pakhan*

permaneció sentado, aparentando no inmutarse en absoluto. Dijo algo a sus hombres en ruso y ellos bajaron sus pistolas.

—Es por eso qué están aquí, ¿no es así? Necesitan apoyo contra el Carnicero y el resto de los albaneses —afirmó.

Me hundí de nuevo en mi asiento, mis hombres permaneciendo alerta y de pie detrás de mí. Maldición, odiaba admitir una debilidad, pero Ivanov tenía razón.

—¿Y si así fuera? —vacilé.

—Estaría dispuesto a ofrecer a varios de mis hombres a su causa. A cambio, nos darían acceso a las rutas comerciales de New York sin llevarse una tajada del comercio de diamantes durante los primeros cinco años.

Me burlé.

—¿Cinco años por un puñado de hombres?

—Cinco años para restablecer el control sobre tu ciudad. Todos los ojos están puestos en New York, esperando a ver quién sale victorioso. Y ahora mismo, yo no apostaría a tu favor.

—Tu hermana está en la ciudad. ¿Me estás diciendo que dejarás que los albaneses tomen el control y pongan su vida en peligro?

—Si tu Don no puede proteger a su esposa —reviró con desdén —, ella vendrá a vivir aquí, donde *yo* sí puedo.

Me obligué a mantener el rostro inexpresivo mientras me hervía la sangre y me latía el corazón ante la insinuación de que no podíamos proteger a los nuestros. Menos mal que Matteo no estaba aquí porque Dimitri Ivanov estaría muerto por ese insulto y nuestras familias estarían en guerra.

—Palabras mayores para un hombre que abandonó a su hermana para que fuera maltratada por su padre durante años —comenté.

La mandíbula del *Pakhan* se apretó, la primera señal de que le afectó.

Nos miramos fijamente, con la frialdad crepitando entre nosotros, hasta que Dimitri inclinó la cabeza.

—Estamos unidos en nuestros objetivos. Queremos a Sofiya a salvo. Yo quiero las rutas comerciales. Tú quieres tu ciudad libre de los albaneses.

Me recosté en mi asiento.

—De acuerdo. ¿Cuántos hombres puedes enviarnos?

—Dos docenas. Todos muy bien entrenados.

Necesitábamos que sus hombres tomaran puestos alrededor de la ciudad para rastrear los movimientos de los albaneses, ya que estaban burlando nuestra vigilancia.

—¿Sabes cómo están burlando sus cámaras? —inquirió Dimitri.

Negué con la cabeza.

—Tenemos ojos alrededor de toda la ciudad, y los están evitando de alguna manera.

—¿Tu *hacker* es bueno?

—Lo es. —Franco era el mejor que habíamos tenido. Tal vez además de Sienna, a quien Matteo se negó a involucrar. Sin embargo, los albaneses seguían eludiéndonos.

Dimitri tarareó.

—Entonces, ¿tenemos un trato?

—Queremos tres docenas de hombres. Podemos darles seis meses de uso libre de nuestras rutas comerciales. Luego pasaremos a la tarifa normal del treinta por ciento.

El *Pakhan* se burló y así comenzaron nuestras negociaciones. Alessandro tomó la iniciativa, era más hábil con los números, y la tediosa conversación se prolongó hasta bien entrada la noche. Tuve que esforzarme al máximo para evitar que se me nublaran los ojos, y mis dedos ansiaban comprobar si Julieta me había llamado o enviado un mensaje. No me gustaba estar tan lejos de ella. ¿Y si pasaba algo?

Finalmente llegamos a un acuerdo de treinta soldados de la *Bratva* a cambio de ocho meses de libre comercio, seguidos de un aumento gradual del porcentaje que nos llevaríamos de la parte superior.

Dimitri dio una palmada.

—Bien. Ha sido una noche larga. Vuelve mañana a cenar y firmaremos los papeles.

Me sentí aliviado al levantarme de la silla. Esto había durado demasiado, carajo.

Dimitri y yo nos dimos otro apretón de manos de los que calan hasta los huesos, y salimos por la puerta, rumbo a las habitaciones

de hotel que habíamos reservado en el centro.

26

JULIETA

El corazón me dio un vuelco cuando mi teléfono vibró. Era la una de la madrugada y Romeo estaba llamándome. Apenas había sabido algo de él desde que se fue la noche anterior. Sabía que estaba ocupado en su viaje de negocios, mas no había podido quitarme la sensación de ser rechazada por su silencio.

—Hola. —Me avergoncé de sonar sin aliento.

—Hola, Ángel. ¿Cómo está tu libro esta noche?

Me acurruqué aún más entre las sábanas, hundiéndome en el profundo sonido de su voz. La tensión que no sabía que tenía en el pecho se disipó al escucharlo.

—La verdad es que no está captando mi atención. Menos mal que mi caballero me llama para distraerme.

Romeo se rio, pero sonó forzado.

Fruncí el ceño, preocupada.

—¿Estás bien?

—¿Cómo puedes leerme tan fácilmente, incluso a través del teléfono?

—Deben de ser todas las charlas nocturnas. —Aunque mis palabras pretendían ser una broma, sonaron demasiado sinceras.

—Debe ser —murmuró.

—Así que, ¿qué sucede?

—*No mucho. Simplemente tuve un largo día de trabajo.*

—¿Estás cansado? Deberías dormir.

—Nah, *quiero que me cuentes cómo fue tu día.*

Me invadieron sentimientos cálidos y confusos al ver que realmente quería saber de mi vida.

—Fue tranquilo.

Tarareó.

—*Tienes que darme más que eso. ¿Fueron los ancianos?*

Le había contado a Romeo sobre un anciano y una anciana que se habían conocido en la tienda el otro día. Los dos habían terminado en el mostrador al mismo tiempo para pagar, y la mujer había mirado al hombre de arriba a abajo y le había dicho que esperaba que le pidiera una cita la próxima vez que se vieran.

—Sí, lo hicieron.

—*¿Y?*

—Y él la invitó a salir. Ella dijo que ya era hora y aceptó ir a cenar.

—Mmm, *¿crees que va a funcionar?*

—Eso espero. Ella definitivamente parece saber lo que quiere. —Ojalá yo fuera tan asertiva como la señora. Entonces tal vez podría exigirle más a Romeo. Me ardían las mejillas con solo pensarlo.

Seguí hablando de mi día, contándole todas las pequeñas cosas que nunca había tenido ocasión de compartir con alguien. Romeo murmuraba y hacía preguntas de seguimiento. Al cabo de un rato, se quedó callado y lo único que podía escuchar a través del teléfono era su respiración. Sonreí, contenta de que por fin se hubiera dormido.

La intimidad del momento me envolvió. Mantuve el teléfono pegado a mi oreja y cerré los ojos, imaginando cómo sería dormir junto a Romeo. Tal vez me acurrucaría contra él, o incluso apoyaría la cabeza en su pecho. Imaginé cómo se relajaría su rostro mientras dormía, las líneas de tensión suavizándose al envolver su cálido cuerpo alrededor del mío.

No quería colgar. En vez de eso, apagué la lámpara y me tapé por encima de la cabeza con las mantas.

27

ROMEO

El club de Dimitri era oscuro y lujoso, exactamente el tipo de lugar que yo esperaría que poseyera el nuevo y misterioso *Pakhan*.

También era exactamente el tipo de lugar al que me habría encantado venir a jugar en el pasado. Pero en ese momento, a medida que nos adentrábamos, ya no encontraba el atractivo en las mujeres casi desnudas que intentaban captar mi atención. Lo único que quería hacer era revisar mi teléfono para ver si Julieta me había enviado un mensaje. ¿Cómo era posible que una mujer con la que nunca había tenido sexo, a la que ni siquiera había visto desnuda, pudiera captar así mi atención? Cuanto más tiempo pasaba lejos de ella, más seguro estaba de mi decisión: quería más con ella. Quería que fuera *mía*.

Dimitri nos condujo a una enorme cabina en la esquina. Maxim se sentó al lado del *Pakhan*, y su ejecutor se quedó de pie con mis chicos delante de la cabina.

Una mujer sin camiseta y con piercings en los pezones se acercó. Se inclinó un poco, acercándome los pechos con sus joyas colgantes a la cara. Se me tensó la mandíbula.

—¿Qué les sirvo, caballeros?

—Un *whisky* solo —dije antes de apartar mi cuerpo de ella.

Los demás pidieron lo suyo y la mujer abandonó nuestra mesa. El aire se llenó de música vibrante, gemidos de placer y algunos gritos ocasionales. Un escenario elevado en la parte frontal de la sala mostraba a una mujer desnuda atada a una cruz de San Andrés mientras un hombre vestido de cuero la azotaba con un *flogger*. En la cabina contigua a la nuestra, una mujer con collar y correa se arrodillaba ante un grupo de hombres. Uno de ellos le acaricia suavemente el cabello mientras hablaba con los demás. Una imagen de Julieta arrodillada ante mí pasó por mis ojos, pero la rechacé inmediatamente. Si estuviera aquí, la querría en el lugar que le corresponde, sobre mi regazo como la reina que era.

—¿Qué te parece? —preguntó Dimitri, reclinándose en su asiento.

—Impresionante. —No era mentira. Todo había sido diseñado con la extravagancia en mente, y me di cuenta de que había miembros del personal alrededor de la habitación controlando todo para garantizar la seguridad.

—Hemos estado trabajando duro para limpiar las cosas. —Por lo que sabía, Dimitri no sentía ningún afecto por su difunto padre, el antiguo *Pakhan*—. Tenemos medidas para asegurarnos de que todo el que entra lo hace por voluntad propia, y las ganancias han aumentado considerablemente incluso después de subir los sueldos del personal.

Unas risas atrajeron mi atención hacia otro rincón de la enorme sala, y vi a nuestra mesera sentada en el regazo de un senador estadounidense. Matteo también tenía clubes, y los utilizábamos con fines similares. Algunos de nuestros negocios existían como fachadas para lavar dinero, armas o drogas. Otros existían para obtener información e influencias.

—¿Qué sabes de Ronan Finnegan? —inquirió Maxim.

Arqueé una ceja.

—¿Estás interesado en una alianza con los irlandeses?

—Soy un hombre de negocios —comentó Dimitri—. Necesito considerar todas las vías posibles, y Boston es un buen puerto al que acceder.

Tamborileé con los dedos sobre la mesa.

—Tenemos una tregua con los irlandeses. No una alianza formal.

Matteo tenía una deuda de por vida con Ronan después de que el jefe de la Mafia le salvara la vida tras una herida de bala infligida por los rusos. Matteo siempre honraría una deuda de por vida, aunque estaba resentido porque Leona, la asesina principal de los irlandeses, había puesto en peligro la vida de Sofiya el año pasado.

La camarera volvió con nuestras bebidas.

—¿Puedo ofrecerles algo más, caballeros? —Sus ojos se clavaron en mí y se me erizó la piel. Negué con la cabeza y Dimitri le hizo un gesto para que nos dejara.

—Si ella no es de tu agrado, ¿hay alguien más que te interese? —preguntó Maxim, con una sonrisa amable en su rostro.

Hice un ruido de rechazo, que provocó una risita de Maxim.

—Esto no es lo que esperaba de Romeo, el famoso *playboy.*

—No sabía que mi reputación me precedía —pronuncié secamente. La reputación que había forjado cuidadosamente para que la gente me subestimara. Debería haberme aprovechado de ello esta noche, pero me parecía mal fingir siquiera que me interesaba otra persona.

—Si lo prefieres, podemos acomodarte en una habitación privada —sugirió Dimitri, dando un sorbo a su *vodka.*

—Esta noche no. Pero si tienes planes... —Señalé el club.

El *Pakhan* me dedicó una rara sonrisa de complicidad.

—¿Cómo se llama?

Mi expresión permaneció imperturbable mientras bebía un trago.

—¿Quién?

—La chica con la que claramente estás obsesionado.

Bebí el resto del *whisky*.

—No sé de qué estás hablando.

Maxim soltó una carcajada.

—Por supuesto que no. —Le dio una palmada en el hombro a su jefe—. ¿Deberíamos mostrarle al enamorado nuestro otro club?

Dimitri levantó la barbilla.

—Solo lo mejor para nuestros nuevos aliados, unidos a nosotros por los lazos familiares.

DEJÉ ESCAPAR una carcajada cuando entramos en un gran almacén. Gritos estridentes llenaban este otro "club", que era sin duda un *ring* de peleas clandestinas. La rudeza del exterior contradecía el lujo del interior, con un largo y lustroso bar a un costado de la sala, donde hombres y mujeres vestidos con sus mejores galas acudían a contemplar el espectáculo.

—¿Esto te gusta más? —preguntó Maxim, dándome una palmada en el hombro.

Crují mi cuello, la energía de la multitud pulsando a través de mí.

—Es algo. ¿Esto pertenecía al *Pakhan* anterior?

—*Nah*. Dimitri comenzó este lugar hace unos meses, y estalló.

La multitud aquí era tan adinerada y poderosa como la del club de sexo. Famosos y políticos descansaban en el bar, haciendo apuestas y esperando a que empezara la pelea.

—¿Quién pelea? —indagué. Me subía la sangre y tenía ganas de saltar al *ring* yo mismo. Después de tantas reuniones, estaba listo para *hacer* algo.

—Ya lo verás. —Maxim inclinó la cabeza y yo volteé hacia el *ring.*

Dimitri Ivanov subió a la plataforma elevada, su pecho desnudo revelaba músculos cubiertos por tatuajes oscuros y capas de cicatrices. Se giró y mostró una espalda aún más llena de cicatrices. Entrecerré los ojos. Era evidente que sabíamos muy poco de este nuevo *Pakhan*. Nadie conocía los detalles de lo que había hecho los últimos diez años por su padre, excepto que había pasado la mayor parte del tiempo en Rusia.

Maxim no pareció sorprenderse de que su jefe subiera al *ring*. Un oponente corpulento apareció al lado opuesto de Dimitri, un hombre con la cabeza rapada y tatuajes de la *Bratva* a lo largo de su pecho musculoso.

Todo el mundo se amontonó alrededor, gritando y haciendo apuestas de último minuto. El otro hombre en el cuadrilátero era un monstruo de casi dos metros de altura y enormes extremidades, pero yo apostaba por el *Pakhan*. Había una oscura intensidad en su

mirada... la misma oscuridad que a veces veía mirándome en el espejo.

Sonó la campana y comenzó la masacre. La violencia saturó el aire mientras los dos hombres se enfrentaban, rodeándose en el *ring*. El oponente de Dimitri lanzó el primer puñetazo, que este esquivó antes de arremeter de nuevo con un fuerte golpe en las costillas. Bailaron uno alrededor del otro, el *Pakhan* tenía los pies ligeros, tal y como había predicho. Recibió un fuerte golpe en la mandíbula, que hizo gritar a algunas mujeres entre el público. No obstante, se limitó a escupir la sangre de su boca y lanzó una serie de golpes duros a su oponente, llegando a desequilibrarlo barriéndole las piernas por debajo. Eran un torbellino de extremidades enredadas en la colchoneta, pero Dimitri se apresuró a asfixiar a su oponente y no lo soltó hasta que perdió el conocimiento.

Maxim me miró, arqueando una ceja. Una cosa era cierta, el nuevo *Pakhan* no era alguien a quien subestimar.

28

ROMEO

EL *VODKA* ME QUEMABA LA GARGANTA. LO ODIABA, PERO LLEVÁBAMOS DOS horas negociando el contrato con la *Bratva*, puliendo meticulosamente cada detalle tedioso de nuestro acuerdo comercial, y no podía soportarlo completamente sobrio.

Mátenme ya.

Me sentí aliviado cuando sonó mi teléfono, dándome una razón para escaparme de esta pesadilla.

Salí de la sala de reuniones para atender la llamada de Matteo.

—Romeo. —Su voz estaba llena de angustia, y mi corazón empezó a latir con fuerza—. El Carnicero ordenó matar a Sienna y Sofiya.

El corazón me dio un vuelco y se me apretó el pecho.

—Mierda.

—Te necesito de vuelta en la ciudad. No puedo... —Se aclaró la garganta—. Nada puede pasarles.

Quería a Sienna y Sofiya. La idea de que alguien las amenazara hacía que la oscuridad en mi interior forcejeara contra sus ataduras.

—¿Sabemos quién aceptó la oferta? —Los asesinos a sueldo usaban una red en la *dark web* para aceptar asesinatos en todo el mundo.

—No. Franco está investigando, pero nada hasta ahora.

Quise sugerirle que le pidiera a Sienna que ayudara a Franco, aunque sabía que en este momento la protegería aún más, así que no insistí.

Volví a la sala de reuniones y les hice una seña a mis hombres, que inmediatamente vinieron a mi lado. Temía contarle la amenaza a Dimitri. Esto no iba a salir bien.

—Tenemos que volver a la ciudad. El Carnicero ordeno un ataque contra Sofiya y Sienna.

Dimitri se puso de pie de un salto y maldijo. Volteó hacia Maxim y habló en un ruso rápido.

—Cinco de mis hombres te acompañarán ahora y enviaremos a los otros veinticinco esta próxima semana.

Levanté la barbilla.

—Gracias.

—Protégelas, De Luca. —Dimitri tenía el rostro severo y los puños apretados. Estaba claro que preferiría proteger a su hermana él mismo, pero tenía responsabilidades como *Pakhan*.

—Lo haré.

Los soldados de la *Bratva* nos siguieron en su SUV blindado hasta que llegamos al *jet.* Subí trotando las escaleras metálicas.

Volvíamos a New York.

De vuelta con Julieta.

Se me revolvió el estómago al ubicarme en el asiento, con los soldados a mi alrededor. Si el Carnicero iba tras Sofiya y Sienna, yo no podía conducirlo hasta Julieta. Miré por la ventanilla del avión, pero todo el color había desaparecido del paisaje al darme cuenta de que tendría que alejarme de ella. Había sido incapaz de salvar a mi padre y de proteger a mi madre. Me negaba a que la historia se repitiera.

29

JULIETA

JULIETA

¡Hola! ¿Ya volviste a la ciudad?

ROMEO

No, desgraciadamente mis reuniones se están alargando mucho más de lo esperado.

JULIETA

Oh, es una pena. Lo siento.

ROMEO

¿Qué haces?

JULIETA

Me estoy preparando para la firma de libros en la tienda esta tarde.

ROMEO

Mierda. Siento no poder estar allí.

JULIETA

¡No pasa nada! Lo entiendo. Y no es como si necesitaras consejos en el departamento romántico jaja.

Tragué saliva mientras dejaba el teléfono sobre el mostrador. No era para tanto que Romeo no pudiera venir. Probablemente se aburriría

y yo estaría demasiado ocupada para hablar con él.

Ninguna de mis excusas convenció a mi corazón adolorido. Me preguntaba si las dos chicas con el perro de servicio realmente vendrían. Abrí la página del evento con las confirmaciones de asistencia y me quedé mirando la lista de nombres. No sabía qué era peor: que nadie asistiera al evento y saber que había defraudado a la autora, o que aparecieran todas esas personas y tener que verlas y ser normal y sociable.

Respiré profundamente y me obligué a mantenerme firme. Yo había decidido organizar este evento, había reflexionado sobre cada detalle. Ahora no había nada más que hacer que preparar la tienda.

ESTABA CONFIRMADO. El peor escenario posible era, de hecho, que todo el mundo acudiera al evento de firma de libros. La tienda estaba abarrotada y me temblaban las manos mientras apretaba las tarjetas. Gracias a Dios, no era yo quien iba a entrevistar a la autora, ya que me había preguntado en el último momento si su compañera de escritura podía venir y dirigir la parte de preguntas y respuestas de la velada, aunque de todos modos tenía que darle la bienvenida a todo el mundo a la librería y hacer una presentación. ¿Por qué me había parecido una buena idea? Había invitado a toda esa gente a mi espacio seguro y ahora me ahogaba bajo la presión y la ansiedad de ser su anfitriona.

Eché un vistazo a mi teléfono, esperando secretamente que Romeo me hubiera enviado un mensaje o algo para desearme suerte.

No había mensajes nuevos.

Tragué con dificultad y volví a meterlo en mi bolsillo. Las dos mujeres tampoco habían llegado. Lo cual estaba bien. Es que... habría sido agradable tener algunas caras conocidas entre la multitud. Y pensé que tal vez querían que fuéramos amigas.

Me picaba la piel de los muslos. Respiré a través del impulso de lidiar con mis emociones de la manera oscura en la que solía hacerlo

cuando era más joven. Esa ya no era yo.

Oh, Dios mío.

Ya era hora.

Sentía las piernas como si estuvieran hechas de concreto mientras me dirigía a la parte delantera de la sala. La autora y la entrevistadora estaban sentadas enfrente, sonriéndome.

Mis notas estaban arrugadas entre mis manos. Apreté los dientes y forcé una sonrisa.

—Bienvenidos a la primera firma de autógrafos en la librería Olive Branch.

«¿Así es como suena mi voz normalmente?».

Los rostros de la multitud se volvieron borrosos tras mi neblina de pánico mientras daba tumbos con el resto de mi presentación, pero una vocecita en el fondo de mi mente me indicó que todo el mundo estaba *sonriendo*. Saludé torpemente con la mano y me hice a un lado. El sudor me recorrió la piel mientras me fundía en el fondo y recuperaba el aliento, aunque también sentí un hilo de calidez recorriéndome el pecho. Lo había conseguido. No solamente la introducción, sino reunir a todo el mundo para el evento.

Fue un momento crucial. Una de las primeras cosas valientes que había hecho en los últimos años, y me hizo sentir que avanzaba hacia la vida que quería y la persona que quería ser.

Permanecí a un lado durante el evento, asimilándolo todo. La mayoría de los asistentes eran mujeres jóvenes, pero había algunos hombres dispersos entre la multitud. Mis ojos se clavaron en un enorme hombre calvo en la última fila. Fruncí el ceño. Me resultaba vagamente familiar, pero no lograba ubicarlo. No parecía que los libros de romance fueran lo suyo, pero la gente podía sorprenderte. Aunque, cuando volví a mirar hacia el público, ya no estaba, así que tal vez decidió que el evento no era para él.

Una vez terminada la charla de la autora, organicé la fila para las firmas. Todo el mundo fue amable e incluso pude hablar un poco. Para cuando las últimas personas salieron de la tienda, estaba agotada, pero satisfecha de cómo había salido todo. Tal vez incluso un poco orgullosa de mí misma. La autora quedó encantada con la asistencia y me dio las gracias a la salida.

Sonreí mientras ponía el cartel de *cerrado*. Tardé otra hora en limpiar la sala principal y al final ya estaba bostezando. Me moría de ganas de acurrucarme en la cama, leer y tal vez hacer una llamada nocturna a Romeo. Lo había echado de menos las dos últimas noches.

Tomé mi chaqueta de detrás del escritorio y un destello rojo me llamó la atención. Volví a mirar, un pequeño ramo de amapolas rojas envueltas en papel marrón estaba sobre la caja registradora. Miré a mi alrededor y las tomé con cuidado. ¿Alguien las había dejado para mí? Las flores eran delicadas y frágiles, pero absolutamente preciosas.

Sujeté el ramo contra mi pecho mientras salía de la tienda y me dirigía a casa. No sabía quién las había dejado, pero me hicieron sentir especial en un día en el que de lo contrario me había sentido un poco olvidada.

30

ROMEO

—A mi señal. Tres, dos, uno, ya.

La voz de Matteo me llegó a través del auricular y me escabullí por la ventana del balcón. Sonreí ante el silencio. Franco había conseguido desconectar el sistema de alarma.

Habíamos tardado demasiados días, pero por fin encontramos el edificio de apartamentos donde vivían los albaneses. Una vez que llegaron el resto de los hombres de Ivanov, teníamos suficientes para entrar en cada apartamento de dos en dos y sacarlos simultáneamente.

Acabaríamos con esto.

Enzo me cubrió la espalda mientras me adentraba en el *penthouse*. Mis dedos se curvaron alrededor de mi pistola. Tenía una bala con el nombre del Carnicero.

Eran las dos de la madrugada y el apartamento estaba a oscuras. Me arrastré por el pasillo, reconociendo la planta de los planos que había estudiado. Me detuve frente a la puerta de la habitación. A la señal de Enzo, la abrí de una patada y me encontré con un culo arrugado que se movía. No pude ver la cara del hombre al que pertenecía, pero sin duda escuché sus gemidos estreñidos mientras penetraba a una mujer, ambos inclinados sobre la cama.

Maldición, ahora necesitaba quemarme los ojos.

No podíamos arriesgarnos a lastimar a la mujer, así que Enzo y yo avanzamos juntos y lo apartamos de ella. Se me encogió el corazón al reconocer inmediatamente al cabrón como uno de los principales generales del Carnicero, pero no al hombre en sí. Aun así, tenía que morir. No tuvo ni un momento para procesar lo que estaba ocurriendo antes de que le metiera una bala en la cabeza.

El bastardo cayó al suelo con un ruido sordo. La sangre se acumuló debajo de él.

Enzo señaló con la barbilla a la mujer que seguía tumbada en la cama. Estaba quieta y callada, incluso después de la conmoción y el disparo. Una sensación de náuseas se apoderó de mi estómago. Me acerqué mientras Enzo fotografiaba el cadáver del general.

Unos ojos aterrorizados me miraron cuando me agaché.

—Hola. —Mantuve mi voz lo más suave posible, aunque la rabia amenazaba con brotar de mí. Ni siquiera parecía tener dieciocho años—. Sé que no tienes motivos para confiar en nosotros, pero si vienes con nosotros, te llevaremos a un lugar seguro. —Tenía las pupilas dilatadas y los ojos vidriosos mientras parpadeaba. Le hablé más, tratando de obtener una respuesta, pero sus ojos se cerraron.

—Mierda. La drogaron con algo. —Mantuve mi dedo en su pulso para asegurarme de que era estable. La llevaríamos con nosotros a una de las casas de seguridad donde Aria podría ocuparse de ella. Me gustaría tener más tiempo para asegurarme de que estaba bien, pero tenía que recibir un informe de la situación de mis soldados y teníamos que largarnos de aquí.

Uno a uno, sus informes llegaron a través de mi *bluetooth*. Había treinta y cinco apartamentos, veintisiete albaneses muertos, nueve chicas víctimas de la trata y ni rastro del Carnicero.

—Están publicadas. —Franco se recostó en la silla con una rara sonrisa en el rostro.

Miré por encima de su hombro con la misma sonrisa. Franco había publicado nuestras fotos de todos los cadáveres albaneses en

un foro de la *dark web* utilizado por sicarios. Ahora el mundo sabía lo que les ocurría a los que tomaban contratos de asesinato en nuestra contra.

Había sido una victoria, habíamos eliminado a la mayoría de los soldados albaneses en nuestra ciudad sin sufrir ninguna baja. No obstante, la ausencia del Carnicero acrecentó mi frustración hasta convertirla en algo ardiente y visceral.

31

ROMEO

La ciudad de New York estaba cubierta de nieve y faltaban pocos días para Navidad, pero para mí no había magia en estas fechas sin Julieta.

Los albaneses, o lo que quedaba de ellos, habían estado tranquilos desde que atacamos su edificio de apartamentos. Habíamos limpiado nuestro desastre antes de que alguien pudiera descubrir la masacre, pero nuestras acciones habían creado una onda expansiva en el bajo mundo. Se había retirado la orden de asesinato contra Sienna y Sofiya. Y no solo eso, el jefe del sindicato de asesinos más poderoso del mundo había emitido un aviso en el que prometía represalias contra cualquiera que aceptara futuros asesinatos de mujeres inocentes en el bajo mundo criminal. Esto nos había permitido tomarnos un respiro, pero seguíamos sin localizar al Carnicero. Hasta que lo hiciéramos, las chicas seguían confinadas y yo tenía que alejarme de Julieta. No podía ponerla en peligro.

Le había enviado unos cuantos mensajes desde que regresé de Chicago, sin embargo, me había mantenido alejado de la librería y no habíamos tenido más llamadas nocturnas. Vigilaba religiosamente las cámaras del exterior de su apartamento y vivía para los breves destellos que captaba de ella cuando iba y venía del trabajo. Me mataba contenerme así, sobre todo porque no podía ser sincero

sobre por qué me estaba alejando. La única excusa que le había dado era que estaba ocupado con el trabajo antes de las fiestas. Por supuesto, Julieta no se quejó ni me lo reprochó. Había aprendido que ella esperaba muy poco de la vida cuando debería esperar el mundo entero.

Me había impedido preguntarle qué iba a hacer en Navidad porque, si sacaba el tema, no podría resistirme a insertarme de algún modo en sus celebraciones. No entendía cómo había logrado meterse tan profundamente en mi alma. Me sentía una persona diferente a la que era antes de conocerla.

Suspiré mientras me dirigía al apartamento de Sienna. Abrió la puerta con una pijama de color plateado con copos de nieve.

—¿Entrando en el espíritu de invierno? —bromeé mientras entraba.

—Las ordené en línea para Sofiya y para mí. ¿Quieres una? —Estaba bromeando, pero tuve la tentación de comprarle una a Julieta. ¿Sería abusar o enviar señales contradictorias? Probablemente, pero ahora lo único que podía imaginarme era a ella en un lindo conjunto de pijama, acurrucada en el sofá a mi lado.

—Tal vez más tarde —repliqué—. Pero ahora necesito otro favor.

Sienna se dejó caer en el sofá.

—Por supuesto que sí.

Me senté a su lado y me di cuenta de que estaba viendo *Frozen*.

—Esta no es una película navideña.

—Se acerca bastante. ¿Qué necesitas?

Respiré profundamente.

—Necesito que me ayudes a crear una carta falsa notificando a alguien que ha ganado dinero.

Arrugó la nariz.

—Oh, sí, simplemente notificando a *alguien* al azar, estoy segura.

—Bien, es Julieta. Ya sabes, la chica que visitaste cuando te dije que no lo hicieras. —La fulminé con la mirada, pero Sienna se limitó a sonreír.

—¿Por qué no simplemente le das dinero? ¿Por qué tanto engaño?

—No creo que lo acepte si se lo doy. —Especialmente desde que la había estado evitando—. Pero se lo merece. No tiene mucho dinero ni apoyo. Creció en una casa de acogida. —Mierda, tal vez no debí haber dicho esa última parte, mas no podía sacarme de la cabeza la imagen de ella como una niña, sola en el mundo.

—*Oohh*, está bien. —Sienna se frotó las manos—. Ahora lo entiendo. ¡Esto es divertido! Tenemos que encontrar algo creíble que ella pudiera haber ganado. Si es un concurso, primero tenemos que hacer que participe. —Se golpeó la barbilla con los dedos—. ¿Qué tipo de cosas le gustan como para participar en un concurso?

—Le encanta leer.

—Supongo que podría ser un concurso de libros con un premio de dinero en efectivo. Podría crear una página *web* y un boletín de noticias y enviárselos, aunque no hay garantía de que participe.

Me recosté en el sofá con un quejido.

—¿Por qué es tan jodidamente complicado darle dinero a alguien?

—¿Cuánto tienes pensado? —preguntó sacando su teléfono.

—No lo sé. ¿Qué es realista? ¿Como medio millón?

Sienna soltó una carcajada.

—¿También crees que un plátano cuesta diez dólares?

—¿Qué?

—No importa —pronunció con una sonrisa—. No creo que el premio de un concurso de libros pueda ser más de un par de miles.

Fruncí el ceño. No era suficiente. Julieta se lo merecía todo.

—¡Oh! —exclamó, incorporándose—. ¡Casas de acogida! Podríamos decir que hay una especie de subsidio para los residentes de New York que hayan salido del sistema. De ese modo, ella no tendría que entrar a un concurso, y podríamos salirnos con la nuestra dándole como diez mil.

—¿Puedes hacerlo para que ella no pueda rastrearlo y que parezca legítimo?

—Sí, claro —afirmó—. Puedo transferirle el dinero para que no pueda rechazarlo.

—¿No necesitas sus datos bancarios para eso?

Me lanzó una mirada mordaz, y yo levanté las manos en un gesto apaciguador.

—No dudo de tu destreza.

—Tal vez esa sea la manera, entonces. Envíame los diez mil y redactaré una carta oficial, se la enviaré por correo y le transferiré el dinero.

—Gracias. —Saqué mi teléfono para transferir el dinero, aunque deseaba que fuera diez veces más. ¿Qué podían comprar diez mil dólares hoy en día?

—¿Cuándo vas a dejar que la conozcamos?

Fruncí el ceño.

—Ya la conocieron.

—Sí, y es estupenda. Quiero que seamos amigas. Deberías invitarla a cenar.

Apreté la mandíbula y me golpeé la pierna con los dedos.

—No creo que sea buena idea. No estoy seguro de continuar viéndola.

La cara de Sienna se ensombreció.

—Espera, ¿por qué?

—Sofiya y tú llevan semanas atrapadas en este apartamento por las amenazas que recibieron. Julieta no está en nuestro mundo. ¿Cómo puedo justificar traerla a él? Cambiaría completamente su vida y la expondría al peligro.

Sus ojos eran suaves.

—Realmente te preocupas por ella.

Me levanté del sofá.

—Solo avísame cuando hayas transferido el dinero.

—Tú la protegerías, Romeo. Se merece la oportunidad de elegir si el riesgo vale la pena.

La puerta se cerró tras de mí, pero sus palabras se arremolinaron en mi mente mientras me dirigía a mi apartamento.

32

ROMEO

El día de Navidad había sido tranquilo para mí desde que murió mi padre y mi madre se mudó a Italia. Matteo, Sienna y yo solíamos comer comida china a domicilio y ver películas de mierda. Pero este año era diferente ahora que Matteo estaba casado. Sofiya tampoco había tenido nunca una Navidad feliz en familia, así que nos había reclutado para hacer de hoy una gran celebración. Había comida, juegos y suéteres horribles que nos había hecho.

Debería haber sido un día perfecto con mi familia, sin embargo, me dolía el corazón por la ausencia de Julieta. Le había mandado un mensaje de *Feliz Navidad* hacía un par de horas y no había respondido. El sol se ponía mientras terminábamos de cenar y Sienna nos había convencido para jugar al póquer. Estaba perdiendo otra partida porque estaba demasiado distraído mirando mi teléfono. Todas mis excusas para mantenerme alejado de Julieta, sin siquiera preguntarle qué iba a hacer en Navidad, me parecían poco convincentes y estúpidas. Ni siquiera sabía si tenía alguien con quien pasar el día. ¡Seguro que sí! ¿Cómo podría alguien como Julieta estar sola en Navidad?

Por enésima vez, busqué las imágenes de las cámaras de su edificio. No había salido de su apartamento y nadie había entrado. Mi insistencia en que esto era casual, en que no podía involucrarme

demasiado, me estaba saliendo el tiro por la culata. Una sensación de náuseas me subía al estómago al darme cuenta de que nunca había escuchado a Julieta hablar de tener a alguien en su vida.

—Muestra tus cartas —indicó Sofiya, y volví a la realidad de golpe.

Ni siquiera me importó haber vuelto a perder.

Retiramos el juego de la mesa y fuimos a la cocina para tomar los postres que Sofiya había preparado. Volví a la sala a tiempo para escuchar a Matteo maldiciendo en voz alta mientras miraba su teléfono.

Sofiya estaba sentada en su regazo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Franco me acaba de mandar un mensaje. Vieron al Carnicero en Albania.

Rodeé la mesa para mirar el teléfono de Matteo.

Ahí estaba. La foto era en blanco y negro borrosa de una cámara de vigilancia, pero estaba claro que era él. El *stronzo* que nos había perseguido los últimos meses se había ido.

Mi corazón se aceleró. Habíamos echado al Carnicero de la ciudad, lo que significaba que ya no era una amenaza para Julieta.

—Tengo que hacer un encargo. —Ya estaba de camino a la puerta.

Todos voltearon a mirarme con confusión.

—¿Un encargo? —cuestionó Sienna, arqueando una ceja.

Asentí con la cabeza.

—Ha sido una Navidad estupenda. Gracias, Sofiya, por ser la anfitriona. Los veré más tarde.

Gritaron tras de mí, pero ya estaba cruzando la puerta principal y entrando en el ascensor. Tomé uno de los vehículos blindados del garaje y salí a la calle. Entré y salí del tráfico de camino al centro. Hoy había demasiada gente en la calle, y todos me impedían ver a Julieta.

Me estacioné frente a su apartamento, sin preocuparme por el letrero de la grúa, y subí las escaleras de dos en dos hasta que estuve frente a su puerta. Fue entonces cuando me di cuenta de que no le había traído ningún regalo. Maldita sea. ¿Qué es lo que me

pasaba? ¿Debería irme, comprarle algo y volver? Eso podría llevar un rato y ya eran las ocho de la noche.

La imagen de ella sentada sola en Navidad era demasiado.

Toqué la puerta.

Se escuchó un movimiento en el interior. Me moví con impaciencia mientras esperaba a que se abriera la puerta. Finalmente se abrió y apareció una Julieta de aspecto cansado, vestida con unos pantalones deportivos anchos y una sudadera verde con el nombre de la librería. Sus ojos enrojecidos se abrieron de par en par al verme.

—Feliz Navidad —dije.

Abrió la boca y la volvió a cerrar antes de hablar.

—Eso sí que es un suéter.

Miré hacia abajo y me di cuenta de que aún llevaba puesto el horrible suéter navideño que me había hecho Sofiya. Era verde oscuro con adornos brillantes pegados.

—Me estoy metiendo en el espíritu navideño.

Ella sonrió, pero su sonrisa desapareció rápidamente.

—*Umm,* ¿cómo es que estás aquí? ¿Cómo supiste cuál era mi apartamento? Hay como cien apartamentos en este edificio.

Mierda. MIERDA.

Mi mente se quedó en blanco mientras intentaba pensar en una buena excusa.

—El directorio telefónico —solté.

Julieta permaneció en silencio durante unos segundos insoportables.

—¿Todavía los fabrican?

Asentí enérgicamente.

—Claaaro. Entonces… ¿necesitabas algo?

Pasé mis dedos por mi cabello. ¿Cómo era posible que pudiera mantener la calma delante de los líderes de un sindicato letal, pero que un minuto en presencia de Julieta me convirtiera en un idiota torpe?

—Estaba en el vecindario. —Señalé su pasillo como para demostrar lo que significaba *estar en el vecindario*—. Y estaba pensando en ti y preguntándome cómo estarías celebrando la

Navidad. —Como no expresó nada, añadí—: Te envié un mensaje, pero no me contestaste.

Julieta se mordió el labio y yo estaba seguro de que iba a mandarme al diablo, pero entonces abrió la puerta un poco más.

—¿Quieres pasar?

Dejé escapar un suspiro de alivio.

—Sí. —Entré y cerré la puerta antes de que pudiera cambiar de opinión. Por supuesto que había estado en este apartamento antes, pero Julieta no lo sabía.

—Bonito lugar. —No era bonito. Manchas de agua y años de pintura apelmazada cubrían las paredes, que eran tan delgadas que podía escuchar a su vecina moviéndose en el apartamento de al lado.

Julieta arrugó la nariz.

—Gracias. —Se cruzó de brazos y mis ojos se dirigieron inmediatamente a sus senos. La sudadera le quedaba grande, pero si tuviera que adivinar, no tenía puesto un sostén. Aparté la mirada. Tenía que concentrarme.

—¿Te traigo algo? —preguntó.

—Oh, no.

Un silencio incómodo nos invadió mientras nos mirábamos fijamente. Una tortura real no era tan mala como esto, estar parado inútilmente frente a Julieta, que definitivamente parecía que estaba llorando, en su apartamento de mierda. Miré a mi alrededor en busca de algo que decir. Su apartamento era un estudio, una habitación grande con una cama pequeña en un rincón, un sofá desgastado, una mesa plegable con un microondas encima, una silla y una cocina pequeña. Fruncí el ceño cuando me di cuenta de que no había televisión.

—¿Qué haces para divertirte? No hay televisión.

Se encogió de hombros.

—Leo la mayor parte del tiempo.

—¿Y eso no se vuelve aburrido?

Se quedó boquiabierta.

—*No* acabas de decir que leer es aburrido.

Mis labios se torcieron ante su actitud atrevida.

—¿Quién diría algo así? Pero necesitas algo de variedad en tu vida. —Rápidamente se me ocurrió un plan, algo que podía hacer para mejorar las cosas para Julieta. Saqué mi teléfono y envié un mensaje.

—¿Ya cenaste?

—Yo… Romeo, ¿qué haces aquí? Te agradezco que quieras desearme feliz Navidad, pero estoy segura de que tienes mejores lugares donde estar.

Tragué con fuerza el nudo que tenía en la garganta.

—No, *Stellina*. No tengo ningún sitio mejor donde estar. Quiero pasar el resto de mi Navidad contigo, si me aceptas.

Sus mejillas se tiñeron de rosa y se abrazó a sí misma con más fuerza.

—*Oh*. Está bien —susurró.

—Ahora, ¿qué pedimos para cenar?

—Es Navidad. Todo está cerrado.

Sonreí.

—Es la ciudad de New York. Siempre hay algo abierto.

Me dirigí al sofá y me senté, acariciando el cojín a mi lado. Julieta se acercó arrastrando los pies con sus calcetines rosas y se sentó a mi lado.

—¿Te gusta la comida china?

Asintió y le enseñé la pantalla de mi teléfono.

—Añade lo que quieras, Ángel.

Agarró mi teléfono como si fuera una bomba cargada y añadió un solo platillo al carrito antes de devolvérmelo. Resoplé y añadí seis cosas más antes de hacer el pedido.

—Genial, debería llegar muy pronto. —Apenas había espacio para los dos en el sofá, y me gustó estirarme para que mi muslo quedara pegado al suyo y mi brazo apoyado en el respaldo del sofá, a escasos centímetros de su hombro—. ¿Qué has hecho hoy? —Mis dedos juguetearon con las puntas de su cabello rosa.

—Supongo que solamente esto. —Había algo vulnerable en su voz, en la forma en que se encorvaban sus hombros.

—¿No celebras la Navidad? ¿O celebras otro día?

Los dedos de Julieta se retorcieron en las mangas de su sudadera.

—No tengo a nadie con quien festejar.

—¿Qué quieres decir, nena?

Se aclaró la garganta y me dedicó una sonrisa tensa.

—No pretendía que sonara tan patético. Lo más parecido a una familia que tengo es Arturo. Pero ahora vive en New Jersey y pasará la Navidad con sus nietos. —Respiró profundamente—. No es para tanto. Es un día normal para mí. —Había un falso brillo en su voz que yo odiaba, joder.

Por primera vez, estaba resentido con mi vida. Odiaba que *esto* con Julieta siempre sería temporal. Odiaba no poder invitarla a pasar la Navidad con mis amigos porque pondría su vida en peligro. Incluso sin el Carnicero, mi vida en la Mafia nunca sería segura para ella. Había actuado por instinto cuando vine hoy, aunque habría sido mejor para ella si hubiera seguido manteniéndome alejado. Ese pensamiento me oprimió tanto el pecho que me costaba respirar.

—¿Y qué estuviste haciendo? —me preguntó.

—Ha sido bastante tranquilo —respondí con evasivas, sintiéndome culpable—. Comí algo con amigos.

—Eso está muy bien.

—Te extrañé. —Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas, pero la forma en que las mejillas de Julieta se ruborizaron de placer hizo que valiera la pena.

Me salvaron de decir algo más cuando tocaron a la puerta.

—¿Es nuestra comida? Qué rapidez —dijo levantándose del sofá. Yo también lo hice y me puse frente a ella para abrir la puerta. El impulso de protegerla de todo y de todos era intenso.

Miré por la mirilla y abrí la puerta de golpe.

—Bueno, eso no es la comida —dijo.

—Realmente no necesito una televisión o una consola de juegos de lujo. —Julieta se inquietó mientras los técnicos terminaban la

instalación.

Le pasé un brazo por el hombro.

—En eso te equivocas. Esto es absolutamente esencial.

Tocaron a la puerta.

—Esa es la comida —comenté.

Agarré las bolsas de comida china del repartidor y le di un par de cientos de dólares en efectivo como propina. Hice lo mismo con los técnicos cuando salieron.

—Romeo. —Julieta miraba alrededor de su apartamento como si apenas lo reconociera. Tenía que comprarle un sofá y una cama nuevos. Almohadas. Repisas para sus libros.

—Vamos a elegir un juego para jugar mientras comemos. Si no has jugado antes, Mario Kart es uno bueno para empezar.

Como no se movió, le preparé un plato rebosante de comida, la conduje al sofá y se lo coloqué sobre el regazo.

33

JULIETA

—Mantén presionado este botón para recoger objetos corriendo hacia ellos. Si consigues caparazones, puedes quedártelos para protegerte o lanzárselos a alguien. Creo que eso es todo. Lo irás entendiendo a medida que avancemos.

Yoshi daba golpes con su coche en mi pantalla mientras *Baby Peach* gritaba cosas en la de Romeo.

Sí. *Baby Peach*.

—¡Allá vamos!

Empezó la cuenta regresiva en mi pantalla y me puse a tantear con el control. Nunca había tenido acceso a los videojuegos durante mi infancia; una de mis familias adoptivas había tenido un PlayStation, pero nunca me habían dejado usarlo.

La carrera empezó, sin embargo, mi coche se paró dejándome atascada en la línea de salida.

—¡¿Qué pasó?! —exclamé, volviendo a presionar el botón. Mi coche por fin se puso en marcha—. Todos van más adelantados que yo. —Mi labio se levantó involuntariamente en un puchero mientras mi espíritu competitivo se apoderaba de mí.

—Los destruiré por ti —aseguró Romeo.

Lo miré, sorprendida por la intensidad de su voz.

—Mantén los ojos en la pantalla, nena. Tienes que cazarlos.

No pude evitar sonreír mientras navegaba por las praderas de Moo Moo.

—¡No! ¡Le pegué a una vaca! —chillé mientras giraba el control para desviarme.

—¡Toma eso! —gritó Romeo mientras disparaba caparazones de tortuga a todos a su alrededor—. Ya casi llegas. —Me dio un golpecito en el hombro—. ¡Vamos, vamos, vamos!

Dejé escapar un chillido cuando la línea de meta estuvo a la vista. Esquivé una última vaca y vencí por poco a la princesa *Peach*, quedando en onceavo lugar.

Romeo sonrió.

—Ya irás aprendiendo. Probemos otra pista.

Dos horas más tarde, me levanté de un salto del sofá, con los brazos en alto en señal de victoria.

—¡Toma eso! Te derroté por completo.

Romeo celebró mientras se levantaba y me agarraba por la cintura, haciéndome girar alrededor de la pequeña habitación.

—Lo lograste. Increíble. Nunca había visto tanta destreza, tanto talento natural para Mario Kart.

Resoplé. Era un fanfarrón. La única razón por la que había ganado era porque él había saboteado a mi rival, pero no me importaba. Esta era la mejor Navidad que podía recordar.

Romeo dejó de girar y me bajó lentamente al suelo, pero mantuvo sus brazos firmemente alrededor de mi cintura. Se me cortó la respiración cuando me encontré con su mirada acalorada, con todas las terminaciones nerviosas electrizadas por su cercanía. Levanté la cara y entonces sus labios estaban sobre los míos. Este beso fue aún más intenso y posesivo que el que habíamos compartido en la tienda. Sus manos acunaron mi mandíbula y sus dedos se enredaron en mi cabello.

—Maldición, Julieta. Eres tan linda. Tan perfecta.

La presión de sus labios me impidió discutir con él. Estaba tan lejos de ser perfecta, pero en sus brazos, casi le creía.

Sus manos recorrieron mi cuerpo hasta que me acarició el trasero, apretando su dura longitud contra mi centro. Rompió el

beso soltando una maldición y se sentó en el sofá, guiándome para que me sentara a horcajadas sobre él.

—Eso es, *Stellina*. Aprieta ese coñito ardiente contra mi polla.

Mis mejillas enrojecieron. Madre mía, eso sí que era hablar sucio a otro nivel. No sabía lo que estaba haciendo, pero moví las caderas por el deseo desesperado de complacerlo.

—Lo estás haciendo muy bien. Úsame. Haz lo que te haga sentir bien.

Era una oferta peligrosa. ¿No entendía lo obsesionada que estaba con él? ¿Cuánto había fantaseado con este momento?

Me agarré de sus hombros para hacer palanca mientras intentaba crear un ritmo. Incluso a través de la ropa, la presión sobre mi clítoris me producía chispas de placer.

—¡Romeo! —Jadeé.

—Mi Julieta.

Nuestros ojos se clavaron el uno en el otro y me armé de valor para acariciar su cabello. Era tan suave. Se inclinó hacia mí y me besó la palma de la mano.

Sus dedos se clavaron en mis caderas y luego una mano se introdujo bajo mi camisa, recorriéndome la espalda.

Me estremecí.

—¿Quieres ir más lejos?

Asentí. Había estado pensando en esto, fantaseando con esto. Quería borrar todos los malos recuerdos y sustituirlos por los de Romeo.

Me apretó más fuerte.

—Necesito escucharte decirlo.

—Quiero más —suspiré.

—Buena chica. Pero si vamos a seguir, voy a necesitar que apaguemos la televisión porque no voy a follarte con la música de Mario Kart de fondo.

Solté una carcajada y él se me unió, estrechándome contra su pecho mientras ambos temblábamos.

—Sería memorable —bromeé.

—Como si pudiera olvidar esto.

Su tono era tan sincero que me dejó sin aliento. Antes de que pudiera expresar algo, me agarró por detrás de los muslos y se levantó del sofá, haciéndome soltar un chillido.

—¡Bájame! —exigí, con los brazos y las piernas apretados alrededor de él.

—*Nah*, no lo creo. Me gusta tenerte así. —Me sacudió entre sus brazos, lo que hizo que mi coño se humedeciera aún más al rozarse con su polla.

Romeo utilizó sus brazos musculosos cuando, de alguna manera, se agachó y tomó el control remoto de la televisión. Solté otro chillido, aferrándome a su cuerpo, convencida de que iba a dejarme caer. Pero me quedé bien sujeta a sus brazos mientras apagaba la televisión antes de tomar tres pasos hasta llegar a mi cama.

Se sentó conmigo a horcajadas.

Romeo estaba en mi cama. La cama diminuta que me había regalado una organización benéfica para niños necesitados. No podía entender cómo este hombre estaba aquí, cuando su mundo y el mío podían chocar, pero aquí estaba. Mirándome como si yo fuera algo especial.

—Eres tan hermosa. —Sus dedos jalaron la parte inferior de mi sudadera y me la quitó, dejándome en mi camiseta de tirantes negra. Sonrió con satisfacción y su mano se posó inmediatamente en mi pecho—. Carajo, sabía que no tenías puesto un sostén. Eres tan *sexy*.

Jaló la parte inferior de mi camiseta de tirantes y levanté los brazos. No es como si él no supiera cómo era mi cuerpo, pero sentada aquí, con todos mis rollitos al descubierto, me dieron ganas de correr y esconderme. Entonces vi la mirada ardiente en sus ojos, sentí la forma reverente y desesperada en que sus manos recorrían mis costados. Soltó un gruñido, se inclinó hacia adelante, metió mi pezón en su boca y chupó con fuerza. Me arqueé hacia él con un pequeño grito.

—Eso es, dulzura. Déjate llevar.

Se llevó el otro pezón a la boca y lo mordisqueó suavemente. El dolor fue directo a mi clítoris y volví a apretarme contra él, deseando desesperadamente que no hubiera capas de ropa entre nosotros. Mis

manos tímidas se introdujeron bajo su camisa. Me ayudó a quitársela, revelando un pecho dorado y musculoso. Mis senos se apretaron contra su piel desnuda, y su calor me produjo escalofríos y me endureció los pezones.

Su boca subió por mi cuerpo hasta acunarme la cabeza y besarme los labios. Era tan cálido que contrastaba con la corriente de aire frío que se filtraba por las ventanas.

Dejé escapar un gemido involuntario cuando me puso boca arriba. Sus manos estaban en mi cintura y me quedé helada, sabiendo el montón de cicatrices que encontraría si continuaba.

—Espera.

Romeo se detuvo inmediatamente, sus manos yendo a mis caderas y apretando.

—¿Podemos…? —Me aclaré la garganta, tratando de encontrar mis palabras—. ¿Puedes apagar las luces?

Sus manos se flexionaron contra mi piel y se movió sobre mí para que su cara quedara a la altura de la mía.

—Quiero verte. —Su voz era intensa y, por primera vez en mucho tiempo, quizá quería que me vieran. Pero el riesgo era demasiado grande en ese momento. Si veía mis cicatrices, ¿le daría asco?

—Por favor —susurré.

Su mandíbula se desencajó.

—Si es lo que necesitas. Pero la próxima vez, quiero verte. —Su expresión era severa y asentí. Me recorrió un estremecimiento de ansiedad y excitación, ansiedad ante la idea de que Romeo me viera por completo y excitación porque había dicho *la próxima vez*.

La habitación quedó a oscuras cuando apagó las luces y volvió a la cama. Era mejor, más seguro, pero lamenté no poder verlo más. La tenue luz de la luna que entraba por la ventana iluminaba su enorme cuerpo. Me bajó el pantalón deportivo y subió las manos por mi piel desnuda hasta llegar a mis bragas. Apretó la cara contra ellas e inhaló con un gruñido.

—Hueles tan jodidamente bien. —Sus palabras disiparon toda mi ansiedad por tener su rostro *allí*, y gemí mientras me mojaba aún más.

Me dio besos ardientes en el interior de los muslos hasta que le pedí más.

—Esa es mi chica. Tan ávida de mis caricias.

No dudó en bajarme la ropa interior, dejándome desnuda. Inhalé bruscamente, con mi corazón palpitando con fuerza al estar tan expuesta. Un hilo de pánico me recorrió el pecho y me obligué a mantener una respiración tranquila. Pero entonces él levantó la mano, deslizándola por mi cuerpo, y mi tensión se disipó.

Era Romeo.

No sabía lo que significaba para él nuestra relación, pero era amable y parecía que yo le importaba de verdad. Era seguro. Yo quería esto.

Su lengua suave y húmeda se deslizó por mi coño y jadeé ante la sensación. Nunca había experimentado esto antes y diablos, me lo había estado perdiendo. Aunque en el fondo sabía que la razón por la que era tan bueno era que se trataba de Romeo.

—Tan jodidamente dulce —gruñó.

Gimoteé mientras él continuaba, su lengua rodeando mi clítoris y aumentando mi placer.

—Romeo. —Casi grité cuando su dedo grueso entró en mí.

Maldijo.

—Me encanta escucharte gritar mi nombre. —Volvió a zambullirse, esta vez chupándome el clítoris mientras metía y sacaba el dedo. Me tensé un poco cuando puso otro dedo en mi entrada, pero una oleada de placer de mi clítoris me ayudó a relajarme mientras él introducía el segundo dedo dentro de mí.

Se sentía tan bien y las oleadas de placer iban en aumento, aunque no conseguía correrme. Incluso cuando utilizaba mi vibrador, me podía llevar mucho tiempo.

—Lo siento —solté después de unos minutos.

Romeo apartó sus labios con un ruido de disgusto.

—¿Lo sientes? ¿Por qué?

—Por tardar tanto. No tienes que, *umm,* seguir si estás… —Me quedé a medias.

—Si estoy ¿qué?

—Aburrido —repliqué.

Me puse tensa cuando él subió por mi cuerpo. Aunque le había dicho que podía parar, sentí una punzada de decepción al ver que quería hacerlo.

Su rostro se posó sobre el mío, envuelto en oscuridad.

—Necesito que me escuches, Julieta. El día que me aburra de comerme tu dulce coño… bueno, puedes pegarme un tiro en la cabeza.

—¿Qué? —resollé.

Se rio entre dientes.

—Lo que quiero decir es que eso nunca va a ocurrir, Ángel. No me importa si me lleva toda la puta noche. Te arrancaré un orgasmo. —Arrastró su nariz por un costado de mi cara—. Múltiples orgasmos.

Empecé a discutir, pero me interrumpió con un beso. Podía saborearme en sus labios y me gustó. Su seguridad me invadió, aliviando la tensión incómoda de mi pecho.

—Ahora, me estás distrayendo de mi golosina, así que a menos que tengas alguna objeción de verdad, voy a seguir.

Mis dedos rozaron la barba incipiente de su cara.

—Ninguna objeción.

Me besó de nuevo.

—Esa es mi buena chica.

Esta vez, cuando empezó a lamerme de nuevo, me relajé. Se me cerraron los ojos. Romeo estaba en todas partes: su mano apretándome la cadera, su aliento acariciando mi sexo, sus dedos dentro de mí.

Mi placer se convirtió en una ola. Romeo me abrió las piernas y me estremecí al ver cómo tomaba el control y me movía hacia donde él quería. Su mano firme subió por mi cuerpo hasta apretarme el pecho. Cuando me pellizcó el pezón y me chupó el clítoris al mismo tiempo, me corrí. Lo repentino del orgasmo me dejó sin aliento. Unos quejidos involuntarios se deslizaron por mis labios mientras el orgasmo se prolongaba más que cualquiera de los que había experimentado. Cuando me derrumbé sin fuerzas contra el colchón, Romeo retiró sus dedos de mí y me dio una última lamida.

—Lo hiciste muy bien, preciosa. Mira cómo te derrumbaste por mí.

Me estrechó entre sus brazos, su mano recorrió mi espalda de arriba a abajo como si supiera que necesitaba su cercanía y que me reconfortara.

Mi primer orgasmo a manos de otra persona, aunque él no lo sabía. No quería desanimarlo con lo inexperta que era, así que me aferré a él con más fuerza, deseando poder meterme dentro de su cuerpo para estar aún más cerca. Sus brazos gruesos me sujetaron firmemente, protegiéndome del mundo.

—Gracias —susurré. Me parecía una tontería decirlo, no obstante, rebosaba de gratitud hacia él por estar aquí, por salvarme de mi soledad, por preocuparse por mi placer.

—Oh, Julieta. Nunca tienes que agradecerme por eso. De hecho, deberías exigirlo como la reina que eres.

Apreté mi sonrisa contra su garganta.

—Deja de ser tan ridículo.

Rodó sobre mí.

—Hablo muy en serio. Estoy a tu merced. —El peso de su cuerpo presionó el mío contra el colchón, haciéndome temblar. No pude evitar arquearme contra él. Probablemente estaba dejando una mancha húmeda en sus pantalones, pero no me importaba. Quería que se los quitara—. Completa y absolutamente a tu merced —gruñó, apretando su dura polla contra mí.

—Entonces quítatelos. —Si bien mis palabras parecieron más una tímida sugerencia que una orden, Romeo respondió besándome profundamente.

—Tus deseos son órdenes.

Cuando volvió a acomodarse sobre mí, fue su turno de dejar una mancha húmeda al derramar semen sobre mi vientre. Ahora deseaba que las luces estuvieran encendidas para poder verlo desnudo. Invadida por la curiosidad, no pude evitar meter la mano entre nosotros y rodear su dura longitud con mis dedos. O *casi*, porque era enorme, mucho más grande que el vibrador que utilizaba. Deslicé la mano por su piel suave y cálida.

—Joder, nena. Así. —Romeo embistió mi mano y mis dedos rozaron algo duro en la cabeza de su polla. Me quedé paralizada. Estaba bastante segura de que no me lo había imaginado.

—*Umm…*

Se rio.

—Adelante, siéntelo.

Moví la mano hasta que mis dedos rozaron dos pequeñas bolas de metal.

—¿Tienes un *piercing*? —chillé.

—*Mmm.* —Pasó sus labios por un lado de mi cara—. Te prometo que se sentirá bien.

—Ni siquiera estoy segura de que vaya a caber.

—*Oh,* Julieta, ¿acaso no lo sabes todavía? Fuiste hecha para mí.

Me sentí como masilla en sus manos mientras la cabeza de su polla acariciaba mi entrada. Esperaba que presionara, pero en vez de eso se quedó inmóvil sobre mí y maldijo.

—Mierda, no tengo condón.

Parpadeé. Cierto, debería haber pensado en eso.

—Yo tampoco.

—¿Tomas anticonceptivos?

—Tengo un DIU.

—Me hice todos los análisis y di negativo. Siempre he usado condón.

Lo responsable sería parar y esperar hasta que tuviéramos protección, pero sentía que moriría si él no estaba dentro de mí en los próximos treinta segundos.

—Está bien —contesté.

—¿Bien?

—Te quiero dentro de mí.

Soltó un quejido y sentí que se estiraba mi entrada cuando introdujo el primer centímetro. Romeo acarició mi cabello con sus dedos mientras mis músculos se contraían.

—*Shhh,* no hay nada de qué preocuparse. —Su pulgar presionó mi clítoris—. Estás empapada para mí. Voy a deslizarme dentro de tu pequeño y necesitado coño, y llenarte. Voy a hacer que te corras tan fuerte.

Siguió jugando conmigo, sus dedos rozando mi clítoris, hasta que mis músculos se liberaron.

—Eso es, esa es mi buena chica. Lo estás haciendo muy bien para mí. —Metió otro centímetro y sus labios estaban contra los míos, tragándose mi quejido—. Te sientes tan jodidamente bien. —Sus caderas se flexionaron, presionando aún más. Cada movimiento hacía que me recorrieran pequeñas descargas de dolor y placer. Ya me sentía tan llena que no sabía cómo iba a caber más.

Su nariz recorrió mi mejilla y besó una línea de mi mandíbula.

—¿Estás bien? —Su voz y sus músculos estaban tensos, como si le costara un enorme esfuerzo contenerse.

—Ya estoy muy llena. —Jadeé.

Su risita vibró en mi interior.

—Eres buena para mi ego. —Su mano acunó mi cadera, empujando mi pierna más arriba y abriéndome más. Con una última y firme embestida, me penetró hasta el fondo.

Grité, y un rayo de dolor se unió al placer del estiramiento. Me quedé tumbada, respirando con dificultad, hasta que me di cuenta de que Romeo murmuraba elogios. Tenía su cara pegada a la mía y sus labios rozaban mi oreja.

—Lo siento, preciosa. Estás bien. Lo estás haciendo muy bien. Me tomaste hasta el fondo dentro de ti como una chica tan buena.

Esperé el pánico, que mi cuerpo interpretara estas sensaciones como una violación, pero nunca llegó. Rodeé a Romeo con los brazos y apoyé mi cara en su cuello, respirándolo. De algún modo, mi cuerpo sabía que estaba a salvo con él.

—¿Es tu primera vez? —murmuró.

Mantuve mi cara donde estaba, negándome a mirarlo.

—No.

—De acuerdo, nena. —Me besó la mejilla—. Relájate y deja que te haga sentir bien. —La sacó casi por completo y volvió a meterla.

Esta vez, fue puro placer y no pude contener mi grito.

—¡Oh, Dios mío! —Me agarré a sus hombros mientras él seguía empujando con fuerza y su mano presionaba mi clítoris todo el tiempo. Su *piercing* me hizo sentir una descarga de placer y solté un

fuerte gemido. Me tapé la boca con la mano mientras mis mejillas enrojecían de vergüenza.

Ni en un millón de años pensé que gritaría durante el sexo. Yo, la persona que intentaba encogerse para ocupar el menor espacio posible. Pero Romeo me arrancaba fuertes gemidos, haciéndome entender los ruidos que a menudo escuchaba a través de las paredes delgadas como el papel del apartamento.

—¡No! —demandó apartando mi mano—. Quiero escucharlo todo. Cada uno de esos sonidos me pertenece.

Tocó un punto dentro de mí que me hizo gritar de nuevo.

—Alguien escuchará —gimoteé.

—Bien. Entonces sabrán que eres toda mía.

¿Se refería a esta noche o a algo más?

Me di cuenta de lo metida que estaba en esto. Cada mensaje de texto y cada llamada nocturna habían tejido una tupida red dorada a mi alrededor, atándome a este hombre por el que haría cualquier cosa.

Cualquier cosa por más de este sentimiento.

De sentirme cuidada.

Casi se sentía como ser amada, y había olvidado cómo era eso.

—Joder, Julieta. Tienes que correrte, Ángel. No voy a poder aguantar mucho más.

Mi piel se electrizó, el roce de su piel contra la mía demasiado y no lo suficiente al mismo tiempo.

—No puedo —solté. Nunca me había corrido dos veces seguidas.

—Sí puedes, carajo. —Me mordió el labio y su verga me penetró aún más de lo que creía posible—. Dame otro, preciosa.

Sus dedos hábiles rodearon mi clítoris. Me temblaron las piernas y un relámpago de placer me recorrió el estómago hasta que me corrí y el orgasmo me dejó sin aliento. Instantes después, Romeo soltó un gemido y su cuerpo se puso rígido sobre el mío. Hundió su cara en mi cabello, nuestras respiraciones entrecortadas eran el único sonido que llenaba la habitación.

Lo rodeé con mis brazos y piernas, no quería que hubiera distancia entre nosotros. Mi pecho se arremolinaba con oleadas de emoción y luché contra las lágrimas de agobio.

Romeo nos hizo rodar de modo que yo quedé encima de él, con su polla suavizándose y todavía imposiblemente grande dentro de mí. Intenté apartarme de él, pero sus manos me sujetaron los muslos.

—Por favor, déjame abrazarte aquí, solo unos minutos.

Una corriente interna de ansiedad e inquietud recorrió mi cuerpo, pero la alejé, desesperada por disfrutar de este momento. Volví a acurrucarme en su pecho, fundiéndome con él mientras sus dedos trazaban pequeños círculos relajantes sobre mis muslos y mi trasero.

34

ROMEO

Cuando por fin me vi obligado a salir de Julieta, ella se levantó inmediatamente y se puso la camiseta y el pantalón deportivo antes de meterse al baño. Mierda. Quería ser yo quien la limpiara, quien la cuidara. Encendí la lámpara de la mesita de noche y agarré mis bóxers.

Cuando salió del baño, cruzó los brazos alrededor de su frente. No me gustaba su aspecto inseguro, como si estuviera a punto de desmoronarse.

Abrí mis brazos y sentí alivio cuando ella cruzó rápidamente la habitación y se lanzó hacia mí. La atrapé y la estreché contra mi pecho mientras nos tumbaba en la cama. Pero Julieta estaba inquieta en mis brazos y yo estaba cada vez más preocupado. ¿Habría hecho algo que la alterara?

—¿Qué te pasa, cariño? ¿Necesitas algo?

Ella resopló.

—No, solo… —Se incorporó bruscamente. Fruncí el ceño y la seguí, frotando mi mano por su espalda.

—¿Qué te pasa?

Apoyó sus manos contra su cara.

—No lo sé. Simplemente estoy abrumada.

El corazón me dio un vuelco cuando me di cuenta de que una lágrima caía por su mejilla.

Una maldita *lágrima*.

Me levanté de la cama y me arrodillé frente a ella.

—¿Te lastimé? Por favor, dime cómo arreglarlo.

Ella negó con la cabeza.

—No, no es nada que hayas hecho. Simplemente… —Dejó escapar un sonido de angustia—. Necesito hacer yoga —soltó.

Esperé a ver si me daba más explicaciones, pero no dijo nada más. Estaba completamente fuera de mí. Nunca había mantenido una relación sentimental, prefería solucionar los problemas con violencia o dinero. Esto era algo totalmente más complicado, mas no me importaba. Me estaba dando cuenta rápidamente de que haría cualquier cosa por Julieta.

—De acuerdo —afirmé, apretando suavemente su pierna—. Hagamos un poco de yoga.

Dejó caer sus manos y no pude evitar acariciar su mejilla. Parecía tan triste, maldita sea.

—Sé que sueno como una loca. —Su mandíbula estaba tensa, su tono a la defensiva.

—No suenas como una loca. Simplemente quiero darte lo que necesites.

Respiró entrecortadamente y se agachó a mi lado para agarrar una colchoneta de yoga que tenía debajo de la cama.

—Solo tengo una colchoneta, pero puedes usarla si quieres acompañarme.

Demonios. Era demasiado tierna.

—Úsala tú, nena. Yo te seguiré.

Parecía insegura, pero la empujé suavemente y extendió la colchoneta en el espacio increíblemente limitado del piso. Había espacio suficiente para que yo me apretara a su lado.

Empezó de pie e hizo una serie de estiramientos, que yo imité lo mejor que pude. Hago ejercicio durante un par de horas todos los días, así que debería haberme resultado fácil seguirle el ritmo. Pero luego pasó a unas posturas de equilibrio que casi me hicieron caer sobre mi trasero, mientras que mi chica ni siquiera se tambaleaba.

Ella se mordió el labio contra una sonrisa cuando casi me caí otra vez.

—*Umm*, bajemos al suelo.

La seguí agradecido, disfrutando mucho de la vista de su trasero mientras se tumbaba boca abajo y apretaba el pecho contra el piso.

No entendía por qué estábamos haciendo yoga, aunque desde luego no lo odiaba.

Continuamos en silencio, con el sonido distante del tráfico como única banda sonora. Finalmente, Julieta se quedó tumbada boca arriba. Mi mano rozó la suya y ella la tomó, entrelazando sus dedos con los míos.

Respiró con fuerza, como si quisiera hablar. Esperé, en contra de mis instintos, para ser paciente con ella.

—No fue mi primera vez, pero fue la primera vez que quise tener sexo.

Sus palabras silenciosas flotaron en el aire un instante y luego cayeron, atravesándome el pecho como balas. Apreté su mano mientras la rabia me recorría, sin embargo, me obligué a permanecer tumbado en el piso.

—¿Me dirás qué pasó? —Mantuve mi voz suave.

—Fui muy estúpida. Mis amigas y yo habíamos salido a un club para celebrar el cumpleaños número veintiuno de Vivian. Allí conocí a un chico. Bailamos juntos casi toda la noche y parecía realmente interesado en mí.

Lo dijo como si fuera sorprendente que alguien se interesara por ella cuando era la persona más hermosa y maravillosa que jamás había conocido.

—Intercambiamos números y me invitó a salir. Dijo que quería llevarme a un lugar agradable. Fuimos a un restaurante en el lado este. Fue atento y encantador durante toda la cena. Me hizo sentir especial. Después de cenar, subí a su auto. Pensé que me llevaría a casa, pero en lugar de eso, me llevó a su casa. Estaba un poco nerviosa por entrar con él, pero me dijo que nos quedaríamos un ratito y luego me llevaría a casa.

Odiaba esto. Odiaba la forma robótica en que contaba la historia, como si intentara desligarse del dolor.

Le apreté la mano.

—Ahora estás a salvo.

Respiró entrecortadamente.

—Empezamos a besarnos y fue agradable, aunque luego siguió intentando quitarme la ropa. Le dije que no y se apartó enseguida, mas seguía sintiéndome incómoda. Quería irme a casa, pero me dijo que me quedara para ver una película que quería que viera. Si bien debí haberme ido, estaba desesperada por recibir atención. —Se le quebró la voz—. Soy tan patética. Me gustaba sentirme especial y deseada, así que me quedé.

—No digas eso sobre ti. —Mis palabras eran ásperas, salían de mi garganta como grava—. Por favor, cariño. No hiciste nada malo.

Volvió a moquear y acerqué la mano que me quedaba libre para secarle las lágrimas que caían por su mejilla.

—Me dio un refresco —continuó—. Debió de ponerle algo, porque después de eso todo fue borroso. Cuando me desperté, era de mañana. Fingió que solo me había quedado dormida, pero yo estaba adolorida y sangrando allí abajo y supe que había tenido sexo conmigo. Esa fue mi primera vez.

—¡Hijo de puta! —Exhalé. Quería estrechar a Julieta contra mi pecho, quería robármela para que nadie pudiera volver a hacerle daño, pero no quería interrumpir su historia.

—Conseguí llegar a casa y me encerré en mi apartamento. Y entonces descubrí que mi amiga Breanna se había…

Su voz se quebró mientras suaves sollozos sacudían su pecho. Había llegado a mi límite. Me acerqué y jalé suavemente a Julieta hasta que se acomodó sobre mi pecho. Su tacto me tranquilizó lo suficiente como para hacer retroceder a mi monstruo interior.

Por ahora.

Lo liberaría cuando fuera a cazar a ese violador.

—Breanna se había ¿qué? —pregunté en voz baja.

—Se suicidó. Ella había estado pasando por un momento difícil, pero esa noche, ella me había llamado. Y yo no contesté.

La abracé con más fuerza.

—No es tu culpa. Nada de lo que pasó, ni lo que él hizo, ni lo que ella hizo.

—Pero si no me hubiera ido con él, habría contestado el teléfono. ¿Y si hubiera podido detenerla?

Cada una de sus lágrimas que caían sobre mi pecho desnudo eran como pequeñas gotas de ácido. Las acogí dentro de mí, imaginando que me llevaba un poco de su dolor.

—Ella estaba sufriendo, pero tú también. Y culparte únicamente aumenta ese sufrimiento. —Mientras pronunciaba las palabras, me di cuenta de que podía estar hablándome a mí mismo. Tenía oscuridad dentro de mí. Me corrompía, contaminaba mis manos mientras Julieta era tan pura como la luz de las estrellas.

—No fui a su funeral —susurró Julieta—. Mis amigas intentaron llamarme. Vinieron aquí, pero no les abrí la puerta. Estaba demasiado avergonzada. Y para entonces, me aterrorizaba salir. Siempre me han aterrorizado los espacios pequeños después de algo que me pasó en la infancia. No obstante, ahora también tengo pánico a los espacios abiertos. Siempre me costó salir en público, aunque cuando mis amigas estaban conmigo, podía hacerlo. Las cosas han empeorado en los últimos dos años. Ya viste cómo soy. No puedo desviarme de mi ruta. Solo tengo unos pocos lugares que mi mente ha aceptado como seguros.

Quería preguntarle qué le había pasado cuando era más joven. ¿Tenía algo que ver con la pérdida de sus padres? No entendía cómo alguien tan preciosa como Julieta andaba por ahí con tantos traumas en su interior y seguía siendo tan dulce.

—Estás a salvo conmigo, Ángel. Siempre.

Finalmente se relajó contra mi pecho y me rodeó con sus brazos.

—No tiene sentido que me sienta tan segura contigo, pero así es.

Recorrí su espalda con mis manos. Su confianza era el mejor regalo que me habían hecho en la vida.

—Después de lo que pasó, tuve unas cuantas sesiones de terapia gratuitas por videollamada. Había un subsidio estatal que las cubría para víctimas de la violencia. Ella fue quien me enseñó a hacer yoga cuando estoy abrumada.

—Yo te agobié. —Tragué con dificultad, con una sensación de malestar en el estómago.

Se agarró a mí con más fuerza.

—No, no fue nada que tú hicieras. Yo lo deseaba. Mi cuerpo simplemente… tuvo una reacción después.

—Si lo hubiera sabido, habría… —Me quedé a medias porque no tenía la menor idea de lo que habría hecho diferente. Todo lo que sabía era que haría cualquier cosa por ella.

—No quiero que me trates de forma diferente. —Se apoyó en mi pecho y me alivió ver que había dejado de llorar—. No quiero que seas diferente. Solo me gustaría ser diferente.

—No —gruñí, agarrándole el cabello con la mano—. Eres jodidamente perfecta.

Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—Soy una carga enorme vestida con gabardina.

La agarré con más fuerza.

—Te usaré como una gabardina.

Hubo un momento de silencio y luego los dos nos reímos a carcajadas.

Me quejé.

—Se suponía que eso tenía que sonar romántico.

—*Oh,* no te preocupes. Así fue. La cumbre del romanticismo.

Golpeé ligeramente su trasero y luego mantuve mi mano allí, amasando suavemente como si fuera mi bola personal contra el estrés. No podía tener suficiente de ella. Mi Julieta.

—Es estúpido estar tan alterada por lo que pasó cuando ni siquiera lo recuerdo. No sé por qué dejo que me moleste tanto.

Mi mandíbula se apretó.

—No digas eso. Lo que te pasó fue horrible. Y estar inconsciente es quizá peor aún porque tu cerebro puede crear historias crueles para llenar los espacios en blanco.

Moqueó y asintió contra mi pecho.

—¿Fuiste a la policía después? ¿O al hospital?

—No. Tenía miedo. No pensé que me creerían.

Enredé su cabello entre mis dedos. Odiaba que no se le hubiera hecho justicia en los dos últimos años, pero me producía un placer enfermizo que ahora yo pudiera hacer justicia.

—¿Cómo se llama? —Mantuve la voz tranquila como si estuviera preguntando por el clima.

—*Um*, ¿por qué?

—Simple curiosidad.

—De alguna manera no te creo.

—Julieta.

—Está en el pasado. No importa.

—Claro que importa, carajo.

Resopló.

—Solamente sé su nombre de pila. Chase.

No era mucho, pero eso no me detendría. El violador pagaría por lo que hizo.

Besé la parte superior de su cabeza.

—Gracias.

Nos sumimos en un silencio suave. Pasé mis dedos por su rostro y deseé que siguiera desnuda, pero entendía por qué estaba más cómoda vestida.

—¿Estás segura de que no te lastimé?

—¿Con tu polla anormalmente grande? Creo que sobreviviré.

Volví a golpear su trasero, mi pecho se relajó ante su actitud atrevida. Tenía muchas más preguntas para ella, mucho más que quería decirle, pero en ese momento me bastaba con abrazarla.

—Gracias por confiar en mí, Julieta.

—Gracias por estar aquí, Romeo.

35

JULIETA

ROMEO

Te extraño, dulzura.

JULIETA

También te extraño. ¿Cómo van las cosas? ¿La esposa de tu jefe tuvo a su bebé?

ROMEO

Sí, hoy temprano. Justo ahora estoy saliendo del hospital.

JULIETA

Qué lindo que hayas ido a verlos.

ROMEO

Todavía tengo trabajo que hacer esta noche para cubrir a mi jefe, pero estoy libre mañana por la noche.

JULIETA

Oh caramba. Tengo planes.

El mensaje de Romeo llegó a la velocidad de un rayo y sonreí.

ROMEO

¿Qué putos planes?

JULIETA

Es un torneo muy importante de Mario Kart.

ROMEO

Julieta.

JULIETA

Romeo.

ROMEO

Chica malcriada. Iré a las siete con la cena.

JULIETA

Qué mandón.

Menos mal que esta tarde la librería estaba tranquila porque no podía dejar de sonreírle a mi teléfono como una tonta. La mañana después de Navidad, me había despertado con Romeo a mi lado. Mi cama era pequeña, así que era la única forma de dormir sin que uno de los dos se cayera, pero me había rodeado fuertemente con sus brazos y sus piernas. Habíamos vuelto a tener sexo y Romeo no había parado hasta que me había corrido tres veces.

Ambos nos resistíamos a separarnos, pero Romeo me había dicho que tenía trabajo extra porque la esposa de su jefe estaba a punto de dar a luz. Sin embargo, desde que se fue aquella mañana, me había enviado mensajes de texto constantemente durante el día y habíamos vuelto a hablar por teléfono casi todas las noches.

Me costaba aceptar que las cosas en mi vida iban… *bien*. Mejor que bien. Mis dedos navegaron automáticamente a mi aplicación del banco por millonésima vez simplemente para mirar el saldo $10,583. Mi corazón latía con fuerza cada vez que veía la cifra. Era más dinero del que jamás había tenido, más dinero del que jamás podría haber soñado tener, después de que me depositaran en la cuenta un subsidio de diez mil dólares. Cuando recibí la carta de la Administración de Servicios para Niños antes de Navidad, estaba segura de que se trataba de una estafa. Pero entonces el dinero llegó a mi cuenta bancaria. La carta decía que algún benefactor había donado dinero para destinarlo directamente a los niños que habían salido del sistema. No entendía por qué me habían elegido ni

cómo tenían mis datos bancarios. Esperaba recibir otra carta diciéndome que había sido un error y que retirarían el dinero, pero cada vez que revisaba mi cuenta, seguía allí.

Mientras cerraba la librería esta noche, fantaseaba en qué podría utilizar el dinero. ¿Un apartamento más bonito?

¿Montones de libros?

¿Una cama más grande en la que cupiéramos Romeo y yo sin problemas?

Detuve el flujo de pensamientos rápidamente. Romeo no me había hecho ninguna promesa sobre nuestra relación. Tal vez porque estaba tan desesperada por cualquier tipo de afecto que no le había preguntado qué era esto, qué éramos. No le había insistido, no le había cuestionado si se acostaba con otras mujeres o si había venido en Navidad porque estaba aburrido y no tenía nada más qué hacer. Porque si le preguntaba y me decía que esto era simplemente algo casual para él, no pensé que mi corazón pudiera soportarlo.

«Deja de ser una cobarde. Has vivido cosas peores que ser rechazada por un chico».

Aunque eso era cierto, al estar con Romeo era la primera vez que me sentía realmente viva en los últimos dos años. Si se iba, ¿sería capaz de evitar volver a la oscuridad?

36

ROMEO

—Las estaciones de radio de aquí apestan —refunfuñó Sienna antes de cambiar el estéreo a *Bluetooth.*

—Para empezar, no entiendo por qué escuchas la radio.

Se encogió de hombros.

—Me ayuda a encontrar música nueva.

—Por el módico precio de sufrir con comentarios ridículos y millones de anuncios.

—Los comentarios y los anuncios son simplemente un extra de diversión. Es nostálgico.

Puse los ojos en blanco, sonriendo. ¿Cómo iba a dejar de hacerlo si estaba a unas horas de ver a Julieta? Entre el trabajo y el parto de Sofiya, no la había visto desde Navidad. Había sido una tortura.

Con suerte me dejaría pasar la noche con ella de nuevo.

Después de dormir a su lado, incluso en su pequeña cama de mierda con los resortes clavándose en mi espalda, cualquier noche que pasara durmiendo sin Julieta pegada a mi cuerpo era un desperdicio.

Sin embargo, antes de nuestra cita de esta noche, me dirigía al norte del estado con Sienna para recoger una especie de mecedora hecha a la medida para el cuarto del bebé de Matteo y Sofiya. La pequeña Clementine había nacido una semana antes de lo previsto,

por lo que un Matteo gruñón nos exigió que fuéramos a buscar esa silla para que el cuarto de la niña fuera perfecto para Sofiya. Verlo en modo padre exagerado no tenía precio, demonios.

Clementine llevaba un día en casa, y yo estaba bastante seguro de que había pasado toda su corta vida en brazos de alguien. Principalmente en los de Matteo, porque se negaba a soltarla, aunque todos estábamos completamente obsesionados con ella. Nunca había pensado mucho en tener hijos, ¿pero sostener a Clementine contra mi pecho? Me hacía sentir… algo.

«¿Julieta quería hijos?».

—Y… ¿cómo van las cosas entre tú y tu dueña de la librería? —La pregunta pícara de Sienna me sacó de mi ensoñación y me puso nervioso. Una parte de mí se sentía como un dragón, queriendo mantener a Julieta escondida en mi guarida. Pero la otra parte quería mostrarla al mundo entero, o al menos a mi familia.

—La veré esta noche.

Sienna me pellizcó la mejilla y se rio.

—Ni siquiera puedes evitar sonreír cuando hablas de ella.

Sí, eso era porque *ella* era perfecta.

Pero entonces mi sonrisa se desvaneció.

—Voy a decirle quién soy.

—*Oh*, mierda.

Observé su expresión de sorpresa.

—¿Crees que es una mala idea? Pensé que habías dicho que lo hiciera.

Me agarró el brazo.

—No, lo siento. No creo que sea mala idea. Simplemente me sorprendió. Esto es algo muy bueno.

Tragué con dificultad.

—Intenté crear cierta distancia entre nosotros, pero… no puedo mantenerme alejado.

Sienna soltó un chillido.

—Me alegro mucho por ti. ¿Vas a hacer que se mude contigo? Me muero por conocerla mejor.

—Probablemente sea demasiado pronto para pedirle que se mude —refunfuñé.

Me vio como si supiera que estaba diciendo tonterías. Bueno, había estado fantaseando con cómo sería que Julieta viviera conmigo. Despertarme envuelto en ella por la mañana. Follármela toda la noche. Verla moverse por mi apartamento, usando mi ropa.

—Sofiya y Matteo se conocían desde hacía aproximadamente dos horas antes de vivir juntos.

Puse los ojos en blanco mientras seguía las instrucciones del GPS y giraba a la izquierda por una tranquila carretera secundaria.

—Un matrimonio arreglado es diferente. Y ambos pertenecen a la mafia. Nuestro mundo no funciona con normalidad.

—Lo sé. Pero eso no significa que…

El resto de sus palabras fueron interrumpidas por una serie de estallidos y el chirrido del metal. Las balas del vehículo que venía en dirección contraria crearon grietas en forma de telaraña en el parabrisas y las ventanas de los lados.

—¡Agáchate y llama a Matteo! —grité, poniendo mi mano en la nuca de Sienna y empujándola hacia adelante. La SUV era a prueba de balas, mas no era indestructible.

Agarré mi pistola de la consola lateral y maldije por no haber traído más hombres conmigo. Con la salida del Carnicero de la ciudad, me había vuelto demasiado confiado.

El coche que nos disparó giró bruscamente en U y aceleró para perseguirnos. Aceleré la camioneta, con mi mirada fija en el espejo retrovisor mientras vigilaba el vehículo. Sienna permaneció inclinada en su asiento mientras se apresuraba a contarle a Matteo lo que estaba ocurriendo.

—¡Carajo! —Más balas rebotaron contra la SUV desde un nuevo coche que se dirigía hacia nosotros. Esta vez, lograron darle a nuestro neumático. Sienna gritó mientras empezábamos a dar vueltas. Tenía los nudillos blancos sobre el volante mientras intentaba enderezarnos, pero nos salimos de la carretera y nos detuvimos bruscamente en una zanja. Estábamos justo al borde de un parque estatal muy arbolado al norte de la ciudad.

Agarré con fuerza el hombro de Sienna.

—¿Estás bien? —Tenía los ojos muy abiertos, pero asintió—. Espera ahí.

Agarré otra pistola de la consola y salí de la camioneta, agachándome detrás de ella mientras esperaba. Se me aceleró el corazón, pero recurrí a mi oscuridad y dejé que se apoderara de mí.

Estos bastardos no iban a lastimar a Sienna. No lo permitiría.

El primer coche se detuvo en medio de la carretera y se abrieron las puertas. Antes de que el tipo del asiento del pasajero pudiera salir del todo, le disparé en la frente. Las balas que respondieron alcanzaron la carrocería de la SUV y me agazapé detrás de ella. El crujido de la grava me hizo saber que el segundo auto se había detenido. Me acerqué sigilosamente a la parte delantera de la camioneta y disparé una ráfaga de balas contra el segundo vehículo. Un grito me indicó que le había dado al menos a un blanco, mas no pude saborear mi victoria porque devolvieron el fuego. El sonido de los cristales al romperse hizo que el pánico se apoderara de mí cuando el parabrisas de la SUV se hizo añicos. Abrí de golpe la puerta del pasajero y encontré a Sienna cubierta de cristales. La saqué del auto, obligándola a permanecer agachada mientras la depositaba en el suelo.

Una línea de sangre corría por su cara, lo que me hizo sentir mal.

—Estoy bien —aseguró en voz baja.

La revisaría en cuanto estuviéramos a salvo, pero de momento le di una de mis armas. Se había convertido en una buena tiradora bajo el entrenamiento de Sofiya.

—¡Los necesitamos vivos! —demandó una voz con acento muy marcado.

Sienna me agarró el antebrazo, clavándome las uñas. Tenían que ser los albaneses. No sabía por qué nos querían vivos, sin embargo, no nos capturarían. Señalé con la cabeza la línea de árboles que había a unos metros. Matteo conocía nuestra ubicación, pero estábamos a una hora de la ciudad y a veinte minutos del almacén más cercano. Teníamos que resistir hasta que llegaran nuestros soldados.

Le hice un gesto a Sienna para que se adelantara. Tendríamos que salir corriendo para adentrarnos en el bosque. Una vez allí, sería mucho más difícil para los albaneses atacarnos, no obstante, cruzar esos pocos metros nos dejaría expuestos.

—*¿Lista?* —Articulé.

Asintió y empezó a correr, manteniéndose lo más cerca posible del suelo. La seguí mientras corríamos hacia la línea de árboles.

Las balas rebotaban cerca de mis pies, pero seguíamos corriendo.

—A la derecha —indiqué, siguiendo a Sienna mientras se desviaba del sendero hacia una zona boscosa más densa, repleta de árboles verdosos.

Seguimos avanzando, con el silencio zumbándome en los oídos, casi doloroso después del estruendo de las balas. Cuando Sienna se tropezó, me lancé hacia adelante para evitar que se cayera.

—Ven, siéntate. —La llevé detrás de un gran árbol, observando el bosque en busca de señales de los albaneses.

Se encorvó mientras intentaba controlar su respiración agitada. Tenía el cabello lleno de pequeños fragmentos de cristal y maldije mientras intentaba quitárselos para que no le cortaran más la piel.

Sienna sacó su teléfono con manos temblorosas y respondió a la llamada entrante de su hermano.

—Estamos escondidos en el bosque junto a la carretera de donde nos tendieron la emboscada —susurró.

Mantuve mi arma en la mano, con los ojos bien abiertos por donde habíamos venido, hasta que Sienna me tocó con el teléfono. Lo tomé.

—*Seis soldados del almacén están a diez minutos* —notificó Matteo.

—Nos quedaremos en el bosque hasta entonces.

—*Protégela con tu vida.*

—Siempre.

Le di el teléfono a Sienna y le hice un gesto para que se sentara. Le temblaban las piernas y parecía a punto de desmayarse por el choque de adrenalina.

—Ya vienen los refuerzos. —La tranquilicé, manteniendo la voz baja—. ¿Estás herida en algún otro lugar?

Parpadeó lentamente, apartando su cabello enredado de la cara.

—Estoy bien.

Había sacado los trozos de cristal más grandes, pero me preocupaba que quedaran trozos más pequeños.

Los minutos pasaban agonizantemente lentos. ¿Debíamos adentrarnos en el bosque? Si nos movíamos, podrían escucharnos o vernos mejor que si permanecíamos escondidos detrás de este árbol, no obstante, esperar en silencio iba en contra de todos mis instintos. Quería volver corriendo a la carretera y eliminarlos a todos, pero tenía que pensar en Sienna.

El crujido de una rama nos dejó paralizados.

Señalé hacia su arma y ella la sujetó con fuerza con un movimiento de cabeza, poniéndose de rodillas. Le levanté la mano para que se quedara quieta mientras yo rodeaba el tronco.

Clavé mi mirada en la del Carnicero, que se encontraba a unos cinco metros, en el sendero del bosque.

El Carnicero, que se suponía que estaba *en la maldita Albania*.

Me sonrió a través de los árboles como si estuviéramos compartiendo una broma privada. El odio me hervía por dentro mientras mi oscuridad salía a la superficie. Tenía la pistola en la mano, mas dudé. El disparo les indicaría a los demás albaneses dónde nos encontrábamos, y no estaba seguro de poder detenerlos sin poner en peligro a Sienna.

El Carnicero tenía la pistola en la mano de forma relajada, apuntando inexplicablemente al suelo para confirmar que no estaba aquí para matarnos. ¿Creía que tomarnos como rehenes le daría una ventaja sobre el Don?

Un grito a lo lejos, seguido de una ráfaga de disparos desde la carretera, me indicó que nuestros hombres habían llegado. Aproveché la fracción de segundo de distracción para dispararle al Carnicero. Falle el tiro y él se echó a un lado con una carcajada.

—Quédate aquí —le dije a Sienna mientras saltaba de detrás del árbol y corría hacia el sendero.

Un destello de tela negra adelante fue mi única advertencia de que el Carnicero estaba huyendo. Sonaron alarmas en mi cabeza: ¿por qué no me disparaba? ¿Me estaba llevando a una trampa?

—¡¿Eres demasiado cobarde para enfrentarme?! —bramé.

Se dio la vuelta con un gruñido. Todavía había demasiados árboles entre nosotros para tener un tiro directo, pero lo hice de todos modos. Soltó un rugido y se agarró la mano, de la que le goteaba sangre.

—¡Romeo!

El grito de Sienna me hizo girarme justo a tiempo para ver a un hombre apuntándome con su arma. Me tiré al suelo, pero un ardor abrasador en el brazo me indicó que me había dado. Si bien esperaba que simplemente fuera un rasguño, no tuve tiempo de detenerme a comprobarlo. Rodé y me levanté, apuntando con mi arma hacia mi atacante, aunque ya estaba en el suelo. Sienna salió de detrás de un árbol, con las manos temblorosas mientras miraba al hombre al que le había disparado. Me di la vuelta, buscando al Carnicero, pero ya no estaba. En su lugar, vi a dos de mis hombres, Elio y Gianni, corriendo por el sendero hacia nosotros.

—Gianni, quédate con Sienna. Elio, ven conmigo. El Carnicero está por aquí en algún lugar. —Señalé el sendero por el que lo había visto por última vez y Elio se apresuró. Lo seguí, intentando mantener mi brazo lo más inmóvil posible mientras corría entre los árboles.

Tras quince minutos de búsqueda, no aparecía por ninguna parte.

—*Cazzo!* —Maldije al detenerme.

—¿A dónde carajo se habrá ido? —cuestionó Elio.

Me restregué la mano por la cara. No tenía la menor idea. Había estado buscando gotas de sangre en el suelo del bosque para ver si podíamos rastrearlo de esa manera, aun así, nada.

—Volvamos con Sienna, pero mantente alerta —ordené.

Volvimos a la carretera, donde nos esperaban Sienna, Gianni y Antonio. Abrí los brazos hacia Sienna para abrazarla, estrechándola contra mí.

—Eres muy ruda —halagué—. ¿Estás bien? ¿Alguna otra herida? —Se había limpiado la sangre del rostro.

—No, estoy bien. Solo quiero irme a casa.

—Hablé con el Don sobre la limpieza —informó Gianni—. Movimos todos los cuerpos a los autos de los albaneses y nuestro

equipo de limpieza está en camino. Antonio y yo nos quedaremos aquí para reunirnos con ellos. Elio volverá a la ciudad contigo y con Sienna en nuestra camioneta.

—¿El Don sabe lo del Carnicero? —preguntó Elio.

Los ojos de Antonio se abrieron de par en par.

—¿El Carnicero?

Mi mandíbula se tensó.

—Estuvo aquí. Llamaré a Matteo cuando estemos en camino. Revisa mi coche en busca de rastreadores antes de deshacerte de él.

Sienna se mordió el labio.

—¿Crees que nos están rastreando?

—Encontraron nuestra ubicación de alguna manera.

Los hombres y yo inspeccionamos cuidadosamente el vehículo blindado que habían conducido desde el almacén en busca de rastreadores, sin encontrar nada. Habría esperado a que el equipo de limpieza se ocupara de todo, pero quería llevar de vuelta a Sienna lo antes posible, además, Matteo y yo teníamos que planear nuestro contraataque.

37

ROMEO

—¡Dijiste que se había ido del país, maldición! ¡Que múltiples cámaras lo captaron en Albania, y nuestro informante en el lugar confirmó que estaba allí esta mañana! Entonces, ¿cómo diablos sigue el Carnicero en *mi* ciudad?

Franco no se acobardó ante Matteo, aunque vi el miedo en los ojos del *hacker.*

—No lo sé, jefe. Usted mismo vio las fotos del Carnicero de esta mañana.

Matteo entrecerró los ojos.

—Sí, y estoy seguro de que sería fácil para alguien como tú falsificar imágenes como esas.

—Yo nunca lo traicionaría, Don Rossi. Jamás.

La familia de Franco le había sido leal al padre de Matteo y nunca había aceptado el régimen de su tío usurpador. Cuando Franco se convirtió en un miembro de la mafia a los dieciocho años, le dijo a Matteo que estaba interesado en la informática y pensó que sería más útil para la *Familia* de esa manera. Matteo lo apoyó para que obtuviera su título en Ingeniería en Computación, y se entrenó con varios *hackers* en los años siguientes hasta que se convirtió en uno de los mejores del mundo. No podía imaginar por qué el hombre callado y solitario nos traicionaría, pero comprendía las sospechas de

Matteo. Ninguno de nosotros esperaba que Domenico nos traicionara el año pasado, y eso nos había causado tanto dolor y sufrimiento.

—Quedas relevado de tus funciones y en arresto domiciliario. Enzo te acompañará a tu apartamento. Nos llevaremos todas tus computadoras y otros dispositivos.

—Señor, por favor, yo nunca…

Matteo lo interrumpió con un gesto de mano.

—Vete.

Franco pasó junto a mí con los hombros encogidos. Enzo lo estaba esperando cuando se abrió la puerta, con los brazos cruzados y la mirada severa. Asintió a Matteo con un gesto seco antes de acompañar a Franco.

A nuestros hombres les caía bien Franco. Era un poco raro y casi nunca salía de la cueva de su oficina, pero sus *hackeos* habían salvado la vida de muchos de la *Familia*. Esto causaría un gran revuelo en nuestros hombres.

—¿Estás seguro de esto? —Nunca me había contenido con Matteo. Había sido mi amigo antes de ser Don. No obstante, la mirada gélida que me dirigía en ese momento me hizo recordar por qué nuestros enemigos lo llamaban el Ángel de la Muerte.

—¿Me estás cuestionando? —Dio un paso hacia mí, pero me mantuve firme.

—No sabía que esto fuera una dictadura.

—Nos están atacando. ¡Mi esposa, mi bebé recién nacida y mi hermana están siendo atacadas! O Franco es un traidor o es un incompetente, y no voy a tolerar ninguna de las dos cosas. —Matteo respiraba agitadamente, con los ojos desorbitados, y algo dentro de mí se suavizó.

Ojalá pudiera rebatir su lógica. No quería creer que teníamos otro traidor en la *Familia*, y menos un hombre que me había salvado la vida personalmente en múltiples ocasiones. Pero estábamos en una situación precaria, no solamente por la seguridad de los nuestros, sino también por nuestra posición en el mundo del crimen organizado. No podíamos ser vistos como débiles, u otras facciones empezarían a adentrarse.

—Tú sabes cuánto las quiero también.

Matteo asintió.

—Lo sé. Pero te necesito concentrado.

Me irrité.

—Estoy concentrado.

—No. Estás estas dejando que un puto pedazo de culo te distraiga.

Mis puños se cerraron y necesité todo mi autocontrol para no darle un puñetazo.

—*Jamás* vuelvas a insultarla. ¿Y distraerme? ¿Como Sofiya te distrae a ti?

El rostro de Matteo era una máscara de furia mientras permanecíamos frente a frente.

—Sofiya me fue *útil*, a la mafia, para formar una alianza. Ni siquiera sé quién es esta mujer.

Nos observamos fijamente, respirando con dificultad, hasta que Matteo dio un paso hacia atrás, pasándose la mano por el cabello.

—¡Joder! ¡Mierda! No le digas a Sofiya que dije eso.

Se sentó y apoyó su cabeza en sus manos. Los últimos meses le habían afectado mucho a mi hermano. Entre el estrés de los albaneses, reformar la alianza con la *Bratva* y preocuparse por Sofiya y Clementine, tenía canas nuevas.

—Sabes que amo a Sofiya. Más que a nada. No pretendía…

—Lo sé, *Fratello*. —Me hundí de nuevo en mi silla.

Nunca había visto un amor como el que Matteo le mostraba a Sofiya, excepto quizás en la relación de mis padres, cuando mi padre aún vivía.

—¿Amas a esta chica? —preguntó.

Tragué saliva. *«¿Amaba a Julieta?».* La sola idea de mi vida sin ella me destrozaba. Pero ¿y si realmente aceptaba lo que estaba pasando entre nosotros, la involucraba en mi vida y la exponía al peligro? ¿Eso era amor?

—Tal vez —admití—. Aunque quizá sea *más amor* dejarla ir. ¿Cómo podría traerla a esta vida y ponerla en peligro?

—Tienes que decidir. Rompe con ella o tráela a esta vida. Así como estás, la pones en peligro a ella y a nosotros.

Quería protestar, decirle que estaba equivocado, pero no podía. Cuanto más tiempo siguiera conectado a Julieta, más peligro corría.

38

ROMEO

Me quedé mirando mi teléfono, temiendo lo que tenía que hacer. No era seguro para mí estar cerca de Julieta, al menos no mientras el Carnicero siguiera en la ciudad.

Yo no era bueno para Julieta. Ella merecía suavidad y seguridad. Ella pensaba que había estado hablando con Romeo, el hombre de negocios de buena reputación, no con Romeo, el subjefe de la *Mafia*. Me aferré a la esperanza de que una vez que desmanteláramos a los albaneses, podría retomar las cosas con ella. Eso era si todavía me quería. En algún momento tendría que decirle la verdad de quién era, y el miedo a su rechazo me atormentaba.

Sin embargo, ahora sabía lo que tenía que hacer. Tenía que dejarla ir para que pudiera estar a salvo.

ROMEO

Tengo que cancelar lo de esta noche. Tengo que salir de la ciudad por un asunto de trabajo de último minuto.

JULIETA

Oh, eso apesta. ¿Cuándo te vas? ¿Quieres venir a mi casa a comer algo antes de irte?

ROMEO

Ya estoy de camino al aeropuerto.

JULIETA

Eso fue rápido.

ROMEO

Siento no haber podido despedirme en persona, esto surgió muy rápido.

JULIETA

¿Volverás a Chicago?

ROMEO

Sí, todavía estamos trabajando en esta fusión. Estaré muy ocupado así que probablemente no podré hablar mucho.

Una burbuja apareció mientras Julieta tecleaba, paraba, volvía a empezar y paraba.

JULIETA

Oh, claro

No te preocupes por mí. No es que estuvieras preocupado por mí, ja

Ignórame

Espero que todo salga bien. Come pizza Deep-Dish por mí.

Con cada uno de sus mensajes, mi corazón se rompía un poco más. Mi Julieta, que no entendía lo mucho que se merecía. Agarré un cojín del sofá y lo lancé con un grito. Cayó insatisfactoriamente al suelo.

Me jalé el cabello mientras daba vueltas por la habitación, tratando de decidir mis próximos movimientos. Cuanto más tiempo permanecía allí, más se transformaba mi desesperación en furia. Toda esta situación era culpa de los albaneses. Me alejaban de mi chica y amenazaban la seguridad de mi familia, y yo haría todo lo posible por destruirlos.

39

JULIETA

HOY ERA EL DÍA.

Iba a ir a la panadería italiana de la que me habló Romeo.

«Podía ser normal, hacer cosas normales». Me lo repetía a mí misma, esperando que eso me hiciera creerlo.

Ya estaba temblando cuando abrí la puerta del vestíbulo y salí a la calle. Por un segundo, pensé en llamar a Romeo. Solo con escuchar su voz se calmaría mi ansiedad, pero apenas habíamos hablado esta última semana con lo ocupado que estaba. Me dolió su silencio, mas intenté no darle importancia. No podía exigirle que me dedicara tiempo, aun así, lo echaba de menos. Imaginé su voz en mi cabeza, diciéndome que estaba haciendo un buen trabajo mientras empezaba a caminar.

Hasta el momento, era mi camino usual al trabajo. Podía soportarlo. Pero cuanto más me acercaba a la intersección, más me temblaban las manos. Me detuve en la esquina y una oleada de mareos me invadió hasta que me vi obligada a apoyarme contra un contenedor de basura. Mi piel se calentaba y enfriaba mientras respiraba entrecortadamente. Nadie me prestó atención mientras me rodeaban por la acera, y agradecí la inmunidad de los neoyorquinos a los comportamientos extraños.

No podía soportar tener una audiencia en ese momento.

Por fin levanté la cabeza. La panadería estaba justamente a dos calles en dirección contraria a mi trabajo. Dos calles fuera de mi ruta segura. Imaginé el rostro de Romeo cuando le dijera que lo había logrado. Iba a estar muy orgulloso de mí. Prácticamente podía sentir cómo me abrazaba mientras me besaba la parte superior de la cabeza.

En ese momento me di cuenta de que haría casi cualquier cosa para que Romeo estuviera orgulloso de mí. Quería que me rodeara con sus brazos, lo *ansiaba*.

Me enderecé, arrugando la nariz al darme cuenta de que había estado tocando un contenedor de basura de New York, *qué asco*, y comencé a caminar por la calle. Sentía tanta presión en el pecho que parecía que me estaban estrangulando, no obstante, seguí caminando.

Una calle menos.

La panadería estaba a la vista. La fachada tenía ese aire discreto y un poco deteriorado que indicaba que la comida sería increíble.

Y entonces estaba parada frente a ella. El primer lugar nuevo en el que había estado en tanto tiempo. No sabía si debía correr, esconderme, gritar, levantar mi puño o algo más. Al final, simplemente agarré el picaporte y abrí la puerta de un jalón.

Al entrar, me invadió un cálido manto de azúcar. Enseguida me sentí como en casa. Había demasiado que asimilar visualmente, así que mantuve mi mirada fija en el mostrador. Todo tenía un aspecto increíble. Había algunas cosas que reconocí, como los *cannoli* y el tiramisú, pero también tenían diferentes pastelillos tipo *croissant* rellenos de crema, algo llamado *maritozzi*, y un surtido de galletas. El hombre mayor del mostrador me sonrió mientras me preguntaba qué quería pedir y fue sorprendentemente paciente con mis preguntas. Quería todo. Me guiñó un ojo mientras metía algunos pastelitos extra en mi caja.

Pagué y me hice a un lado para esperar a que el hombre terminara de empacar mi pedido, y fue entonces cuando lo vi. A Romeo. Estaba sentado en una mesa al fondo de la panadería con otros dos hombres vestidos de traje. Sonreí de oreja a oreja y el peso que llevaba en el pecho desapareció cuando me acerqué a él.

La emoción que sentí al verlo me hizo olvidar que se suponía que no estaba en la ciudad. Lamentaría ese lapsus.

40

ROMEO

«Mierda, mierda, mierda».

Julieta estaba aquí.

En cuanto entró por la puerta, mis ojos volaron hacia su presencia como si mi cuerpo estuviera especialmente programado para fijarse siempre en ella.

No podía creer que estuviera aquí. Se me partió el corazón porque mi Julieta había ido a un lugar *nuevo*, aunque eso le diera mucho miedo. Era tan valiente, carajo. Quería saltar de mi silla, levantarla y darle vueltas. Quería comprar toda la panadería para celebrar a mi chica. Quería que todo el mundo supiera lo increíble que era antes de decirles a todos que se fueran porque la quería para mí solo. Además, hoy se veía tan hermosa con el overol verde y la chaqueta a juego que *yo* le había regalado, con la nariz rosada por el viento frío.

Sin embargo, no podía hacer nada de eso porque estaba aquí haciendo negocios con los putos serbios. Matteo no quería dejar a Sofiya sola en casa con una recién nacida, y no lo culpaba. Pero eso significaba más reuniones estúpidas para mí. Eran hombres peligrosos en los que no podía confiar cuando estuvieran cerca de mi chica. Si supieran lo importante que era para mí, eso la pondría en peligro. Podrían usarla como una ventaja en mi contra, y funcionaría

maldita sea, porque preferiría morir antes que ver lastimada a Julieta.

Sugerí la panadería para nuestra reunión con el fin de desconcertarlos; pensé que así se les escaparían algunas cosas en lugar de reunirnos en la oficina. Ahora me arrepentía de todo. ¿Por qué había pensado que era buena idea traerlos cerca de donde vivía mi chica? Tenía que actuar mejor, ser mejor para ella, a menos que quisiera que la historia se repitiera. La imagen del cadáver tendido de mi padre pasó ante mis ojos y apreté mis puños.

Rápidamente volví a centrar mi atención en los hombres, Vlad y Dragan. Con un poco de suerte, Julieta no me vería y se marcharía sin saber que estaba aquí.

—Lo que la gente entiende es que estos ricachones idiotas se gastarán cantidades casi ilimitadas de dinero en arte del Mercado Negro específicamente porque es del Mercado Negro. Quieren algo tan exclusivo que no solamente son los únicos que lo tienen, sino que nadie más podría siquiera soñar con conseguirlo —dijo Dragan.

—Nadie domina el mercado del arte en Estados Unidos en estos momentos —añadió Vlad—. Los rusos han ampliado su dominio sobre los diamantes y otras gemas. La *Yakuza* controla parte del mercado del arte asiático. Pero nosotros tenemos acceso al Medio Oriente y al norte de África. Y cuando finalicemos nuestra alianza con los nigerianos, también tendremos acceso a África central. Traeríamos el arte a través de los puertos de New York bajo su control y lo distribuiríamos a través de subastas clandestinas exclusivas.

Me recosté en la silla, fingiendo indiferencia mientras el corazón se me salía del pecho. Por el rabillo del ojo, vi a Julieta haciéndole un pedido a Marco en el mostrador. Puede que tuviera cerca de ochenta años, pero aun así los celos hacían arder mi pecho al ver que había conseguido robarle una de sus sonrisas. Me dolía el corazón de lo mucho que la extrañaba.

—¿Y por qué les daríamos acceso a esas rutas comerciales? —pregunté—. ¿Qué nos pueden ofrecer?

Ambos hombres apretaron las mandíbulas. Los serbios no tenían el poder de la Mafia Italiana, y menos con nuestra nueva Alianza con

la *Bratva*, pero estaba claro que no les gustaba que se lo recordaran.

—Tenemos mucho que ofrecerle al Don… —Empezó a decir Dragan.

—¡Hola!

Mi corazón se desplomó y el pavor se apoderó de mí cuando me giré para ver el rostro radiante de Julieta. Se acercó a mi mesa, miró a los dos hombres y luego se dirigió a mí.

—Siento interrumpir, es que no puedo creer…

—¿Y tú quién eres? —cuestioné con dureza, interrumpiéndola.

Su boca se cerró de golpe, el dolor nubló sus ojos y mi corazón se partió en dos.

—Sí, ¿quién es esta? —inquirió Vlad. Sus ojos recorrieron su cuerpo y mi mano se movió hacia el tenedor sobre la mesa. No me llevaría más que unos segundos arrancarle los ojos de sus órbitas.

La cara de Julieta enrojeció y dio un pequeño paso hacia atrás.

—No sabía que este fuera tu tipo, Romeo —se mofó Dragan, riendo entre dientes—. Sin duda podemos obsequiarte algunas chicas si lo deseas. Tenemos acceso a algunas de las mejores prostitutas del mundo. Incluso encontraremos algunas *gordas* si eso es lo que te gusta.

Forcé una carcajada.

—No, gracias. —Miré a Julieta a los ojos—. Será mejor que huyas, pequeña. Aquí no encontrarás lo que buscas.

Tragó saliva con dificultad antes de darse la vuelta y salir apresuradamente por la puerta. Marco, que tenía el ceño fruncido, me miró desde detrás del mostrador y levantó la caja de postres que Julieta había dejado.

41

JULIETA

Las lágrimas me cegaban mientras salía a tropezones de la panadería e intentaba volver a mi apartamento. Estaba tan desorientada que me equivoqué de camino y acabé en una calle completamente desconocida. El pánico me oprimió la garganta mientras intentaba encontrar orientación. Varias personas se pararon a mirarme y una mujer mayor, preocupada, me preguntó si estaba bien. Eso simplemente provocó que corriera más deprisa.

«Peligroso. Peligroso. Peligroso».

Por fin llegué a mi edificio. Subí las escaleras con las piernas débiles cuando lo único que quería era acurrucarme como una bolita. Me temblaban las manos mientras intentaba abrir la puerta, con la vista borrosa. Finalmente la abrí y la cerré de un portazo antes de caer al suelo.

Me agarré el cuello, incapaz de tomar aire. Todo se desmoronaba a mi alrededor. Lo único que veía cuando cerraba los ojos era el desdén en el rostro de Romeo cuando le hablé, el sonido de su risa cuando el otro hombre me había llamado *gorda*. Romeo, quien me había dicho que estaba *fuera de la ciudad* por negocios, y que por eso no había podido verme… Ya que había estado demasiado ocupado para siquiera hablar conmigo.

Era tan injusto. Yo había estado *bien* sin él. Puede que mi vida fuera pequeña y patética, pero era *mía*. Y entonces él irrumpió en ella, con sus palabras dulces y sus promesas, y me dejó con esta agonía. Por eso no podía confiar en nadie. Por eso tenía que estar sola.

Oleadas de dolor me inundaban, demasiado pesadas para soportarlas. Iba a asfixiarme si no conseguía salir de debajo de todo esto. Me arrastré hasta el baño, sabiendo que solamente había una cosa que haría que esta sensación se detuviera. La vergüenza brotó de mi interior mientras agarraba la navaja de afeitar de debajo del lavabo.

Torpemente abrí la cremallera del overol, dejando escapar un grito cuando no pude quitármelo lo suficientemente rápido. Era algo que él me había regalado, parte de la tortura de fingir que le importaba. El overol se rasgó cuando me lo quité de encima y solté un sollozo.

El piso de azulejos mugrientos se sentía frío contra mis piernas y mi trasero. Una corriente helada se colaba por las grietas de la ventana. Y nada de eso me importaba una mierda.

Me miré los muslos, ya llenos de cicatrices, y levanté la navaja que tenía en la mano.

No sentí dolor después del primer corte.

Ni el segundo.

La sangre se filtró en el piso del baño con el tercero.

No estaba funcionando.

Mi corazón seguía *sintiendo*.

Corté de nuevo.

Él me arruinó. Me hizo sentir demasiado.

Otro.

Y otro más.

El color rojo era tan vívido contra la aburrida habitación gris. Contra mi aburrida vida gris. Posé la cuchilla en mi mano, preguntándome si debería hacerlo. Simplemente acabar con todo.

Una voz en el fondo de mi mente se agitó. *«¿De verdad vas a suicidarte por un hombre, Julieta? Vamos, maldita sea. Eres mejor que eso».*

Me apoyé contra la pared y la navaja cayó al suelo. La voz se parecía mucho a la de Breanna. Una leve sonrisa retorció mis labios mientras la sangre se acumulaba bajo mis piernas, y finalmente todo se entumeció.

No había sensaciones, ni dolor, ni frío. Floté, el cansancio y el estrés de todo aquello hundiéndome.

42

ROMEO

Entré con los serbios a Nocturne, un exclusivo club sexual del Upper West Side que pertenecía a la *Familia*. Era temprano por la noche, por lo que aún estaba tranquilo, aunque ya había varias parejas junto al bar y meseras con el torso desnudo sirviendo tragos por el salón.

Nos acomodamos en una cabina de la esquina. Vlad y Dragan intentaban ocultar una mirada de asombro tras una expresión indiferente.

Dragan se inclinó hacia nosotros.

—Este es exactamente el tipo de lugar en el que podríamos encontrar clientes. Incluso podríamos realizar aquí las subastas de arte.

—Las hemos celebrado en clubes similares de Europa. Claro que les daríamos una parte de las ganancias a cambio del uso de las rutas comerciales y el espacio.

Mi mente divagaba mientras los dos hombres me explicaban los detalles del tráfico de arte en el mercado negro, y prácticamente podía sentir el peso de la desaprobación de Matteo ante mi falta de atención. No necesitábamos a los serbios como aliados, pero su comercio de arte sería una forma de conseguir dinero extra, y era estúpido hacer enemigos cuando no era necesario. Sin embargo, en

este momento, nada importaba más que arreglar las lágrimas en el rostro de mi chica.

Tenía que ir a verla, pero estaba atrapado aquí, maldita sea. La reunión se alargó, y con cada minuto que pasaba, sentía que Julieta se alejaba cada vez más. Permanecer sentado en lugar de correr tras ella fue una de las cosas más difíciles que jamás había hecho.

Una mesera se acercó a nuestra mesa, una rubia que tenía puesto un corsé bajo el pecho. Los serbios se inclinaron hacia ella, cautivados por sus curvas y su sonrisa, pero en ese instante solo había una mujer a la que quería ver.

Perdería a Julieta si no le explicaba mi comportamiento en la panadería, no obstante, eso significaba contárselo todo, y eso podría significar perderla de todos modos.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo y lo saqué torpemente, esperando contra todas las posibilidades que Julieta me estuviera llamando. Se me encogió el corazón cuando vi que era Sienna. Los serbios seguían ocupados con la rubia, así que contesté por si necesitaba algo.

—*Romeo.* —Su tono intenso me puso nervioso inmediatamente.

—¿Qué?

—*Los albaneses acaban de pasar por el apartamento de Julieta.*

El mundo se detuvo.

—¿Estás segura de que eran ellos?

—*Tengo una lista de sus matrículas, al menos las que hemos identificado, de Franco. No sé quién está en el auto, pero es su vehículo.*

Me levanté y salí de la cabina. Los serbios me miraron confundidos.

—Debo marcharme. Por favor, disfruten de la velada.

Me di la vuelta antes de que pudieran responder y me abrí paso entre la creciente multitud hacia la puerta.

—¿Cuándo pasaron?

—*Hace dos minutos. Hasta ahora no han vuelto. Los estoy rastreando por la ciudad.*

—Voy para allá. Llámame si hay novedades. —Colgué y le hice un gesto a Alessandro, que estaba vigilando en el extremo de la

habitación—. Tengo que irme —informé—. Vigila a los putos serbios. Aunque los necesitamos contentos, no permitas que hagan estupideces.

Alessandro frunció el ceño.

—¿Adónde vas?

Yo ya estaba a medio camino de la puerta.

—Solo vigílalos.

Levantó la barbilla y me fui.

Conduje como un loco por Manhattan, sin importarme una mierda los neoyorquinos enfurecidos que me tocaban el claxon de camino al apartamento de mierda de Julieta. ¿Por qué no la había llevado ya a un lugar mejor? ¿Por qué no había asignado hombres para vigilarla? Claro, porque tenía la absurda idea de que debía alejarme de ella, de que mi distancia la mantendría a salvo.

Ya era demasiado tarde para eso, maldición. No sabía cómo la habían encontrado los albaneses, pero sí sabía lo que les haría una vez que los encontrara. El monstruo en mi interior me incitaba a cazarlos, abrirles el estómago, llenarlos de gasolina y quemarlos desde las entrañas.

Era culpa mía que ella estuviera en peligro. El día de hoy me había recordado lo diferentes que eran nuestros mundos y lo que le costaría formar parte del mío. Su vida sería mejor sin mí, y si fuera un mejor hombre, me habría mantenido alejado después de aquella primera noche en la librería.

Pero no lo había hecho.

No pude.

Maldije cuando un mensaje de texto apareció en la pantalla de mi teléfono.

SIENNA

Los albaneses pasaron por segunda vez. Redujeron la velocidad, pero no se detuvieron.

Angelo y los demás refuerzos van en camino.

Me estacioné descuidadamente en el lugar más cercano que pude encontrar fuera del apartamento de Julieta y cerré la puerta del coche detrás de mí. Para cuando me detuve frente a su puerta, me había quedado sin aliento. Me detuve un segundo, intentando pensar qué demonios iba a decirle.

Siento haberte mentido y rechazado. Oh, y, además, tenemos que irnos ahora mismo porque unos tratantes de blancas están pasando frente a tu apartamento, probablemente con la intención de secuestrarte para chantajearme.

Dios, era un imbécil inútil. ¿Cómo había podido ponerla en esta situación tan peligrosa?

Levanté la mano y toqué la puerta.

No hubo respuesta.

Volví a tocar, esta vez con más fuerza.

Como seguía sin obtener respuesta, la llamé por teléfono y me contestó el buzón de voz.

Volví a llamar.

Con cada minuto que pasaba, aumentaba la sensación en mi pecho que me decía que algo estaba muy mal. ¿Ya habían entrado los albaneses? ¿O Julieta me estaba ignorando por como la había tratado?

Golpeé la puerta con más fuerza.

—¡Julieta, abre la puerta!

El sudor me resbalaba por la espalda. Tenía que entrar ahí de una puta vez.

Agarré el picaporte y golpeé la puerta con el hombro. Lo único bueno de la construcción de mierda de este edificio fue que cedió al primer intento, se formó una gran grieta en el centro y se soltó parte del llavín.

—¿Julieta? —El corazón me latía con fuerza mientras recorría el apartamento con la mirada. La pequeña cama de la esquina. El sofá desgastado. La pequeña silla de madera frente a la mesa plegable en la que había dos controles de Mario Kart.

Vacío.

Qué idiota fui, mierda. Derribar su puerta cuando ni siquiera estaba aquí. ¿Estaba en la librería? Hoy estaba cerrada, pero debía de estar allí. Saqué mi teléfono y le envié un mensaje a un tipo de la *Familia* que se encargaba de nuestras reparaciones, enviándole los detalles para que viniera a reemplazar toda la puerta principal, de preferencia con algo a prueba de balas. Angelo y los otros chicos que venían en camino podían quedarse aquí por si los albaneses entraban mientras yo iba a la librería.

Estaba a punto de salir del apartamento cuando sentí una punzada en la nuca y una lenta sensación de malestar me entró por el estómago. Me di la vuelta, mirando hacia la habitación vacía, pero mis ojos se fijaron en la puerta cerrada a mi derecha. Antes de darme cuenta de lo que hacía, crucé el pequeño apartamento y abrí de golpe la puerta del baño.

La imagen que vi se grabaría en mi memoria para siempre.

Mi chica, sentada en el piso del baño en un charco de su propia sangre.

—¡Julieta! —grité.

«No, no, no». No podía estar muerta, no podía.

Caí de rodillas, sin importarme que la sangre empapara mis pantalones.

—¡Julieta! —Le sacudí los hombros y sus ojos parpadearon.

—¿Romeo? —Le temblaba el labio inferior—. Vete de aquí. No te quiero aquí.

—*Oh*, gracias a Dios. —La estreché, abrazándola. Si estaba enfadada conmigo, eso significaba que aún respiraba.

Vi hacia abajo y me di cuenta de que la sangre brotaba de una serie de cortes en sus muslos. El sangrado había cesado en su mayor parte, pero uno de los cortes era más profundo que los demás y no dejaba de gotear sangre al suelo. Maldije y agarré un poco de papel higiénico para presionarlo sobre el corte.

—¿Qué pasó, Ángel?

Julieta se inclinó hacia atrás, su cabeza golpeando la pared mientras cerraba los ojos.

—No, nena, necesito que te mantengas despierta para mí. —Afortunadamente, cada vez sangraba menos—. ¿Cómo sucedió esto?

Mi cerebro estaba aletargado por el pánico, mi estómago revuelto por las náuseas.

—¿Por qué estás aquí? —Parecía agotada.

—Estaba preocupado por ti. —Tragué saliva mientras limpiaba los cortes y presionaba el más profundo—. Lamento haberte dicho que estaba fuera de la ciudad y siento mucho lo que dije en la panadería. Los hombres con los que estaba… no podía dejar que supieran que me importas.

—Yo *no* te importo.

Agarré su nuca con fuerza.

—No digas eso. —Mi voz era áspera, desesperada. Apoyé mi frente contra la suya—. Por favor, nunca jamás digas eso, Julieta. No puedo soportarlo.

Volvió a cerrar los ojos.

—No entiendo lo que está pasando. Quizá me morí.

Mi pecho se contrajo y un sonido estrangulado salió de mi boca.

—No morirás. No lo permitiré.

Miré alrededor del pequeño baño, intentando pensar qué hacer. ¿Necesitaba llevarla al hospital? Sabía que cada minuto que pasaba los albaneses estaban más cerca.

Le envié un mensaje con el número del apartamento a Angelo, diciéndole que nos protegiera hasta que pudiéramos irnos.

Mi pecho se alivió ligeramente una vez que todos los cortes dejaron de sangrar.

—Vamos a meterte en la ducha —murmuré.

Abrí el agua caliente, esperando estar haciendo lo correcto. Julieta ya estaba casi desnuda, con el sostén y la ropa interior. Me quité la ropa y me quedé con los bóxers puestos.

—Ven aquí. —La rodeé con los brazos y la levanté del piso. Me rodeó el cuello con los brazos y soltó un gemido—. Estás bien. Solucionaremos esto.

El agua ya estaba caliente, así que la metí en la ducha. Era pequeña, pero eso no importaba. No quería que hubiera espacio entre nosotros de todos modos.

Julieta apoyó su mejilla en mi pecho y dejó escapar un suspiro estremecedor. Me aferré a ella, meciéndola suavemente mientras el

agua caliente nos golpeaba.

—¿Qué pasó? —No se me ocurría nada que pudiera provocar cortes así, excepto una cosa, y mi mente no me dejaba creerlo.

—No quiero decírtelo.

Apreté mi cara contra su cabello.

—Por favor, Ángel. Por favor, dímelo. —Mis palabras eran crudas, raspando mi garganta.

—Sabes lo que pasó.

—Julieta.

—Bien, me lo hice a mí misma, ¿de acuerdo? —Forcejeó contra mi agarre, mas yo me limité a apretar los brazos, con las náuseas revolviéndome el estómago.

—¿Por qué?

—Porque estaba alterada y necesitaba dejar de sentir.

Apreté los ojos.

—Lo siento muchísimo. Todo es culpa mía. Estaba tan jodidamente orgulloso de ti al verte en esa panadería. —Me aparté para poder sostener su cara y mirarla a los ojos. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados de tanto llorar—. No te conté todo sobre mí, y debí haberlo hecho. Trabajo con gente peligrosa y no podía arriesgarme a que te vieran conmigo. Nada de lo que dije fue cierto. Quería asesinarlos por lo que dijeron de ti. —Dejó de luchar contra mí y permaneció en silencio—. Dime que me crees, Julieta, por favor.

Encogió los hombros.

—No tiene sentido que en verdad te guste. —Antes de que pudiera discutir con ella, continuó—: Tú te ves *así* y yo simplemente soy una masa fea. Tú tienes algún tipo de trabajo importante y yo trabajo en una librería y vivo en un apartamento de mierda. Nuestras vidas no encajan, Romeo. ¡Ni siquiera sé tu verdadero nombre, maldita sea! —gritó esa última parte mientras las lágrimas resbalaban por su cara, mezclándose con el agua.

Agarré sus hombros y la sacudí.

—¿Qué demonios? Tú. Lo eres. *Todo*. Bellísima, divertida y brillante. —Le aparté el cabello mojado del rostro—. Nunca me siento tan en paz o feliz como cuando estoy cerca de ti. Y Romeo es mi verdadero nombre. Nunca te mentí sobre eso.

—Mentiste sobre otras cosas.

—Lo sé. Perdóname. Te lo explicaré mejor una vez que te hayamos limpiado. Te lo prometo.

Nos moví para que el agua golpeara la parte superior de sus muslos, limpiando el resto de la sangre. Normalmente limpiaba mucha más sangre de mi propio cuerpo, ¿pero ver a Julieta marcada de rojo? Me estremeció hasta lo más profundo de mi ser.

Cuando el agua salió limpia, la abracé contra mi pecho.

—No soporto verte sufrir, no puedo imaginarme un mundo sin ti. Por favor, cariño, no vuelvas a hacerlo. Haré lo que sea para que dejes de sufrir así.

No tenía derecho a pedírselo, pero hablaba en serio cuando dije que haría cualquier cosa por ella.

Ella negó con la cabeza, con la cara aún pegada a mi pecho.

—No puedo.

Mis dedos se clavaron en su piel.

—Sí puedes. Lo sé…

—¡No puedo parar! —chilló, interrumpiéndome—. Lo he intentado, pero *no puedo*. Estoy rota y destruyo todo a mi alrededor. Hiciste bien en alejarte.

Se retorció contra mi agarre, sin embargo, la inmovilicé contra la pared de la ducha.

—¡No me iré, carajo! ¡Maldita sea, Julieta! No puedes hacer esto. No puedes hacerlo. —No recordaba la última vez que había llorado, mas en ese instante mis lágrimas se mezclaban con el agua—. Si necesitas liberar el dolor, hazlo conmigo.

—Lo siento. No puedo —sollozaba.

Encontré otra navaja de afeitar en un rincón de la ducha y vi rojo. La acerqué a mi propia piel y ella se estremeció.

—No. Más. Joder. Si necesitas cortar, córtame a mí.

Negó con la cabeza, y yo apreté la navaja en su mano.

—Hazlo.

—¡No, no puedo!

—¡Hazlo, Julieta! Puedo soportarlo. —Mi voz era probablemente lo suficientemente fuerte como para que se escuchara en todos los apartamentos de este edificio de mierda, incluso así no me

importaba. Nada podía compararse a pensar que la había perdido para siempre.

Moví su mano para que la navaja quedara presionada contra mi pecho, exactamente en el mismo lugar en el que me había dibujado el tatuaje aquella primera noche.

—Córtame. *Márcame*.

Seguía negando con la cabeza, con lágrimas cayendo por su cara.

—No quiero lastimarte.

—¡Pensar en un mundo sin ti me lástima! —La agarré por la nuca y la atraje hacia mí para darle un beso desgarrador en el que descargué todo mi dolor y mi miedo. Mi mano se dirigió a la suya y la llevé hasta mi piel, obligándola a deslizar la navaja por mi pecho. Apenas sentí el ardor mientras la sangre brotaba.

Dejó escapar un quejido y soltó la navaja. Pasó su dedo por la sangre, con el labio inferior tembloroso.

—No mereces sufrir.

Lo que quedaba de mi destrozado corazón se rompió en pedazos.

—No sé quién te dijo que *tú* mereces sufrir, pero estaban equivocados. Te mereces todo lo bueno. *Todo*. Y voy a asegurarme de que lo tengas.

La abracé fuerte, con mis manos apretadas contra su espalda. Al principio, Julieta se quedó con los brazos a los lados, pero luego, muy despacio, sus brazos rodearon mi cintura. Nos aferramos el uno al otro con fuerza, como si intentáramos atraer al otro hacia nuestro propio cuerpo. Todo mi mundo se redujo a ella, mi Julieta, y no importó que estuviéramos casi desnudos, o que el agua estuviera fría, o que estuviéramos en un baño de mierda. Lo único que importaba era que estaba entre mis brazos y que no la dejaría ir.

Cuando empezó a temblar, cerré la llave del agua y la cubrí con una toalla desgastada.

—Tengo que examinarlas mejor —murmuré, besándole la parte superior de su cabeza. Se acurrucó sobre sí misma. Le levanté la barbilla y esperé a que me mirara.

—Puedo hacerlo yo sola —susurró.

Se me hizo un nudo en la garganta y negué con la cabeza.

—No, yo lo haré. —Necesitaba cuidarla de esta manera para asegurarme de que seguía aquí. Me puse la ropa, sin importarme que aún estuviera empapado, y la llevé al sofá.

—Voy a sangrar en él —indicó.

Como si eso importara. No iba a estar en este apartamento por mucho más tiempo. La empujé suavemente por los hombros y se sentó.

—¿Dónde está tu botiquín de primeros auxilios?

—Hay una pequeña cesta en el baño. —Parecía tan derrotada. Aunque quería envolverla en mis brazos y decirle que todo estaría bien, no podía hacerlo todavía. En vez de eso, agarré una manta de su cama y se la puse alrededor de los hombros antes de tomar la cesta de primeros auxilios. No había mucho en ella, únicamente unas curitas, crema antiséptica y gasas.

Volví junto a Julieta y me arrodillé frente a ella para quitarle la toalla de las piernas. Intenté que estuviera lo más tapada posible, no necesitaba que le mirara el coño cuando estaba vulnerable, pero no podía fingir que no lo había visto cuando la toalla se movió y que no era la imagen más perfecta del mundo.

Mis ojos se fijaron en las líneas rojas intensas de la parte superior de sus muslos. Parpadeé, intentando comprender lo que estaba viendo. Porque debajo de los cortes recientes había líneas y líneas de cicatrices. Docenas de líneas de color blanco pálido marcaban sus muslos. Se me cortó la respiración al recorrerlas con mis dedos.

—Por esto querías las luces apagadas. —La primera vez que tuvimos sexo, pensé que le daba vergüenza que la viera desnuda. Nunca imaginé…

Asintió.

—No quería que las vieras. Sé que son feas y entiendo si todo esto es demasiado…

Se quedó callada cuando envolví mis brazos alrededor de su cintura y apoyé mi cabeza en su regazo.

—Nada podría hacerte fea. —Besé sus muslos de arriba a abajo, con su sangre marcando mis labios. Me pasaría el resto de mi vida besando cada una de sus cicatrices y compensando cada desdicha

que había experimentado. Presioné con un beso más el corte más grande antes de sentarme y limpiarlos. Julieta no se inmutó ni se quejó durante todo el proceso, y yo casi quería que lo hiciera. Quería que confiara en mí lo suficiente como para mostrarme su dolor.

Le puse el último vendaje y le apreté la pantorrilla.

—Vamos a vestirte.

—Espera. —Agarró mi muñeca—. Déjame. —Señaló el corte poco profundo de mi pectoral. Ya había dejado de sangrar.

Tragué con dificultad mientras me lo limpiaba, con delicadeza y con mucho cuidado al mismo tiempo. No era raro que me hirieran. Mi cuerpo estaba lleno de cicatrices y heridas de bala, pero nunca les había prestado mucha atención. La forma en que Julieta me cuidaba me hizo sentir una calidez en el pecho.

—Gracias, cariño —pronuncié cuando terminó.

La observé atentamente mientras se levantaba del sofá. Seguía pálida y no me gustaba cómo se tambaleaba. Necesitaba comida, agua y muchos cuidados. Todo eso se lo daría en mi apartamento, donde estaríamos a salvo. La acurruqué a mi lado y la acerqué a una cómoda destartalada. Abrí el cajón superior y me encontré con una explosión de encaje. La lencería que le había regalado.

—*Umm*, ese no. —Julieta intentó cerrar el cajón, sin embargo, aparté sus manos.

—¿Quieres andar sin ropa interior?

Frunció el ceño.

—No. Solo… ve allá. —Señaló la cama a medio metro de distancia—. Puedo vestirme sola.

—Eres tan adorable. —Le besé la frente—. ¿Dónde guardas tu maleta?

43

JULIETA

—¿Maleta? *Um*, no tengo ninguna.

—¿Y bolsas de basura?

—Están debajo del fregadero. ¿Por qué? —Me quedé mirándolo, confundida.

Romeo se dirigió a la cocina y me puse un sostén y ropa interior antes de dejar caer la toalla y agarrar mi ropa.

—¿Por qué necesitas una bolsa de basura? —repetí.

—Necesito algo dónde empacar tus cosas.

Me puse los pantalones deportivos por encima de mis muslos irritados.

—¿Empacar mis cosas? ¿Adónde crees que voy?

Romeo volteó hacia mí, con una bolsa de basura en la mano.

—A mi casa —lo explicó tan fácil, como si fuera obvio.

Me sudaron las palmas de las manos y se me apretó el pecho.

—No.

—Sí. —Vino a mi lado y metió todo el contenido de mi cajón de la ropa interior en la bolsa de basura. Me tragué el nudo que tenía en la garganta. Había pasado demasiados días de niña echando mis cosas en bolsas de basura cuando tenía que mudarme a un nuevo hogar de acogida.

Intenté quitarle la bolsa, no obstante, me agarró la mano y me besó la palma.

—Tenemos que irnos. Hay… —Apretó la mandíbula y no me miró a los ojos—. Ya no estás a salvo aquí, y es por mi culpa, maldita sea. Mi apartamento es seguro y yo estaré allí para cuidarte.

Mi garganta estaba tan apretada que apenas podía formar las palabras. No entendía por qué mi apartamento no era seguro, aun así, no cambiaba la realidad.

—No puedo irme, Romeo.

—Claro que puedes. Tenemos que…

—No —dije más fuerte—. No *puedo* irme.

Su ceño se frunció y dejó caer la bolsa de basura para poder ponerme las manos encima.

—¿Qué quieres decir?

—Mi agorafobia —susurré.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Carajo! ¡Maldita sea! —Pasó su mano por su cabello—. Solo tenemos que meterte al auto y conduciremos hasta allá.

Negué con la cabeza.

—No puedo. —Mis respiraciones ya eran cada vez más entrecortadas, haciéndome sentir que respiraba a través de una pajilla—. Estaré bien quedándome aquí. Juro que no volveré a lastimarme —musité. No estaba segura de poder mantener esa promesa, desde luego no indefinidamente, pero no quería que Romeo se sintiera culpable.

—Tengo que decirte algo. —Me llevó hasta la cama y me sentó. Se quedó parado y empezó a caminar de un lado a otro—. Tengo un trabajo peligroso. —Se pasó la mano por el cabello, con movimientos agresivos.

Si bien había sido difícil imaginármelo en un trabajo de oficina, la confirmación de que me había mentido me cayó como una piedra en el estómago.

—¿Bueno? ¿Eres guardaespaldas o algo así?

—No. Bueno, sí, a veces. Pero hago más que eso. —Respiró profundamente—. Mi jefe es el jefe de la Mafia Italiana de New York.

Lo miré atentamente, esperando a que gritara *¡es broma!* Me miró y había algo vulnerable en sus ojos.

—No estás bromeando.

Negó con la cabeza.

—¿La mafia de verdad existe?

—Sí, Ángel. Existe.

Romeo estaba delirando o era un mentiroso. «*O está diciendo la verdad*», me susurró una vocecita en el fondo de mi mente.

Apoyé mi cabeza en las manos. Hoy ya había sido demasiado. Ya no podía más.

—Digamos que te creo. ¿Por qué iba a ir contigo si eres de la mafia?

Dejó de caminar y me miró de frente.

—Porque algunos de nuestros rivales están vigilando este apartamento.

Todo en mi mundo se ralentizó.

—¿Qué?

—Intenté mantener mi distancia contigo. En serio, de verdad que lo intenté. Por eso te mentí sobre estar fuera de la ciudad, porque te mereces algo mejor y quería mantenerte a salvo. Pero es demasiado tarde, porque han pasado por este apartamento varias veces en la última hora. —Se arrodilló ante mí y tomó mi cara con ambas manos —. No puedo dejarte ir, Julieta. Perdona si eso me convierte en un desgraciado.

Intenté apartar las lágrimas de mis ojos, y aun así se derramaron.

—No llores. Demonios, no puedo soportarlo.

Romeo se sentó a mi lado y me atrajo hacia su regazo. En cuanto su calor me envolvió, se disipó parte de la ansiedad que sentía en el pecho.

Todavía me dolía el corazón por cómo me había tratado en la panadería, por cómo me había mirado como si no fuera nada.

—¿Los tipos con los que estabas?

—De la Mafia Serbia. Quieren formar una alianza con nosotros, pero no confío en ellos para nada. Lo siento mucho, nena. Fuiste

muy valiente por ir a la panadería. No sabes las ganas que tenía de celebrarlo contigo.

Resoplé, secándome las lágrimas en su camisa ya húmeda. Se lo merecía.

—Todavía no estoy segura de creerte.

—No importa. —Me acarició el cabello con la mano—. Siempre y cuando estés dispuesta a venir conmigo.

—Romeo, realmente no creo…

—No, Julieta. La seguridad aquí es un asco. No puedo protegerte, aunque me mude aquí. —Sus dedos se clavaron en mis caderas.

—¿Por qué te mudarías aquí?

Me miró con severidad.

—No voy a dejarte sola. —Miró su teléfono, con la mandíbula desencajada—. Estás atascada conmigo ahora. Intenté mantenerme alejado para no meterte en mi mundo, pero soy demasiado egoísta y no puedo dejarte ir, maldita sea.

—No entiendo por qué —susurré—. No es como si esos tipos de la panadería estuvieran equivocados. Nada sobre nosotros indica que seamos el uno para el otro.

Romeo dejó escapar un sonido que únicamente podía describirse como un gruñido. Me agarró la barbilla y me obligó a mirarlo.

—Estaban tan equivocados que ni siquiera tiene gracia. Soy yo quien no te merece, y no quiero volver a escucharte sugerir lo contrario.

La intensidad de su voz me sobresaltó. Me recogió el cabello detrás de la oreja antes de inclinarse para besarme la frente, la nariz, cada mejilla y terminar con un suave beso en los labios.

¿Cuándo había sido la última vez que alguien me había querido así? ¿Que se había preocupado tanto por mi seguridad?

—¿Confiarás en mí, cariño? ¿Lo suficiente como para venir conmigo?

Probablemente estaba siendo estúpida. Nada de esto tenía sentido, pero la idea de enviar lejos a Romeo… no podía hacerlo.

—Por favor, no me rompas el corazón —musité.

—Está a salvo conmigo. —Me abrazó, y mis ojos se volvieron pesados por el cansancio—. Acaban de volver a conducir cerca. Tenemos que irnos ya. ¿Te ayudaría que te diera algo para dormirte y que no estuvieras despierta durante el trayecto hasta mi casa?

Me sobresalté y todo mi cuerpo se puso rígido mientras el pánico se apoderaba de mí. Recuerdos borrosos de *él* tocándome, de despertarme y no saber dónde estaba, inundaron mi mente. Me entraron unas náuseas tan fuertes y rápidas que me aparté de los brazos de Romeo. Estaba claro que no se lo esperaba y me soltó. Llegué al baño justo a tiempo para vomitar. Sentí un zumbido agudo en los oídos y tardé en darme cuenta de que Romeo me frotaba la espalda y me hablaba.

—Estás bien. Estoy aquí. No dejaré que te pase nada.

—P-perdón —tartamudeé.

—No tienes nada de qué pedir perdón.

Escuché correr el agua y luego él estaba arrodillado a mi lado, limpiándome suavemente la cara con una toallita.

—Deja que te traiga agua.

Un minuto después volvió con un vaso. Me levanté con las piernas temblorosas, me ardía la cara de vergüenza mientras me enjuagaba la boca y me cepillaba rápidamente los dientes. Hacía mucho tiempo que no tenía una reacción tan extrema al trauma, pero hoy me sentía frágil.

Romeo me rodeó la cintura por detrás con los brazos y yo me incliné hacia él.

—No quiero que me den drogas.

Me abrazó más fuerte.

—Siento haberlo sugerido. Simplemente quiero facilitarte las cosas.

—La panadería fue el primer lugar nuevo al que he ido en dos años y no resultó tan bien. —No estaba tratando de hacerlo sentir mal, mas su expresión era de pura culpa—. La única forma en que fui capaz de hacerlo fue imaginarme que me estabas animando —añadí. Deseé poder retractarme de las palabras tan pronto como las pronuncié. Eran demasiado vulnerables, dejándome muy expuesta.

En su rostro se dibujó lo que únicamente podría describirse como una sonrisa arrogante.

—Así es, porque hasta tu subconsciente sabe que te protegeré.

Bajé la mirada.

—Tengo miedo.

—Lo sé, pero lo superaremos juntos. Mis soldados están colocados alrededor del edificio en este momento, y Angelo se encargará de llevarnos de vuelta.

—¿Quién es Angelo? —Mi cerebro se aferraba a detalles sin importancia porque la realidad era demasiado dura de afrontar.

—Es… un compañero de trabajo.

Oh, Dios, eso no fue muy convincente. ¿Angelo también era un mafioso? Mis manos apretaron la camisa de Romeo. Me parecía imposible siquiera plantearme salir de mi apartamento, pero le creí cuando dijo que estaba en peligro. Además, quería más para mi vida. Quizás este era el primer paso y tenía que ser lo bastante valiente para darlo.

Asentí y Romeo me mantuvo pegada a su lado mientras salíamos del baño. Me acomodó en la cama mientras hacía una llamada.

—Saldremos en cinco minutos. Ten el coche listo para irnos. —Hizo una pausa y se dirigió a mí—. ¿Te gustan los perros? —Asentí con la cabeza. ¿Qué clase de pregunta era esa?—. Perfecto —continuó. Luego frunció el ceño—. No es de tu maldita incumbencia. Nos vemos en cinco minutos.

Colgó.

—Muy bien, vamos a empacar el resto de tus cosas.

—¿Por qué me preguntaste por un perro?

—Ya lo verás.

Para cuando llegamos al vestíbulo, me costaba respirar. Aunque todavía estaba en mi zona segura, mi cuerpo sabía claramente que tenía planes de salir de ella y se resistía. No podía creer que fuera a ir a un lugar nuevo por segunda vez en el día.

Después de dos años estancada, era demasiado para mí.

Romeo puso las bolsas de basura llenas en el suelo y me estrechó entre sus brazos.

—Eres tan valiente.

No era verdad, sin embargo, me gustó que lo dijera. Me hundí en su abrazo, prácticamente colapsando en sus brazos. Mis extremidades parecían gelatina y las náuseas me revolvían el estómago.

—Angelo tiene el vehículo listo y está afuera —murmuró Romeo —. Déjame llevar tus cosas al coche y luego volveré por ti.

Apreté los dientes contra el quejido que bullía en mi garganta ante la idea de que me dejara aquí sola.

Me observó con preocupación.

—¿Está bien, Ángel? Ahora vuelvo.

De algún modo, moví los músculos del cuello lo suficiente como para asentir.

En cuanto salió por la puerta, mis piernas perdieron toda su fuerza. Apoyé la espalda contra la pared mugrienta del vestíbulo mientras me hundía lentamente en el suelo y me rodeaba las rodillas con los brazos.

¿Cómo había llegado a esto? ¿Cómo había llegado a ser tan patética que la idea de un viaje en auto bastaba para sumirme en una espiral de pánico? Odiaba que *él* me hubiera convertido en esto.

Unos brazos fuertes me rodearon mientras Romeo me levantaba del suelo, un brazo bajo las rodillas y el otro sosteniéndome la espalda.

—Te tengo —aseguró.

Apreté los ojos mientras salíamos del edificio. Los mantuve cerrados cuando me metió en el coche. Se escuchó el ruido sordo de la puerta al cerrarse y su cuerpo se apretó contra el mío mientras me abrochaba el cinturón de seguridad. No fue hasta que algo frío y húmedo golpeó mi mano que abrí un párpado.

Romeo estaba a mi lado en el asiento de en medio, pero sentado en el suelo a su lado había un golden retriever que me estaba tocando la mano con la nariz.

—¿Y este quién es? —pregunté. Al escuchar mi voz, el perro empezó a mover la cola.

—Este es Noodle —replicó Romeo—. Y el que conduce el coche es Angelo.

Me ardieron las mejillas de vergüenza por no haber saludado a Angelo.

—Hola —saludé nerviosa.

—Me alegro de volver a verte —expresó Angelo.

«¿Volver a verme?». Entonces comprendí. El tipo enorme con el moño masculino, la mujer en silla de ruedas y el perro de servicio.

—Tú fuiste a la librería —comenté.

Angelo asintió.

—Aunque no sabía quién eras cuando estuve allí. Todo esto tiene mucho más sentido ahora.

¿En serio? Para mí no tenía sentido.

—¿Fuiste a la librería? —Romeo preguntó con voz tajante.

—Con Sienna y Sofiya —respondió Angelo.

Romeo hizo un ruido en el fondo de su garganta, pero ante mi mirada interrogante, sonrió y me dio un beso rápido.

Okaaay. ¿Así que Romeo conocía a Sofiya y Sienna? ¿Por eso no vinieron al evento? ¿Y por qué una extraña sensación de celos me carcomía por dentro?

Aunque no quería hablar de ello ahora, con Angelo en el coche y el corazón latiéndome con fuerza mientras intentaba ignorar el hecho de que estábamos conduciendo lejos de mi ruta segura.

—Entonces, ¿Noodle es tu perro? —inquirí.

—*Nah* —manifestó Angelo—. Le pertenece a Sofiya, la esposa del jefe. Ya estaba conmigo cuando recibí la llamada, y no tuve tiempo de volver al apartamento a dejarlo.

Me acerqué a Romeo para acariciar a Noodle, que se inclinó hacia mí con la lengua colgando de su boca.

Las palabras de Angelo me calaron profundamente. Había dicho *jefe*. ¿Se refería a jefe en el sentido normal o a jefe de la Mafia? Aún no estaba del todo segura de que Romeo no me estuviera engañando… o delirando.

—¿A qué te dedicas? —le pregunté a Angelo.

Hubo un silencio y luego contestó:

—Trabajo en *Empire Properties*.

No era la respuesta que esperaba, y me encontré ligeramente decepcionada de que fuera tan *normal*. Entonces me di cuenta de dónde había escuchado ese nombre antes.

—Oh Dios mío, ustedes son los arrendadores de la librería. Acabo de recibir una carta en la que decían que el aumento de mi alquiler había sido un error y que en realidad me lo iban a bajar. —Volteé hacia Romeo—. No había podido decírtelo.

—Ah, ¿sí? —preguntó Angelo.

—Debe de ser una buena empresa para trabajar —dije—. Nunca había escuchado que una empresa que alquila propiedades bajara la renta, eso fue muy agradable.

—Sí, es una empresa increíble —replicó, con un toque de risa en la voz.

Mis preguntas de seguimiento murieron en mi garganta cuando otro auto nos tocó el claxon y recordé que estábamos *en la carretera*, lejos de mi apartamento. Romeo me frotó el brazo con la mano y me obligué a concentrarme en sus caricias para no entrar en pánico. Noodle se metió entre nosotros y apoyó su cabeza en mi regazo. Su peso me ayudó a relajarme, y no tardamos en entrar a un estacionamiento subterráneo.

Mi ritmo cardíaco volvió a acelerarse. No me gustaban los espacios oscuros.

—¿Quieres que te cargue? —murmuró Romeo.

«Sí». Pero negué con la cabeza. Eso era demasiado dramático… ¿no?

Tomó mi mano cuando salí del coche, acurrucándome a su lado mientras me llevaba a un ascensor.

«Maldita sea».

Mis piernas se sentían como si las hubieran metido en concreto. La puerta del ascensor se abrió, sin embargo, me paralicé.

—¿Julieta? —La voz de Romeo se distorsionó mientras mi cuerpo se desconectaba, después de haber experimentado demasiado hoy.

Y entonces estaba en sus brazos, con su abrazo firme y sus palabras suaves devolviéndome lentamente a la realidad.

—¿No te gustan los ascensores, dulzura?

Negué con la cabeza.

—De acuerdo. Vivo en el piso diecinueve, así que, recomiendo el ascensor, pero podemos subir caminando si no puedes.

Lo dijo con toda naturalidad. No había ningún prejuicio en sus palabras.

—No me sueltes —susurré.

—Nunca.

Apreté mi cara contra su piel y cerré los ojos cuando entró al ascensor. La mayoría de los recuerdos de mi infancia se perdían en una bruma de pesadilla, y nunca olvidaría los días que pasé acurrucada sola en un armario oscuro cuando era pequeña.

Un suave pitido y un zumbido indicaron que habíamos llegado.

—Buen trabajo, Ángel. Lo logramos.

44

ROMEO

Julieta estaba de pie junto a la encimera de la cocina, con un aspecto desolador mientras yo sacaba comida de la nevera. Accardi dirigía un pequeño grupo que perseguía a los albaneses que habían estado vigilando el apartamento de Julieta. Yo debería haber estado con ellos, pero no quería dejar sola a Julieta.

Deseé poder decir algo que la tranquilizara, aunque mis palabras se quedaron atascadas en mi garganta, abandonadas en el piso del baño cubierto de sangre. Si bien necesitaba arreglar todo lo que había salido mal hoy, me sentía incapaz.

—¿Qué quieres comer? —Mis palabras salieron en forma de graznido, pero aun así Julieta se sobresaltó al escucharlas. Me aclaré la garganta—. Tengo una cocinera que me prepara la comida. Tengo *lasagna*, filete con papas, un platillo de pollo. —Miré con impotencia los recipientes de plástico que cubrían la isla de la cocina.

—Cualquier cosa está bien —susurró.

Calenté la *lasagna* y puse un plato frente a cada uno. Apenas la probé, demasiado concentrado en Julieta, que mantenía su mirada agachada mientras comía metódicamente.

Finalmente levantó la vista y me sorprendió observándola. Un ligero rubor se extendió por sus mejillas.

—¿Ya terminaste, nena?

Asintió y recogí los platos.

El silencio entre nosotros era ensordecedor. Eran las nueve de la noche, demasiado temprano para sugerir que fuéramos a dormir, aunque todo lo que quería en ese momento era abrazar a Julieta. Me venían a la mente imágenes de ella cubierta de sangre. Tenía que revisar el apartamento y deshacerme de cualquier cosa que pudiera utilizar para lastimarse.

—¿Quieres jugar Mario Kart? —solté.

Sus labios se entreabrieron y una pequeña sonrisa se dibujó en la comisura.

—Sí, eso suena bien.

Gracias a Dios.

Tomé su mano, la ayudé a bajar del banquillo de la cocina y la llevé a la sala.

—*Wow*, que equipo tan sofisticado —señaló.

Mi televisión ocupaba gran parte de la pared y tenía varias consolas de videojuegos de última generación. Le di el control del volante de Mario Kart y se acomodó en el sofá. Preparé el juego y me senté a su lado, con nuestras piernas presionadas.

—Mierda, ¿te estoy lastimando? —No quería agravar los cortes de sus piernas. Me aparté, pero la mano de Julieta se posó en mi muslo, deteniéndome.

—No me estás lastimando.

Retiró su mano y agarró el control. La pérdida de su tacto era algo tangible, y quise exigirle que volviera a mover la mano. No pude evitar darle un beso rápido en la cabeza. Su cabello olía a vainilla.

—¿Estás bien, Ángel?

Se inclinó hacia mí.

—Si estás intentando distraerme para ganar, no funcionará.

Era una respuesta evasiva, y decidí no insistir.

—Adelante. Si crees que te la pondré fácil, te equivocas. —Era pura habladuría. Haría todo lo posible para asegurar su victoria.

Después de organizar el torneo, empezamos. Julieta estuvo callada las primeras carreras, pero poco a poco se relajó.

—¡Te odio, Senda Arcoíris! —chilló mientras se caía de la pista por millonésima vez. Mi plan de asegurarle la victoria no estaba saliendo bien.

Me reí.

—Tienes que mantenerte en la pista.

—¡Lo intento! —exclamó.

—¡Ahí, ahí! ¡Golpea eso! —grité yo.

Ella se desvió, sin alcanzar el regalito que podría haberla salvado, y volvió a caerse por el borde.

—Quiero volver a la pradera de Moo Moo —gimoteó.

—La próxima vez, nena.

Jugamos otro torneo, esta vez con todas las pistas favoritas de Julieta. Levantó las manos en señal de victoria cuando ganó el tercer puesto.

La abracé por los hombros.

—Buen trabajo.

Se inclinó hacia mí, presionando su cara contra mi cuello.

—Gracias por sabotear a mis enemigos.

—Siempre. —Ella no sabía hasta qué punto lo decía en serio.

Iba a preguntarle si quería jugar a otra cosa cuando bostezó. Ambos éramos noctámbulos, pero hoy había sido un día intenso, y hasta yo podía sentir el cansancio jalándome.

—¿Hora de ir a dormir? —declaré—. Asintió, la levanté del sofá y la llevé a mi habitación, donde ya había dejado sus bolsas—. Aquí tienes, Ángel. Mañana te ayudaré a desempacar todo.

Se aclaró la garganta y miró a su alrededor. ¿Le gustaba? Sienna la había diseñado, pero yo no había hecho nada más con el espacio.

—¿Es tu habitación? —Se quedó mirando fijamente la cama, con los ojos desenfocados y los hombros tensos.

—Sí. —La preocupación me arañaba el pecho. ¿Preferiría dormir en el cuarto de invitados?

—¿Seguro que me quieres aquí?

El corazón me dio un vuelco y la estreché entre mis brazos.

—¿Cómo puedes siquiera preguntar eso, sobre todo cuando fui yo quien te obligó a mudarte?

—Supongo que así fue —musitó.

Acaricié su cabello con mi mano. El rosa se estaba disipando un poco. ¿Qué necesitaba para rehacerlo? ¿Siempre utilizaba el rosa o probaba otros colores?

—Entonces, ¿qué pasa?

No dijo nada y me obligué a ser paciente y a permanecer callado. Estaba aprendiendo que Julieta necesitaba tiempo y un poco de persuasión para decir lo que pensaba.

—Esto me recuerda a todas las veces que me mudé a un nuevo hogar de acogida con mis cosas en bolsas de basura. Y al principio, todos decían que me querían allí, pero eso nunca duró.

Carajo.

La abracé con más fuerza.

—Tendrás que quedarte para que pueda demostrártelo.

Tímidamente me rodeó con sus brazos y me devolvió el abrazo.

—Gracias. —Su voz era un susurro vulnerable.

—El baño está por allá. ¿Por qué no te preparas para dormir?

Julieta tomó las cosas que necesitaba y se dirigió al baño. En cuanto se cerró la puerta, entré en acción sacando todas sus cosas de las bolsas de basura. La mayoría era ropa y artículos de aseo personal, pero también había metido algunos libros, diarios y una cajita de madera.

Abrí el cajón y empujé mis cosas a un lado para hacerle espacio a su ropa. Los libros fueron a parar a la cómoda y puse la caja en la mesita de noche junto a su lado de la cama, el más alejado de la puerta. Recogí las bolsas de basura y las tiré justo a tiempo para que Julieta saliera del baño. Tenía puestos unos pantalones deportivos anchos y una sudadera, y quise que se los cambiara por mi ropa.

Sus labios se entreabrieron al no ver sus cosas.

—Puse tus cosas aquí. —Señalé hacia la cómoda—. Y puedo poner eso en el cuarto de lavado. —Tomé su ropa de sus brazos aturdidos—. Solo tardaré un minuto. Métete en la cama, nena. —La besé antes de entrar al baño.

Tenía la polla dura como una piedra y pensé en meterme en la ducha para ocuparme de todo, pero no podía soportar separarme de

ella ni un minuto más de lo necesario. Además, en cuanto su cuerpo se acurrucara contra el mío, se me volvería a poner dura.

Cuando salí del baño, Julieta estaba casi completamente cubierta por las mantas. Me dolía el corazón. Nunca había invitado a una mujer a mi casa. Solamente había dormido con ellas en habitaciones de hotel. Ver a Julieta en mi cama me confirmó que la razón por la que no había traído a ninguna de esas mujeres a mi casa era porque ella era la única que pertenecía aquí. Conmigo.

Para siempre.

Retiré las sábanas de mi lado y me metí debajo.

—¿Puedo revisarte los cortes, dulzura? —Necesitaba ver con mis propios ojos que estaban sanando, especialmente el más profundo. Podría necesitar pegamento o puntadas.

—Está bien —susurró—. No tienes que…

—Quiero hacerlo. —Retiré lentamente las mantas—. ¿Puedo? —Mis dedos tiraron suavemente de su pretina y ella asintió. Le bajé el pantalón, tratando de convencer a mi verga de que aún no era el momento adecuado para tratar de salirse de mi pantalón, y revisé las vendas. Se había filtrado algo de sangre, pero en general todo tenía buen aspecto.

—¿Te duele, Ángel?

—Está bien.

—Eso no es lo que te pregunté —gruñí. Coloqué mis manos a ambos lados de su cuerpo, sosteniéndome sobre ella.

Apretó los labios.

—Me arde un poco, pero no pasa nada.

Me incliné lentamente y besé suavemente los vendajes y sus cicatrices pálidas. Una mano tímida me acarició el cabello e inhalé bruscamente. Julieta rara vez iniciaba el contacto.

Seguí besando sus cicatrices y ella continuó acariciando mi cabellera. Estábamos envueltos en esta oscuridad, mas no de la forma en que siempre la había experimentado. No había nada siniestro aquí, no podía haberlo cuando estaba con Julieta. Era una oscuridad delicada que nos protegía del mundo. Ella era lo único que importaba.

Volví a subirle suavemente el pantalón deportivo y luego subí por su cuerpo, besándola por encima de la sudadera hasta que estuve a la altura de su rostro.

—Hola —musitó.

Dios, era tan adorable.

—Hola. —Mis labios rozaron los suyos—. ¿Estás lista para dormir, Ángel?

—Supongo que sí.

La besé de nuevo antes de colocarla de espaldas a mí y rodearla con mis brazos. Encajó perfectamente contra mí, toda su suavidad contra mi dureza.

—Dulces sueños, nena.

—Igualmente, Romeo.

La sangre empapaba el pasillo estrecho en el que me encontraba, corriendo por el piso de azulejos grises como un río. Entrecerré los ojos a través de la luz tenue hasta que vi una puerta. La sangre salía por la rendija y supe que tenía que atravesarla. Agarré el picaporte y la abrí de golpe para encontrarme en otro pasillo. El río rojo se hizo más profundo y mis zapatos salpicaron mientras corría, hasta que me topé con otra puerta. La abrí de un empujón, preparándome para encontrar el origen de la sangre, y solté un grito de frustración cuando me encontré con otro pasillo.

Los pasillos y las puertas eran interminables, y el pecho se me oprimía tanto que respiraba entrecortadamente. A veces, las puertas se abrían con facilidad, y otras tenía que golpearlas con el cuerpo para abrirlas. Mis extremidades temblaban mientras corría. Cada fibra de mi ser necesitaba encontrar de dónde provenía la sangre.

Finalmente, me topé en un pasillo largo y estrecho con focos sin lámparas colgando del techo y una puerta de placa metálica al final. Aquí estaba. Lo que buscaba estaba al otro lado. El río me llegaba a la cintura y tuve que esforzarme para abrirme paso. Por fin llegué a

la última puerta. Sujeté el picaporte con los dedos y la abrí lentamente.

Allí, flotando sobre la sangre, estaba mi padre, pálido e inmóvil. Luché por llegar hasta él, pero mis piernas no se movían.

—Papà! *—grité hasta que sentí que me sangraba la garganta. Me zambullí de cabeza en la sangre, intentando nadar hacia él, pero flotaba cada vez más lejos hasta que se hundió bajo la superficie, perdiéndose para siempre—. No, por favor, no me dejes. —Las lágrimas me corrían por la cara y se me abrió un agujero vacío en el pecho.*

Un movimiento a mi izquierda me llamó la atención y volteé. Otro cuerpo flotaba cerca. Mamma*. Había una mirada muerta en sus ojos abiertos y grité.* No, no, no*. No podía fallarle. No otra vez. Me retorcí en la sangre, haciendo todo lo que pude para llegar hasta ella hasta que mis brazos y piernas se debilitaron y me temblaban. No pude hacer nada mientras ella se hundía bajo la superficie, solo para ser reemplazada por un tercer cuerpo.*

Julieta, sin vida, flotaba sobre la sangre, su *sangre.*

—¡Julieta! —Mi grito atravesó el aire, lleno de una agonía demasiado grande para que mi cuerpo pudiera contenerla. Levanté mi cabeza hacia el cielo—. ¡Haré lo que sea! Tómame a mí. —Pero lo único que escuchó fue silencio. Me vi obligado a observar, sin poder hacer nada, cómo la mujer a la que amaba se ahogaba en su propia sangre.

Me atraganté, con el pecho oprimido.

UNAS MANOS suaves me rozaron la cara.

—*Shhh,* estás bien. Estoy aquí. —Los sollozos agitaban mi pecho mientras intentaba desesperadamente mover las piernas—. Estás teniendo una pesadilla. No es real. Te tengo.

Algo me sacudió los hombros y abrí los ojos con un jadeo ronco. Una mano me acarició la cara y le agarré la muñeca, listo para atacar. Pero entonces me llegó su aroma, vainilla dulce.

—Estás a salvo. No era real. Solo una pesadilla.

Aflojé el agarre de su muñeca.

—¿Julieta?

—Estoy aquí.

Dejé escapar otro sollozo estremecedor al escuchar su dulce voz. Extendí la mano en la oscuridad y la arrastré hasta mi pecho, rodeándola con mis brazos y hundiendo mi rostro en su melena. Ella me rodeó con sus brazos y piernas, aferrándose con fuerza.

—¿De verdad estás aquí? —le pregunté.

Me apretó el brazo.

—Estoy aquí.

—No me dejes, Julieta. No puedo soportar un mundo sin ti.

—No me iré a ninguna parte.

Unos dedos suaves secaron mis lágrimas y ni siquiera me sentí avergonzado por haber llorado.

Hoy me había aferrado firmemente a mis recuerdos, empujándolos al fondo de mi mente para poder concentrarme en Julieta. No obstante, encontrarla, herida y sangrando, me había hecho recordar *aquel* día. El día en que murió mi *papà* y perdí a mi *mamma*. Había llegado hasta ella antes de que la mataran, mas no pude salvarla de la tortura y el trauma que le habían infligido. Y en mi esfuerzo por liberarla, aumenté su sufrimiento. Peleé contra una pequeña fuerza de hombres traidores, sin sentir nada mientras los eliminaba con facilidad y frialdad. Cuando llegué hasta ella, cubierto de su sangre, me miró con horror, viendo a su hijo como el monstruo violento que era. Aquel fue el primer día en que mi oscuridad salió completamente a la superficie.

En los días siguientes, *Mamma* no fue más que un caparazón de sí misma. No salía de casa, no hablaba, no comía. Estar cerca de mí parecía causarle dolor físico, así que me dediqué a ayudar a Matteo a asegurar su lugar como Don. Un día, me dijo que quería volver a Italia. Me avergonzaba admitir que había sentido un alivio instantáneo, era algo que podía hacer para ayudarla y significaba que no tendría que enfrentarme cada día a la evidencia de mi fracaso. Le compré una casa en Italia donde podría dejar atrás el pasado, pero ese pasado me atormentaba. Cada vez que me miraba al espejo, me acordaba del monstruo que ella había visto en mí.

¿Cómo podía alguien aceptarme así?

Y, sin embargo, Julieta estaba encima de mí, acariciando mi cabello con sus dedos, bajando su mano por mi cara, murmurando palabras reconfortantes como yo había hecho con ella antes.

Quería ser un hombre digno de su afecto.

En algún momento, intentó quitarse de encima, aunque yo la sujeté con fuerza.

—No quiero aplastarte. —Sus labios rozaron mi cuello mientras hablaba. Mi mano se dirigió a su nuca y la abracé más fuerte.

—No lo harás.

—De acuerdo. —Se contoneó un poco, acomodándose más.

Cada respiración que daba contra mi pecho aliviaba mi pánico hasta que finalmente volví a quedarme dormido.

45

JULIETA

Me quejé cuando una franja de la luz del sol alcanzó mis párpados y me sacó del sueño. Iba a enterrar la cara en la almohada para tener unos minutos más antes de que sonara el despertador cuando me di cuenta de que mi cabeza no estaba sobre una almohada.

Estaba sobre Romeo.

Antes de que pudiera entrar en pánico por haber pasado la noche encima de él, su mano subió y bajó por mi espalda con un movimiento tierno y tranquilizante. Me relajé con su tacto, respirando con calma para reducir la aceleración de mi corazón. No me gustaban las mañanas, pero si pudiera despertarme así todos los días, tal vez me acostumbraría.

—Buenos días, Ángel. —Los labios de Romeo rozaron mi frente y me acurruqué más contra él.

—Buenos días.

Volvimos a quedarnos en silencio y mi respiración se hizo más lenta al dejarme llevar por su tacto relajante.

—¿Cómo dormiste el resto de la noche? ¿Alguna otra pesadilla? —pregunté. Sus gritos me habían despertado. Al principio me asusté, pensando que alguien había entrado a la fuerza, pero luego me di cuenta de que estaba teniendo una pesadilla. Odiaba verlo así,

devastado y asustado, sobre todo porque sabía exactamente cómo se sentía.

Sus brazos me abrazaron con fuerza.

—No más pesadillas. Quizá necesite que duermas encima de mí todas las noches. Para mantener alejadas las pesadillas. —Me acarició el cabello—. Siento haberte despertado.

Fruncí el ceño y me apoyé en su pecho para encontrarme con su mirada.

—No te disculpes por eso. Me alegro de haber podido estar aquí para ti. Sobre todo, después de todo lo que has hecho por mí.

Sus ojos se suavizaron y me acarició la mejilla.

—Mi dulzura. ¿Dormiste bien? ¿Alguna pesadilla?

Negué con la cabeza y me incliné hacia su tacto.

Romeo tarareó.

—Debemos de darnos buena suerte el uno al otro. —La intensidad de su mirada fue demasiado para mí y agaché la cabeza, presionando mis labios contra su cuello. Era difícil conciliar lo nuevo y tenue que era todo entre nosotros con lo cómodo que se sentía. Todo lo que sabía era que nada bueno en mi vida había durado, y cuando terminara lo que fuera esto con Romeo, tal vez no sobreviviría.

—Rayos, ¿qué hora es? —indagué—. Tengo que ir a trabajar.

Su mano se apretó en mi cadera.

—No puedes ir a la librería.

—*Umm*, ¿qué? —Me aparté de él y me senté.

Romeo me siguió y nos sentamos uno frente al otro.

—Este es el único lugar donde puedo garantizar tu seguridad mientras los albaneses sigan ahí afuera.

Fruncí el ceño.

—Posiblemente el hecho de que pasaran por mi apartamento fue una casualidad.

Su expresión se suavizó.

—Ojalá lo fuera, pero es evidente que saben que me preocupo por ti. —Me pasó un dedo por la mejilla—. Saben que eres importante para mí.

Un resplandor me recorrió el pecho, calentándome desde adentro hacia afuera. Me obligué a concentrarme en nuestra conversación en lugar de derretirme en sus brazos como quería.

—Todavía tengo que ir a trabajar. ¿Cómo podría explicárselo a Arturo? Él depende de mí. Y yo necesito el dinero para pagar el alquiler y esas cosas.

—Ya le hice saber a Arturo que no irás.

Me sobresalté.

—¿Qué?

—Él es parte de la *Familia*. Me puse en contacto con él y le conté lo que estaba pasando. La tienda estará cerrada hasta que hayamos eliminado a los albaneses. Se seguirán pagando los sueldos de todos.

Me aparté de él, inquieta.

—¿Eres pariente de Arturo?

Su ceño se frunció antes de que su rostro se llenara de comprensión.

—No, me refiero a que forma parte de la *Familia*, de la mafia. Entiende lo que está pasando y que tu seguridad es lo más importante.

—Pero no puedes… —me interrumpí, insegura de lo que quería decir. Lo único que sabía era que tenía que protestar. Las acciones de Romeo eran increíblemente prepotentes—. No puedes tomar estas decisiones por mí.

Se inclinó hacia adelante, acortando el espacio que yo había forzado entre nosotros.

—Puedo hacerlo cuando se trata de tu seguridad. Puedes enfadarte conmigo todo lo que quieras, pero no voy a ceder en esto. —Me colocó un mechón de cabello detrás de la oreja y me besó en la frente—. Vamos a desayunar.

La mano de Romeo me rodeó la nuca cuando entramos a la cocina, y consideré rechazar su caricia. Todavía estaba molesta con él por

tomar decisiones sobre mi trabajo. Aunque fuera por mi seguridad.

Sin embargo, era *débil*. Me dio un vuelco el corazón cuando me tocó de forma posesiva y cuando insistió en que me pusiera sus pantalones deportivos y su sudadera porque quería que usara su ropa. Debí haberme negado, haberme mantenido firme y haberle demostrado que era una mujer fuerte e independiente. Mas no pude contenerme. Quería tener su olor a mi alrededor y sentir que le pertenecía. Aunque con su ropa parecía una masa poco favorecedora, sus ojos se encendieron al recorrerme, haciéndome sentir *sexy* y segura de mí misma.

Romeo se aclaró la garganta y señaló un trozo de papel en el mostrador.

—Imprimí algo para ti.

Lo tomé y fruncí el ceño, confundida. La parte superior decía, "Mecanismos para afrontar las autolesiones". Me tragué el nudo que tenía en la garganta mientras leía la lista. Algunas cosas me resultaban familiares: ejercicios de respiración, sujetar trozos de hielo, colorear, escuchar música, dar un paseo y pegarle a mi muñeca con una liga. Pero también había otras opciones escritas con bolígrafo: orgasmos, dejar que te lleve de compras, mimos, robar postres horneados del piso de arriba.

Romeo no ignoraba lo que había pasado, pero tampoco me hacía sentir avergonzada por ello. El dolor que albergaba de nuestra interacción en la panadería, de su prepotencia sobre mi apartamento y mi trabajo, se desvaneció, sustituido por la sensación melosa y cálida de sentirme cuidada.

Miré a Romeo con inseguridad. ¿Le preocupaba mi reacción?

—Es curioso que "rebanarle la piel a otra persona" no esté en la lista —bromeé, incluso con el nudo en mi garganta.

Sus labios se torcieron y su mano se acercó a mi cadera.

—¿Qué saben los putos terapeutas? Podría ser un nuevo tratamiento brillante.

Parpadeé rápidamente para evitar que se me salieran las lágrimas.

—No muchas personas tienen a alguien dispuesto a hacer eso, a asumir el dolor. —Mis ojos estaban fijos en la hoja de papel. Las

palabras se volvían borrosas a medida que mis lágrimas empezaban a caer.

—Oh, *Stellina*.

Me abrazó y estrechó contra su pecho, apretando mi cara contra su cuello. Me ahogué en un sollozo y él me apretó con más fuerza. Nos balanceamos de lado a lado y mis brazos lo rodearon, mis dedos se retorcieron en su camisa.

—No estás sola. Ya no. Nunca más. Siempre estaré aquí para aliviar tu dolor.

No me soltó, no me apresuró, no me dijo que dejara de llorar. Simplemente estaba ahí. Sólido y cálido, aferrándose a mí con tanta fuerza como yo a él. No supe cuánto tiempo estuvimos allí, pero al final se me secaron las lágrimas y me desplomé contra él, agotada.

Me besó la mejilla.

—¿Te gusta la tostada francesa? Es una de mis especialidades.

Levanté mi cabeza de su pecho e intenté limpiarme la cara.

—Necesito pañuelos primero.

—Creo que podemos encargarnos de eso.

Romeo me agarró la mano con fuerza mientras me llevaba a un armario del pasillo y sacaba una caja de pañuelos. Después de limpiarme, volvimos a la cocina. Antes de que pudiera preocuparme por lo que debía hacer, me levantó y me colocó sobre el mostrador.

—Entonces, ¿tostada francesa?

—Me gusta la tostada francesa.

Su sonrisa era brillante, transformando su rostro de despampanante a impresionante.

—Enseguida salen.

Eché un vistazo a la cocina y me fijé por primera vez en lo que me rodeaba. Los armarios eran de madera oscura y las encimeras de piedra negra. En un rincón había una lujosa cafetera de *espresso*. Era el hogar más bonito en el que había estado en mi vida, lleno de una calidez sofisticada.

Romeo batió unos huevos en un tazón a mi lado y me incliné para besarle el hombro. Levantó la vista, con los ojos muy abiertos.

—Hazlo otra vez.

Una pequeña sonrisa se dibujó en mis labios mientras jalaba su camiseta hacia un lado para poder besar su piel esta vez.

—¿Quieres un *espresso*? —pregunté—. Puedo intentar usar la máquina.

Enroscó un mechón de mi cabello en su dedo.

—Sí, Julieta. Me encantaría un *espresso*.

Sus manos estaban de nuevo en mis caderas, bajándome al suelo. Tardé unos minutos en aprender a manejar la máquina. Durante todo ese tiempo, Romeo encontró cosas que hacer en mi lado de la cocina, su mano rozando mi espalda y mi cabello mientras caminaba a mi alrededor.

No sabía si se quedaba tan cerca porque sabía que yo lo necesitaba o porque él también lo necesitaba.

Odiaba haberlo asustado ayer.

Me encantaba que le importara tanto como para temer por mí.

El aroma a vainilla y jarabe de maple se esparcía por la cocina mientras Romeo terminaba de preparar el desayuno. Puse dos cafés delante de nosotros, ambos con un diseño de *latte* muy raro. Me senté en la isla de la cocina y Romeo enseguida acercó mi silla a él. Su mano permaneció sobre mi muslo mientras comíamos. Cada vez que me apretaba la pierna, me invadían pequeñas chispas de placer y me daban ganas de acurrucarme en su regazo como un gatito.

Cuando terminamos de comer, Romeo se volteó hacia mí y tomó mis manos entre las suyas.

—Tengo que reunirme con Matteo en unos minutos.

—¿Matteo?

—Es el Don, el jefe de la Mafia Italiana aquí en New York. Yo soy su segundo al mando. —Me observó atentamente, como si temiera que saliera corriendo y gritando. Quizá debería hacerlo. Todavía no podía hacerme a la idea de que la mafia fuera real. Como no dije nada, continuó—: Matteo es como un hermano para mí. Sienna, su hermana, vive en este piso al final del pasillo. Matteo, Sofiya y su hija, Clementine, están en el piso de arriba. —Me acarició la cara—. No quiero dejarte aquí, pero hay algunos asuntos de los que no puedes formar parte. ¿Estarás bien quedándote sola un rato?

No.

—Sí.

Me miró con severidad.

—¿Me estás mintiendo, Julieta?

Negué con la cabeza.

—Estaré bien.

Se inclinó más hacia mí y lo respiré.

—Me aterra volver aquí y encontrarte desangrándote. Yo… ¿puedes prometerme que no te harás daño? No puedo… —Tragó saliva y apoyó su frente contra la mía—. No puedo soportar verte así, Ángel. Haré todo lo que pueda para asegurarme de que nunca vuelvas a sentirte de esa manera.

Apreté los ojos, me dolía el corazón.

—Siento haberte asustado.

Su tono era tan firme como su agarre.

—¿Qué te dije de pedir perdón?

—Sigo lamentando haberte asustado. No volveré a hacerlo. Hacía mucho tiempo que no lo hacía. Simplemente todo fue demasiado ayer.

—Sé que lo que pasó es culpa mía.

Negué con la cabeza, pero él presionó sus dedos sobre mis labios para que dejara de discutir.

—No, sí lo es, y eso me mata, demonios. Pero te juro, Julieta, que nunca volveré a hacerte sentir así. Necesito que me prometas que no te harás daño.

Hacía tanto tiempo que nadie se preocupaba por mí así, y era abrumador.

—Ahora tengo toda una lista de técnicas para afrontarlo. —La comisura del labio de Romeo se curvó en una sonrisa, y la mía igualó la suya—. Te prometo que haré mi mejor esfuerzo.

Los dos respiramos profundamente mientras nos abrazábamos.

Romeo me jaló suavemente el cabello.

—Vamos, creo que tenemos tiempo para un torneo de Mario Kart antes de reunirme con Matteo.

46

ROMEO

Se me erizó la piel mientras subía en el ascensor hasta la oficina de Matteo, y no tenía nada que ver con enfrentarme a su furia, que era inevitable, sino con dejar a Julieta. La había arropado bajo las mantas en el sofá con un bocadillo y chocolate caliente. Se había burlado de mí por preocuparme tanto por ella y me había asegurado de que estaría bien, pero mis dedos se enroscaron alrededor de mi teléfono para asegurarme de que no me perdería si me enviaba un mensaje o me llamaba.

Me quedé vacilando en la puerta de la oficina. No me gustaba hacer enojar a Matteo y quería que aceptara a Julieta como mía.

Toqué la puerta. Entre más rápido resolviéramos esto, más pronto podría regresar con mi chica.

—Adelante.

Matteo estaba sentado detrás de su escritorio, con una enorme ventana que mostraba el horizonte de New York detrás de él. Estaba nevando y me pregunté si Julieta querría ir al patio privado o a la azotea a jugar con la nieve. Parecía algo que le gustaría si se sentía lo bastante cómoda como para salir del apartamento. Tal vez podría ayudarla a crear más espacios seguros.

—Romeo.

Me detuve frente a su escritorio. No había ninguna silla para sentarme.

Tenía los dedos apretados frente a él.

—Tenías una misión: vigilar a los serbios. Abandonaste tu puesto.

Asentí con la mandíbula apretada.

El Don me sostuvo la mirada, sin mostrar ninguna expresión, y luego se reclinó en su silla con un suspiro.

—Entiendo por qué lo hiciste. Pero no puede quedar impune.

El corazón me latía desbocado en el pecho mientras permanecía inexpresivo.

—No puedes separarnos ni enviarla lejos de aquí. —Di un paso hacia él—. Los albaneses saben de ella. Me necesita y yo la necesito aquí. —No quería traicionar la confianza de Julieta contándole lo que había pasado ayer, lo que había hecho, pero necesitaba que comprendiera la gravedad de la situación.

Matteo se restregó la mano por la cara y maldijo.

—¿Cuándo se complicaron tanto nuestras vidas? No voy a echarla.

Mis hombros se hundieron de alivio.

—El *ring*. Esta noche —ordenó.

Lo había desobedecido. No podía dejarlo pasar, ni siquiera por su segundo al mando. Aceptaría cualquier castigo que me impusiera con tal de mantener a Julieta a mi lado.

Asentí y me di la vuelta para marcharme.

—¿Y, Romeo? Me gustaría conocer a Julieta pronto si va a formar parte de nuestra familia. Sofiya quiere invitar a todos a cenar.

—Le preguntaré —confirmé por encima del hombro, mis labios curvándose en una sonrisa.

47

JULIETA

Cuando Romeo se fue, busqué mi teléfono y llamé a mi jefe.

—*Julieta*. —La voz de Arturo estaba llena de alivio—. *¿Estás bien?*

—Sí. —La palabra salió en un chirrido, así que lo intenté de nuevo—. Estoy bien.

—*Ese* Stronzo —gruñó mi increíblemente apacible jefe—. *El maldito Romeo De Luca. ¿Qué derecho tiene a arrastrarte a esta vida?*

Escucharlo confirmar quién era Romeo destruyó los últimos hilos de esperanza de que esto no estuviera sucediendo realmente.

—¿Lo conoces?

—*No mucho, pero los he visto a él y al Don varias veces a lo largo de los años. El pequeño bastardo, pensando que alguna vez podría merecerte.*

Se me apretó el pecho ante la preocupación de Arturo.

—No te imagino como mafioso.

Hubo un instante de silencio, roto por su carcajada.

—*Tendrías que haberme visto en mi mejor época. Las mujeres me adoraban*. —No lo dudé. Incluso con sesenta y tantos años, Arturo era un hombre apuesto—. *Pero nunca fui soldado* —continuó —. *Mi padre y mi abuelo solían pasar cosas de contrabando por la*

ciudad para los antecesores del Don. Conocían todos los pasadizos secretos, pero, por desgracia, mi padre murió antes de poder transmitirme sus conocimientos. Ahora simplemente soy el dueño de una librería.

—Siento decepcionarte —pronuncié con voz ronca.

—¿De qué estás hablando?

—La tienda tiene que cerrar por mi culpa.

Se burló.

—Tú eres la razón por la que la tienda sigue funcionando, y si crees por un minuto que me preocupo más por la tienda que por ti, te equivocas. —Su acento italiano se acentuó con su agitación.

Tragué saliva por el nudo que tenía en la garganta. Aunque sabía que Arturo se preocupaba por mí, la fuerza de sus palabras me tomó desprevenida.

—Volveré a trabajar en cuanto pueda —le prometí.

—Volverás a trabajar únicamente cuando sea completamente seguro. Eso es algo en lo que De Luca y yo podemos estar de acuerdo.

Deambulé por el apartamento mientras Arturo me contaba historias de las travesuras de sus nietos. Parecía feliz. En el pasado, habría sentido unos celos tremendos al escucharlo hablar con tanto cariño de su familia, pero ahora sonreía mientras daba vueltas por el gimnasio casero de Romeo. Ya no estaba sola.

48

ROMEO

ERA TARDE CUANDO ENTRÉ AL ENORME GIMNASIO QUE HABÍA EN UNO DE LOS pisos inferiores del edificio. Nuestros soldados entrenaban aquí y ahora estaban todos reunidos, rodeando el *ring* de boxeo en el centro de la sala. Esto formaba parte del castigo, y todos, incluyendo a los soldados bajo mi mando, estaban aquí para presenciarlo.

Matteo estaba en el centro del cuadrilátero y yo caminé hacia él, con la frente en alto. Este era un pequeño precio que debía pagar por Julieta. Pagaría un precio mucho más alto por mantenerla a salvo.

Me quité la camiseta antes de pasar por debajo de las cuerdas y colocarme frente a Matteo.

—Las manos detrás de la espalda.

Utilizó un trozo de cuerda para atarme las muñecas.

—No sabía que le gustara así, *señor* —bromeé.

Matteo puso los ojos en blanco y escuché algunas risitas de mis hombres. Bien. El ambiente había estado demasiado tenso, carajo.

—Arrodíllate. —La orden de Matteo fue fuerte y segura, y me arrodillé torpemente sin usar las manos.

Me miró fijamente y habló en italiano.

—¿Aceptas tu castigo por la insubordinación a tu Don?

—Sì.

El primer golpe fue rápido y brutal, directo a mi cara. La fuerza del puñetazo de Matteo hizo que mi cabeza se desviara hacia un lado. No me dio tiempo a adaptarme. El siguiente golpe me dio en las costillas y me encorvé, intentando recuperar el aliento.

Los golpes continuaron: en el pecho, la espalda y la cara. Y con cada uno de ellos me imaginaba a Julieta segura, feliz y despreocupada, exactamente como siempre debía ser. Apenas sentía dolor, pero un golpe especialmente fuerte en el pecho me hizo caer sobre la colchoneta. Mi cara ensangrentada golpeó el suelo y me quejé. El dolor agudo en mi nariz me dijo que probablemente estaba rota. Con suerte, a Julieta no le importaría.

Me quedé tumbado hasta que sentí un tirón de la cuerda y me soltaron las manos. Me puse de rodillas y la mano de Matteo estaba delante de mí, levantándome. Este castigo estaba diseñado para humillarme delante de mis hombres, pero en ese instante que los miraba, no me avergonzaba. Sabían que era leal a la *Familia*, que recibiría una bala por cualquiera de ellos, como ellos lo harían por mí. Y también sabían lo en serio que me tomaba a mi chica.

Matteo me dio un apretón en el hombro antes de salir del *ring* y abandonar el gimnasio. Contuve un quejido mientras me agachaba de nuevo bajo las cuerdas, con mi cuerpo gritando de dolor. Mis hombres me dieron una palmada en la espalda, las risas y las bromas llenaron el ambiente ahora que el Don se había ido.

—¿Por qué tienes tantas ganas de irte, Romeo? ¿Listo para volver con tu chica?

—Sí, ¿para que pueda mimarte y limpiarte todas las heridas?

—¡Oh, mi pobre Romeo! ¡Estás herido!

Se echaron a reír a carcajadas. Les hice una seña con el dedo por encima del hombro mientras me dirigía a la salida.

—A mí me suenan como un montón de imbéciles celosos.

Sonreía cuando entré al ascensor, aunque la expresión me jalaba el labio partido. Tenía la cara llena de sangre de la nariz y el labio, y me costaba respirar profundamente después de los golpes en las costillas, pero Matteo había sido benévolo conmigo. Me necesitaba lo bastante bien como para salir a trabajar.

El ascensor se abrió y entré al apartamento, sintiendo alivio al ver a Julieta acurrucada bajo una manta en el sofá. Lo peor del castigo había sido separarme de ella, ya podía respirar sabiendo que estaba a salvo.

Excepto cuando me miró y soltó un grito.

Mierda.

Saltó del sofá y la manta cayó al suelo.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué pasó?

Extendí mis manos en lo que esperaba fuera un gesto tranquilizante.

—Julieta, nena, no te preocupes. Estoy bien.

Ella cerró el espacio entre nosotros, sus ojos llorosos mientras me miraba.

—No estás bien. ¿Quién te hizo esto? —Levantó la mano como si fuera a tocarme y luego se apartó.

Nop. No iba a permitirlo.

Agarré su mano y la puse en mi rostro, apoyándome en su tacto.

—Tenemos que ir al hospital —declaró, moqueando.

Una de las reglas del castigo era no ir al hospital ni recibir atención médica a menos que hubiera complicaciones graves. No es que estuviera cerca de necesitar un maldito hospital por estas heridas.

Le pasé la mano por su magnífico cabello.

—Eres tan bonita.

—¿Te golpeaste la cabeza? —Retiró su mano de mi cara mientras fruncía el ceño—. No te lo estás tomando en serio.

—Lo siento, nena. De verdad estoy bien. Nada más necesito unos vendajes y estaré como nuevo. —Como seguía con el ceño fruncido, sujeté su cara—. Hay un botiquín en el baño. ¿Me lo traes? Por favor.

Dudó y miró hacia la puerta.

—Creo que sería mejor ir al hospital.

Quería estrecharla contra mi pecho y consolarla, pero no antes de limpiar la sangre. Me negaba a ensuciarla.

—Eres adorable. De hecho, déjame meterme en la ducha y luego puedes curarme, ¿bien?

Resopló, cruzándose de brazos. No oculté que estaba mirando sus enormes pechos y que me daban ganas de estrujarlos.

—Bien —resopló.

Le acaricié la cara por última vez y me dirigí al baño, dejando la puerta abierta de par en par como invitación. Me desnudé y abrí el grifo, metiéndome antes de que el agua se calentara. El chorro helado me despejó la mente. Me toqué la nariz. Definitivamente parecía estar rota, aunque no estaba torcida y la hemorragia había parado, así que eso era bueno. De todas formas, no había nada que hacer. Tendría que esperar a que sanara.

Unos pies ligeros pisaron el piso de azulejos, y allí estaba Julieta, con sus ojos furiosos fijos en mí.

—¿Te unirás?

—No. —Tenía la mandíbula rígida y su linda naricita respingada, y eso me puso todavía más duro—. Me aseguraré de que no te desmayes.

Sonreí, apretando mi polla con el puño y moviendo lentamente la mano arriba y abajo.

—*Mmm*, me siento bastante mareado. Puede que necesite que me sostengas.

Sus mejillas enrojecieron y desvió la mirada.

—Si te desmayas, te sacaré a rastras de la ducha.

Solté una carcajada.

—¿Qué haría yo sin ti?

Se entretuvo sacando el botiquín de debajo del lavabo. Bueno, si no iba a entrar conmigo, no iba a separarme de ella ni un momento más de lo necesario. Terminé de ducharme rápidamente y agarré una toalla. Me la envolví alrededor de la cintura y me acerqué a Julieta, sintiendo pura satisfacción cuando ella siguió el rastro de gotas de agua por mi pecho.

Sacudió la cabeza e hizo un ruidito chirriante antes de tomar el botiquín y salir corriendo del baño. La seguí de cerca.

—Siéntate —ordenó señalando el sofá.

Mis labios se torcieron mientras intentaba no sonreír ante su actitud mandona.

—Como tú digas, Ángel.

Contuve un quejido, mis costillas doliéndome muchísimo mientras descendía. El labio inferior tembloroso de Julieta me indicó que no había disimulado bien mi dolor. Puso el kit sobre la mesita, junto con un tazón con agua y una toallita. Abrí las piernas para que pudiera pasar entre ellas.

—Estoy enfadada contigo —protestó a la par que empezaba a limpiarme los restos de sangre de la cara.

Le acaricié la parte posterior de los muslos mientras trabajaba en mí, sintiéndome perfectamente contento.

—Lo siento.

—¿Esto será algo habitual? ¿Que llegues a casa así?

Sentí que el corazón se me iba a salir del pecho. Había dicho *casa*.

—¿Por qué sonríes? —reviró. En ese instante, los ojos se le llenaban de lágrimas—. Hablo en serio. Esto no me gusta.

La empujé hacia abajo para que se sentara a horcajadas sobre mi regazo y la rodeé con mis brazos, sin importarme el dolor agudo que sentía en los costados.

—Puede que me lastime en ocasiones, pero te prometo que siempre haré todo lo posible por volver a casa contigo. Esto solo es por un ejercicio de entrenamiento. Nunca estuve en peligro.

Si bien frunció los labios, siguió limpiándome la sangre del rostro. Por suerte, evitó que se le escaparan las lágrimas. No soportaba verla llorar.

—Pero a veces estás en peligro.

El temblor de su voz me oprimió el pecho.

—Sí, cariño. A veces. —Después de toda una vida ansiando el peligro y lanzándome de cabeza sin tomar en cuenta mi seguridad, era extraño tener a alguien con quien volver a casa. Extraño y maravilloso.

—¿Sabes qué haría que mi cara se sintiera mejor? —le pregunté mientras terminaba.

—¿Hielo?

—*Nah*. Creo que se sentiría mejor si te sentaras en ella. Frotándome ese dulce coño por todas partes.

Sus mejillas se sonrojaron y me reí. Me dio un empujón en el hombro, tan suave que apenas lo sentí, y apretó los labios.

—Sí, no vamos a hacer eso.

—¿Nunca? —Le lancé mi mejor mirada de cachorrito.

—Al menos hasta que estés completamente recuperado —contestó con modestia.

—Supongo que tendré que encontrar otras cosas que hacer mientras tanto. —La acerqué a mi cuerpo para que pudiera sentir mi erección.

—Tienes que estar bromeando —lanzó—. ¿Esto es todo en lo que piensas? ¿Cuando tienes la cara hecha un desastre y el pecho lleno de cortes y moretones?

—Tengo a la chica más hermosa del mundo en mi regazo. Por supuesto que tengo la polla dura. Siempre estoy excitado cuando estoy contigo.

Entrecerró sus ojos mientras se arqueaba contra mí, apretando su coñito caliente contra mi verga. Pareció darse cuenta de lo que hacía y se apartó.

—No. *Nop*. No vamos a hacerlo. Voy a ponerte hielo en el rostro y te quedarás descansando en este sofá.

Me vendó las heridas de la cara y el pecho antes de obligarme a ponerme de pie y girar para que pudiera examinarme la espalda. Antes de que pudiera volver a sentarla en mi regazo, escapó a la cocina y regresó con varias compresas de hielo, una bolsa de chícharos congelados, una botella de agua y una rebanada de pastel. Le quité las compresas de hielo de las manos y me las puse contra las costillas.

—Recuéstate. —Suavemente me puso los chícharos sobre la nariz y gruñí por el alivio instantáneo—. Tómate esto. —Me puso unas pastillas en la mano y me las tomé sin preguntar, tomándolas con grandes tragos de agua.

No me gustaba no poder verla en esta posición, así que estiré la mano hasta agarrar su cadera.

—¿Para qué es el pastel?

—Por si necesitas un bocadillo —comentó.

Sonreí mientras intentaba atraerla hacia mí.

—Estoy demasiado débil para comérmelo yo solo. Tendrás que alimentarme tú.

Volvió a sentarse en mi regazo.

—Creo que estás exagerando.

—No sé de qué estás hablando.

Claro que lo estaba haciendo, pero ¿quién podía culparme cuando mi chica me alimentaba dulcemente con pastel de chocolate y pasaba suavemente sus dedos sobre mis moretones para asegurarse de que estaba bien?

—¿Quieres comer algo más?

Me quité los chícharos de la cara para poder mirarla.

—No. —Tomé su rostro con ambas manos y le di un suave beso en los labios—. Pero ahora tengo que cuidarte.

—¿De qué estás hablando?

Le pasé suavemente las manos por los muslos para no irritarle los cortes.

—Déjame revisarlos. Por favor.

—No es necesario —susurró.

—Lo es. —Necesitaba saber que estaba a salvo y sanando. Necesitaba verlo con mis propios ojos—. Por favor —repetí, y ella cedió.

Se quitó de mi regazo y se bajó los pantalones deportivos, que eran míos. El imbécil posesivo que tenía en el pecho retumbó de satisfacción y cuestionó mi plan de comprarle a Julieta todo un guardarropa nuevo. Tal vez debería extraviar accidentalmente toda su ropa para que se viera obligada a ponerse la mía todo el tiempo.

Mi mente se despejó cuando vi las líneas furiosamente enrojecidas que marcaban su piel. La metí entre mis piernas, apoyé mi cara contra su estómago e inhalé lentamente para calmar mi corazón.

Sus dedos recorrieron mi cabello.

—Estoy bien. No soy yo quien perdió una pelea.

Me burlé.

—Yo no perdí, joder. —Si le contaba lo que había pasado, se culparía a sí misma, pero dejarla pensar que yo era un peleador de

mierda que no podía protegerla me provocaba el deseo ardiente de demostrar mi fuerza.

—Está bien, amor —dijo.

Me derretí contra ella. Nunca nadie me había llamado *amor*. Nadie me había abrazado ni acariciado el cabello de esta manera.

Revisé sus heridas y volví a vendar la peor, dándole suaves besos en la piel antes de volver a subirla a mi regazo. Apoyó su cabeza en mi hombro y recorrió el corte de mi pecho con sus dedos delicados. Cuando sus labios rozaron mi garganta, gruñí. Su más leve caricia me encendía y mi polla se estremecía bajo nosotros.

—Ignórala —indiqué apretando los dientes.

—¿Y si no quiero? —murmuró. Antes de que pudiera detenerla, se deslizó de mi regazo hasta quedar de rodillas entre mis piernas.

Madre mía.

Carajo.

JODER.

Mi cerebro dejó de funcionar. Mi cabeza se llenó de música de conga mientras mis entrañas formaban una fila para bailar.

Sin embargo, cuando Julieta buscó mi pretina, volví a mis sentidos.

Puse mi mano sobre la suya y la apreté.

—Sabes que antes estaba bromeando. No tienes que hacer nada.

—Pero quiero hacerlo. —Sus ojos ardían, su tono era firme—. Por favor, no me trates diferente ahora que sabes de mi pasado y esas cosas. *Por favor*.

Agarré su nuca.

—Nunca tienes que suplicar. *Nunca*. No es que te vea diferente, pero… —Dejó escapar un ruido frustrado—. Espera un poco. —Me incliné hacia adelante y agarré su barbilla—. No quiero hacer nada que te altere.

—No puedo prometerte que no me agobiaré nunca, pero no quiero que eso me impida hacer lo que quiero.

—¿Y lo que quieres en este momento es tomar mi polla en esa linda boquita tuya? —Asintió.

—De acuerdo, nena. Haz lo que quieras conmigo.

Volví a sentarme con un quejido y se apresuró a colocarme las compresas de hielo contra las costillas. Antes de que pudiera asimilar lo que estaba ocurriendo, tenía mi polla en su mano y la apretó tímidamente. Cerré los ojos y tomé aire, temiendo que al mirarla, me correría demasiado pronto.

Me llevé el puño a la boca y ahogué un grito cuando empezó a jugar con mi *piercing*.

—Me gusta —dijo suavemente—. También me gustó cómo se sentía dentro de mí.

Apreté los dientes para no decirle que me metiera en su boca. Quería que ella tuviera el control. Pero cuanto más recorría mi longitud con sus dedos, más me torturaba, hasta que por fin me quebré. Abrí los ojos de golpe.

—Julieta, por favor.

Tenía una sonrisa de satisfacción y sus ojos brillaban con picardía.

—Vaya, aguantaste mucho más de lo que pensé.

—¿Estás jugando conmigo?

—*Mmm,* solo un poquito. ¿Vas a suplicar?

Mi mano se dirigió a su cabello y la atraje hacia mí hasta que la punta de mi polla rozó sus labios.

—Abre —gruñí.

Su sonrisa se hizo más grande y entonces dividió los labios y me rodeó con su calidez húmeda. Su lengua jugó con mi *piercing* y luego me introdujo más profundamente, chupando con fuerza. Todo el dolor de mi cuerpo se desvaneció a medida que el placer crecía en la base de mi columna vertebral.

—*Jodeeeer,* tu boca es mágica.

Gimió y me introdujo un poco más. Intenté no correrme, pero cuando su mano me acarició las pelotas, todo acabó. Me corrí con un grito, agarrándome con fuerza a su cabello mientras me bebía hasta el fondo.

Julieta me dio un último lametón antes de soltarme la verga y sentarse sobre sus talones.

Yo estaba destrozado, jadeante, y ella me miraba con la sonrisita más linda que jamás había visto.

—¿Estás orgullosa de ti misma, preciosa? —Asintió—. Deberías estarlo. Ven aquí. —La necesitaba más cerca.

Aunque volvió a sentarse suavemente sobre mi regazo, yo la aplasté contra mi pecho y apreté mi cara contra su cabello, respirando profundamente.

—Eso fue mejor que cualquier analgésico del mundo. Gracias.

Sus labios se apretaron contra mi cuello.

—¿Lo hice bien?

Resoplé.

—Mejor que bien. —Pasé mi mano de arriba a abajo por su espalda—. ¿Estuvo bien para ti? ¿Algún mal recuerdo?

—Estoy bien. Nunca lo había hecho antes —confesó.

Mis dedos se tensaron en su cabello.

—Estás bromeando.

Soltó una risita.

—*Nop*. Es la primera vez.

Besé su frente.

—Me vas a matar. —Metí mi mano entre nosotros hasta que mis dedos presionaron contra sus bragas. Estaban empapadas—. Carajo, tu dulce coñito está tan necesitado de mí. —Estaba desesperado por hacerla correrse, por verla desmoronarse.

Dejó escapar un pequeño jadeo, y de pronto se convirtió en el objetivo de mi vida volver a escucharla hacer ese sonido. Mis labios chocaron con los suyos, y la dulzura del pastel no era nada comparada con mi Julieta. Ella titubeaba, sus movimientos eran suaves, como si intentara no lastimarme, mas yo no lo permitiría. La agarré por el cabello, profundizando el beso y mordisqueando sus labios hasta que se vio obligada a responder.

—Te vas a hacer daño —habló entre besos.

—Vale la pena.

—*Romeo*.

—*Julieta*.

Lo que sea que iba a decir después, fue interrumpido por un gemido mientras yo seguía jugando con ella. Aparté sus bragas para poder hundir mis dedos en su calor.

—Estás apretando mucho. —Mi polla se puso dura entre nosotros, desesperada por reemplazar mis dedos.

—Qué bien se siente eso. —Sus palabras eran suaves, casi tímidas, como si no supiera cómo expresar su placer.

—Toma lo que necesites de mí.

Mi mano en su cadera la impulsó a mecerse contra mí, a apretar su hinchado y pequeño clítoris contra mi mano. Sonreí cuando agarró mi muñeca y la utilizó para hacer la palanca que necesitaba. No tardó en agitarse a mi alrededor, apretándome los dedos mientras se corría.

—Eso es —animé, besando el lado de su rostro mientras ella se desplomó contra mi pecho—. Buena chica. Lo hiciste muy bien para mí.

Soltó un gimoteo cuando salí de ella. Me metí los dedos empapados en la boca chupándolos.

—Sabes tan jodidamente bien. —Sus ojos se abrieron de par en par y sus labios se entreabrieron, lo que aproveché para meterle los dedos en la boca—. ¿Ves lo dulce que eres? ¿Lo absolutamente adicto que soy a ti?

Que chupara mis dedos hizo que mi polla se estremeciera.

Julieta se arqueó contra mí.

—Debería obligarte a ir a la cama y descansar.

Mi nariz recorrió un costado de su cara.

—Pero no vas a hacerlo porque eres una chica muy golosa, ¿verdad?

El fuego en sus ojos lo decía todo.

—Te prometo que me quedaré quieto y dejaré que hagas todo el trabajo por mí. —Sonreí mientras rasgaba su ropa interior.

—Era una de mis favoritas. —Levantó el labio en un puchero y la atraje hacia mí para besarlo.

—Te conseguiré más. —Le acaricié las nalgas y la agarré con fuerza mientras ponía mi polla en su entrada—. Ahora móntame, Ángel.

Gimoteó mientras se hundía en los primeros centímetros. Mis dedos se clavaron en sus muslos temblorosos mientras ella bajaba. Mis caderas se levantaron involuntariamente y ambos gemimos

cuando la penetré por completo. Tenía los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás y parecía una diosa. Suspiró mientras la sujetaba, su coño húmedo frotándose contra mí mientras se adaptaba a mi tamaño.

—Estás demasiado tapada. —Jalé la parte inferior de su sudadera y se la quité, dejando al descubierto sus preciosas tetas. Me incliné hacia adelante y me metí un pezón en la boca.

—Pensé que se suponía que yo tenía que hacer todo el trabajo —protestó, con la voz entrecortada.

Mis labios se despegaron de su pezón.

—¿Quieres que me detenga?

Su mano se dirigió a mi nuca y me acercó.

—¡No!

Sonreí y mordí suavemente su otro pezón.

—Será mejor que empieces a montarme.

Se levantó y luego bajó, sus manos se posaron en mis hombros para equilibrarse. Empezó a moverse tímidamente, pero no tardó en sentirse más segura y empezar a sentir placer.

—Así me gusta, buena chica. —No podía apartar mi mirada de donde estábamos conectados. Mi pulgar se dirigió a su clítoris, rodeándolo mientras subía y bajaba.

—Romeo. —Jadeó. Se inclinó hacia adelante, con su cabeza apoyada contra la mía y sus senos rozándome el pecho con cada embestida.

—Lo sé, cariño. Lo sé. Lo estás haciendo muy bien. Ahora necesito que te corras para mí. Demuéstrame lo buena chica que eres.

Sus dedos se enroscaron en mi cabello y se aferró con fuerza mientras yo la ayudaba a mantener el ritmo a la par que mi otra mano se hundía en su culo. Sus labios estaban junto a mi oído, permitiéndome saborear cada jadeo y gemido. Justo cuando pensaba que no podría aguantar más, su coño se apretó contra mi polla y se corrió con un grito. Yo la seguí de inmediato, embistiendo con fuerza a la vez que ambos disfrutábamos de nuestros orgasmos.

49

JULIETA

Un rato después, cuando ya nos habíamos aseado, Romeo acarició mi cabello con sus dedos mientras estábamos acostados uno frente al otro en la cama.

—Hablar contigo así por la noche me parece tan normal, excepto que ahora estás aquí —murmuré.

Me estrechó contra su pecho y metió una pierna entre las mías, enganchándola para que mi pierna de arriba se viera obligada a rodear su cadera.

—Lo prefiero así —replicó en voz baja.

Me moví un poco para quedar aún más cerca, con nuestras frentes juntas, y acarició mi piel con sus dedos.

—¿Te gusta el apartamento?

—Sí, es increíble. —Toda la pared trasera del apartamento eran ventanas con una vista increíble de Central Park.

—¿Te sientes segura aquí?

—Sé que hay buena seguridad.

—No, quiero decir… —Me abrazó con más fuerza, me puso la mano en la nuca y apretó mi cara contra su cuello—. Quiero decir, ¿se siente seguro, como uno de tus lugares seguros? Dijiste que solamente te sentías segura en tu apartamento, en la librería y en la

tienda de *bagels*. Quiero que esto se sienta como uno de tus lugares seguros.

Se me hizo un nudo en la garganta y lo abracé.

—Sí. Se siente como uno de mis lugares seguros. —O, al menos, como si pudiera llegar a serlo. Todavía me sentía incómoda aquí, especialmente si Romeo no estaba, pero no entraba en pánico. No tenía nada que ver con el apartamento ni con la seguridad, sino con Romeo.

Estaba bastante segura de que me sentiría segura dondequiera que él estuviera.

—Tengo que ocuparme de unas cosas mañana y estaré fuera gran parte del día. —Jugó con mi cabello, enroscando y desenroscando las puntas alrededor de sus dedos.

Si bien se me encogió el corazón, mantuve un tono relajado.

—Está bien. Sé que tienes que trabajar. Estaré bien aquí.

Sus labios rozaron mi cabeza.

—No quiero irme. A la mierda el trabajo.

—¿Estarás bien para trabajar? ¿No deberías tener permiso por enfermedad?

Se rio entre dientes.

—Son solo unos cuantos moretones. Estaré bien.

Le di un beso en la garganta.

—Si estás seguro.

—Estoy seguro. Estaré al pendiente de ti a lo largo del día, y siempre puedes llamarme si necesitas algo.

Asentí y lo abracé con más fuerza. Ya lo extrañaba.

50

JULIETA

Me quedé mirando la mancha roja y oscura de sangre en mi ropa interior.

Mierda.

Por supuesto que mi periodo, que era notablemente impredecible, decidiría presentarse hoy.

Me quedé paralizada en el retrete cuando me di cuenta de que no tenía toallas sanitarias ni tampones. Se me habían acabado al final de mi último periodo y había estado esperando mi siguiente pago para comprar más.

Me limpié lo mejor que pude, tomé ropa interior limpia y le puse medio rollo de papel higiénico encima. Mi menstruación siempre era abundante los primeros días, así que esto no me aguantaría mucho tiempo.

Me quedé mirando mi teléfono, tratando de averiguar qué hacer. No quería interrumpir a Romeo. ¿Qué esperaba que hiciera? ¿Que dejara su trabajo para traerme artículos de higiene femenina? Sienna vivía en el otro apartamento de este piso. Me había parecido simpática cuando la conocí en la librería. Quizá tendría algo que pudiera prestarme, pero no tenía su número de teléfono, lo que significaba que tendría que salir del apartamento para ver si estaba en casa.

Apreté el teléfono como si pudiera ofrecerme algún tipo de apoyo moral mientras me dirigía a la puerta. No era para tanto. Simplemente tenía que salir al pasillo y tocar la otra puerta. Eran menos pasos que caminar hasta la tienda de *bagels.*

«Pero la tienda de bagels *es segura»*.

«El pasillo no es seguro».

El apartamento de Romeo se sentía seguro porque pertenecía a Romeo. *Olía* a él, se *sentía* como él, y mi mente y mi cuerpo habían decidido que cualquier cosa relacionada con Romeo significaba seguridad. Especialmente con todo lo que había pasado en los últimos días, mi cuerpo sabía que nada más era seguro. Mientras permanecía de pie junto a la puerta principal, con una mano apoyada en el picaporte, la sensación familiar de pánico se apoderó de mi pecho. Las axilas se me llenaron de sudor, el mareo me invadió y el pecho se me apretó.

—Vamos. Tan solo abre la puerta y sal al pasillo. No es tan difícil —me hablé a mí misma con rabia, mas no sirvió de nada. Mi respiración entrecortada llenó el aire y me hundí en el suelo.

El tiempo se distorsionó, corriendo y arrastrándose al mismo tiempo mientras yo permanecía congelada en el suelo. *«Haz algo, Julieta. Levántate. Ve al final del pasillo. Mándale un mensaje a Romeo. Solo haz algo».* Pero no pude hacerlo, atrapada en mi mente y cuerpo fracturados.

Un sonido me devolvió a la realidad. Estaba tumbada en el suelo sin recordar cómo había llegado hasta allí. Sentía mis extremidades rígidas y frías mientras estiraba lentamente el brazo para alcanzar el teléfono que tenía enfrente.

El nombre de Romeo parpadeó en la pantalla y contesté sin pensarlo.

—Hola.

Hubo un silencio y luego…

—¿Qué ocurre?

Apreté fuertemente mis ojos. ¿Cómo podía leerme con tanta facilidad?

—*Julieta. ¿Qué pasa?*

—Nada.

—*No me mientas, Ángel.*

—No es algo con lo que valga la pena molestarte. Sé que estás ocupado.

—*Nunca estoy demasiado ocupado para ti.* —Me di cuenta de que se esforzaba por suavizar el tono de su voz—. *¿Te hiciste daño?*

La pregunta y su falta de confianza en mí me rompieron el corazón. Lo entendía, pero aun así me dolía.

—No, te lo prometo. Vas a pensar que soy estúpida.

—*No lo haré.*

Exhalé lentamente.

—Me vino la regla. —Me ahogué en un sollozo mientras las lágrimas aparecían de la nada y se derramaban por mis mejillas. Odiaba lo frágil que me hacían sentir las hormonas.

—Oh*, dulzura. ¿Qué necesitas?*

—No tengo nada conmigo y pensé que tal vez Sienna tendría algo. Iba a tocar a su puerta, no obstante, me dio un ataque de pánico. —Lloriqueé desconsoladamente, todavía demasiado agotada para levantarme y sentarme.

—*Voy de regreso. Estaré allí en unos minutos.*

—Romeo, no. Tienes…

—*Si las siguientes palabras que salen de tu boca son* cosas más importantes que hacer*, voy a detenerte ahí mismo.*

—Pero…

—*No. Has pasado un auténtico infierno esta última semana, y no voy a dejarte sola cuando me necesitas.*

Un pequeño hilo cálido me envolvió el pecho.

—¿Estás seguro?

—*Sí, estoy seguro. En realidad, llamaba para ver qué querías para el almuerzo para que lo enviaran, pero ahora puedo almorzar contigo. Estoy a unos pocos minutos del apartamento. ¿Qué te apetece comer?*

La culpa me revolvía el estómago por las molestias que le estaba causando.

—Lo que tú quieras —contesté con voz ronca.

—No puedo esperar a que confíes en mí y empieces a exigirme mierda.

—Sí confío en ti. —Confiaba en Romeo más que en nadie en mi vida.

—No del todo, pero está bien, Ángel. Haz que me lo gane.

No era que no confiara en él… era más bien que no confiaba en mí misma lo suficiente como para merecerlo. No confiaba en que el universo me dejara tenerlo.

—Estoy en el ascensor ahora. Solo unos segundos más.

Oh, Dios, necesitaba levantarme del suelo. Me impulsé con mis brazos temblorosos hasta quedar sentada justo a tiempo para que se abriera la puerta principal.

Romeo no dijo nada mientras se arrodillaba y me tomaba en sus brazos.

—Estás a salvo. Te tengo.

Mis dedos se enroscaron en su camisa, vestía un traje negro con una camisa blanca desabrochada a la altura del cuello. Envolví mis brazos alrededor de su cuello mientras él se levantaba y me cargaba hasta el sofá.

Me acomodó en su regazo y me sobresalté, empujándolo por el pecho.

—Espera, detente.

Acunó mi cara.

—¿Que me detenga?

Mis mejillas enrojecieron.

—No puedo sentarme en tu regazo. —Cerré los ojos avergonzada —. Podría mancharte los pantalones.

Me rodeó la cintura con los brazos.

—Como si me importara, demonios. Ahora, ¿qué necesitas para tu periodo? ¿Y ya decidiste qué quieres almorzar?

—No, tengo que moverme. —La idea de manchar sus pantalones me mortificaba.

Romeo suspiró, sin dejar de abrazarme.

—No te he hablado mucho sobre mi trabajo porque no quiero que te asustes, joder. Pero al menos puedo decirte con seguridad que un poco de sangre no me va a asustar.

No sabía muy bien cómo procesar aquella información. Romeo era tan gentil conmigo, tan juguetón, que no podía imaginármelo siendo violento.

—¿Lastimas a las personas? —Mantuve la mirada fija en mis manos.

—A veces. —Sus dedos recorrieron un costado de mi rostro—. ¿Eso te molesta?

—¿Lastimas a la gente normal?

—No, cariño. No lastimo a gente inocente.

—Los que me persiguen… ¿qué quieren?

—La Mafia Albanesa ha estado tratando de ganar terreno en New York para poder introducir la trata de blancas. Matteo no permite ningún tipo de trata en su territorio.

Se me hizo un nudo en la garganta y me picaba la piel.

—Espera, ¿qué? ¿Los que me persiguen son tratantes de personas para fines sexuales?

Me agarró la barbilla y me obligó a mirarlo.

—No dejaré que te toquen. —La intensidad de su voz hizo que me estremeciera—. ¿Qué pasa por tu cabeza?

Le rodeé el cuello con los brazos y apoyé mi cabeza en su hombro.

—Debería molestarme, ¿verdad? Que lastimes a la gente.

—¿Pero no es así?

Me encogí de hombros.

—No tanto como debería.

Soltó un suspiro tembloroso y sus hombros se relajaron. ¿Le había preocupado mi respuesta?

—Eres demasiado buena para mí, Julieta. Pero soy un bastardo egoísta y no te dejaré ir.

—No quiero dejarte ir.

Sus labios se estrellaron contra los míos, los cuales se separaron en un jadeo y él presionó su lengua en mi boca, arrastrándola contra la mía de una manera que me hizo gemir. Agarró mi trasero,

apretándolo con fuerza, y yo me arqueé contra él, desesperada por la fricción.

—Eres perfecta. Tan jodidamente perfecta. —Acompañó cada palabra con un beso antes de separarse con un gruñido—. Antes de seguir, ¿qué necesitas?

«Un orgasmo».

«Espera… ¿de qué estaba hablando?».

—*Oh.* —Parpadeé para despejar mi aturdimiento lleno de lujuria —. *Um*, solamente toallas sanitarias y tampones. —Me ardían las mejillas y no podía mirarlo a los ojos.

Sacó su teléfono.

—¿De qué tipo?

—Compro lo que sea más barato o lo que esté en oferta.

Romeo frunció el ceño.

—A la mierda con eso. —Tecleó furiosamente en su teléfono, enviando una serie de mensajes a alguien antes de dejarlo—. Tendremos las cosas aquí en un minuto. ¿Qué hay de bocadillos? ¿Algo para el dolor? ¿Almohadilla térmica?

—No, estaré bien. Deberías volver al trabajo.

Parecía ofendido.

—Te encontré acurrucada en el suelo después de tener un ataque de pánico, y acabas de empezar con tu periodo. ¿Por qué iba a dejarte ahora?

Su tono era todo ira, no obstante, su tacto era dolorosamente suave mientras guiaba mi cabeza hacia su pecho.

—He lidiado con esto toda mi vida. No es nada fuera de lo normal para mí —expresé.

—Bueno, eso se acaba ahora. Eres mía, lo que significa que ya no tienes que lidiar con esta mierda sola.

—¿Soy tuya?

Romeo dejó escapar un sonido exasperado.

—Sí, Julieta. Vives en mi casa, te adentraste en mi puta alma. *Claro* que eres mía.

Mis labios se torcieron mientras intentaba ocultar mi sonrisa.

—¿Eso significa…? —Respiré profundamente, armándome de valor—. ¿Eso significa que eres mío?

Sus ojos se suavizaron.

—Sí, nena. Te pertenezco completamente.

—¿Exclusivamente? —Esta vez me atreví a mirarlo a los ojos.

—Como si fuera a querer a alguien más.

Ya no podía contener mi sonrisa.

—De acuerdo.

Resopló.

—Bien. —Me dio un beso en la cabeza—. Entonces, ¿qué más necesitas?

—Supongo que una almohadilla térmica estaría bien si no es mucha molestia. —Al crecer en hogares de acogida, me había acostumbrado a que me dijeran que las cosas que quería eran demasiado costosas y que era una egoísta por pedirlas.

—¿Qué te parece comida tailandesa? —preguntó.

Sonreí aliviada por no tener que decidir.

—Suena bien.

Acabábamos de pedir la comida cuando tocaron la puerta. Romeo me movió al sofá mientras él iba a la puerta, pero me levanté rápidamente de un salto. No iba a manchar de sangre el sofá más cómodo del mundo.

Romeo agarró varias bolsas grandes de supermercado de alguien y luego cerró la puerta.

—Muy bien, Ángel. Toma lo que necesites.

Alcé las cejas mientras miraba dentro de las bolsas. La primera estaba llena de todo tipo de toallas sanitarias y tampones que pudiera imaginar. La segunda contenía toneladas de bocadillos dulces. Y en la última había calcetines de felpa, pantuflas, una manta suave y una almohadilla térmica.

Levanté la cabeza para mirar a Romeo. Él arqueó una ceja. Era demasiado, pero si era sincera conmigo misma, me encantaba que me mimaran.

—Gracias —susurré.

Sonrió y me dio una nalgada.

—Buena chica. Toma lo que necesites. Nuestra comida llegará pronto.

Con un poco de vergüenza, tomé un paquete de tampones y toallas sanitarias, orgánicas, cosa que no sabía que existía, y fui al baño a ocuparme de mis cosas. Cuando volví a salir, Romeo estaba allí, ofreciéndome un pantalón deportivo.

—Por si quieres ponerte algo más cómodo.

Lo tomé y me di cuenta de que era suyo. Volví a mirarlo y juré que vi un rubor en sus mejillas. ¿Le gustaba verme con su ropa tanto como a mí me gustaba usarla? Volví al baño para ponérmelo. Cuando salí por segunda vez, él estaba listo con una sudadera para colocármela por encima de la cabeza antes de abrazarme.

—Anda. Vamos a ponerte cómoda.

Me llevó al sofá y se arrodilló frente a mí para ponerme los calcetines nuevos. Se quedó de rodillas mientras me colocaba la almohadilla térmica en el estómago.

—¿Todo bien? —Me dio un beso en la rodilla y me derretí. ¿Cuándo me había sentido tan querida?

—Sí.

—Bien. —Me besó en la frente antes de levantarse del suelo.

51

ROMEO

Julieta dejó su tazón vacío en la mesita y se sentó de nuevo en el sofá soltando un quejido.

—Estoy tan llena.

Sonreí.

—¿Te gustó?

—Estaba buenísimo. Me encanta la comida tailandesa. —Apoyó la cabeza en los cojines del sofá, con los ojos caídos.

Me di una palmada en la pierna.

—Ven aquí, cariño. Recuéstate.

La acomodé para que apoyara su cabeza en mi regazo. Buscó su almohadilla térmica, pero me le adelanté, se la puse sobre el estómago y la cubrí con una manta. Me regaló la sonrisa más dulce del mundo.

Acaricié su cabello perfecto con mis dedos, jugando con las puntas rosadas. No tardó en cerrar los ojos y quedarse dormida.

Deseé poder congelar este momento en el tiempo y quedarme aquí para siempre.

Siempre había tenido una energía inquieta en mi interior que me impedía quedarme quieto. Había buscado peleas, peligros, cualquier tipo de acción para alimentar el incesante picor que sentía bajo la piel. Sin embargo, desaparecía ante la presencia de Julieta. Mis

músculos se relajaron, todo en mi interior se calmó y únicamente estábamos ella y yo juntos en ese momento.

Me concentré en el programa de repostería que se emitía suavemente en la televisión para distraerme y no tener una erección. Agarré mi teléfono para ponerme en contacto con Angelo. Había estado trabajando con los soldados de la *Bratva* que Dimitri había enviado, poniéndolos al corriente de la amenaza albanesa y asignándoles sus puestos en la ciudad. Angelo había aceptado inmediatamente hacerse cargo cuando me marché para estar con Julieta.

ROMEO

Informe de la situación.

ANGELO

Todo en orden. Uno de los chicos de la Bratva es experto en explosivos. Tenemos que usar más granadas.

Puse los ojos en blanco.

ROMEO

Me encargaré de eso enseguida

¿Pero todo lo demás está bien?

ANGELO

Todo bien. Cuida a tu chica.

52

JULIETA

Romeo se marchó temprano esta mañana, no sin antes despertarme con dulces besos que recorrieron mi cuerpo hasta acomodar su cabeza entre mis piernas. Gracias a Dios, hacía un par de días que mi periodo había parado. Me había lamido hasta que me corrí en una neblina somnolienta, sin saber si seguía soñando. Luego me llamó buena chica, me besó en la frente y me dijo que volviera a dormir.

Me desperté de verdad unas horas más tarde, odiando que la cama estuviera vacía. Estar sola en el apartamento me resultaba inquietante y no podía evitar andar de puntitas mientras me preparaba para el día. Aunque el cabezal de lluvia de la ducha era bastante mágico, y había agua caliente ilimitada, a diferencia de mi mísero apartamento.

Cuando me dirigí a la cocina, encontré una bolsa de *bagels* en la encimera y queso crema de fresa en la nevera.

Parpadeé rápidamente. No iba a llorar por unos *bagels*.

Me limpié los ojos con el dorso de la mano mientras ponía un *bagel* en el tostador lujoso de Romeo. No me había dado cuenta de lo fría que se había vuelto mi vida, de lo carente de amor y cariño que estaba hasta que estuve sentada en la cocina de un hombre al que apenas conocía desde hacía un par de meses, llorando mientras me comía el desayuno que me había traído.

Después de comer, deambulé un rato por el apartamento antes de acomodarme en el sofá. No estaba acostumbrada a tener tanto tiempo libre. Intenté leer, pero mi mente iba a mil por hora y no podía concentrarme. Finalmente, decidí poner Mario Kart. Tal vez podría mejorar mientras Romeo no estaba.

Habíamos pasado mucho más tiempo juntos en la última semana que antes, pero de algún modo, en este momento lo extrañaba aún más.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando tocaron la puerta. Puse inmediatamente en silencio el videojuego y escuché. Ahí estaba otra vez.

Se me aceleró el corazón. ¿Se suponía que tenía que abrir?

Me acerqué en silencio a la puerta y observé por la mirilla para encontrar a las dos mujeres que había conocido en la librería: Sienna y Sofiya. Sofiya, que ahora sabía que era la misma Sofiya casada con el jefe de Romeo, ya no tenía barriga de embarazada. Las mujeres estaban acompañadas por Angelo y el otro tipo que había estado con ellas aquel día.

Tomé mi teléfono y le envié un mensaje a Romeo, esperando desesperadamente no interrumpir algo importante.

JULIETA

Oye, no quiero molestarte, pero Sofiya, Sienna, Angelo y otro chico están en la puerta. ¿Tengo permiso para abrirla?

ROMEO

Por supuesto, nena. El otro tipo es Dante, el guardaespaldas de Sienna

Y tú nunca eres una molestia

Respiré profundamente y abrí la puerta.

—¡Hola! —saludó Sofiya. Eché un vistazo por el pasillo para ver si su perro de servicio estaba con ella y me decepcionó su ausencia.

—No sé si nos recuerdas —abordó Sienna—. ¿Estuvimos en la librería?

—Sí, me acuerdo —afirmé.

—Sentimos haberte visitado con engaños. Sabíamos que Romeo estaba interesado en ti, así que teníamos curiosidad —explicó Sofiya avergonzada.

—*Oh.* —Mi cerebro todavía estaba poniéndose al día con lo que estaba pasando, pero también estaba bailando por dentro porque Romeo les había hablado de mí.

—Y siento que no pudiéramos asistir a la firma de libros. Ha habido algunos problemas de seguridad con lo de salir del apartamento. —Sofiya arrugó la nariz—. Pero nos emociona mucho que estés aquí. Romeo te ha estado escondiendo, así que tuvimos que aprovechar la oportunidad de pasar tiempo contigo.

—*Ah*, y estos son nuestros guardaespaldas, Angelo y Dante —expresó Sienna.

Fruncí el ceño mientras miraba a Angelo.

—Pensé que trabajabas para *Empire Properties*.

Ambas voltearon a mirarlo, y juré que se sonrojó.

—*Ahh*, no sabía cuánto sabías cuando te recogí —murmuró.

Sienna puso los ojos en blanco.

—*Empire Properties* es una empresa real, pero sobre todo opera como fachada legítima para algunos otros de nuestros negocios. —Antes de que pudiera descifrar el significado de sus palabras, continuó—: Iremos al campo de tiro y nos preguntábamos si querrías acompañarnos.

Parpadeé.

—¿Campo de tiro?

—Tenemos uno en la planta baja y yo doy clases —explicó Sofiya —. Tengo que asegurarme de que estos chicos no pierdan la práctica. —Señaló a los dos hombres grandes que estaban detrás de ella.

—*Oh,* no sé nada de armas —repliqué.

—Sofiya es una excelente instructora —aseguró Sienna, sonriendo—. Nos encantaría conocerte mejor, sobre todo porque estoy segura de que todo esto es un poco abrumador. Los hombres mafiosos no entienden el concepto de límites. Las chicas tenemos que permanecer unidas.

«Hombres mafiosos».

Maldita sea.

Escuchar a otra persona pronunciar esas palabras, sobre todo tan a la ligera, lo hacía aún más real. No es que creyera que Romeo mentía, sin embargo, una parte de mí seguía en estado de negación.

Sofiya y Sienna parecían realmente entusiasmadas por pasar tiempo conmigo, y yo también quería eso. No obstante, la sola idea de salir del apartamento o utilizar el ascensor me dificultaba la respiración.

Intenté inventar una buena excusa de por qué no podía acompañarlas.

Tengo que preparar la cena. *«Sí, claro, no sé cocinar una mierda»*.

Tengo que trabajar. *«Ajá. Saben que trabajas en la librería».*

Tengo que… bañarme. *«Por el amor de Dios»*.

No había ninguna buena razón por la que no pudiera bajar con ellos, salvo el hecho de que *no podía bajar con ellos* porque era una rarita defectuosa.

—No me gustan los ascensores —solté.

Aunque me miraron con expresiones confusas, eran amables. Angelo me observó detenidamente y tecleó algo en su teléfono.

—*Oh* —dijo Sofiya—. Está bien. A mucha gente no le gustan los ascensores.

—¿Quieres ir por las escaleras? Son como veinte pisos, pero podemos conseguir nuestros pasos y encontrarnos con Sofiya y Angelo allí abajo. —Sienna se encogió de hombros, sin inmutarse ante la idea.

¿Podría ir por las escaleras? Aun así, tenía que abandonar la seguridad del apartamento de Romeo y rodearme de gente nueva. Y una escalera estrecha probablemente no sería mucho mejor que el espacio cerrado del ascensor.

Angelo gruñó y dio un paso adelante, acercándome su teléfono.

Fruncí las cejas y lo tomé, llena de confusión mientras me lo acercaba a la oreja.

—¿Hola?

—*Hola, Ángel*.

La voz de Romeo calmó al instante la tensión de mi pecho. Respiré mejor y relajé mis hombros. La influencia que ejercía sobre mí tenía que ser una especie de brujería.

—Hola —repetí, como una idiota.

Soltó una risita, cálida y grave.

—Angelo me dijo que Sofiya y Sienna te invitaron al campo de tiro.

—Sí. —Me giré para no estar mirándolas directamente, aunque estaban haciendo un gran trabajo fingiendo que no me prestaban atención.

—¿Quieres ir, nena?

—Tal vez. —Mi voz era un susurro ronco—. Pero me da miedo salir del apartamento. —Romeo maldijo.

—Debería estar allí contigo, sin embargo, estoy en el norte del estado en este momento.

—No puedes quedarte aquí conmigo todos los días, todo el día. Además, te aburrirías.

—De ninguna manera, joder. Nada sobre ti es aburrido, especialmente cuando estoy enterrado en ese dulce coño o cuando estás durmiendo toda tierna con tu cabeza sobre mi regazo.

Mis mejillas ardían, pero no pude evitar sonreír.

—Espero de verdad que no haya nadie cerca para escuchar lo que estás diciendo.

Romeo se burló.

—Lo único que escucharían es lo obsesionado que estoy con mi chica. ¿Son mejores las escaleras que el ascensor?

—Tal vez. —Mi corazón se estremeció al pensarlo—. Pero aun así tendría que salir del apartamento.

—Me encanta que te sientas segura en tu nueva casa. Pero no quiero que te quedes encerrada en el apartamento.

Mis dedos se apretaron alrededor del teléfono.

—Lo sé. —Quería ser valiente. Odiaba sentirme tan atrapada en mi cabeza.

—Tengo una idea —dijo—. *Devuélvele el teléfono a Angelo*.

Le pasé el celular. Escuchó lo que Romeo decía y asintió con la cabeza.

—Vuelvo enseguida —le dijo a Dante—. ¿Las cuidas?

Levantó la barbilla, quedándose los tres en el pasillo, mirándome fijamente.

—*Oh* —vacilé—. *Um,* ¿quieren pasar? —Me avergoncé de lo grosera que había sido al quedarme parada en la entrada.

—Esperaba que lo preguntaras —comentó Sofiya, con un brillo travieso en sus ojos—. Nunca he entrado en el apartamento de Romeo y siento curiosidad.

Eso me hizo sonreír. Me hice a un lado para que pudiera entrar con su silla de ruedas, Sienna y Dante la siguieron.

—*Oh*, esto es muy bonito —pronunció Sofiya, trasladándose directamente a la cocina—. Quizá deberíamos optar por lo oscuro.

—*Oh* Dios mío, decídete. —El tono de Sienna era burlón mientras miraba a su amiga con exasperación.

—Pronto vamos a empezar a remodelar mi cocina —explicó Sofiya—. Para hacerla accesible a la silla de ruedas. Tengo el síndrome de hipermovilidad de Ehlers-Danlos, así que puedo caminar y a veces uso un andador, pero Matteo cree que es más seguro para mí usar mi silla en la cocina, ya que cocino y horneo mucho.

—En eso tiene razón —dijo Dante.

Sofiya puso los ojos en blanco.

—Sí, bueno, no por eso es menos autoritario. En fin, tenemos que terminar el diseño de la cocina pronto, pero no me decido por nada. Me gusta todo lo que Sienna me muestra.

—El diseño de interiores es mi otra pasión —comento Sienna—. Diseñé este apartamento para Romeo. Aunque fue fácil diseñar para él. —Miró de reojo a Sofiya—. Sobre todo, porque no tenía opiniones. Me encantaría renovarlo para que se ajuste más a tu estilo.

Automáticamente miré detrás de mí como si Sienna estuviera hablando con otra persona.

—¿Mi estilo?

—Sí —respondió, recorriendo con sus dedos las encimeras de color negro oscuro—. Hay un montón de cambios fáciles que podemos hacer para añadir más personalidad: pintura, papel tapiz,

iluminación, revestimientos de pared. Aunque si quieres hacer una remodelación más grande, sin duda podemos.

Mis labios se entreabrieron mientras intentaba descifrar sus palabras, pero era como si hablara un idioma extranjero. ¿Quizá se habían equivocado acerca de por qué estaba aquí?

—Esta no es mi casa. —Por alguna razón, las palabras se sentían como ceniza en mi lengua—. No estaba segura en mi apartamento, así que Romeo me trajo aquí. Es algo temporal.

Sienna iba a decir algo, pero Sofiya la detuvo.

—Tranquila, Sienna. No todo el mundo se mueve tan rápido como nuestros chicos. —Vino a mi lado y me dio un apretón en la mano—. Dudo mucho que Romeo vea esto como algo temporal. Pero sé que puede llevar un tiempo sentirse estable cuando toda tu vida cambia. Y si aún no estás lista para remodelar este lugar, puedes ayudarme a elegir el diseño de mi cocina. ¿Tal vez debería elegir armarios de madera?

—El jefe sentiría un gran alivio —bromeó Dante.

Me sobresalté. Había olvidado que estaba aquí.

Sofiya lo fulminó con la mirada.

—Matteo dijo que le parecían bien los armarios de color rosa.

Dante sonrió satisfecho y yo tuve que ocultar mi sonrisa. No sabía mucho de la Mafia, pero imaginaba que no era normal que el Don tuviera una cocina rosa.

La puerta del apartamento se abrió y Angelo entró con Noodle a su lado.

—Hola, *Malysh.* —Canturreó Sofiya—. ¿Qué haces aquí?

—Estoy bastante seguro de que Noodle cree que Clementine es su bebé —opinó Angelo—. La estaba observando mientras dormía. —Llegó a mi lado y volvió a pasarme su teléfono.

—¿Hola?

—Joder, Julieta. Cinco minutos sin escuchar tu voz es demasiado tiempo. —Dios, ¿cómo se suponía que iba a actuar de manera normal cuando Romeo decía cosas como esa?—. *¿Crees que puedes salir del apartamento con Noodle? Me pareció que él te había relajado en el coche.*

Se me estrujó el corazón al ver lo considerado que era. Noodle me dio un cabezazo en la pierna y me incliné para rascarle las orejas. Sacó la lengua y sonrió.

—Sí, puedo intentarlo.

—Esa es mi chica valiente. Si es demasiado, vuelve al apartamento y llámame.

—De acuerdo. —Me aclaré la garganta—. Gracias.

—No puedo esperar para verte esta noche.

—Lo mismo digo. Por favor, cuídate. —Aunque no sabía lo que estaba haciendo, supuse que había al menos un cierto peligro en ello.

—Qué adorable, maldición. Estaré a salvo, preciosa. Nos vemos pronto.

Colgué y le devolví el teléfono a Angelo. Sus ojos eran amables mientras lo agarraba.

—¿Quieres intentar tomar el ascensor?

Asentí, con un nudo en la garganta. Me pasó la correa de Noodle, pero miré a Sofiya.

—¿Te parece bien?

—Por supuesto —respondió—. Noodle no está trabajando ahora, pero estoy segura de que estará encantado de darte soporte emocional. No puede quedarse con nosotros en el campo de tiro, por eso no estaba conmigo. Los ruidos fuertes podrían dañarle los oídos.

Tomé la correa de Noodle y él apretó su cuerpo contra mis piernas, dándome su apoyo mientras nos dirigíamos a la puerta. Los pies me pesaban más a cada paso.

—No podía disparar estando embarazada porque los sonidos fuertes podían dañar los oídos del bebé. ¿Lo sabías? Porque yo definitivamente no lo sabía. Hacer crecer a un humano es algo increíble. En fin, ahora los chicos se han convencido de que tienen posibilidades de vencerme. Como si me fuera a oxidar. —Sofiya se echó el cabello por encima del hombro antes de salir del apartamento en su silla.

—Todavía no has vencido a Romeo —apuntó Angelo. Me puso una mano ligeramente en la parte superior de la espalda mientras

salía del apartamento, y yo mantuve mis dedos entrelazados en el pelaje de Noodle.

—Sí, sí. Simplemente estoy esperando mi momento, dándole una falsa sensación de seguridad antes de destruirlo.

Mi visión se volvió borrosa cuando todos entramos al ascensor. Era grande y estaba bien iluminado, con un espejo en la pared del fondo y paneles de madera a los lados.

—El jefe ha estado haciendo horas extras en el campo de tiro. Está practicando para la revancha —comentó Dante.

—Estoy segura de que así es —afirmó Sofiya—. No es que le vaya a servir mucho.

Sus voces se desvanecieron y se distorsionaron cuando las puertas se cerraron y el pánico se apoderó de mi pecho. Mis rodillas se debilitaron y me desplomé en el suelo, abrazando a Noodle y hundiendo mi cara en su pelaje.

—Ya casi llegamos —aseguró Sienna, agachándose a mi lado—. Cinco segundos más. —Contó por mí y apreté la mandíbula, con el estómago revuelto cuando nos detuvimos. Las puertas se abrieron y todos me ayudaron a salir rápidamente.

Sofiya tomó mi mano y la apretó con fuerza.

—¡Lo lograste! Es increíble. Ahora, ¿estás lista para ser una chica ruda con un arma?

Los ojos me daban vueltas al ver lo que me rodeaba. Nunca había estado en un campo de tiro, pero era más o menos como me lo había imaginado, un espacio grande e industrial con filas largas y blancos al final. Ya había algunos hombres aquí, enormes y de aspecto amenazante, y me puse tensa.

—Solo están aquí para aprender de Sofiya. —Se apresuró a explicar Sienna, percibiendo mi inquietud—. Si alguien te incomoda o quieres marcharte, solo tienes que decírmelo.

Tragué con dificultad. Todos estaban siendo increíblemente amables. No estaba acostumbrada a que me trataran así, y no era lo que habría esperado de la mafia.

—Vamos a intentarlo —musité.

Me despedí a regañadientes de Noodle y me concentré en Sofiya mientras me enseñaba las cosas básicas. Nunca había sostenido una

pistola, ni había tenido el deseo de disparar una, pero ahora todo en mi vida estaba patas arriba, así que era mejor aceptarlo.

La pistola me pesaba en la mano cuando me puse en posición y apunté al blanco.

53

ROMEO

CERRÉ DE GOLPE LA PUERTA DEL COCHE Y SE ME ERIZÓ LA PIEL DE LO desesperado que estaba por llegar a Julieta. Estaba demasiado impaciente para esperar al ascensor, así que subí volando los dos tramos de escaleras que separaban el garaje del campo de tiro.

Angelo me había dicho que seguían aquí y que Julieta estaba bien, no obstante, necesitaba verlo por mí mismo para que mi corazón se tranquilizara.

Unos cuantos soldados practicaban en el otro extremo del campo de tiro, pero yo únicamente tenía ojos para mi chica.

Mi chica, que estaba erguida, disparando ronda tras ronda, con un aspecto jodidamente *sexy*.

Mi polla ya se estaba endureciendo mientras me acercaba a ella. Esperé a que terminara y pusiera el seguro antes de rodearla por detrás con mis brazos. Se tensó un instante antes de relajarse contra mí. Apoyé mi cara en su cabello, respirando su dulce aroma a vainilla.

—Te ves tan *sexy* con esa pistola.

Echó la cabeza hacia atrás y froté mi mejilla contra la suya. Chilló al sentir la aspereza de mi barba.

—Gracias —dijo con modestia —. Sofiya me ha estado enseñando.

Apreté el botón para devolver el papel del blanco y ver cómo lo había hecho.

—Buen trabajo. —Ninguno de los agujeros había dado en el centro, pero algunos estaban cerca, y todos habían dado en el papel.

—Será una profesional en poco tiempo —indicó Sofiya. Su expresión se transformó cuando vio algo detrás de mí. Matteo se dirigía hacia su esposa con una expresión implacable. Aunque el bebé que cargaba en brazos, con un mameluco de donas y unos auriculares rosas con cancelación de ruido, le restaba un poco de intimidación.

Sofiya chilló y extendió sus brazos. Matteo le puso a Clementine en los brazos con movimientos cuidadosos y suaves. El beso que le dio a Sofiya fue de todo menos suave.

Le quité la pistola a Julieta y la dejé a un lado antes de estrecharla contra mi pecho. La agarré por la barbilla y le rocé el labio inferior con mi pulgar.

—Esos son Matteo y Clementine.

—Son un encanto juntos.

Pasé su cabello por encima de su hombro, le rodeé el cuello con la mano e hice lo que me moría por hacer desde esta mañana. Mis labios chocaron con los suyos y el ruidito que hizo, entre un jadeo y un gemido, me excitó muchísimo, carajo. Le agarré el trasero, apretando con fuerza mientras la presionaba contra mi polla.

—Estoy muy orgulloso de ti. Mi chica valiente. —Se inclinó hacia mí, su mirada mareada se cruzó con la mía.

—Noodle me ayudó —dijo con voz ronca.

—Bien.

Julieta me rodeó el cuello con los brazos. Sus movimientos seguían siendo inseguros, como si pensara que iba a alejarla. En lugar de eso, la estreché contra mi pecho.

—Te extrañé. —Sus palabras susurradas me partieron el corazón.

Agarré su trasero y la levanté. Me rodeó con los brazos y las piernas sujetándome con fuerza.

—Vamos a casa.

Se despidió con un gesto de la mano de los demás mientras yo la sacaba de la habitación en brazos.

—¡Nos vemos mañana! —exclamó Sofiya.

—¿Mañana? —pregunté, presionando el botón del ascensor. Julieta enterró su cara en mi cuello, con los ojos cerrados y los dedos retorcidos en la chaqueta de mi traje.

—Sofiya dijo que Matteo y tú estarán ausentes todo el día, así que me invitó a su casa. —Su abrazo se hizo más fuerte y soltó un gimoteo asustado cuando entré al ascensor.

—Estás bien —murmuré, poniéndole la mano en la nuca. Odiaba su miedo. Quería destruirlo. No sabía cómo ayudarla mejor, así que seguí hablando para distraerla—. Matteo y yo tenemos reuniones todo el día, pero estaremos en la ciudad por si necesitas algo. La alianza con Chicago se concretó, así que estamos trabajando con ellos.

—Supongo que no fue una fusión de empresas.

—Bueno, una especie de fusión. Solo que fue entre nosotros y la *Bratva* —. La puerta del ascensor se abrió y salí apresuradamente—. Lo lograste, Ángel.

Soltó un suspiro tembloroso, su cuerpo se debilitó en mis brazos.

—No hice nada excepto aferrarme a ti como una cobarde.

Entré al apartamento, cerré la puerta y la apreté contra ella.

—No vuelvas a llamarte así. Eres tan valiente. —Su nariz se arrugó, y fue tan lindo que me incliné hacia adelante y la besé—. ¿Tienes hambre? —pregunté.

Se arqueó contra mí, su coño estaba caliente incluso a través de la ropa.

—Sí —respondió—. Pero no de comida.

Gruñí, apretando mi cara contra su cuello y respirando profundamente.

—¿Necesitas que te folle? ¿Que llene ese coñito tan necesitado?

—Por favor. Romeo, te necesito. —Sus dedos acariciaron mi cabello y me jalaron los mechones, haciéndome maldecir.

—Me tienes.

Me di cuenta de que cuando le subía la adrenalina después de hacer algo que la asustaba, mi chica a menudo quería follar. No

sabía si se trataba de distraerse o de canalizar ese miedo en otra cosa, pero le daría lo que necesitara.

Sus manos forcejearon con mi cremallera y tuve que bajarla brevemente para que ambos pudiéramos quitarnos los *jeans*. Luego estaba de nuevo en mis brazos, clavada contra la puerta.

—Voy a ponerme muy pesada. —Jadeó mientras le chupaba un punto sensible en el cuello.

—Parece que tengo que pasar más tiempo en el gimnasio si crees que eres demasiado pesada para mí. —Puso los ojos en blanco y le di un golpe en el muslo—. Malcriada.

—Mucho hablar y poco follar.

Gruñí mientras la penetraba con un movimiento rápido, sin darle tiempo a adaptarse a mi tamaño. Jadeó, con los ojos muy abiertos mientras me recibía.

—Eso es lo que les pasa a las chicas malcriadas. Se las follan duro.

Sus labios se curvaron en una sonrisa mientras yo mantenía un ritmo constante y duro, lo que me decía que no estaba ni remotamente disgustada por su castigo. Le toqué las nalgas, clavando mis dedos en su piel mientras me la follaba. Utilicé mi agarre para inclinar sus caderas de modo que mi *piercing* golpeara su punto G, haciéndola gritar.

—Eso es. Grita para mí, nena.

Su expresión era de éxtasis a medida que aumentaba su placer.

—Estoy tan cerca —gimoteó.

—No sé si mi chica traviesa merece correrse durante su castigo.

Soltó un gruñido frustrado y me agarró con más fuerza.

—No puedes hacer eso.

Mi risita se reflejó en su piel mientras la sacaba casi completa y luego la penetraba con fuerza.

—Podría. —*Embestida*—. Pero no le haré eso a mi chica. —*Embestida*—. Al menos no esta vez.

Su precioso coñito me apretó con fuerza mientras se corría, y entonces caí al precipicio con ella. Sus brazos y piernas me envolvieron con fuerza, sellando mi polla y mi semen dentro de ella mientras ambos respirábamos con dificultad.

La llevé hasta el sofá y me senté para que se sentara a horcajadas sobre mí, con mi verga aún dentro.

—Haces que desaparezcan los sentimientos desagradables —pronunció contra mi piel.

Enredé mis dedos en su cabello y rodeé su cintura con la otra mano. Se me hizo un nudo en la garganta al hablar.

—Tú traes la luz de las estrellas a mi vida, *Stellina*, y ahuyentas todas las sombras.

Su cuerpo se suavizó al tiempo que se relajaba. Pasé mis manos por su cabello, por su espalda, por sus piernas desnudas. Estaba desesperado por tocar cada parte de ella, por deleitarme con la sensación de su suave piel y su calor contra mi cuerpo.

—Ojalá pudiéramos quedarnos así para siempre —murmuró.

Besé su cabeza y me prometí a mí mismo que haría todo lo posible para que su vida fuera fácil, tranquila y segura.

Permanecimos conectados hasta que mi polla empezó a endurecerse de nuevo. Julieta giró sus caderas contra las mías con un suspiro entrecortado.

Esta vez, nuestros movimientos fueron suaves y lentos.

No se sentía como follar.

Fue como hacer el amor.

54

JULIETA

Miré fijamente a la pequeña Clementine. Dormía en mis brazos, sus ojos revoloteaban bajo los párpados y tenía los labios rojos fruncidos. Su peso aliviaba la ansiedad que sentía en la cocina de Sofiya. Sienna había venido antes al apartamento de Romeo y habíamos jugado Mario Kart juntas. Me había parecido tan normal que casi había olvidado que me perseguían, que estaba en un lugar nuevo y que Romeo se había ido todo el día.

Cuando Sofiya nos invitó a cenar a su apartamento, no me sentí capaz de negarme. O, mejor dicho, *no* quería negarme. Pasar el día con ellos ayer había sido agradable, casi normal. Así que cuando Sienna me preguntó si quería ir, le dije que sí. Habíamos subido por las escaleras hasta el *penthouse*, con Sienna animándome durante todo el camino, y había llegado hasta arriba sin sufrir un ataque de pánico. Pero ahora, sentada en el enorme y hermoso apartamento, estaba a punto de tener uno. Intenté convencer a mi cerebro de que todo el edificio era seguro, pero al parecer no fui lo bastante convincente. Así que me concentré en la dulce bebé en mis brazos para evitar que mi ansiedad se inflara y me ahogara.

—¿Alguien tiene alguna petición de música? —inquirió Sienna. Como no le dimos ninguna, eligió una lista de reproducción y

empezó a sonar música *indie* suave a través de un sistema de sonido envolvente.

—Julieta, ¿te gusta el aderezo balsámico? —preguntó Sofiya—. Estaba pensando en hacer una ensalada sencilla con la cena.

—Me parece bien. ¿Estás segura de que no necesitas ayuda? —indagué.

—No, no, lo tenemos controlado —replicó ella.

Sofiya se movía por la cocina con su andador mientras preparaba pollo a la parmesana para nuestra cena, con Angelo como ayudante. Para mi sorpresa, hoy me sentía más cómoda cerca del guardaespaldas. Su enorme estatura y su complexión ancha contrastaban con su voz suave y su sonrisa amable. Era difícil considerarlo intimidante cuando tenía puesto un delantal con la cara de Noodle impresa en la parte delantera.

Era muy tierno.

—Además —continuó—, estás ayudando, cargando a Clementine. Avísame si quieres que la sostenga, o puedes acostarla en su moisés.

La bebé en cuestión soltó un pequeño llanto y la mecí suavemente hasta que se calmó.

—Eres buena con ella —comentó Sienna—. ¿Has pasado mucho tiempo con bebés?

Me encogí de hombros, un poco incómoda. No estaba acostumbrada a hablar de mí misma, pero supuse que eso era lo que hacían los amigos. Y yo quería ser amiga de estas chicas.

—Crecí en hogares de acogida. A menudo había bebés en las casas en las que vivía y yo ayudaba a cuidarlos.

—*Oh*, entonces me llevas ventaja —dijo Sofiya—. Yo no sabía nada de bebés hasta que llegó esta. Leí muchos libros de maternidad mientras estaba embarazada para intentar ponerme al día.

Sienna resopló.

—No tantos como los que leyó mi hermano. Sacaba *Qué esperar cuando estás esperando* entre reuniones con sus capos.

Angelo se rio, pero Sofiya tenía una suave sonrisa en su rostro.

—Es tan bueno con ella. —Empezó a mezclar el aderezo balsámico—. ¿Quieres tener hijos, Julieta?

—Oh, um…

—Oh, Dios mío, lo siento mucho —se disculpó, con sus mejillas sonrojadas—. Es una pregunta muy personal.

—No pasa nada —aseguré—. Supongo que nunca he pensado en eso. —No era una de esas chicas que soñaban con tener hijos, quizá porque había tenido que cuidar de muchos en las casas de acogida caóticas en las que había vivido. Además, apenas podía cuidar de mí misma. ¿Cómo iba a poder cuidar de una criatura?

Noodle se acercó a mí y apoyó su cabeza en mi pierna. Moví a Clementine para poder acariciarlo.

—Todos te quieren —señaló Sofiya mirando a Noodle.

—Todos quieren a Julieta —añadió Sienna—. No me extraña que Romeo esté obsesionado.

Me retorcí, incómoda por ser el centro de atención, pero también oculté una sonrisa ante la idea de que Romeo estuviera *obsesionado*.

Angelo soltó otra carcajada.

—El bastardo está más que obsesionado. Nunca había visto a alguien tan emocionado por recibir un castigo del Don. Juro que salió del gimnasio pavoneándose como si hubiera ganado un premio.

Eso me hizo levantar la vista.

—¿Qué castigo?

Se le borró la sonrisa de la cara a Angelo y sus ojos se abrieron de par en par.

—Mierda.

Sofiya le lanzó una mirada furiosa y Sienna maldijo en voz baja. Una sensación de malestar se formó en la boca de mi estómago.

—¿De qué estás hablando?

—De nada. Olvida lo que dije. —Angelo parecía estar considerando saltar por el balcón para abandonar la conversación.

Volteé hacia Sofiya.

—¿Qué castigo?

Me dirigió una mirada de disculpa.

—Estoy segura de que Romeo no te lo dijo porque no quería que te alteraras.

Sonó un temporizador y ella miró el horno.

—Angelo, ¿puedes sacar el pollo por mí? —El guardaespaldas saltó a la acción, seguramente aliviado por tener algo que hacer—. Tienes que entender que los hombres de la mafia no son muy evolucionados y piensan que la violencia lo resuelve todo —explicó Sofiya—. Cuando Romeo recibió la información de que tu apartamento estaba siendo vigilado, abandonó el trabajo que estaba haciendo para Matteo.

Una sensación fría y desagradable me recorrió el estómago.

—¿Así que Matteo le dio una paliza? ¿Así es como Romeo resultó lastimado?

—El jefe fue poco severo con él —agregó Angelo mientras ponía la bandeja de pollo sobre una toalla en la encimera—. Apenas sufrió unos rasguños, pero él es el Don y necesita sentar un precedente con sus hombres de que no podemos abandonar nuestros puestos sin sufrir las consecuencias.

Parpadeé rápidamente contra las lágrimas que me quemaban los ojos y miré a Clementine. Su peso en mis brazos era lo único que me sostenía.

—¿Estás bien, Julieta? —La voz de Sofiya era suave y un poco incierta.

Me aclaré la garganta.

—Fueron más que rasguños. —La nariz rota de Romeo le había dejado dos ojos morados, y tenía el pecho y la espalda cubiertos de moretones amarillentos.

Sienna se movió y me pasó el brazo por los hombros, dándome un apretón.

—Es algo bárbaro, lo sé. Debe de ser muy extraño cuando eres nueva en nuestro mundo. Si te hace sentir mejor, regañé a Matteo cuando me contó lo que pasó.

Pasé mi dedo por el puente de la nariz de Clementine. Su piel era tan suave y perfecta. Seguí concentrándome en ella mientras respiraba entrecortadamente. Ya no quería estar aquí, y desde luego no quería cenar con Matteo.

Justo cuando iba a inventarme una excusa para volver corriendo a nuestro apartamento, la puerta se abrió, dejando ver a Romeo y Matteo. Los ojos del Don se dirigieron primero a su esposa y luego al bultito en mis brazos. Parecía indeciso sobre a quién dirigirse primero. Al final, cruzó la habitación hacia Sofiya, la abrazó y le dio un beso en la cabeza.

—¿Dónde está tu muñequera, *Tesoro*?

Sofiya arrugó la nariz.

—No quiero ponérmela.

Él inclinó la cabeza hacia atrás con una expresión severa.

—No es opcional.

Ella resopló.

—Tirano. Me la pondré después de cenar.

Él le susurró algo al oído, lo que hizo que sus mejillas se enrojecieran.

—Bien —pronuncio Sofiya con el ceño fruncido cuando su esposo se apartó. Le dedicó una sonrisa engreída y la bajó hasta el asiento de su andador. ¿Este era el hombre que había golpeado a Romeo? No le encontraba sentido a este hombre que gobernaba la mafia con puño de hierro, pero era tan gentil con su esposa y su bebé.

—Me alegro de volver a verte, Julieta —saludó mientras rodeaba la isla hacia mí. Sus ojos eran suaves cuando miró a Clementine—. Hola, *Piccola.* —Se acercó para tomarla y yo la alcé en sus brazos. Parecía cómicamente pequeña contra su cuerpo enorme.

Tragué saliva, con la garganta demasiado apretada para formar palabras.

Di un respingo cuando la mano de Romeo se posó en mi hombro. Frunció el ceño y se colocó frente a mí, impidiéndome ver a Matteo.

—¿Qué pasa, Ángel? —Su voz era suave y me acarició la mejilla con los nudillos, sin embargo, su cara llena de moretones no hizo más que recordarme que le habían hecho daño por *mi culpa*. Se me apretó el pecho y tomé aire como si lo hubiera filtrado a través de una pajilla.

Los brazos de Romeo me rodearon y me estrechó contra su pecho.

—Háblame. ¿Qué pasó?

—Lo siento mucho —se disculpó Sofiya—. No sabíamos que ella no estaba enterada de…

—El castigo. —Sienna terminó la frase.

Romeo me abrazó con más fuerza.

—*Estupendo*. Gracias por eso. —Su voz era más áspera de lo que había escuchado hasta entonces, pero se suavizó cuando volvió a hablarme—. Ven aquí. —Me levantó y mis brazos y piernas lo rodearon automáticamente. Apreté mi cara contra su cuello, intentando respirar. Estaba mareada por el pánico y la vergüenza de que mis nuevos amigos me vieran así. Romeo entró a una habitación con libreros del suelo al techo y cerró la puerta.

Me sentó en un sofá y se arrodilló frente a mí, sus manos apretando mis muslos.

—Nena.

Me tembló el labio inferior ante la ternura de su voz.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Sabía que te culparías cuando nada de esto fue culpa tuya.

Las lágrimas me resbalaron por la cara. Claro que me culpaba. Cada uno de sus moretones ocurrió porque había elegido rescatarme.

—Fue mi decisión —afirmó con firmeza—. Y lo volvería a hacer. Te elegiría a ti siempre, Julieta.

Lo jalé para que estuviera a mi lado en el sofá, necesitándolo más cerca. Comprendió inmediatamente y me subió a su regazo, rodeándome con sus brazos como si fueran de acero.

—¿Cómo puedes ser su amigo después de lo que hizo? No lo entiendo.

Romeo suspiró.

—La violencia forma parte de mi mundo. Es una de las muchas razones por las que no soy lo bastante bueno para ti.

Abrí la boca para protestar, pero me puso el dedo sobre los labios.

—Escúchame. Matteo es un buen Don. Es justo, se preocupa por la *Familia*, pero también se preocupa por New York. Está luchando contra la trata sexual, y no tendrá éxito si pierde poder. No puede ser percibido como débil. No tenía otra opción más que castigarme,

y yo estuve feliz de aceptarlo. Nada de eso cambia que seamos hermanos. —Me acarició el cabello—. Además, es bueno para él tener la oportunidad de golpearme, ya que no es rival para mí cuando nos enfrentamos en el *ring.*

Su intento de bromear fracasó. Todo entre nosotros había sucedido tan rápido que no había llegado a procesar lo que significaba que Romeo estuviera en la mafia. Mi mundo se había vuelto tan pequeño en los últimos dos años porque era lo único que me parecía remotamente seguro. Y ahora de pronto estaba sumergida en un mundo completamente diferente en un día.

—¿Es demasiado? —La voz de Romeo era casi un susurro, sus labios rozaban mi frente.

Levanté mi rostro manchado de lágrimas para encontrarme con su mirada.

—¿Demasiado?

—Estar conmigo. —Tragó saliva con dificultad—. ¿Es demasiado para ti?

Jugué con el cuello de su camisa mientras hurgaba en mi maraña salvaje de emociones, pero lo que sentía con más desesperación era el deseo de estar con Romeo. La idea de marcharme, de elegir no volver a verlo, me hizo aferrarme a él con más fuerza.

—¿Puedes prometerme que no volverás a sacrificarte por mí? —pregunté.

—No. —Me miró fijamente—. Nunca podría prometer eso, Julieta.

—Eso no me gusta.

—Qué mal. —Me agarró la mandíbula y se inclinó hacia mí, sus labios *casi* rozando los míos.

Me sentí balanceándome en el filo de una navaja. Inclinarme hacia un lado sería volver a mi antigua vida. Inclinarme hacia el otro lado me sumergiría en un mundo peligroso y desconocido.

Pero Romeo estaría allí.

Y tal vez esta era mi oportunidad de encontrarme a mí misma, la Julieta que podía ser debajo de todo mi miedo.

Mis dedos se enroscaron lentamente alrededor del cuello de Romeo, recorriendo su cabello suave. Respiré lentamente una vez más antes de cerrar el espacio que nos separaba y besarlo.

Respondió de inmediato, agarrándome la nuca mientras sus labios se movían contra los míos, firmes y desesperados. Jaló mi cabello, haciéndome jadear, y aprovechó para hundir su lengua en mi boca. Un gemido se escapó de mis labios y lo agarré con más fuerza.

—Demonios. —Me colocó a horcajadas sobre él—. Eres mía, Julieta.

Dudé, empujándolo hacia atrás para crear algo de distancia entre nosotros.

—¿Estás seguro de que quieres quedarte conmigo?

Frunció el ceño.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

No quería expresar mis temores, como si decir esas palabras fuera a hacer que él cambiara de opinión, pero tenía que hacerlo.

—¿No sería más fácil para ti estar con alguien que forme parte de tu mundo? O que no esté tan… jodida.

Romeo me apretó contra su cuerpo.

—¿Aún no lo entiendes? —No levantó la voz, pero una oscuridad en su tono me cautivó—. Desde el primer momento en que te miré, sosteniendo ese puto trozo de *pizza* y luciendo como un ángel, supe que no había nadie más para mí. *Te amo.*

Inhalé agitadamente, con el corazón brincando en mi pecho.

—¿Qué?

Una sonrisa lenta se dibujó en su rostro.

—¿Qué parte de eso fue confusa, nena?

Resoplé.

—No puedes simplemente decir *te amo*.

Me pasó un mechón de cabello por detrás de la oreja.

—Ah, ¿no? ¿Quién va a impedírmelo?

Fruncí el ceño.

—Hablo en serio.

—Eres adorable. —Se inclinó hacia mí y me besó la nariz—. Ahora, sé una buena chica y dime que tú también me amas. Luego bésame.

Me crucé de brazos.

—No puedes ordenarme que diga eso.

Su sonrisa confiada no abandonó su rostro mientras me rodeaba con sus brazos y me atraía hacia su pecho, atrapando mis brazos entre nosotros.

—Déjate llevar. Sé valiente conmigo.

—Eres muy ridículo.

Tarareó y me besó una línea en la cara.

—¿Y?

—Y… —Dudé, equilibrándome justo en el filo de la navaja antes de saltar—. Sí, está bien, te amo. ¿Feliz? —reviré.

Su pecho se sacudió de risa.

—Extasiado.

La tensión de mi cuerpo se liberó y me quité un peso que no sabía que llevaba encima. Nada en mi vida se había arreglado, todavía había gente que me quería muerta por mi conexión con Romeo, mi agorafobia no había desaparecido por arte de magia, todo me seguía aterrorizando, no obstante, por primera vez desde que asesinaron a mis padres y me dejaron sola en el mundo, me sentía a salvo. Rodeé a Romeo con mis brazos, pegando mi cuerpo a su pecho firme.

—Mi Julieta —murmuró.

Nuestros labios chocaron y Romeo gimió. Quería volver a escucharlo hacer ese sonido, quería que se derrumbara.

Con un movimiento rápido, me puso boca arriba y me desabrochó los *jeans.* El sofá parecía una nube mientras me bajaba los pantalones y la ropa interior por los muslos y abría completamente mis piernas.

Inhalé con fuerza mientras me lamía lentamente el coño. Entonces recobré el sentido e intenté apartar su cabeza.

—¡Estamos en el apartamento de Matteo y Sofiya! —siseé—. Todo el mundo está ahí afuera.

Me dedicó una sonrisa perversa.

—Entonces será mejor que guardes silencio. No es que me importe si gritas. Así no habrá duda de a quién le perteneces.

Las palabras que tenía me fueron robadas cuando volvió a lamerme. Ahora mi mano mantenía su cabeza en su lugar mientras lamía y chupaba mi clítoris.

—Joder, qué bien sabes —gruñó—. Podría quedarme aquí para siempre. —Introdujo dos dedos gruesos en mi interior y mis caderas se estremecieron, sacudidas por las chispas de placer que me recorrían. Mantuvo un ritmo constante, empujándome cada vez más arriba—. Eso es. Buena chica. Córrete para mí.

Respiraba rápida y agitadamente. Me tapé la boca con la mano para no gritar cuando el orgasmo se apoderó de mí. Aún me temblaban las piernas cuando se movió sobre mi cuerpo y me penetró. Esta vez no estaba lista y se me escapó un grito. Me miró con una sonrisa de satisfacción mientras mantenía un ritmo duro y rápido. Envolví mis piernas alrededor de él, arqueándome para recibir sus embestidas. Su mano estaba en mi cadera, empujando mi pierna hacia arriba para que me abriera más para él.

—Dame otro. Lo necesito, Ángel. Necesito sentir ese coñito apretándome.

Mis dedos se clavaron en sus brazos.

—Eso se siente… —Mi orgasmo me tomó por sorpresa y Romeo maldijo al correrse al mismo tiempo, derramándose dentro de mí.

Me dio más de su peso, acostado encima de mí y murmurando elogios.

—Eres tan perfecta. —Me dio un tierno beso en los labios—. Te amo.

Parpadeé rápidamente para no llorar.

—Yo también te amo.

Nos quedamos allí, besándonos y acariciándonos, hasta que Romeo se quejó y salió de mí. Solté un pequeño chillido al recordar que estábamos en el sofá de la biblioteca de Sofiya y Matteo, con todo el mundo *al final del pasillo*. Oh, Dios mío, ¿me habían oído?

Romeo besó suavemente mis cortes recién cicatrizados antes de subirme rápidamente las bragas y los *jeans*.

—No —me quejé—. Ahora mi ropa interior está toda mojada.

Sonrió satisfecho y me acarició el coño.

—Bien. Quiero saber que mi semen gotea de ti mientras estás sentada en la mesa con todos.

Me ardían las mejillas.

—No podemos volver ahí afuera.

—¿Así que ahora vivimos aquí? Al menos tenemos mucho material para leer. —Romeo se levantó, ignorando mi ceño feroz, y se subió los pantalones, dejando su polla empapada de mi liberación mientras la guardaba. ¿Y qué si esa visión me provocaba un escalofrío?

Tomó mis manos y me levantó de un jalón.

—No tenemos que quedarnos a cenar si no te apetece. Incluso te sacaré a escondidas del apartamento para que no te vean.

—¿Cómo harás eso?

—Estoy seguro de que puedo encontrar una maleta grande y sacarte rodando.

—Sí, porque eso no será raro ni sospechoso.

Apretó su sonrisa contra mi frente.

—Vamos, nena. Quiero que conozcas a mi familia. No hay nada de qué avergonzarse. —Me abrazó con fuerza mientras esperaba mi respuesta. Suspiré y lo rodeé con los brazos, relajándome en su pecho. Era cálido, fuerte y *seguro.*

—¿Qué habrías hecho si te hubiera dicho que esta relación era demasiado? —pregunté.

Gruñó y sus brazos se tensaron hasta que apenas podía respirar.

Mis labios se torcieron en una sonrisa ante su falta de respuesta.

—*¿Hmm?* ¿Me habrías dejado ir cuando fuera seguro? ¿Me habrías dejado en mi apartamento?

Se apartó y me miró con el ceño fruncido.

—No, carajo.

Recorrí con mi dedo su firme mandíbula, áspera por la barba.

—Entonces, ¿qué habrías hecho?

—No me gusta esta conversación. —Apretó su cara contra mi cabello e inhaló profundamente—. Habría hecho todo lo posible por conquistarte. Y si todo lo demás falla, siempre está el secuestro.

Solté una carcajada, pero luego me di cuenta de que posiblemente no bromeaba. Su expresión era toda inocencia mientras me rodeaba el hombro con el brazo, me arrimaba a su lado y me sacaba a medio arrastrar de la habitación.

—Espera —susurré una vez que estuvimos en el pasillo, clavando mis talones para detenerlo—. ¿Dónde está el baño? Necesito

asearme. —Mi ropa interior estaba empapada y pegada a mí haciendo un desastre frío.

—*Nop*. —Fue su única respuesta mientras me llevaba a la cocina.

La conversación se detuvo en seco cuando nos vieron, y me avergoncé cuando todas sus miradas se posaron en nosotros.

—¿Resolvieron todo de *forma satisfactoria*? —cuestionó Sienna, con sus ojos brillando de risa.

Romeo le hizo una seña con el dedo, y yo me acurruqué contra él mientras me ardían las mejillas.

—Pórtate bien —reprendió Sofiya—. La cena está lista si van a quedarse. —Su expresión era de esperanza.

—Nos quedamos —comunicó Romeo, acompañándome a la isla de la cocina. Noodle se acercó trotando y golpeó mi mano con su nariz húmeda. Le rasqué las orejas y se apoyó en mi costado.

—Bien. —Sonrió. Luego le dio un codazo a su esposo, que aún sostenía a Clementine dormida.

Matteo parecía casi avergonzado cuando me miró.

—Me dijeron que tengo que disculparme contigo por haberle dado una paliza a este. —Levantó la barbilla hacia Romeo.

Sienna se quejó.

—Para disculparte, de verdad tienes que decir *lo siento*.

Matteo parecía tan desanimado que casi me hizo sonreír.

—Pero no lo siento —refunfuñó—. Se lo merecía. —Sofiya y Sienna soltaron suspiros exagerados, y Romeo se rio entre dientes —. Siento la angustia que esto te causó. Y por el peligro que corres, aunque en realidad eso es culpa de Romeo, así que no estoy seguro de por qué tengo que disculparme por eso —declaró Matteo. Se dirigió de nuevo a su esposa.—. ¿Qué tal estuvo eso?

—Creo que es lo mejor que se puede conseguir —le dijo ella, frunciendo los labios para no sonreír—. Comamos en la mesa.

Su actitud juguetona alivió parte de mi tensión. Aún me sentía desconfiada cerca de Matteo, pero la forma en que todos ellos hablaban y se burlaban entre sí… me hacía sentir como en familia.

Los chicos tomaron bandejas de comida y nos sentamos a la mesa. Yo estaba entre Romeo y Sienna. Matteo se sentó frente a mí, Sofiya a su lado y Angelo junto a ella.

—¿Quieres un poco de todo? —Romeo se inclinó hacia mí y jugó con las puntas de mi cabello.

Asentí, y él agarró mi plato y empezó a llenarlo.

—Yo podría haber hecho eso —comenté.

—¿Pero por qué, cuando me tienes a mí para hacerlo por ti? —Levantó una ceja arrogante, y traté de ignorar el dulce placer que me producía en el estómago que se ocupara de mí.

—Quise decírtelo antes, pero me encanta tu cabello —elogió Sofiya—. ¿Dónde te lo arreglas?

—La verdad es que me lo hago yo misma.

—No puede ser —soltó Sienna—. ¿Lo dices en serio? Parece un trabajo profesional.

—Gracias. —Me retorcí en mi asiento ante la atención, pero el movimiento me hizo consciente de mi ropa interior pegajosa. Romeo me apretó el muslo por debajo de la mesa, su sonrisa me dijo que sabía exactamente lo que estaba pasando.

—¿Me tiñes el mío? —preguntó Sofiya, agitando las puntas de sus preciosos rizos rubios—. Creo que me quedaría bien el cabello rosa.

—Sí, claro.

—También deberías teñírselo a Angelo —sugirió Sienna—. Tiene mejor cabello que yo.

El guardaespaldas sonrió satisfecho. Solamente le había visto el cabello recogido, pero parecía que probablemente le llegaba hasta los hombros.

—No estoy seguro de que el cabello rosa tenga el factor de intimidación adecuado —dijo.

Los demás mantuvieron la conversación, haciéndome preguntas de vez en cuando para hacerme participar, aunque yo me conformaba con escuchar.

El cansancio se apoderó de mí cuando terminé de comer. Este día había sido demasiado y había llegado a mi límite.

Romeo me rodeó el hombro con el brazo.

—¿Cansada? —Asentí con la cabeza—. Entonces, vámonos —indicó.

Salimos entre abrazos, promesas de que nos veríamos pronto y un gran recipiente de cristal lleno de rebanadas de pastel de chocolate. Una vez en el pasillo, Romeo me cargó y me llevó al ascensor. Apreté mi cara contra su cuello y cerré los ojos durante el rápido trayecto.

—Buen trabajo, Ángel. Sé que hoy fue difícil. —Entró al apartamento y cerró la puerta tras de sí. Bajé las piernas, esperando que me dejara en el suelo, pero me mantuvo en sus brazos hasta que nos acomodamos en el sofá—. Estoy orgulloso de ti.

—No hice nada.

—Saliste del apartamento. Pasaste tiempo con gente nueva. Y luego te quedaste a cenar, aunque estabas inquieta. Es algo importante.

Mis mejillas se calentaron y no pude mirarlo a los ojos, pero la calidez de sus elogios me invadió de pies a cabeza. Cerré los ojos cuando me acarició la mandíbula. Nunca me cansaría de sus caricias.

55

ROMEO

Salí de la ducha con la toalla alrededor de mi cintura y me encontré con Julieta, despeinada, que me miraba desde debajo de las sábanas. A mi chica no le gustaban las mañanas. Habíamos caído en una rutina en la que yo hacía ejercicio, trabajaba un poco y luego volvía a la cama para abrazarla hasta que se despertaba.

Julieta adormilada era una de mis partes favoritas del día.

Me tiré de panza en la cama y ella soltó un chillido. Me puse encima de ella y le di besitos en la cara.

—*Eww,* ¡para! —gritó entre carcajadas.

Me reí contra su piel y aparté su cabello alborotado de su rostro.

—Buenos días.

—Estás de buen humor esta mañana —refunfuñó.

—¿Por qué no iba a estarlo? Mi Julieta está en mi cama siendo absolutamente perfecta.

Sus mejillas se calentaron y rompió el contacto visual como siempre hacía cuando le hacía un cumplido.

—Eres un adulador.

—Solo digo la verdad. —Acaricié su cara y la besé suavemente, nuestros labios bailando entre sí. Ella se ablandó debajo de mí, abriendo sus piernas para dejarme espacio.

—¿Qué tal estuvo el ejercicio? —Sus dedos recorrieron mi pecho desnudo. Mis abdominales se contrajeron y mi polla se endureció bajo su exploración.

—Nada comparado con esto. —Froté mi barba contra su cara y aspiré su aroma—. Esta noche saldré hasta tarde, pero tengo la mañana libre.

Las manos de Julieta bajaron hasta deslizarse bajo mi toalla y agarró mi verga.

—¿Qué hacemos para aprovechar el tiempo?

—Chica sucia. Sabía que solo me usabas por mi polla.

Sonrió.

—Así es. —Sus dedos apretaron y yo me abalancé sobre ella con un gruñido.

Aparté las sábanas y descubrí su cuerpo desnudo. Apreté mi cara entre sus pechos y besé su vientre.

—Eres una mala influencia.

Después de hacerla correrse dos veces, la primera con mi boca y la segunda con mi polla, la arrastré hasta la ducha. Me tomé mi tiempo para lavarle el cabello con champú y enjabonarle el cuerpo. Jamás habría imaginado desear estos momentos domésticos con alguien, pero quería cuidar a Julieta así para siempre.

—Te amo, preciosa —pronuncié mientras le enjuagaba el cabello.

—Yo también te amo. —Sus ojos estaban cerrados y una sonrisa soñadora jugaba en su rostro.

—Tengo algo para que hagamos después de esto.

—Creo que ya hicimos todas las cosas.

Resoplé.

—Apenas hemos arañado la superficie de mis fantasías, nena.

Ella abrió los ojos.

—*Ah*, ¿sí?

Le apreté el trasero con fuerza y luego le froté la zona para aliviarla.

—Deja de distraerme. Iremos al gimnasio a practicar defensa personal.

Julieta arrugó la nariz.

—Eso no suena divertido.

La acorralé contra la pared de la ducha.

—¿No trabajé lo suficiente esta mañana para poner a mi chica de buen humor? —Metí un dedo en su coño aún resbaladizo y ella se arqueó sobre los dedos de los pies con un gemido. Le metí otro dedo—. Tengo una propuesta para ti.

—¿Cuál? —preguntó sin aliento.

—Haré que te corras aquí en la ducha, y luego practicarás defensa personal conmigo como la buena chica que eres.

—¿Y si no quiero ser una buena chica?

Me costó mucho sacar mis dedos de ella. Su mirada como si la hubiera traicionado era tan jodidamente adorable que lo compensó.

—No —objetó, aferrándose a mi muñeca—. Seré una buena chica. Te lo prometo.

Apreté mis dedos dentro de ella mientras me reía.

Julieta tenía puestos unos *leggings* ajustados y un *crop top* negro que se estiraba sobre sus pechos.

—¿Pasa algo?

Su voz me llegó a través de mi neblina llena de lujuria, y me di cuenta de que había estado frunciendo el ceño ante su atuendo. Me obligué a suavizar mi expresión mientras la rodeaba con mis brazos.

—En absoluto. Siempre y cuando nunca te pongas esto fuera de este apartamento.

Julieta puso los ojos en blanco.

—Cavernícola.

Le di una nalgada fuerte.

—Así es.

—Menos mal que tu novia tiene agorafobia —atribuyó. Ante mi expresión de confusión, aclaró—: Porque nunca salgo del apartamento. —La miré fijamente y ella puso los ojos en blanco—. Bueno, no es un chiste gracioso si tengo que explicarlo.

Mis labios se curvaron en una sonrisa.

—Eres muy graciosa, nena.

—Sí, sí, como sea. Empecemos de una vez. ¿Qué movimientos tienes que enseñarme?

—Comencemos por salir de un agarre simple. Si alguien te agarra la muñeca, sube o baja el brazo en dirección a su pulgar. Esa es la parte más débil de su agarre y tu mejor oportunidad para romperlo.

Sujeté su muñeca con firmeza, pero no bruscamente, nada que ver con lo que sentiría si alguien intentara agarrarla. La idea de que alguien pudiera hacerle daño a Julieta me producía una sensación de rabia y agitación, y juré que me aseguraría de que nunca tuviera que utilizar ninguno de estos métodos.

Aun así, era inteligente que supiera lo básico. Especialmente con la vida que llevábamos.

La vida en la que yo la había metido.

Practicó varias veces cómo zafarse de mi agarre.

—¿Y ahora qué? —inquirió con una mirada luminosa.

Me puse un par de protectores en los brazos.

—Vamos a practicar el bloqueo de golpes. Te acercaré la almohadilla a la cabeza y tú levantarás el brazo para bloquearla. —Asintió con seriedad y lo intentó. Tardó unos minutos en conseguir un buen ritmo, pero con cada movimiento se sentía más segura y me di cuenta de otra ventaja de estas clases: ayudar a Julieta a sentirse fuerte. Poderosa.

Pasamos a salir de agarres por detrás.

—Si un hombre peligroso se te acerca por detrás —pasé mis manos por su frente, apretando mi cara contra su cabello—, tienes que saber cómo escapar.

Se arqueó contra mí y apoyó su cabeza sobre mi hombro.

—¿Y si no quiero escapar?

Me reí entre dientes, mientras mi mano recorría sus pechos hasta posarse en la base de su garganta.

—¿Quieres convertir esto en un juego? —Apreté mi agarre y ella soltó un gemido ahogado.

—Sí.

—Qué te parece esto, si eres una chica muy buena y practicas tus movimientos lo suficiente como para escaparte, te comeré ese dulce coño hasta que te corras al menos dos veces.

—¿Y si no soy una buena chica?

Me incliné hacia ella y le mordisqueé el cuello.

—Entonces te pondré de rodillas y te follaré esos labios carnosos hasta que te den arcadas.

Se agarró con fuerza a mi brazo y su trasero redondo chocó con mi polla dura como una roca.

—Oh, a mi chica traviesa le gusta eso, ¿verdad? —Le acaricié el coño y la levanté para que la mayor parte de su peso descansara sobre mi mano. Estaba húmeda incluso a través de los *leggings*.

—Romeo —gimió.

—¿Qué, Ángel?

—Necesito correrme.

Solté su coño, y le di unas palmaditas firmes.

—Entonces, será mejor que le prestes atención a tu instructor. —La agarré por las caderas y la giré hacia mí, luchando por mantener el rostro serio ante su ceño fruncido. Le di un golpecito en la nariz—. Usa esa frustración —le dije guiñándole un ojo.

Soltó un gruñido y se abalanzó sobre mí, descargando su peso contra mi pecho y empujándome.

No me moví ni un milímetro, lo que provocó que soltara un grito de frustración. No pude evitar reírme mientras la rodeaba con mis brazos y nos llevaba al suelo, asegurándome de que mi cuerpo amortiguara nuestra caída. Luchó por zafarse de mi agarre, agitando brazos y piernas. Su codo golpeó un punto aún sensible de mis costillas y yo gruñí, aflojando mi agarre.

—Espera, ¿te lastimé? —preguntó, deteniendo su retirada.

—Nena —objeté, exasperado—. Deberías estar intentando escapar de mí.

—Sí, pero no quiero hacerte daño.

Gritó cuando la hice rodar para tumbarme encima de ella, con el peso de mi cuerpo presionando sus deliciosas curvas. No pude resistirme a besarla.

—En una pelea, tienes que utilizar todas tus ventajas. Tu atacante será más grande, más fuerte y mucho más malo que tú.

Sus labios se torcieron.

—No me gusta la idea de lastimar a alguien.

Su voz era suave, dulce y vulnerable, y me dieron ganas de envolverla en plástico burbuja y mantenerla a salvo para siempre.

—Lo sé, preciosa. Y espero que nunca tengas que usar ninguno de estos movimientos, pero me gustaría que practicaras unos cuantos. Por mí. Por favor.

—De acuerdo —susurró. Me pasó los dedos por el cabello y rozó su mejilla con la mía—. Me esforzaré.

Me fundí con su tacto. Era toda la suavidad que le faltaba a mi vida.

Ella me sorprendió levantando sus caderas y haciéndonos rodar para quedar encima. Agarré sus nalgas, con mi mirada fija en sus senos, que colgaban tan bajo que casi rozaban mi pecho. Luego sus labios se posaron en los míos, su beso confiado y exigente mientras me mordisqueaba el labio inferior y me chupaba la lengua. Su sabor era dulce como el jarabe de maple del desayuno, y su coño, igual de dulce, se frotaba arriba y abajo en mi polla.

Todos los pensamientos de autodefensa abandonaron mi mente. Eso fue hasta que ella apartó su cuerpo del mío y rodó lejos. Parpadeé, atónito ante la ausencia de Julieta encima de mí.

Me llegó su risita de júbilo.

—¡Lo logré! ¡Gané!

Me levanté de un salto y ella hizo un baile victorioso de lo más adorable, joder. Aceché hacia ella y retrocedió unos pasos. Seguí avanzando y ella retrocedió hasta que se dio la vuelta y salió corriendo.

Solté un gruñido grave y la perseguí, alcanzándola en un par de zancadas. Esta vez nos mantuve erguidos, pero la empujé contra la pared. Sus manos estaban en las mías y las levanté contra la superficie, estirándola.

—Hiciste trampa —gruñí.

Meneó su trasero contra mi polla.

—No lo creo. Simplemente utilicé la debilidad de mi oponente a mi favor.

Sonreí mientras le daba una nalgada, saboreando su chillido.

—*Ah*, ¿sí? —Puse mi cuerpo contra el suyo y levanté la rodilla para presionarla contra su coño. Ella se movió contra mi pierna.

—Mírate, tan golosa. —Intenté parecer indiferente, aunque no lo conseguí, sobre todo porque Julieta se movía más rápido, dándose placer.

—Necesito más.

—De acuerdo. Un trato es un trato. —Como si pudiera negarme. Transferí ambas muñecas a mi mano, moviendo la otra para jugar con sus pezones. Le di a cada uno un fuerte apretón que la hizo jadear. Mi mano bajó por su cuerpo y trabajé su clítoris hasta que se retorció contra mí.

—Eso es. Tan mojada para mí. Tan jodidamente perfecta. —Volví a hundir mis dedos en su interior y presioné el talón de mi palma contra su clítoris hasta que el placer la inundó. Gritó y se desplomó contra la pared. Mantuve la presión sobre su coño mientras disfrutaba de las últimas olas de su orgasmo.

—Creo que me gusta la defensa personal —afirmó con aire soñador.

Resoplé y la apreté contra mi pecho.

—Me gusta todo de ti. —Le besé una línea en el costado de la cara.

Se dio la vuelta en mis brazos para quedar frente a mí.

—Gracias.

—¿Por qué, Ángel?

—Estos dos últimos años he pasado mucho tiempo asustada, y aprender defensa personal y a disparar me hace sentir que no estoy tan indefensa como antes. Sigo sin querer lastimar a nadie, pero me hace sentir más fuerte.

—Me alegro. —La estreché con fuerza—. Eres tan poderosa, tan valiente. Has sobrevivido a tanto y mereces considerarte como una sobreviviente.

Nos quedamos allí, meciéndonos ligeramente abrazados.

—Tengo que irme en cuarenta y cinco minutos —murmuré—. Así que, si queremos almorzar juntos, deberíamos hacerlo ahora.

Me abrazó con más fuerza durante un segundo y me pregunté si me pediría que me quedara.

«¿Diría que sí si me lo pidiera?».

Sin embargo, se apartó con una sonrisa tensa.

—Pues entonces, vamos a comer.

56

ROMEO

Me paré frente al edificio de apartamentos del centro. Las luces de la calle brillaban mientras una ráfaga de copos de nieve se arremolinaba en el aire.

Una noche hermosa y tranquila.

Aunque no permanecería así mucho tiempo, al menos no para Chase Miller.

Había tardado demasiado en localizarlo. Había reclutado a Sienna para que me ayudara, sobornándola con el nuevo bolso al que le había echado el ojo. Aunque, en cuanto le dije a quién buscábamos, aceptó ayudar. No necesité sobornarla.

El violador de Julieta iba a morir esta noche, gritando.

Sonreí mientras mi monstruo interior salía a la superficie, ansioso y sediento de sangre.

La puerta del vestíbulo se abrió y me acerqué para sostenerla para la mujer que salía con su perro.

—Gracias —dijo con una sonrisa, que le devolví antes de entrar al edificio.

Subí las escaleras hasta el cuarto piso. Mis fosas nasales se hincharon cuando me paré frente al apartamento cuarenta y siete. Unos años atrás, Julieta había estado en este mismo lugar con toda su confianza y dulzura.

Este hombre la había traicionado.

Forcé la cerradura y entré, sujetando la pequeña mochila que llevaba.

Chase estaba sentado en el sofá, a la vista de la puerta. Se levantó de un salto y lanzó un grito de indignación, pero yo cubrí la distancia que nos separaba en pocos pasos y lo agarré del cuello.

Sus brazos se agitaron, tratando sin éxito de zafarse de mis dedos.

Ladeé la cabeza y observé con aire desapasionado cómo se le enrojecía la cara.

Con un movimiento rápido, lo empujé contra la pared. Se golpeó la cabeza y soltó un quejido estrangulado. Con suerte, el golpe fue lo bastante fuerte como para causarle una conmoción cerebral, pero le di un puñetazo en el estómago por si acaso. Resolló y se atragantó.

Observé al patético hombre que tenía ante mí. El cabello castaño y grasiento le caía sobre los ojos llorosos y la baba goteaba sobre su barba cubierta de vello *púbico*. Tenía la boca abierta mientras intentaba hablar. Aflojé mi agarre lo suficiente como para escuchar sus palabras entrecortadas.

—¿Quién eres?

Una sonrisa lenta se dibujó en mi rostro.

—Soy la última cara que verás antes de morir.

Antes de que pudiera responder, le agarré el brazo, jalando hasta que le disloqué el hombro. Cayó al suelo como un saco de harina. Curvé el labio mientras se retorcía y gimoteaba.

—Para responder a tu pregunta, estoy aquí por Julieta.

Jadeó, con los ojos muy abiertos.

—¿Quién?

Arqueé una ceja y dejé que el silencio flotara entre nosotros.

Su súplica se volvió más desesperada.

—Mira, hombre, no sé de quién estás hablando. Te equivocaste de persona.

Le di una patada en las pelotas. Su grito se cortó cuando vomitó por el dolor.

Di un paso atrás para asegurarme de que no me manchara los zapatos.

—Julieta —repetí—. De unos veintitantos años. Cabello castaño con reflejos rosas. La trajiste a casa hace dos años.

El destello de reconocimiento en sus ojos fue la única confirmación que necesitaba. Lo levanté del suelo agarrándolo del cabello. Luchó por ponerse de rodillas mientras las lágrimas y los mocos le corrían por el rostro. Lo obligué a echar la cabeza hacia atrás hasta doblarla dolorosamente.

—La violaste. —Mi voz era fría mientras me sumergía en la oscuridad—. Drogaste y violaste a mi chica. Voy a disfrutar haciéndote sufrir.

—¡Lo siento! Dijo que era soltera, ¡lo juro! No sabía que era tuya.

Gruñí, conteniéndome para no retorcerle el cuello lo suficiente como para rompérselo. Sería una muerte demasiado fácil para él.

—¿Crees que solamente hay que respetar a las mujeres si están con un hombre?

—No, eso no es lo que yo…

Lo dejé caer al suelo y agarré la cinta adhesiva de mi bolso.

—Esto será mucho mejor si no puedo escuchar tu vocecita quejumbrosa.

—¡No, por favor!, ¡haré lo que sea!

Se acobardó cuando le puse la cinta sobre la boca antes de darle unas palmaditas en la mejilla.

—No te preocupes. Respetaré tu consentimiento tanto como tú respetaste el de Julieta. Ahora desnúdate. —Cuando no se movió, desenfundé mi enorme navaja y suspiré—. Bien, lo haré por ti.

Le corté la camiseta, sin importarme cuando le rebané la piel. Su sangre hacía juego con el rojo de su camiseta.

—¿Quieres que lo haga también con los pantalones? —pregunté.

Eso hizo que se moviera. Una vez desnudo, le di una patada en el pecho y cayó de espaldas. Me giré hacia mi bolso y Chase aprovechó ese momento para intentar barrerme las piernas.

No lo consiguió.

Apreté mi bota contra su pecho, manteniéndolo inmovilizado dolorosamente.

—Te arrepentirás de eso.

Me agaché y le disloqué el otro brazo. La cinta amortiguó sus gritos, y esta vez, cuando volteé hacia mi bolso, se quedó donde estaba.

Saqué varios trozos de cuerda, con los que le até las muñecas y los tobillos. Tuve que ser creativo y buscar varios muebles para atar las cuerdas hasta que quedó tendido en el suelo con las piernas abiertas. Me aseguré de que le apretaran con fuerza los brazos dislocados.

Me paré sobre él.

—¿Ahora te sientes como un hombre grande?

Sus sollozos eran música para mis oídos.

Llamé a nuestro equipo de limpieza para que vinieran al apartamento de Chase.

El antiguo residente estaba muerto y sangrando en el suelo de la sala.

Me crucé de brazos, tamborileando con los dedos mientras observaba la palabra que le había grabado en el pecho.

VIOLADOR.

Mi caligrafía estaba mejorando.

La polla de Chase yacía a unos metros de su cuerpo, arrugada y ensangrentada. El monstruo que llevaba dentro de mí quería regalársela a Julieta. Por suerte, había recuperado el suficiente control de la oscuridad como para saber que a mi Julieta le horrorizaría semejante regalo.

Del mismo modo que se sentiría horrorizada si alguna vez me veía así, cubierto de sangre y con un brillo depravado en los ojos. Como mi madre lo había estado. Su expresión de terror después de vengarme de los hombres que la lastimaron y asesinaron a mi padre quedaría grabada para siempre en mi mente.

Antes de ese día, yo había sido el bromista despreocupado y divertido. Ver a mi *mamma* así había despertado algo oscuro en mí.

Se había apoderado de mí con su sed de sangre y nunca se marchó.

Sin embargo, este era el secreto que nadie conocía: *me agradaba el monstruo*.

Entregarme a la oscuridad era como hundirme en un lago fresco en un día caluroso. No podía controlar el mundo que me rodeaba y no siempre podía evitar que la gente a la que quería saliera herida, pero el monstruo sabía cómo responder. *Él* no rehuía a la violencia ni a la venganza, y eso me hacía poderoso.

Si bien esa era la razón por la que me había distanciado de mi madre todos estos años, la echaba de menos. Aunque nos hiciera daño a ambos. Ella había visto demasiado, y yo era muy cobarde para enfrentarme a su decepción por no haber salvado a mi *papà*, por no haber llegado hasta ella a tiempo, y por el sufrimiento que le causaba saber que el niño que había criado había sido corrompido por la oscuridad.

Por primera vez, la idea de volver con Julieta me llenó de temor. ¿Y si volvía a casa con ella ahora y veía el monstruo que había en mí? ¿Podría aceptarme así?

Sacudí los brazos. Por lo menos estaría dormida cuando llegara a casa. Por la mañana, el monstruo habría vuelto a su caja.

Cuando tocaron la puerta, supe que habían llegado los de la limpieza. Era hora de volver con mi chica.

57

JULIETA

ALGO ME DESPERTÓ DE MI SUEÑO INTRANQUILO, TAN INTRANQUILO PORQUE ERA la única que estaba en la cama. Sonreí cuando me di cuenta de que la ducha estaba corriendo. Romeo había vuelto.

La pantalla demasiado brillante de mi teléfono me dijo que eran las 3:30 a.m. El aire frío me hizo querer acurrucarme más debajo de las sábanas, pero extrañaba demasiado a Romeo como para mantener cualquier distancia entre nosotros.

Entré sigilosamente al baño y me apoyé en el tocador mientras lo estudiaba. Estaba de frente a la pared de la ducha y el agua caía sobre su espalda ancha. Mis ojos bajaron hasta su trasero firme y sus muslos musculosos. Nunca me había gustado admirar los cuerpos de los hombres, sin embargo, el de Romeo era perfecto. No de un modo artificial y retocado, sino de un modo crudo y primitivo.

Apoyé mis manos en el tocador y me levanté para sentarme sobre la encimera.

Romeo se quedó inmóvil. Lentamente, volteó hacia mí. Sus ojos brillaron mientras se pasaba el pulgar por el labio inferior y me miraba. Yo tenía puesta una de sus camisetas y nada más.

—¿Qué haces fuera de la cama? —Su voz era como la grava.

—Escuché a mi hombre en la ducha.

Sus ojos se clavaron en mí, pero por alguna razón, la agresión que desprendía no me asustó. Era Romeo. *Mi Romeo.*

—Vean a mi chica traviesa, saliendo de la cama para poder mirar a su hombre.

Sonreí, con mis mejillas sonrojadas.

—¿Alguna queja?

—No, carajo. Puedes mirarme cuando quieras.

Cerró el grifo y salió de la enorme ducha, cubriendo la distancia que nos separaba sin agarrar una toalla. Sacudió su cabello y yo chillé cuando las gotas de agua cayeron sobre mí. Le di un empujón en el pecho.

—Agarra una toalla.

Se inclinó hacia adelante y me dio un beso húmedo en la frente antes de secarse. No podía apartar mis ojos de su polla semidura, y él lo sabía. La acarició lentamente mientras se acercaba a mí.

Abrí los brazos cuando se metió entre mis piernas y me estrechó contra su pecho.

—Te extrañé, Ángel.

Besé su hombro y sonreí al darme cuenta de que había usado mi gel de baño.

—Yo también te extrañé. ¿Te fue bien en el trabajo?

Apoyó su cara en mi cabeza y me respiró. El silencio se prolongó tanto que estaba segura de que no contestaría, pero entonces exhaló un suspiro.

—Sí, salió bien. —Sus dedos se clavaron en mis caderas y no estaba segura de que me estuviera diciendo la verdad. Sus músculos se tensaron y lo abracé con más fuerza, tratando de aliviar su estrés.

¿Me convertía en una cobarde el hecho de no querer conocer los detalles de su trabajo? Sabía que no todo era bueno ni legal, pero cuando Romeo me abrazaba así, era difícil que me importara.

Me agarró la mandíbula y me dio un beso apasionado. Me fundí en él, devolviéndole la intensidad hasta que su cabello mojado cayó sobre su frente y el agua goteó por mi rostro.

Solté una risita cuando se apartó.

—Necesito un corte de cabello —refunfuñó mientras se echaba la parte delantera del cabello hacia atrás. Inmediatamente le volvió a

caer sobre la frente—. A la mierda. Voy a buscar unas tijeras y me lo cortaré yo mismo.

—No. —Le di una ligera palmada en la mano.

—No tengo tiempo para ir a que me lo corten y no puedo seguir viviendo así.

Solté una carcajada.

—Eres tan dramático. —Le eché suavemente el cabello hacia atrás—. Yo te lo cortaré.

Me pasó las manos lentamente por los muslos.

—¿Harías eso por mí, Ángel?

—Por supuesto. Y si te portas bien conmigo, incluso me aseguraré de que te veas extraguapo.

Me rodeó la garganta, inclinando suavemente mi cabeza hacia atrás antes de que sus labios chocaran con los míos. Me chupó la lengua y me mordió el labio inferior, apretando su mano lo suficiente para provocarme un escalofrío.

—Seré muy bueno contigo, nena. Tan jodidamente bueno.

Le pasé los dedos por el cabello y le di un jalón firme.

—El más bueno.

Apoyé mi barbilla en el hombro de Romeo, encontrándome con su mirada en el espejo del baño. Quizás una pareja normal habría esperado a la mañana para un corte de cabello, pero Romeo y yo prosperábamos por la noche.

—¿Quieres el mismo estilo? —pregunté.

Inclinó la cabeza, apretando su mejilla contra la mía.

—Puedes hacerme lo que quieras.

Fruncí los labios.

—Solamente tú puedes hacer que un corte de cabello suene sexual.

Metió la mano por detrás y me acarició el muslo desnudo.

—Hazlo ya, preciosa, para que pueda agradecértelo.

Una sensación de ligereza me invadió cuando empecé a cortarle el cabello con las tijeras que había encontrado en el baño. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que le corté el cabello a un hombre, así que me tomé mi tiempo.

—¿Dónde aprendiste a cortar el cabello? —inquirió.

—Breanna me enseñó. —Por primera vez desde que murió, pensar en aquellas horas que pasamos juntas practicando con todos los niños que vivían con nosotras en el hogar de acogida no me llenó de desconsuelo ni de autodesprecio—. Siempre fue buena en eso. Casi había terminado la escuela de cosmetología cuando murió.

Incliné la cabeza de Romeo hacia adelante para poder recortarle la parte de la nuca.

—Cuando éramos adolescentes, les cobrábamos a los chicos de nuestra casa de acogida un dólar por el corte de cabello.

—Qué ganga.

—No dirías eso si hubieras visto algunos de los cortes que les hicimos —le conté riendo.

—¿Debería preocuparme?

—*Nah*. Te cobraré mucho más que un dólar por esto. —Besé su cuello antes de rodear a la parte delantera, revisando cuidadosamente para asegurarme que todo se viera parejo. El agarre de Romeo sobre mis caderas se apretó y dejó escapar un sonido sospechosamente cercano a un gruñido cuando le acerqué los senos a la cara—. Necesito un poco más de práctica, pero es mucho mejor que si lo haces tú a machetazos. —Jugué un poco con el peinado, tal vez pasándole los dedos por el cabello un poco más de lo estrictamente necesario, antes de apartarme para que Romeo pudiera mirarse en el espejo.

Giró la cabeza de derecha a izquierda.

—El mejor corte de cabello que he tenido.

—Estoy segura de que eso no es cierto. —Puse los ojos en blanco, pero tenía que admitir que se veía bien.

Pasó sus manos por debajo de mi camiseta y tocó mis nalgas desnudas.

—¿Qué puedo darte a cambio?

Jadeé cuando me metió un dedo.

—Creo que lo adivinarás.

Sus ojos se oscurecieron mientras se levantaba, con el dedo aún dentro de mí.

—*Mmm*, creo que lo haré.

58

JULIETA

Recogí los platos del desayuno, las tazas de café y los puse en el fregadero. Romeo y yo habíamos dormido hasta tarde, no obstante, él tenía que irse pronto a trabajar.

Me aprisionó contra el fregadero, besando una línea por mi cuello y hombro.

—No volveré hasta tarde otra vez, así que quiero que hoy te quedes en casa de Sofiya y Matteo.

Me dolió el corazón. Ya lo extrañaba y ni siquiera se había ido.

—Estaré bien aquí.

—No quiero que estés sola todo el día.

Me giró para que lo mirara, pero mantuve la vista fija en las sutiles líneas blancas que atravesaban la encimera negra, trazándolas con los dedos.

Un agarre firme me obligó a levantar la barbilla.

—¿Qué te pasa?

Abrí la boca para negar que me pasara algo, pero me agarró con más fuerza.

—No me mientas, Julieta.

Me clavó la mirada, obligándome a decir la verdad.

—No confías en mí.

Frunció el ceño y se acercó lo suficiente para que mi pecho rozara el suyo.

—Claro que confío en ti.

—No, quiero decir… —Intenté apartar la mirada, mas no me dejó. Solté un resoplido frustrado. No siempre se saldría con la suya—. No confías en que no me lastime.

Su expresión se suavizó de inmediato.

—No, Ángel, no es eso. —Dudó—. ¿Has pensado en eso?

Negué con la cabeza.

—No desde que estoy aquí. Y antes del otro día, hacía dos años que no lo hacía.

Me besó en la frente, con los dedos enredados en mi cabello.

—Eso está muy bien, cariño. Sin embargo, no es eso lo que me preocupa. Confío en ti y sé que este apartamento es seguro. Nadie puede tocarte aquí —vaciló, y fue mi turno de pasarle una mano reconfortante por el cabello. Se inclinó hacia mí y un escalofrío recorrió su cuerpo—. No puedo concentrarme cuando estoy fuera, sabiendo que estás aquí sola. Me preocuparé por ti.

Sus labios acariciaron mi mejilla y su mano bajó por mi cuerpo hasta acariciarme el trasero. Me arqueé contra él y mi cuerpo ya goteaba ante su leve contacto. Su polla se endureció en respuesta, presionando contra mi estómago.

Gemí.

—¿Serás una buena chica y pasarás el día en el *penthouse*? —Su mano me acarició el coño.

—Esto es chantaje —gemí.

—¿Está funcionando?

—Bien, sí, iré arriba.

—Esa es mi chica. —Su mano se retorció en mi cabello.

—Tienes que ir a trabajar. —Me mecí contra él, mis labios se acercaron a su garganta. Él se quejó cuando empecé a chupar su piel, la parte codiciosa de mí decidida a dejar una marca para que todo el mundo supiera que me pertenecía.

—Eres una seductora. —Ambas manos se movieron hacia mi trasero y apretaron tan fuerte que gemí y me puse de puntitas.

Quería más.

—Estas curvas, carajo. —Romeo sonaba tan enfadado que no pude contener mi sonrisa. Gruñó y me hizo girar de nuevo, guiándome hacia abajo hasta que mi pecho quedó presionado contra la isla de la cocina. Su mano cayó sobre mi trasero en una ráfaga de azotes fuertes que me dejaron excitada y adolorida—. ¿Crees que provocarme es divertido, *Stellina*?

Moví mi trasero contra su erección.

—Tal vez.

Bajó su cuerpo sobre el mío.

—Me pregunto si seguirás pensando eso después de que te provoque durante horas, negándote el orgasmo hasta que llores de rodillas, suplicándome que te deje correrte.

Oh, *mierda*.

Mi respiración se aceleró y mis mejillas se sonrojaron. No quería eso, quería correrme, así que ¿por qué me excitaba?

—Lo siento. —La respiración entrecortada de mi voz me hizo parecer poco convincente por completo.

—*Hmm*, no estoy seguro de creer que te arrepientas. —Se puso de pie, levantándome del mostrador y acercándome a su pecho. Sus manos recorrieron mi frente, pellizcando mis pezones y acariciando mi sexo—. Quizá tengas que demostrarme cuánto lo sientes.

Me giré en sus brazos hasta encontrarme con su mirada ardiente. Sin romper el contacto visual, me arrodillé. Sus músculos se tensaron bajo mis manos mientras las deslizaba lentamente por sus piernas hasta llegar a su cremallera.

Su mano detuvo la mía y la apretó.

—¿Estás segura, nena?

Una sonrisa se dibujó en mis labios mientras apoyaba mi mejilla contra su pierna y asentía. Yo era la que estaba de rodillas, pero cuando su mirada me calentó desde adentro hacia afuera, me sentí poderosa y deseada.

Aparté su mano y le bajé lentamente la cremallera de su pantalón de vestir, dejando al descubierto sus bóxers negros. Se los bajé junto con los pantalones, exponiendo así su polla gruesa que goteaba.

—¿Me dirás qué hacer? —Había investigado un poco desde la última mamada que le había hecho, pero aún no me sentía totalmente segura.

Romeo maldijo, inclinando la cabeza hacia atrás para mirar el techo.

—Me estás matando. —Luego sus manos se posaron en mi cara, acariciándome la mandíbula—. Empieza con lo que te haga sentir bien, preciosa, y yo te dirigiré a partir de ahí.

Bien.

Empezaré con lo que me haga sentir bien.

Romeo me jaló el cabello bruscamente.

—No lo pienses demasiado.

Su agarre posesivo calmó mi ansiedad y envolví la base de su erección con mi mano. Estaba caliente y gruesa en mi mano y mis muslos se apretaron con el recuerdo de cómo me había estirado la noche anterior.

Me incliné hacia él y le lamí una gota de semen de la punta. El sabor era sutil y salado. Tarareé y me incliné para lamer toda su longitud. Cuanto más me dejaba explorar, más me relajaba. Introduje su longitud en mi boca, mientras mi lengua jugaba con su *piercing*. Romeo maldijo en voz alta y su agarre en mi cabello se hizo casi doloroso.

—Joder, Julieta. Esa es mi chica buena.

Sus elogios me incitaron y lo metí más adentro.

—¿Te gusta escuchar eso? ¿Te gusta escuchar lo buena chica que eres para mí? ¿Lo mucho que me complaces?

Gemí a su alrededor, mojándome aún más mientras lo metía más profundo y las lágrimas corrían por mis mejillas. Me dolía la mandíbula de lo grueso que era, pero su mirada ardiente me hacía no querer parar jamás. Me golpeó el fondo de la garganta, provocándome arcadas y me hizo retirarme.

—*Shhh* —murmuró, sin dejar que me apartara completamente de él—. Respira, Ángel.

Hice lo que me ordenó y poco a poco fue penetrándome más. En ese instante, era él quien marcaba el ritmo, utilizándome para su placer, y yo estaba completamente bajo su hechizo.

—Vas a tragarme hasta el fondo, ¿verdad, preciosa? Así es, porque eres perfecta para mí.

Gemí y chupé con más fuerza, ahuecando las mejillas, y entonces él se derramó por mi garganta. Mis ojos se humedecieron y gotas de semen se desbordaron de mis labios cuando no pude tragarlo lo suficientemente rápido. Lo recogió con el pulgar y me lo volvió a meter en la boca.

Una oleada de timidez me golpeó cuando nuestras respiraciones entrecortadas llenaron el aire, pero Romeo no me dio ni un momento para dudar de mí misma. Se metió rápidamente dentro del pantalón y me levantó del suelo. Me aferré a él mientras se dirigía al dormitorio y me depositaba suavemente en la cama, arrastrándose sobre mi cuerpo hasta que su nariz chocó con la mía.

—Esa fue la mejor mamada que me han hecho en mi vida, carajo. —Su voz era áspera y sus ojos parecían tan aturdidos como me sentía yo.

Dudaba que mi torpe esfuerzo fuera lo mejor que le habían hecho en su vida, pero aun así mis labios esbozaron una sonrisa. Hasta que sus palabras me recordaron que probablemente había tenido docenas, sino cientos, de mujeres que le habían hecho mamadas. Mi expresión se transformó en un ceño fruncido de pura envidia.

Agarré su cara.

—Yo soy la única que te la va a chupar a partir de ahora.

No se enfadó ni se puso a la defensiva ante mi declaración. En lugar de eso, esbozó una sonrisa de satisfacción mientras me daba un beso dulce en la punta de la nariz.

—Eres mi dueña, Julieta. Nunca lo dudes.

Rocé sus labios con los míos y profundicé el beso, rodeando su cuerpo con mis brazos y piernas y atrayéndolo más cerca. Seguía nadando en un mar de excitación, mi coño desesperadamente vacío mientras se apretaba alrededor de la nada.

—Te necesito.

Romeo no perdió tiempo y metió su mano en mi ropa interior. Sus dedos emitieron un sonido húmedo y vergonzoso cuando se

sumergieron en mi excitación. Gruñó, presionando su cara contra mi cuello.

—Mi Julieta. Tan caliente, húmeda y resbaladiza, lista para mi polla. —Introdujo tres dedos gruesos en mi interior, curvándolos hasta que mis piernas temblaron de placer.

Y entonces sonó su teléfono.

—Maldición, es el tono de Matteo. —Lo fulminé con la mirada mientras sacaba el teléfono de su bolsillo trasero.

Y.

Lo.

Contestó.

Sus dedos seguían llenándome.

Cuando su pulgar rozó mi clítoris, jadeé. Me dirigió una mirada severa de desaprobación, pero no dejó de atormentarme y de aumentar mi placer. Me tapé la boca para no gritar mientras mi orgasmo se acercaba.

—Joder. Está bien, me reuniré con ellos en el garaje en cinco minutos.

Estaba tan cerca de correrme que apenas me di cuenta de sus palabras hasta que sus dedos abandonaron mi coño.

—¡No! —Le agarré la muñeca, desesperada porque me llevara al límite, pero ya se estaba levantando de la cama.

—Lo siento, nena. Es una emergencia.

Quería ser una persona razonable y comprensiva, pero mi orgasmo negado me había enfurecido.

—Espera, tengo una idea. —Cruzó la habitación y abrió uno de los cajones de la cómoda. Cuando se dio la vuelta, sostenía un objeto morado—. Esto es un *plug* para el coño —Me bajó la ropa, dejando mi coño empapado y el interior de mis muslos expuestos ante él. Gruñó y acomodó su polla—. Mi chica necesita que la llenen, ¿verdad? Sería irresponsable de mi parte dejarla vacía todo el día, así que esto —empujó el *plug* contra mi entrada—, te mantendrá llena hasta que regrese. —Me introdujo el juguete hasta el fondo con un movimiento rápido. Grité cuando el orgasmo se apoderó de mí, dejándome débil y temblorosa.

—Buena chica. —Me subió los pantalones y me ayudó a sentarme—. Voy a dejarte en el *penthouse*, y luego tengo que irme.

Estaba demasiado excitada para formar una frase coherente, así que no discutí cuando me puso los zapatos o cuando me llevó hacia la puerta. Salí de mi niebla de excitación cuando vi que llevaba una pistola sujeta al pecho y otra en el cinturón. Las movió para poder sujetarme con fuerza mientras subíamos por el ascensor. Cada vez me resultaba más fácil, pero seguía manteniendo los ojos cerrados mientras me aferraba a Romeo.

—Por favor, ten cuidado —susurré.

Me besó la cabeza.

—Siempre tendré cuidado si eso significa volver a casa contigo.

Nos sacó del ascensor.

—Espera. —Lo empujé por el pecho—. Esta *cosa* sigue dentro de mí.

Me acarició el coño.

—Y seguirá adentro hasta que te dé permiso para sacarlo.

El Don de la Mafia Italiana estaba haciendo *waffles* para el almuerzo con su bebé recién nacida atada a su pecho.

Había entrado a una especie de dimensión alterna.

Romeo me había metido rápidamente al *penthouse* antes de irse rápidamente a hacer su trabajo de mafioso. Por desgracia, Sofiya iba de salida para acudir a su cita de fisioterapia en un piso inferior. Al parecer, Matteo tenía prohibido asistir a sus sesiones después de gritarle al fisioterapeuta por haber lastimado a su esposa demasiadas veces.

Por lo cual estábamos solos los dos en el apartamento. Bueno, nosotros y Clementine.

—Gracias —dije cuando me puso un plato de *waffles* enfrente.—. Pero no tienes que hacer esto. Estoy segura de que tienes cosas mejores que hacer.

Se limitó a gruñir.

Okaaay. No se sentía con ganas de charlar.

No tenía mucha hambre, no hacía mucho que había desayunado, pero comerme los *waffles* me daría algo que hacer. El primer bocado me hizo detenerme.

—Están muy buenos.

Me pareció ver que Matteo sonreía mientras comía otro bocado, pero cuando levanté la vista, su rostro volvía a estar inexpresivo.

Se hizo un silencio incómodo. Hasta Clementine estaba callada mientras dormía sobre el pecho de su padre.

Cuando terminé de comer y puse mi plato en el fregadero, Matteo habló.

—Ven conmigo.

Salió de la cocina y se dirigió por el pasillo, sin esperar a ver si lo seguía. Como Don de la Mafia, estaba convencida de que estaba acostumbrado a que lo obedecieran. Mi lado mezquino, todavía enfadado con él por haber lastimado a Romeo, me hizo considerar la posibilidad de ignorar su orden, mas no era lo suficientemente valiente para eso. Arrastré los pies mientras lo seguía lentamente por el pasillo hasta su gimnasio. Era parecido al del apartamento de Romeo, pero un poco más grande.

Jugueteé con el dobladillo de mi camiseta mientras Matteo colocaba a Clementine en un moisés en un rincón. Estaba segura de que los tenían en todas las habitaciones.

Matteo volteó hacia mí, cruzado de brazos.

—Muy bien, Julieta, arreglemos esto.

Arqueé las cejas, con el corazón latiéndome con fuerza.

—*Umm*, ¿qué?

Se alborotó el cabello, su apariencia confiada cayó por un instante.

—Romeo es como un hermano para mí, y tú eres importante para él. No puedo permitir que su mujer me odie, así que vamos a arreglar esto.

Di un pequeño paso hacia atrás.

—Estoy bastante segura de que puedes vencerme en una pelea.

Matteo resopló, el sonido contrastaba fuertemente con su comportamiento estoico de siempre.

—Romeo me mataría si te lastimo. No voy a pelear contigo, pero vas a castigarme. —Parpadeé—. Estás molesta conmigo porque lastimé a Romeo. Así que véngate. —Levantó los brazos hacia los lados.

Lo absurdo de la situación hizo que una carcajada brotara en mi pecho. Una vez que empezó, no pude pararla. Me doblé, la risa sacudió mi cuerpo hasta hacerme llorar.

¿Cómo había pasado de una vida solitaria como vendedora de libros con agorafobia a ser la novia del subjefe de la Mafia Italiana? Y ahora estaba sola con uno de los hombres más peligrosos de New York, o quizás incluso del mundo, y él quería que yo, ¿qué? ¿Qué le diera un puñetazo? ¿Todo mientras tenía un *plug* dentro de mí?

—*Ay*, carajo —murmuró Matteo—. Te rompí. Romeo realmente va a matarme.

Eso solamente me hizo reír más fuerte. No podía recordar la última vez que me había reído así y me sentí bien, incluso si había un borde histérico en ello.

Finalmente me controlé y me sequé las lágrimas de los ojos.

—¿De verdad quieres que te golpee?

Matteo asintió.

—Bueno. Está bien. —Sacudí los brazos y me acerqué a él.

Había estado practicando cómo lanzar puñetazos, pero hasta ahora solamente había golpeado un saco de boxeo. Me moví de puntitas y pensé en todas las heridas con las que Romeo había vuelto a casa aquella noche. Sus costillas magulladas. La nariz rota. Cortes en el pecho. Me dejé llevar por la ira y le di un puñetazo en las costillas.

Un dolor agudo me atravesó la mano.

Matteo me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué fue eso? Apenas lo sentí. No, esto es inaceptable. —Cruzó la habitación enfadado y agarró algo de un mueble antes de volver—. Dame las manos.

—¿Qué?

—Tus manos, Julieta. —Me vendó las manos antes de ponerme unos guantes de boxeo—. Ninguna hermana mía va a dar puñetazos así. Ven aquí.

Hermana.

Dios, eso hizo que me doliera el corazón.

Después de una hora de práctica con el saco de boxeo de cuero, Matteo me obligó a golpearlo de nuevo.

—Bueno, en realidad sentí ese, así que es una mejoría —indicó con una ligera mueca, su expresión claramente el resultado de mi débil intento y no debido a ningún dolor que le hubiera causado.

Sonreí y le di un codazo en las costillas.

—Gracias por el informe elogioso.

La puerta principal del apartamento se abrió y Sofiya gritó un *hola* alegre. El cambio en Matteo fue instantáneo, todo su cuerpo se puso en alerta, en perfecta sintonía con su esposa. Levantó a Clementine, acunándola contra su pecho, y dio unos pasos hacia la puerta antes de detenerse.

—¿Ya estamos bien? —Se puso tenso como si se preparara para mi respuesta.

—Sí, estamos bien.

Asintió y, mientras salíamos del gimnasio, sentí que acababa de ganarme un hermano.

59

ROMEO

Los copos de nieve me envolvieron cuando el conductor abrió la puerta del auto. Mis pies tocaron la alfombra roja a las puertas de The Sovereign, el hotel de lujo y lugar de eventos más exclusivo de Boston. Esta noche, los más ricos de la ciudad se reunían para recaudar fondos. No tenía ni puta idea de para qué era la gala de recaudación de fondos, y dudaba que la mayoría de los asistentes lo supieran tampoco. Este evento consistía en alardear de estatus, dinero y poder.

Saludé a las cámaras, forzando la sonrisa de *playboy* a la que el público estaba acostumbrado a ver en mi rostro mientras subía las escaleras. El resentimiento ardió en mi pecho mientras entregaba mi abrigo a un encargado y entraba al salón de baile principal. No quería estar aquí. Quería estar de vuelta en New York con mi chica.

Anoche, casi me dio un infarto cuando Julieta entró al baño mientras me duchaba. Me aterrorizaba que viera la mancha en mi alma y me rechazara, pero por algún motivo no lo hizo. Me había mirado directamente, me había tocado y me había *cortado el cabello*, demonios. Y no solamente eso, calmó al monstruo. Normalmente me llevaba un rato volver en mí después de entregarme a la oscuridad. Sin embargo, con ella, todo era diferente. Cuando terminó de cortarme el cabello, la llevé a la cama e hicimos

el amor. Su cuerpo había sido tan suave contra el mío, tan cálido y *vivo*.

Cuando estaba con Julieta, ya no me avergonzaba de quién era.

Hoy me había enviado un mensaje pidiéndome permiso para sacarse el *plug* del coño, y se lo había concedido, pero estaba furioso por no haber estado allí para hacerlo. Y ahora ni siquiera volvería a la ciudad a la hora que ella se fuera a la cama.

Vivía conmigo, pero sentía que apenas la veía.

Lo odiaba, maldita sea.

Me moví entre la multitud, ignorando a las muchas mujeres que me lanzaban miradas interesadas. Si bien había pasado mis primeras décadas deleitándome con la atención pública, en ese momento ansiaba noches tranquilas en el sofá con comida, Mario Kart y una Julieta deliciosamente desnuda corriéndose en mi verga.

Recorrí la habitación en busca de la razón por la que estaba aquí. Sienna había estado ejecutando un *software* de reconocimiento facial continuamente en todas nuestras cámaras de vigilancia. Hoy había obtenido la identificación del Carnicero en Long Island. Había dirigido inmediatamente un equipo para cazarlo, pero se había desvanecido como el humo una vez más. Matteo y yo habíamos llegado a la conclusión, a regañadientes, de que necesitábamos la ayuda de alguien experto en cazar gente, y por eso estaba aquí, en Boston.

Un destello de color rojo llamó mi atención y me acerqué. Incluso en medio de una multitud, el cabello color fuego de Leona Byrne era como un faro al otro lado del salón. Estaba rodeada por un grupo de hombres que prácticamente salivaban ante ella. Su vestido verde de lentejuelas tenía la espalda descubierta, y supuse que la parte delantera era igual de escandalosa.

—*Oh,* la nueva exposición en el MFA es impresionante —comentó.

—Oh, sí. Absolutamente fascinante. —Le pasé el brazo por los hombros. Se tensó un instante antes de mirarme, con una sonrisa juguetona en los labios.

—Romeo.

—Siento haberte hecho esperar, querida.

Los hombres reunidos parecían desanimados, sus fantasías de atrapar a la heredera más bella de Boston se desvanecían ante sus ojos. Como si alguno de ellos pudiera siquiera soñar con lidiar con ella, una de las mejores asesinas del mundo.

—Si nos disculpan, caballeros. —Les guiñé un ojo y llevé a Leona a un rincón apartado, detrás de una enorme planta falsa.

Leona se plantó frente a mí, sin parecer impresionada.

—¿Qué haces aquí, Romeo?

—Vengo a cobrar nuestro favor.

—¿Qué favor?

—*Qué favor*, pregunta ella. El favor que le debes al Don por no matarte después de que pusiste a Sofiya en peligro el año pasado.

La mandíbula de Leona se apretó. Todos sabíamos que nunca había tenido la intención de poner en peligro a Sofiya y que había hecho todo lo posible para protegerla, pero la intención significaba una mierda para Matteo cuando se trataba de la seguridad de su familia.

—Y para endulzar el trato —continué—, después de que nos ayudes, se te permitirá entrar en New York sin permiso previo del Don, siempre y cuando sigas nuestras reglas.

Los ojos de Leona brillaron con interés. Su madre había sido hija de un capo italiano y había vivido en New York hasta que tuvo un amorío secreto con el segundo al mando de la Mafia Irlandesa en Boston. La madre de Leona huyó para estar con él en cuanto se enteró de que estaba embarazada, y Leona creció como irlandesa en Boston, con el padre de Matteo prohibiéndole la entrada a New York. Matteo hacía excepciones de vez en cuando, sobre todo a petición de Sienna, ya que ella y Leona eran amigas, pero este nuevo acuerdo le daría a la asesina irlandesa una libertad considerable para moverse.

—¿Con qué necesitas ayuda?

—El Carnicero.

Ella arqueó una ceja.

—¿Para encontrarlo?

Asentí con la cabeza.

Se pasó la mano por los rizos rojos con un suspiro.

—Me apunto, pero antes tengo que terminar un trabajo aquí. —Cuando iba a discutir, me interrumpió—: Esto no es negociable. Ronan me tiene en esto. Aunque podrías acelerar las cosas si estuvieras dispuesto a ayudar.

—¿Cuál es el trabajo?

—Reubicar una obra de arte.

Puse los ojos en blanco.

—¿Reubicar?

Se limitó a tararear.

—¿Te apuntas?

Quería negarme y decirle que tenía que volver a New York conmigo en ese instante. Pero Leona era impredecible y no se le podía presionar demasiado.

—Bien.

La diversión brilló en sus ojos.

—El Romeo que conozco no dejaría pasar la oportunidad de sembrar el caos. Me pregunto por qué tiene tantas reservas para estar lejos de casa.

—Leona —advertí.

Echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Vamos, te contaré los detalles mientras socializamos. Sería un crimen que no me vieran con este vestido.

Por primera vez bajé la mirada. El vestido era ceñido y se hundía profundamente entre sus pechos. Mi cuerpo ni siquiera reaccionó. Pero si Julieta se pusiera un vestido así… Dejaría ciegos a todos los presentes antes de follármela contra la pared para que supieran que ella me pertenecía.

Mientras volvíamos al salón principal, Leona rodeó mi brazo con sus dedos. Se me erizó la piel y luché contra el impulso de quitármela de encima. Quería que Julieta estuviera a mi lado, sujetándome, susurrándome observaciones sarcásticas al oído.

—Las mujeres solteras de New York quedarán devastadas cuando descubran que Romeo De Luca ya no está disponible. Algunas de las casadas también. —Leona se rio al ver mi ceño fruncido en respuesta.

—Como si me importara un carajo cualquiera de ellas —murmuré —. Así que, ¿de qué se trata este trabajo?

—Haruto Ito descubrió que un coleccionista de arte de Boston tiene una xilografía nunca vista de Katsushika Hokusai, y quiere que la consigamos.

Me quejé. ¿Por qué de pronto todos los criminales del bajo mundo estaban tan fascinados por el arte? Ya había tenido bastante de esta charla por parte de los serbios.

—¿Desde cuándo trabajas con el jefe de la *Yakuza*?

Leona hizo un gesto con la mano.

—Aún no hay una alianza oficial, pero Ronan siempre está abierto a hacer nuevos amigos.

Matteo estaría muy interesado en escuchar esto. La *Yakuza* actualmente controlaba Los Angeles. Matteo y yo habíamos conocido a Haruto Ito hace dos años en una fiesta no muy diferente a esta. Me sorprendió saber que era tres años más joven que yo y que se había abierto camino hasta el puesto de *oyabun*, o jefe, gracias a su afición a la violencia.

—Quién iba a decir que era tan amante del arte.

Entramos a una sala más pequeña contigua a la principal, donde había objetos para subastar.

—*Oh*, querido, mira. Un viaje a Vail para esquiar. ¿Deberíamos pujar por él? —Apreté los dientes—. Relájate. —Me dio un codazo en el hombro—. Ven a mi apartamento esta noche. Podemos hablar de los planes.

—De acuerdo —confirmé. Cuanto más rápido hiciéramos esto, más rápido volvería con Julieta.

ROMEO

¿Cómo estuvo tu día, Ángel?

JULIETA

Bien. Practiqué lanzando puñetazos con Matteo y horneé galletas con Sofiya

Rechiné los dientes ante la idea de que mi chica practicara defensa personal con Matteo. Debería ser yo quien la ayudara. Pero esperaba que eso significara que había perdonado a Matteo por darme una paliza.

ROMEO

Eso suena divertido

JULIETA

¿Vas a volver pronto?

Se me oprimió el pecho. Estaba esperando a Leona afuera del baño. Pronto nos largaríamos de la gala para volver a su casa y concretar el plan del robo de la obra de arte.

ROMEO

Lo siento, preciosa. Hubo un cambio de planes y no volveré esta noche

JULIETA

Oh

Te extrañaré

¿Volverás mañana?

ROMEO

Puede que esté fuera unos días. Puedes quedarte en casa de Matteo hasta que regrese

JULIETA

No quiero pasar la noche aquí. Quiero estar en nuestra cama

Me dolió el corazón. Ella la había llamado nuestra cama

ROMEO

Está bien, nena. Pero no salgas del apartamento sin tener a un guardaespaldas contigo.

JULIETA

Muy poca probabilidad de que eso ocurra.

ROMEO

Malcriada.

Sé una buena chica. Volveré tan pronto como pueda.

Te amo

JULIETA

Yo también te amo

Cuídate.

60

JULIETA

ERAN LAS DOS DE LA MADRUGADA Y NO PODÍA DORMIR.

La cama era demasiado grande sin Romeo. Hundí mi cara en su almohada, inhalando su aroma como una rarita desesperada y solitaria.

Los minutos pasaban y yo seguía completamente despierta. Al final agarré mi teléfono con un resoplido. Si no podía dormir, necesitaba un libro nuevo para pasar el rato.

Abrí la aplicación de búsqueda y me puse a hojear las noticias recomendadas. Normalmente había algún artículo con recomendaciones de libros. Navegué un rato y estaba a punto de darme por vencida cuando algo captó mi atención.

El playboy *neoyorquino fue visto con la heredera Leona Byrne en la gala del Hospital Infantil de Boston.*

Mi corazón empezó a latir con fuerza antes de darme cuenta de lo que estaba viendo. La foto de portada del artículo mostraba a una hermosa pelirroja mirando fijamente a la cámara, toda belleza y seducción. Su mano rodeaba el bíceps de un hombre.

El bíceps de Romeo.

No podía verle la cara porque él la miraba a ella.

Las náuseas se apoderaron de mi estómago mientras hacía clic en el artículo.

El playboy *multimillonario Romeo De Luca honró a la sociedad bostoniana con su presencia tras varios meses alejado de sus lugares frecuentes de la alta sociedad. Su asistencia a la Gala en* The Sovereign *causó sensación entre la multitud, sobre todo cuando se ganó la atención de Leona Byrne, la filántropa más* sexy *de Boston.*

Había otra foto de Romeo y Leona bailando. Me quedé mirándola tanto tiempo que se me nublaron los ojos. Finalmente recobré el sentido y tiré el teléfono a un lado.

Romeo no me había dicho que iría a Boston, pero tampoco le había preguntado qué estaba haciendo esta noche. Tal vez estaba haciendo un trato de negocios con esta mujer.

«Eso no explica por qué están bailando».

«¿Ves cómo la mira? ¿Lo perfecta que ella se ve a su lado?».

Romeo me amaba. Me lo había dicho por mensaje hace unas horas.

«Entonces, ¿por qué no te habló de Leona?».

Apreté los ojos. Quería que aquella horrible voz desapareciera, pero no podía dejar de escucharla. ¿Romeo se estaba aburriendo de mí?

«Nunca podrás asistir a una gala con él».

«¿Crees que será feliz pasando el rato en el sofá todas las noches contigo?».

«Ella luce como si perteneciera a su lado. Hermosa, delgada y sexy*. Todo lo que tú nunca serás».*

Los ojos me ardían por las lágrimas y, por primera vez desde que me mudé con Romeo, sentí el impulso de cortarme. Me picaba la piel de los muslos, asomando la posibilidad de un alivio tentador de mis emociones. Sin embargo, le había prometido que no lo haría… y lo que era aún más importante, me lo había prometido a mí misma.

Me di la vuelta en la cama y me envolví en su almohada. No iba a dejar que mis inseguridades arruinaran nuestra relación. Estaba segura de que las fotos tenían una explicación perfectamente inocente. Esta noche me permitiría llorar, pero luego me repondría y mantendría la calma hasta que pudiera preguntarle sobre ello a Romeo en persona.

ROMEO

Tampoco volveré esta noche, Ángel

JULIETA

¿Qué estás haciendo?

ROMEO

Cerrando un trato de negocios, pero está llevando más tiempo del esperado

JULIETA

Oh, está bien

ROMEO

Desearía estar allí contigo

JULIETA

¿Podríamos hablar por teléfono esta noche?

ROMEO

Lo siento mucho, pero estaré fuera. Preferiría estar hablando contigo. De hecho, solo quiero abrazarte

¿Cómo estás? Siempre puedes dormir en casa de Sofiya o Sienna si te sientes sola

JULIETA

Estoy bien. Pero voy a ser realmente buena en Mario Kart a este paso

ROMEO

Aplastarás a todos los oponentes, incluyéndome a mí

Tengo que correr. Te amo, Stellina

JULIETA

Te amo

La tercera noche que Romeo estuvo ausente, me encontré sentada en el sofá a oscuras. El sol se había puesto hacía horas y el silencio del apartamento era sofocante. Debí poner música, ver un programa de televisión, leer un libro, hacer *algo*. Pero estaba paralizada.

El apartamento me parecía demasiado grande. Las lámparas proyectaban sombras amenazantes en las paredes que jugaban con mi mente.

Me había despertado sola y había pasado el día sola.

Igual que ayer y el día anterior.

«Romeo solamente está ocupado. *No te ha olvidado*. *No está cansado de ti»*.

Por más que lo intentaba, no podía deshacerme de los pensamientos oscuros.

Me quedé en el sofá, mirando la puerta principal durante toda la noche.

Y cuando la luz del sol de la mañana se coló por las ventanas y todavía no tenía ni un solo mensaje de Romeo, casi podía escuchar cómo se me rompía el corazón.

Abrí lentamente la puerta de mi apartamento, preparándome para que sonara una alarma.

Estaba siendo ridícula. Nadie me había dicho que no podía salir del apartamento, de hecho, Sofiya me había invitado a su casa varias veces, pero seguía pensando que me metería en problemas.

Dante, el guardaespaldas instalado en el pasillo, levantó la barbilla.

—¿Estás bien, Julieta?

Asentí y di unos pasos inseguros hacia él.

—*Um*, pensé en ver si Sienna estaba en casa. ¿Si te parece bien?

Frunció el ceño.

—Por supuesto.

Me mordí el labio y toqué la puerta antes de perder el valor.

Romeo llevaba cuatro días fuera.

Cuatro largos días sola en el apartamento con mis oscuros pensamientos como única compañía.

Extrañaba trabajar en la librería. Me había dado un sentido de propósito. Lo único que había hecho en los últimos días fue deambular por el apartamento, intentar (sin conseguirlo) leer e imaginarme todas las cosas horribles que Romeo estaba haciendo con *Leona*.

No habría creído posible que mi mundo se encogiera aún más, que me volviera aún más patética de lo que había sido estos últimos años, no obstante, aquí estaba.

También tenía un poco de miedo de lo que podría hacer si me quedaba aislada por más tiempo.

La puerta se abrió, dejando ver a Sienna vestida con una pijama de seda y envuelta en una manta gruesa.

—¡Julieta! *Oh*, Dios mío, pasa. —La seguí mientras se acercaba arrastrando los pies a su sofá de terciopelo verde oscuro—. Me alegro mucho de verte. Ven, siéntate. ¿Te traigo algo?

Negué con la cabeza y me senté en el borde del sofá.

—Estoy bien, gracias.

Sienna se dejó caer.

—Sírvete unos dulces. —En la mesita había varios tazones con M&Ms de cacahuete, Nerd Clusters y *pretzels* cubiertos de chocolate.

—¿Cómo has estado? —preguntó—. Lamento haber estado tan desaparecida. Estaba deseando pasar el rato contigo, pero he estado muy ocupada con el trabajo.

Ladeé la cabeza. No sabía que Sienna tuviera trabajo.

—¿Te estoy interrumpiendo? —Eran las ocho de la noche, pero tenía su *laptop* abierta a un lado.

—En absoluto. Me hace bien tomarme un descanso. Hablar con otro ser humano.

—¿A qué te dedicas?

—Soy *hacker*. Matteo *por fin* me reclutó para que le ayudara.

Alcé las cejas.

—¿*Hacker*? Eso es genial.

—Yo también lo creo. Mi hermano no ha querido que me involucre en los negocios de la *Familia* hasta ahora, así que estoy tratando de asegurarme de impresionarlo para que no pueda despedirme.

Me acomodé de nuevo en el sofá.

—¿Qué fue lo que cambió?

Su cara se desanimó un poco.

—Sospecha que Franco, su *hacker*, podría haberlo traicionado. —Sus dedos tamborileaban contra la computadora portátil—. Pero no creo que lo haya hecho. Franco me cae muy bien y es un buen *hacker*. Es solo que el Carnicero es mejor.

—¿El Carnicero?

—El jefe de la Mafia Albanesa. ¿O clan? Nunca acierto con la terminología. De alguna manera, el Carnicero y sus soldados se han estado moviendo por la ciudad sin ser detectados. Tenemos a nuestros hombres y a los soldados de la *Bratva* desplegados en todos los barrios, y estamos vigilando nuestras propias cámaras, así como las cámaras de la ciudad y de la policía que hemos pirateado. A pesar de eso, los albaneses siguen siendo fantasmas.

Saber que los albaneses eran tratantes de personas con fines sexuales me hizo sentir asqueada.

—¿Se supone que deberías estar contándome todo esto? —pregunté.

Sienna levantó la vista de su *laptop.*

—¿Qué quieres decir? Ahora eres parte de la *Familia*.

Me encogí de hombros.

—Romeo no me cuenta estas cosas. Ni siquiera sé qué hace en todo el día. —Dios, sonaba como si estuviera lloriqueando.

Sienna se inclinó y me apretó la mano.

—No tiene nada que ver contigo. Son estos hombres de la mafia, son sobreprotectores por naturaleza. Llevo años rogándole a Matteo

que me involucre, y solo me deja hacerlo ahora como último recurso.

Eso tenía sentido, pero no podía deshacerme de la sensación de malestar en mi interior.

—Me preocupa que Romeo ya no me quiera —solté.

Sienna se quedó boquiabierta y cerró su *laptop*.

—Esta conversación requiere vino. O margaritas. ¿Escocés? No sé, elige tu *veneno.* —Como no respondí, hizo un gesto con la mano mientras se dirigía a la cocina—. Vamos a tomar margaritas. El escocés es demasiado aburrido.

Sonó una licuadora en la cocina y no pude evitar volver a revisar mi teléfono. Seguía sin recibir mensajes de Romeo. No sabía nada de él desde ayer.

«Eso no significa nada. Simplemente está ocupado. Nadie quiere una novia tan necesitada».

—Aquí tienes. —Sienna volvió a sentarse en el sofá y me ofreció un vaso. Lo tomé, pasando el dedo por la sal del borde.

—Gracias.

—Ahora dime por qué crees que Romeo ya no te quiere y te diré por qué te equivocas.

Una sonrisa se dibujó en la comisura de mis labios.

—Probablemente sea una tontería. No he sabido mucho de él en los últimos días. —Tomé un sorbo de la margarita y recordé la última vez que bebí alcohol, aquella primera noche con Romeo en la librería.

—Eso no tiene nada que ver contigo. —La voz de Sienna era suave—. Se metió en un trabajo con Leona.

Mantuve mi rostro inexpresivo, no quería revelar que había visto el artículo sobre ellos.

—¿Quién es Leona?

—Oh, es la mejor asesina de la Mafia Irlandesa.

Parpadeé.

—¿Qué? —Por lo visto tenía que enfrentarme a mis prejuicios, porque nunca habría mirado a Leona y pensado que era una asesina.

—También es espía y ladrona. En eso están trabajando ahora ella y Romeo. No tengo los detalles, solo sé que Matteo quiere que Leona les ayude a encontrar al Carnicero, y parte del acuerdo fue que Romeo la ayudaría con un trabajo que está haciendo para Ronan, el jefe de la Mafia Irlandesa.

—Oh, bien.

¿Romeo había pasado los últimos cuatro días con una hermosa asesina/espía/ladrona? No era de extrañar que no estuviera ansioso por volver a casa o incluso hablar conmigo por teléfono.

No debí de sonar convincente, porque a Sienna se le formó una pequeña arruga entre los ojos.

—No hay nada entre él y Leona, te lo prometo. Antes era una especie de *playboy*, pero siempre ha sido una de las personas más leales que conozco. Nunca lo había visto tan obsesionado con alguien, ni tan feliz. Está completamente enamorado de ti, Julieta.

Intenté asimilar sus palabras, pero después de una vida de abandono, simplemente me rebotaron.

Sonreí y pasé otros treinta minutos con Sienna antes de mentirle y decirle que ya me iba a dormir.

De vuelta en el apartamento, intenté encontrar algo con que distraerme de mis oscuros pensamientos. Desde el primer momento en que nos conocimos, supe que no encajaba con Romeo. Él era *sexy* y peligroso. Verlo junto a Leona tenía sentido. ¿Por qué iba a interesarse en mí cuando podía tener a una mujer como ella?

61

ROMEO

Esperaba nunca volver a saber de una obra de arte.

Cuatro días de planificación nos habían llevado a este momento. El *hacker* de Leona había conseguido desactivar la seguridad de la casa y el propietario, un traficante de arte del mercado negro se había marchado hoy temprano a los Hamptons.

—Se me va a congelar el trasero —refunfuñé.

—Diablos, qué dramático eres. Ni siquiera hace tanto frío.

Leona estaba vestida con un traje negro ceñido. Yo tenía puesto un uniforme de combate negro menos ceñido.

—Tengo los dedos congelados.

Leona puso los ojos en blanco.

—Vamos. Cuanto antes hagamos esto, más pronto volverás con tu chica.

Me dolía el corazón por extrañar a Julieta. Leona y yo habíamos pasado las últimas noches vigilando esta casa y planeando nuestro robo durante días, lo que significaba que ni siquiera había podido hablar con Julieta por teléfono.

Apreté los dientes para que no me rechinaran.

—Solo para que sepas, nunca volveré a hacerte un favor.

Nos dirigimos al borde del tejado y nos colocamos los arneses y el equipo. Habíamos estudiado todas las formas de entrar a la casa

antes de llegar a la desafortunada conclusión de que descender en rápel desde el techo era la mejor manera de entrar.

—¿Estás listo, *galán*? —preguntó Leona, con sus ojos brillando. Cuanto más tiempo pasaba con la asesina irlandesa, más me daba cuenta de lo peligrosa que era.

—Estoy listo.

Leona y yo subimos a la SUV oscura. Aidan, su chofer, le hizo un gesto con la cabeza y se alejó de la acera.

—Eso fue demasiado fácil. —Leona prácticamente estaba haciendo pucheros, con la obra de arte envuelta descansando sobre su regazo.

—¿Querías un reto más grande? —Arqueé una ceja.

—Es que es demasiado decepcionante después de tantos días de planificación.

Aidan se rio y yo puse los ojos en blanco. Me alegraba enormemente nuestro robo aburrido y sin incidentes porque eso significaba volver más rápido con Julieta.

—Supongo que tendré que conseguir mi dosis de emoción de otra manera. Le dejaremos esto a Ronan y nos iremos a New York. —Le volvieron a brillar los ojos a Leona—. Y conoceré a la chica que cautivó el corazón del galán.

No pude evitar sonreír mientras sacaba mi teléfono.

ROMEO

Volveré tarde esta noche, Ángel. Mierda, me muero de ganas de verte.

JULIETA

Yo también me muero de ganas de verte. ¿A qué hora volverás?

ROMEO

No estoy seguro, pero hasta tarde. No me esperes despierta. Te despertaré con besos.

62

JULIETA

ALGO ME APRETÓ LA MUÑECA. LA APARTÉ CON UN QUEJIDO E INTENTÉ DARME la vuelta.

Había estado durmiendo en el sofá porque la cama me parecía demasiado vacía sin Romeo, pero tenía la intención de dormir en nuestra habitación esta noche desde que me prometió que volvería a casa.

Otra caricia en la muñeca.

Romeo.

Sentí un estallido de alegría en el pecho. Estaba en casa.

La bruma del sueño seguía pesando sobre mí, y estiré mi mano, intentando tocarlo. Lo necesitaba cerca, necesitaba que envolviera mi cuerpo con el suyo y borrara toda la soledad y los celos de los últimos días.

Una mano dura sobre mi boca me despertó de un sobresalto.

Abrí los ojos con una respiración entrecortada.

El rostro sombrío de un hombre se cernía sobre mí. Un grito salió de mi garganta e intenté quitármelo de encima, pero su mano amortiguó el sonido. Un metal se clavó en mis muñecas. Esposas.

—Cállate o mataremos a tu amiguita de al lado.

Sienna. Oh, Dios mío. ¿Dónde estaba Dante? ¿Cómo había entrado este hombre? ¿Dónde estaba Romeo?

Sacudí mis brazos atados e intenté arañar la cara del hombre, pero otra persona agarró la cadena entre las esposas, inmovilizándome. Los dos, ambos hombres, hablaban en un idioma que no reconocía. La mano que me tapaba la boca me soltó, pero antes de que pudiera gritar, fue sustituida por una gruesa tira de cinta adhesiva, seguido de una capucha sobre mi cabeza. Intenté arrancármela, mas lo único que conseguí fue dejarme la piel en carne viva.

Uno de ellos me levantó de un jalón y sus asquerosas manos fueron lo único que impidió que me desplomara en el suelo.

—Vamos a bajar por la escalera de incendios. Si te resistes, te tirarán a la planta baja. ¿Entiendes? —Si bien no podía distinguir su acento tan marcado, me resultaba familiar.

Las lágrimas corrían por mi rostro mientras asentía.

¿Por qué no había sonado la alarma del edificio?

Los hombres me arrastraron a través del apartamento, y me estremecí al sentir la ráfaga de viento frío contra mi piel. Debíamos de estar en la ventana que daba a la escalera de incendios. Hundí mis talones, el sudor cubría todo mi cuerpo incluso con la gélida temperatura exterior. La cinta sofocaba mis gritos de pánico y mis jadeos.

Unos dedos despiadados se clavaron en mis brazos mientras era medio levantada, medio empujada por la ventana. Mis pies con calcetines chocaron con la escalera de incendios metálica.

«No te desmayes».

«Si te desmayas, caerás y morirás».

«Tal vez sea mejor morir que seguir viva para lo que estos hombres me harán».

No, no podía pensar así. El edificio tenía seguridad. Alguien se daría cuenta de que me habían secuestrado y vendrían a buscarme.

Con cada tramo de escaleras que pasaba, rogaba en silencio que alguien en el interior se diera cuenta de que había desaparecido. Tenía las extremidades tan heladas que me costaba doblarlas y me tropecé más de una vez. El corazón se me aceleraba y las náuseas me revolvían el estómago. Si vomitaba ahora, me ahogaría y moriría.

Me salían mocos por la nariz mientras hacía todo lo posible por seguir respirando entre sollozos ahogados.

Quería a Romeo.

63

JULIETA

El aire era húmedo, el suelo estaba desnivelado y el saco que me envolvía la cabeza se me pegaba a la cara con cada inhalación entrecortada.

Después de bajar por la escalera de incendios, me arrastraron por otra serie de escalones mientras los sonidos de la ciudad se desvanecían. No sabía dónde estábamos.

«No puedo respirar». Intenté gritar, pero la cinta adhesiva me silenció. Arañé la capucha con mis manos atadas. *«Quítenme esto. Me voy a asfixiar. ¡Por favor!»,* grité las palabras en mi cabeza, pero aquí no había quién me salvara.

Tropecé con algo y caí al suelo, mis manos apenas amortiguaron la caída. Las lágrimas empaparon mi capucha y mis extremidades temblaban con demasiada fuerza como para levantarme, incluso con un hombre gritándome que me parara.

«Romeo vendrá a buscarme».

«Él me ama».

«No se olvidará de mí».

Unas manos ásperas me levantaron, quedándose sujetas alrededor de mis brazos mientras me arrastraban a través de la oscuridad.

«Vendrá por mí».

«Me salvará».

Pero ¿y si no podía encontrarme? No conocía los detalles de la guerra de la mafia con los albaneses, no obstante, sabía por mi conversación con Sienna que no habían podido rastrear los movimientos de los albaneses a través de sus canales de vigilancia habituales.

Seguimos caminando durante lo que me parecieron kilómetros. Mantuve las manos atadas estiradas frente a mí por si me caía o me desmayaba. A cada paso me temblaban más las piernas y me mareaba más. Un fuerte estruendo que parecía el de un tren cortaba de vez en cuando el silencio. ¿Estábamos bajo tierra?

Todo me parecía extraño, distante. Mi estado emocional había ido más allá del pánico, mi mente se separaba de mi cuerpo hasta que apenas era consciente de lo que me rodeaba… de quién era yo.

—Detente —me ordenó una voz grave. La mano en mi brazo se clavó dolorosamente en mi piel, haciendo que me detuviera.

Unas pisadas fuertes resonaron a nuestro alrededor. ¿De dónde venían? Los recién llegados hablaban el mismo idioma desconocido. Las lágrimas corrían adormecidas por mis mejillas. La vida era tan jodidamente injusta. Había pasado los últimos años viviendo a duras penas, y justo cuando había vuelto a la vida, todo iba a terminar.

Alguien me puso de rodillas.

—Métete adentro.

«¿Adentro de qué?». Antes de que pudiera forcejear o defenderme, estaba en el suelo. Grité mientras unos desconocidos me agarraban los brazos y las piernas, apretándomelos contra el cuerpo. Me dolió el costado cuando algo duro me golpeó las costillas, haciendo que me acurrucara para protegerme. Fue un error, porque al escuchar una cremallera, la tela se cerró a mi alrededor. Me habían atrapado en una especie de bolsa de lona. Tenía las piernas apretadas contra el pecho, lo que me impedía respirar. Un lloriqueo se escapó entre mis dientes apretados cuando me lanzaron al aire. Intenté agarrarme de algo, pero lo único que mis dedos encontraron fue tela resbaladiza.

¿Adónde me llevaban?

¿Qué me harían una vez allí?

CUANDO VOLVIERON A TIRARME AL SUELO, ya tenía el estómago revuelto por las náuseas que me producía el vaivén y tenía el cabello pegado a la cara manchada de lágrimas y por el sudor.

Abrieron la bolsa y me obligaron a arrodillarme. Al arrancarme la cinta adhesiva de la cara, sentí un dolor agudo. Respiraciones profundas y agitadas me sacudían el pecho mientras entrecerraba los ojos contra la luz brillante. Se me encogió el corazón al darme cuenta de dónde estaba.

Dentro de un maldito avión.

«No, no, no».

Evidentemente, era un avión privado porque los asientos eran grandes y separados. Hombres armados y con rostros crueles me rodeaban, pero únicamente uno estaba sentado, y yo estaba arrodillada justo delante de él. Era un hombre imponente, con un cuerpo ancho y musculoso y la cabeza calva. Se recostó en su asiento, con las piernas abiertas y su mirada fija en mí. Un destello de reconocimiento me golpeó mientras lo miraba fijamente.

—Yo… yo te conozco —dije con voz ronca.

—Me alegra saber que soy inolvidable. —Su mirada pesada se sentía como si las hormigas se arrastraran por mi piel.

—Viniste a la librería. —Lo recordaba por su tamaño y su acento. Había estado brevemente en la firma de libros, pero la primera vez que entró a la tienda, compró un libro sobre…

¡Santo Dios!

El libro había sido sobre la historia del sistema del metro de la ciudad de New York. Los albaneses habían estado moviéndose bajo tierra todo ese tiempo, y yo le vendí el mapa de los túneles.

El hombre se rio.

—¿Estás atando cabos, Julieta? ¿Quién iba a decir que encontraría la respuesta a todos mis problemas justo dentro de tu pequeña librería?

Escuchar mi nombre en sus labios me hizo sentir asco.

—¿Qué quieres de mí?

—Tú eres la respuesta a mis problemas. Tú eres quien devolverá a nuestro clan al lugar que le corresponde en el mundo.

Este hombre estaba loco. Debe haberme confundido con otra persona.

—Romeo me encontrará. —Me obligué a mantener la cabeza en alto y mis ojos en los suyos. No me acobardaría.

Su risita era un sonido siniestro y horrible.

—¿Por qué iba a rescatarte si fue él quien te entregó a nosotros?

Mi cerebro se aturdió.

«¿Qué?».

«No».

—*Oh*, ella piensa que el italiano la amaba de verdad. Su *Stellina.* —Sus hombres se le unieron, riéndose—. Debe haber interpretado su papel muy convincentemente. O tal vez simplemente eres una zorra ingenua lo suficientemente ilusa como para creer que un hombre como Romeo De Luca podría amarte de verdad.

«No, no, no».

Oleadas de mareo me asaltaron, retorciéndome el estómago. El sudor me recorrió la piel.

«No podía ser verdad. Él me dijo… Me dijo que me amaba».

—¿Nunca te preguntaste cómo es que Romeo apareció en tu librería? ¿No te pareció extraño que un hombre como él, rico y poderoso, se interesara por alguien como tú, una zorra triste, patética y gorda? Lo seguí hasta la librería esa noche. Al principio pensé que no era más que un lugar donde esconderse, pero cuando regresó, empecé a preguntarme qué era lo que lo hacía volver. Y entonces lo descubrí.

No quería escuchar ni una palabra más de lo que este hombre tenía que decir. Gritaba por dentro, pero por fuera tenía la cara inexpresiva. Me concentré en la sensación de las esposas de metal duro clavándose en mis muñecas. El dolor me centraba, evitando que me derrumbara por completo.

—¿Sabías que soy un trillizo? —continuó—. Mi padre nos tatuó de bebés para que siempre supiéramos nuestro orden de nacimiento. —Se subió el pantalón, mostrando un "2" azul descolorido tatuado en su pantorrilla—. Thanas era mi hermano mayor por siete minutos,

así que fue criado para sustituir a nuestro padre como *Krye*. Yo era su subjefe, su *Kryetar*. Y nuestro hermano menor, Mihal, era el ejecutor. Eso fue hasta que Thanas la conoció a *ella*. Hana. Lo dejó todo, nuestra familia, nuestro *destino*, por un coño. —Escupió al suelo—. Mi querido hermano fingió su propia muerte, y yo ascendí como líder del clan. Pero conocía a mi hermano. Sabía que estaba en alguna parte. Tardé varios años en localizarlo, pero encontrar personas siempre ha sido mi habilidad. —Hizo una pausa dramática y se frotó las manos.

Me negué a hablar con él. Me miré las rodillas clavadas en la alfombra gastada.

Apretó la mandíbula mientras continuaba su relato.

—Los rastreé hasta la ciudad de New York y preparé mi plan. Aún recuerdo el miedo en sus ojos mientras me suplicaba que le perdonara la vida a su esposa. Es uno de mis mejores recuerdos, tener a mi inútil hermano mayor, el hombre que se suponía que era *Krye*, lloriqueando de rodillas ante mí.

Una sonrisa malvada se dibujó en su rostro.

—Maté a su mujer delante de él. Al final me rogó que lo matara. —Sus ojos desalmados se encontraron con los míos—. No obstante, hubo una cosa que mi hermano consiguió mantener en secreto. Verás, la zorra de su mujer le había dado una hija. Una niña de dos años que estuvo encerrada en el armario mientras yo asesinaba a sus padres. Una niña de dos años llamada Julieta Leka.

«Atrapada».

«Oscuridad».

«Gritos seguidos de ruidos ensordecedores».

Recuerdos distorsionados sacados directamente de mis pesadillas pasaron ante mis ojos.

Hambre.

Frío.

Sola.

Sola.

Sola.

—No fue difícil atar cabos una vez que empecé a investigar tu pasado. ¿Qué secretos ocultaba Julieta Smith, una chica ordinaria

que había atraído la atención de Romeo De Luca? Fue fácil rastrear tus expedientes escolares y de hogares de acogida. La pobrecita Julieta, aterrorizando tanto a todas sus familias de acogida con su forma de cortarse que se negaron a adoptarla. —Se frotó la mandíbula, ocultando su sonrisa retorcida detrás de su mano—. No fue difícil acceder a los documentos jurídicos confidenciales que contenían el registro de tu cambio de nombre de Leka a Smith. En esos documentos estaba el nombre del detective que te encontró en el armario. Encontrarlo fue fácil. Hacerlo hablar fue aún más sencillo. Creyó que el asesinato de tus padres estaba relacionado con pandillas, así que convenció a la policía de New York para que ocultaran tu existencia a la prensa. Sin parientes conocidos y con un nuevo apellido, te pusieron bajo tutela. Allí viviste, escondida a plena vista, hasta que te descubrió la Mafia Italiana, que necesitaba una manera de destruir a sus rivales.

El hombre se deleitaba narrando historias, saboreando el dolor que me causaba cada palabra. Se inclinó hacia adelante hasta que estuvimos a escasos centímetros de distancia y me acarició la mejilla con la mano. Cerré los ojos con fuerza, rogando al universo que me despertara de esta pesadilla.

Se burló y me dio una ligera bofetada en la cara.

—No pongas esa cara de desagradecida. Te he dado un gran regalo. Te salvé de tu patética y miserable vida y te rescaté de un hombre que te engañó. Sabía lo valiosa que serías en esta guerra. —Sus dedos se enroscaron alrededor del rosa desteñido de mi cabello —. Porque tú, Julieta Leka, eres la princesa de la *Mafia Albanesa*. Y tengo grandes planes para ti.

64

JULIETA

¿Princesa de la mafia albanesa?

¿Era una broma?

—Estás equivocado. —Mi voz sonaba débil y patética, pero no podía aceptar sus palabras. Yo no era nadie importante.

—Mi padre siempre se centró en nuestro país de origen, permitiendo que otros gobernaran nuestro clan estadounidense —continuó el hombre como si yo no hubiera hablado—. Pero eso fue un grave error. Yo tenía una visión más grande, una visión internacional. Los italianos no lo sabían, ya que matar a Arben fue el mayor regalo que pudieron darme. Con él fuera del camino y la facción albanesa en Estados Unidos desmoronándose, estaba listo para hacer nuestra jugada. Solo necesitaba a mi padre fuera del camino.

Miró por la ventanilla, sumido en sus pensamientos, y yo aproveché para echar un vistazo detrás de mi hombro. Aún no habíamos despegado, la puerta del avión estaba abierta y dejaba ver una tentadora franja de cielo azul.

Estaba rodeada y sin armas. Dudaba que pudiera ponerme en pie antes de que me detuvieran, pero ¿podría vivir conmigo misma sin siquiera intentarlo? Había leído en alguna parte que nunca debes

dejar que un secuestrador te lleve a una segunda ubicación. Si este avión despegaba, nunca me encontrarían.

Aunque hubiera alguien buscándome.

Me tragué el doloroso nudo que tenía en la garganta. ¿Cuáles eran las probabilidades de que Romeo acabara en mi tienda, de entre todas las tiendas de New York? ¿Cómo habían entrado los albaneses al apartamento, que Romeo había dicho que era impenetrable? ¿Por qué se había interesado tanto por mí? *«Porque te ama»*, dijo una suave voz en mi interior. Sin embargo, eso nunca había tenido sentido para mí cuando mi vida me había demostrado una y otra vez cuán poco amada era en realidad.

No. Este hombre estaba mintiendo. Romeo nunca me traicionaría.

«Pero ¿y si lo hizo?», susurró la voz maliciosa en el fondo de mi mente.

Apareció una azafata y cerró la puerta del avión con un *golpe* sonoro, sellando mi destino.

—¿Sabes cómo conseguí mi apodo? —preguntó el hombre.

Mantuve la mirada fija en mis manos apretadas, negándome a responder, pero él continuó, sin inmutarse.

—Cuando éramos niños, nuestro padre nos mandaba a cazar. No nos permitía volver hasta que hubiéramos matado algo. Pasé muchas noches medio congelado en el bosque, intentando atrapar a mi presa sin éxito. La muerte siempre estaba cerca, esperándome al acecho, pero la eludía y eso me hizo fuerte. Únicamente se nos permitía comer carne que hubiéramos desollado y descuartizado nosotros mismos, y me convertí en un experto rápidamente. A medida que fui creciendo, utilicé mis habilidades contra nuestros enemigos. Creo que es bastante poético que mi padre fuera asesinado por el monstruo que creó. Desollado y descuartizado en su propia cama.

La bilis se me subió al fondo de la garganta. *El Carnicero*.

—Ahora que mi padre está fuera del camino, ascendí como *Krye* y pude poner en marcha mi plan visionario de apoderarme de New York. Una noche estaba buscando en los archivos y encontré información sobre los túneles de la ciudad de New York

abandonados desde hacía mucho tiempo, antiguas líneas del metro que yacían olvidadas bajo tierra. Por supuesto, tú me vendiste el libro que revelaba el mapa completo del subterráneo de la ciudad: túneles y catacumbas que me permitirían navegar por la ciudad sin ser detectado. Así que, como ves, ya me has sido tremendamente útil. Y en los próximos días, lo serás aún más.

Levanté la vista justo a tiempo para ver la sonrisa amenazante del Carnicero y el destello de una pistola antes de que me golpeara en un lado de la cabeza, dejándome inconsciente.

65

ROMEO

Le indiqué a Aidan que entrara a nuestro estacionamiento subterráneo. Mi pierna temblaba por la impaciencia. Cuanto más me acercaba a Julieta, más fuerte y angustiosa era la necesidad de tenerla en mis brazos. El viaje de cuatro horas de vuelta a la ciudad había sido una agonía, pero Leona no tenía un avión listo para salir, así que conducir era nuestra opción más rápida.

En cuanto entramos al garaje, supe que algo andaba mal. La sensación se intensificó cuando el nombre de Matteo apareció en mi teléfono.

—Tenemos problemas.

Mi mano apretó el teléfono con tanta fuerza que pensé que podría romperse. Mis músculos se pusieron rígidos por la tensión.

—Acabamos de entrar al estacionamiento. Las luces están apagadas —dije.

—Cortaron la electricidad de todo el edificio.

—¿Dónde está Julieta? —Abrí la puerta del coche de golpe y corrí hacia la escalera. Leona me siguió, pisándome los talones.

—Acabo de asegurar a Sofiya y Clementine. Voy a ver cómo están Sienna y Julieta.

El corazón me latía con fuerza, y no tenía nada que ver con la velocidad a la que subía las escaleras. Necesitaba llegar hasta ella.

—¿Los albaneses? —pregunté.

Los pasos de Matteo resonaron en la escalera una docena de pisos por encima de mí.

—Creemos que sí. Franco le avisó a Sienna que alguien había violado nuestro sistema de seguridad.

Antes de que pudiera preguntar cómo era posible que Franco siguiera teniendo acceso a nuestro sistema después de que Matteo lo hubiera puesto bajo arresto domiciliario, maldijo.

—Dante está herido. Procede con precaución.

Nunca había subido tan rápido las escaleras.

«Julieta. Por favor, tienes que estar bien».

Salí disparado de las escaleras a mi piso, con mi arma lista. Si alguien había tocado a mi chica, si la habían *mirado* siquiera, nada me impediría asegurarme de que las puertas del infierno tuvieran un aspecto acogedor para cuando acabara con ellos.

La puerta de mi apartamento estaba entreabierta.

—Yo te cubro —murmuró Leona. Ni siquiera parecía estar sin aliento.

Empujé la puerta y me puse tenso al ver la silueta que se acercaba a mí, antes de darme cuenta de que era Matteo.

—Mierda. Casi te disparo. —Bajé mi arma.

—No está aquí.

Una bomba estalló en mi cerebro, poniendo mi mundo de cabeza.

Había algunos recuerdos que me perseguirían para siempre:

La noche en que Matteo y Sienna aparecieron en casa de mis padres después de que su tío asesinara a sus padres. Aún podía sentir el cuerpecito de Sienna temblando contra el mío mientras lloraba, con su hermano de pie a su lado, con la expresión en blanco.

Cuando irrumpí en aquel almacén y encontré a mi padre muerto y a mi madre medio inconsciente a causa de la tortura.

Cuando encontré a Julieta cubierta de sangre en el suelo del baño, sabiendo que yo había provocado en ella esa sensación de desolación.

Pero en todos esos casos, pude *hacer* algo en respuesta. En ese momento, con la ausencia de Julieta, los recuerdos que nunca pude borrar de mi cerebro se fusionaron en mi interior, alimentando y avivando a mi monstruo.

—¡¿Dónde carajos está?! —Mi rugido retumbó en el apartamento vacío. Corrí hacia la habitación, aferrándome desesperadamente a la ilusión de que estuviera en el baño o escondida debajo de la cama —. ¡Julieta!

Silencio.

Alboroté mi cabello, recorriendo la habitación. La cama estaba hecha como si no hubiera dormido en ella, y encima de las sábanas había un libro abierto que no reconocí.

Había un pasaje subrayado. Tardé un momento en enfocar las palabras.

¡Oh, Amor mío! ¡Esposa mía!
La muerte, que ha extraído la miel de tu aliento,
No ha tenido poder aún sobre tu belleza.

Una sensación de malestar se apoderó de mi pecho cuando cerré el libro para ver la portada.

Romeo y Julieta.

66

ROMEO

Caminé de un lado a otro por la sala de reuniones. Las paredes se cerraban sobre mí.

Veinticuatro putas horas.

Ese era el tiempo que había pasado desde que se llevaron a Julieta. Mi alma se marchitaba como si fuera una flor privada de la luz del sol. O la luna, privada de mi *stellina*.

Quienquiera que se la llevó había saboteado nuestros generadores antes de cortar la corriente de toda la cuadra. Franco, ayudado por Sienna, que no había creído que fuera un traidor, había estado vigilando nuestra seguridad y fue el primero en darse cuenta de que algo andaba mal. Pero los albaneses habían sido demasiado rápidos y se habían llevado a Julieta por la escalera para incendios antes de desvanecerse en el aire.

No podía soportarlo más, esperar sin hacer nada mientras nuestros enemigos tenían a mi chica.

Mi Julieta, que le aterraba salir de casa.

Mi Julieta, que ya había soportado demasiado en su vida.

—Tenemos que ir a Albania —repetí por décima vez.

Franco había identificado un avión privado que salía ayer del aeropuerto de Teterboro, en New Jersey, con destino a la capital, Tirana.

—Tengo el *jet* esperando —informó Matteo, mirando hacia donde Sofiya y Clementine estaban acurrucadas en el sofá junto a Noodle —. Sin embargo, no podemos ir sin confirmación. Ni siquiera sabemos si iba en ese avión.

—Estoy esperando noticias de nuestros contactos en tierra —indicó Sienna pacientemente—. No tiene sentido que la lleven a Albania. Si la retienen para pedir rescate, ya deberíamos haber tenido noticias.

Tiré el libro de *Romeo y Julieta* contra la pared. Las palabras subrayadas en la página me atormentaban. Mi Julieta *no* estaba muerta.

No podía vivir en un mundo sin ella.

—Mierda, mierda, mierda. —Franco tecleó furiosamente, y volteé a mirarlo.

—¿Qué? —espeté.

—Alguien hackeó mi sistema y tomó el control por vía remota. —Tenía la cara desencajada mientras le daba a Sienna una serie de instrucciones a toda prisa.

Miré la computadora por encima de su hombro. El ratón se movía sin que nadie lo hiciera, y luego la pantalla se puso negra.

—¿Qué carajos está pasando? —murmuré.

Un destello de estática apareció en la pantalla antes de revelar el rostro del Carnicero. Mi cuerpo se acaloró, la piel me picaba por el deseo desesperado de saltar a través de la pantalla y estrangularlo. Cuando apuntó la cámara para mostrar a Julieta, no pude contenerme.

—¡Hijo de puta! Tráela de vuelta. —El monstruo rugió dentro de mí, despiadado y hambriento de sangre.

Matteo me agarró el hombro, clavando sus dedos.

—*No le des más munición* —murmuró en un italiano apresurado.

Apreté los puños. Demasiado tarde. Mi arrebato ya había dejado claro lo importante que era Julieta para mí.

Estaba atada a una silla de metal en una habitación oscura, con una sola bombilla colgando del techo que proyectaba luz y sombras sobre ella. Me ardían los ojos, pero me negué a apartar la mirada. Tenía los brazos atados a la espalda y un trozo de tela le

amordazaba la boca. Tragué con dificultad. Era la misma posición en la que había encontrado a mi madre hacía tantos años. La historia se repetía y, una vez más, yo era un maldito inútil.

El Carnicero se acercó a ella para que la pantalla se llenara con su rostro lleno de moretones y sus ojos aterrados.

—¿Tienes algún mensaje para el hombre que te traicionó? —preguntó con voz oscura y burlona.

Qué. *Demonios.*

¿Traicionarla?

¿Eso es lo que le había dicho este bastardo? ¿Que yo tenía algo que ver con esto?

Los dedos de Matteo se clavaron en mi brazo, advirtiéndome que no hablara. Que no empeorara las cosas para ella. Mis palabras sin pronunciar me ahogaban. *«Iré por ti, Ángel. Nunca te abandonaré ni te traicionaré, maldita sea».*

La mordaza le impedía hablar. Parpadeó, pero no pudo evitar que las lágrimas resbalaran por sus mejillas.

—Así es. No tienes nada que decirle porque está muerto para ti. Maté tu vida pasada. No volverás a ver a Romeo, y si luchas contra mí o intentas escapar, lo mataré.

«Uno de los dos morirá, y no seré yo, hijo de puta».

—Quédate aquí, Julieta. Romeo y yo tenemos asuntos importantes que discutir. —Se rio como si hubiera contado un chiste divertidísimo y le acarició el rostro.

Le cortaría cada uno de los dedos con un cuchillo sin filo, serruchando lentamente de un lado a otro mientras saboreaba sus gritos.

El Carnicero salió de la habitación, pero antes de cerrar la puerta, la cámara se detuvo en Julieta. Parecía tan pequeña y asustada. Apagó la luz, empapándola de oscuridad.

—Ahora podemos hablar sin que la zorra nos escuche.

Mi visión se enrojeció y mi pecho se agitó por el esfuerzo que me costó mantener el control.

—¿Qué quieres?

—Tan hostil, Romeo. Después de dejarte un regalo y todo. ¿No te gusta Shakespeare?

El agarre de Matteo se intensificó en señal de advertencia. Mis ojos se desviaron hacia donde estaba sentada Sienna, completamente concentrada en la pantalla de su computadora.

—¿Qué quieres? —Matteo habló esta vez.

—Ahh*, Don Rossi. Me alegro de conocer al fin al que llaman* Ángel de la Muerte*. Lo que quiero es contarle una historia.*

El Carnicero pasó a otra habitación que parecía una oficina. Se sentó en un enorme sillón de piel y se lanzó a contar una historia sobre su hermano, que había abandonado la Mafia Albanesa décadas atrás. No me importaba un carajo la historia de su familia, pero cuanto más tiempo permaneciera en la llamada, más probabilidades había de que Sienna y Franco pudieran rastrearlo.

—*Nadie abandona el clan* —narró, continuando con su tedioso monólogo—. *Lo llevamos en la sangre. Aunque me tomó un tiempo, al final localicé a mi hermano y a su puta en New York. Matarlos fue fácil. Eran débiles, y sentí una gran satisfacción al podar mi árbol genealógico. Regresé a Albania, pero hubo algo que se me escapó.*

Hizo una pausa dramática. Mi mente estaba demasiado consumida por las visiones de mis manos empapadas en su sangre para entender adónde iba la historia.

—Años después, regresé a la ciudad con un plan para restablecer nuestro dominio tras el desastroso fracaso de nuestro clan estadounidense. Y encontré aún más de lo que esperaba cuando Romeo De Luca me condujo hasta la encargada de una librería.

Mi mandíbula corría el riesgo de quebrarse de lo fuerte que la estaba apretando. No había traicionado a Julieta, preferiría *morir* antes que hacerle daño, joder. Sin embargo, el Carnicero tenía razón en una cosa, esto fue mi culpa. Lo había llevado directo a mi mujer.

—¿Cuál era el atractivo de esta chica para el señor De Luca? Al principio, no esperaba encontrar nada interesante. No era más que una niña huérfana que acabó en un centro de acogida porque no era lo bastante buena para ser adoptada. Pero había algunas incoherencias extrañas en su historial. ¿Sabían que los padres de Julieta fueron asesinados?

Matteo maldijo en voz baja.

—De lo que no me di cuenta cuando maté a mi querido hermano y a su esposa fue de que no estábamos solos en el apartamento. Encerrada en un armario estaba la pequeña Julieta. Julieta Smith es en realidad Julieta Leka, hija del antiguo Krye *y es princesa de la mafia.*

Mis nudillos se pusieron blancos mientras me agarraba al borde de la mesa. ¿Qué? No. No era posible. Intenté negar sus palabras, no obstante, todo lo que dijo encajaba perfectamente con lo que Julieta me había contado sobre su pasado.

—Imaginen mi irritación cuando me di cuenta de mi error. Sin embargo, la vida tiene una forma de resolver las cosas, ¿no? Si hubiera matado a la Julieta de dos años, habría perdido todo el beneficio para mí. Pero ahora, puede ser extremadamente útil.

—¿Útil de qué manera? —preguntó Matteo. Al menos él aún podía formar palabras, porque la capacidad estaba muy por encima de mí mientras me ahogaba en el odio a mí mismo. Ella había estado libre de las garras del Carnicero… hasta que me conoció.

—Julieta se casará con Spiro Abazi, mi nuevo Kryetar. *Nos darán acceso total a las rutas comerciales de New York, o cada vez que vean a la dulce Julieta, le faltará una nueva parte de su cuerpo.*

Aparecieron puntos negros en mi visión y respiré por la nariz para no vomitar.

—Si eso no es suficiente incentivo, considere esto, no me costó nada irrumpir en su apartamento y llevarme a Julieta. ¿Cree que hay algún lugar donde pueda esconder a Sofiya y Sienna que me impida acercarme a ellas?

—Y si acepto, ¿entonces qué? —La voz de Matteo era fría como el hielo.

—La próxima semana, después de la boda, nos reuniremos en New York para pulir los términos.

Un gruñido involuntario vibró en mi pecho. Quemaría el mundo entero antes de quedarme de brazos cruzados mientras obligaban a mi chica a casarse con un bastardo enfermo.

Matteo levantó la barbilla.

—De acuerdo. —Giré la cabeza para mirarlo, pero él miraba fijamente a la pantalla, con los ojos clavados en el Carnicero—. Pero

cuando nos reunamos —continuó—, Julieta estará allí para mostrar que no le han hecho daño.

El Carnicero se tomó su tiempo antes de responder.

—*Siempre y cuando Romeo no cause problemas en la reunión.* — Se inclinó más hacia la cámara—. *Creo que estos últimos meses han dejado claro que no eres rival para mí. No querrás cruzarte conmigo.*

Colgó la llamada y el silencio descendió sobre la habitación.

—¡Joder! —grité. Respiré entrecortadamente, pero nada pudo evitar que mi mundo se saliera de control.

—¿De verdad se fue? ¿No está escuchando? —preguntó Matteo.

Sienna asintió, y una sonrisa se dibujó lentamente en su rostro.

—No solo eso, hubo un error en la codificación de la llamada.

Levanté la cabeza bruscamente.

—¿Tienes su ubicación?

—Sí, la tengo. —Giró el monitor para que pudiéramos ver el mapa que había abierto—. Están a las afueras de Tirana, junto al mar Adriático.

Matteo me agarró del hombro.

—Despegamos en veinte minutos.

«Voy por ti, nena. Y de alguna manera, arreglaré esto, demonios. Solo aguanta un poco más».

67

JULIETA

—Julieta, mi amor, vamos a jugar un juego. Quédate aquí y guarda silencio. —Su dedo presionó suavemente mis labios—. Ni un solo ruido.

Se escuchó un fuerte estruendo en el piso de abajo y yo lloré, rodeando el cuello de mamá con mis brazos regordetes. Pero en lugar de abrazarme como siempre lo hacía, me empujó dentro del armario del pasillo. Era oscuro y estrecho. Mamá me metió entre unas cajas de cartón.

—No salgas, pase lo que pase. Prométemelo, Julieta. —Asentí con la cabeza—. Esa es mi niña. Te quiero. Más de lo que puedas imaginar.

Antes de que pudiera responder, cerró la puerta, dejándome a oscuras.

—Mama. —Lloriqueé. Me arrastré hasta la puerta y apreté mi oreja contra ella—. Baba.

Un fuerte grito seguido de un estruendo me hizo llorar. Presioné la puerta con mis manos y las lágrimas me resbalaron por las mejillas. El tiempo pasó y esperé a que mamá viniera a buscarme.

No lo hizo.

Floté por encima de la pesadilla, observando cómo mi yo de niña comenzaba a llorar. Quería consolarla, salvarla de lo que estaba a

punto de ocurrir, pero no podía hacer nada.

Sonó otro fuerte estallido. La bala que mató a mi padre.

La niña Julieta retrocedió entre las cajas, rodeándose las piernas con los brazos.

Ojalá pudiera decirle que todo estaría bien. Sin embargo, sería una mentira cruel.

Mis sueños y la realidad se mezclaban hasta que no pude distinguirlos mientras me golpeaba un mar de recuerdos reprimidos. Estar atrapada en esta habitación me hizo recordar los días que pasé en aquel armario cuando era niña. Era tan débil y sin esperanza como entonces.

Aunque… En este instante apenas sentía algo. Ni mi cuerpo, con las extremidades entumecidas por estar atada fuertemente, ni mis emociones, que parecían haberse apagado por completo. El entumecimiento me resultaba familiar, casi era bienvenido. Así era como había manejado todos los traumas de mi vida, los días que pasé paralizada en la cama de mis hogares de acogida, con la mirada perdida en la pared, los meses que perdí después de que me violaran, desapareciendo en un vacío mental.

A veces, me había cortado para dejar de sentir. Otras veces, lo había hecho para ver si aún podía.

Lo único que despertaba alguna emoción era pensar en Romeo. Su voz susurraba dulces palabras sobre cuánto me amaba y cómo me rescataría, pero una segunda voz las envenenaba, diciendo cruelmente que me había traicionado. Que me había abandonado.

Parpadeé, mas no brotaron lágrimas. Tal vez habría llorado si no estuviera tan deshidratada y vacía por dentro.

No había visto a nadie desde que el Carnicero se fue, excepto por un guardia que había entrado, me había quitado la mordaza y me había dado un trago de agua tibia antes de marcharse. Podían haber pasado horas. O minutos. O años.

Un extraño sonido como de arañazos se inmiscuyó en mis pesadillas borrosas. Mi cabeza se reclinó sobre mi pecho y mi mente reprodujo una película de terror de ratas arrastrándose sobre mí.

Algo aterrizó sobre mi regazo y grité. Luché contra mis ataduras intentando quitármelo de encima, pero unas garras afiladas y un

suave *maullido* rompieron mi pánico.

Entrecerré los ojos en la oscuridad y me encontré con dos ojos brillantes y dorados. Se me escapó un suspiro entrecortado y de alivio, con mi corazón todavía latiendo con fuerza.

—Hola, gatita —susurré—. ¿De dónde saliste?

La gatita me dio un cabezazo en el estómago y sus ronroneos se hicieron más fuertes. Era una cosita diminuta de pelaje negro, al menos por lo que pude ver en la oscuridad.

—Me gustaría poder acariciarte.

Se acomodó en mi regazo y su ligero peso fue lo único que me mantuvo aferrada a la realidad.

Me desmayé una y otra vez. La siguiente vez que volví en mí, la gata estaba acurrucada en mi hombro. Estaba tan *calientita* y *viva*. Me estremecí ante esa sensación, sobre todo cuando me sentía tan cerca de la muerte.

—¿Tienes nombre? —Una lengua áspera me lamió el cuello—. ¿Te gusta sentarte ahí en tu pequeño *trono*? —Ronroneó y volvió a lamerme antes de acomodarse con un ruidito chirriante y quedarse dormida.

—Muy bien, pequeña *Queen*. Duerme todo lo que quieras. —Froté mi barbilla contra su suave pelaje hasta que el cansancio y el hambre me hicieron caer a la deriva una vez más.

68

JULIETA

El chirrido de la puerta de la celda me sacó de otra pesadilla. Me dolían todos los músculos del cuerpo por la horrible posición en la que estaba atada y por la interminable tensión muscular.

La bombilla del techo se encendió. Entrecerré los ojos ante la luz y me preparé para ver al Carnicero. En su lugar, dos mujeres entraron al cuarto, arrastrando una bañera de metal tras ellas. El guardia del pasillo dijo algo en un gruñido áspero antes de cerrar de un portazo, encerrándonos juntas.

Un roce de pelaje contra mi espalda me indicó que Queenie estaba escondida detrás de mí. La alenté a quedarse callada y escondida. ¿Me la quitarían?

La mujer más joven parecía tener mi edad. Conectó una manguera a un grifo de la pared y empezó a llenar la bañera. La otra mujer, quizá de unos cuarenta y tantos años, empezó a desatarme de la silla.

—Por favor. —Mi voz era ronca—. Por favor, ayúdenme.

Murmuró en un albanés suave, sus toques eran gentiles. Las lágrimas resbalaron por mis mejillas y la gratitud me inundó. ¿Qué tan jodido era que estas mujeres pudieran estar aquí para matarme y yo estuviera *agradecida* porque estaba tan desesperada por no estar sola?

La cuerda se aflojó y por fin pude mover mis brazos. En cuanto lo hice, me arrepentí. Un grito se escapó de mi boca cuando mis brazos se vieron envueltos en un dolor ardiente, como si me hubieran clavado miles de agujas. Las mujeres devolvieron el flujo de la sangre a mis extremidades con un masaje, y yo apreté la mandíbula mientras los sollozos me sacudían el pecho.

Cuando el dolor finalmente disminuyó lo suficiente como para que abriera los ojos, Queenie se había subido a mi regazo. Se posó en mi muslo, con sus ojos clavados en mí. A la luz, era hermosa, toda negra excepto por cuatro marcas blancas perfectas como calcetines en cada pata. Pero era tan pequeña y delgada. El único gato con el que había pasado algún tiempo era el gato gordo de la bodega que vivía junto a mi antiguo apartamento. ¿Queenie comía lo suficiente? Aunque su pelaje era suave y limpio, y ahora con mis manos libres podía acariciarla, lo que parecía hacerla muy feliz.

La agarré y la estreché contra mi pecho mientras las mujeres observaban sorprendidas. La ligera vibración del ronroneo de Queenie hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas. Se merecía algo mucho mejor que estar atrapada en este horrible lugar conmigo.

Me estremecí cuando las mujeres me pusieron las manos encima, pero en lugar de intentar llevarse a Queenie, me ayudaron a levantarme con cuidado. Me temblaban las piernas y aparecieron manchas negras en mi visión, probablemente por la falta de comida, agua y descanso. Hicieron un gesto hacia la bañera y señalaron mi ropa, la pijama que tenía puesta cuando me secuestraron. Mi miedo a quedar expuesta luchaba contra mi deseo de estar limpia. Mi piel estaba cubierta de sudor seco y suciedad.

Asentí con la cabeza, porque ¿qué otra cosa podía hacer?

Mientras me desnudaban, me retiré al fondo de mi mente, entrando en ese estado de entumecimiento y disociación que tantas veces me había protegido. No me estaban quitando la ropa. No era mi cuerpo el que se hundía en el agua demasiado fría. Todo esto le estaba ocurriendo a otra persona.

El tiempo se distorsionaba y retorcía a medida que me alejaba flotando de mi cuerpo y de este lugar. Parpadeé y estaba fuera de la

bañera, envuelta en una enorme manta, con Queenie en mis brazos. Luego volví a la silla, esta vez vestida con un sencillo vestido negro que hacía juego con los que tenían puestos las mujeres.

Mi mente volvió a sufrir un lapsus y me estaban dando de comer. Me acercaron una taza a los labios y bebí el agua que me ofrecían.

Me quejé cuando me llevaron los brazos a la espalda y me los volvieron a atar, pero me dejaron suficiente margen para que pudiera moverlos un poco más que antes.

Unas manos cálidas acunaron mi cara. El rostro borroso de la mujer estaba a escasos centímetros del mío. Se inclinó hacia mí y me besó la ceja.

La siguiente vez que abrí los ojos, ya no estaban y me pregunté si lo había imaginado todo.

La joven había vuelto, con una bolsa de papel marrón y una botella de agua. Me desató las muñecas y me entregó la bolsa mientras yo giraba mis hombros entumecidos.

Sacó algo del bolsillo de su vestido y lo dejó en el suelo. Era una pequeña lata de… ¿comida para gatos? Sentí un gran alivio y puse a Queenie junto a la lata. Comenzó a comer inmediatamente, devorando toda la lata en cuestión de minutos.

—Gracias. —Me atraganté—. Muchísimas gracias.

La mujer tomó mi mano y la apretó. La luz áspera del techo iluminaba un moretón que le cubría un costado de su rostro. Le pasé suavemente un dedo por encima y ella apartó su mirada.

—Te lastimaron.

Su única respuesta fue una sonrisa triste.

Me abrió la botella de agua y sacó comida de la bolsa, tres panecillos esponjosos y una manzana.

Se sentó en el suelo, acariciando suavemente a Queenie y haciéndome compañía mientras comía.

—Julieta. —Una leve bofetada en la cara me devolvió la consciencia.

—Concéntrate —siseó la voz. Me había vuelto a desmayar.

Agua resbaló por mi garganta y tragué. Me dolía la garganta de lo seca que estaba y el hambre intensa se había convertido en náuseas. Jadeé cuando terminé de beber el agua y por fin tuve fuerzas para abrir mis ojos cansados.

La mujer mayor de antes estaba frente a mí. Sostenía una linterna, que era la única fuente de luz en la oscura celda.

—Julieta, no tenemos mucho tiempo. Necesito que me escuches. Asiente con la cabeza si lo entiendes.

Cuando no respondí, me agarró por los hombros. La luz bailaba en sus ojos. Eran verdes, como los míos.

—¿Hablas inglés? —Arrastré las palabras. ¿Estaba soñando? Tenía una sensación extraña en la cabeza, como si pesara demasiado para mi cuello.

—Concéntrate. Tu boda es mañana.

Sacudí la cabeza, el movimiento torpe y descuidado.

—No. Quiero a Romeo.

Sus dedos se clavaron en mis hombros.

—Escucha. En la recepción, los hombres pasarán *shots* de alcohol. No los bebas.

Mi mente revoloteaba.

—No puedo casarme.

Un sonido en el pasillo nos dejó heladas a ambas. Pasaron unos segundos angustiosos. Cuando no pasó nada, volteó de nuevo hacia mí.

—No bebas el *raki.* ¿Entendiste? Es veneno. Te matará.

Mi corazón se aceleró mientras parpadeaba. «*Concéntrate*». ¿Era esto algún tipo de alucinación elaborada?

—¿Q-quién eres? —balbuceé—. ¿Qué está pasando?

Me acarició el rostro y la calidez de su piel me ayudó a concentrarme.

—Me llamo Elira. —Se acercó a la puerta cuando otro sonido resonó en el pasillo—. Recuerda lo que te dije.

Tan rápido como vino, desapareció como un fantasma.

69

JULIETA

La puerta del calabozo se abrió de golpe y me obligué a levantar la cabeza para ver al hombre que atormentaba mis pesadillas.

El Carnicero se frotó las manos.

—Hoy es el día, Julieta. ¿Estás lista para tu boda?

Lo miré fijamente, con una expresión vacía.

—*Tut tut*, yo cambiaría esa actitud. —Se agachó hasta que su cara quedó a la altura de la mía. Su aliento pútrido olía a alcohol—. Tu nuevo marido sabe que eres mercancía usada. Le prometí que, si aceptaba a una novia que no era virgen, podría sacarle sangre de otra manera. —Sus labios me acariciaron la oreja y tragué la bilis que amenazaba con subir por mi garganta reseca.

Se levantó y me pellizcó la mejilla.

—Te veré pronto, sobrina.

Cuando se marchó, entraron dos mujeres: la más joven de antes y otra que no reconocí. La que se me había aparecido en lo que parecía un sueño delirante, Elira, no estaba con ellas.

Arrastraron un enorme baúl y cerraron la puerta de la celda tras ellas. La joven me desató y sacó un rollo de su bolsillo junto con otra lata de comida para gatos. Se me llenaron los ojos de lágrimas de gratitud cuando Queenie empezó a comer.

La otra mujer abrió el baúl y sacó un vestido rojo sangre con adornos de oro en el corpiño y las mangas.

Quería suplicarles que me salvaran, que me sacaran de este lugar, pero por el moretón que empeoraba en el rostro de la joven, estaba claro que tenían tanto poder en esta situación como yo.

Me despojaron de mi vestido negro liso y me colocaron unas fajas ajustadas sobre mis curvas voluminosas que me dificultaban la respiración. Aún les costó trabajo subir la cremallera de la espalda del vestido y murmuraron disculpándose cuando por fin consiguieron subirla. A continuación, me guiaron de nuevo a la silla para peinarme y maquillarme. Al sentarme, me costaba aún más respirar y en mi visión bailaban manchas negras.

Queenie soltó un *maullido* de satisfacción desde su lugar en el suelo. La lata de comida estaba vacía. Corrió a toda velocidad y trepó por la falda de mi vestido. La joven soltó una suave carcajada y yo casi sentí el impulso de sonreír.

Las mujeres se apresuraron a maquillarme y recogerme el cabello en un moño. No supe cuánto tiempo pasó hasta que un guardia armado abrió la puerta de la celda. Ladró algo a las mujeres. El corazón me latía con fuerza y el pecho se me oprimió. Agarré a Queenie y la metí en el bolsillo grande del vestido, rezando para que permaneciera oculta. Las mujeres me empujaron fuera de la habitación, donde me esperaban otros tres guardias.

Me condujeron por una serie de pasillos. El piso de ladrillo era viejo y desnivelado, y mis tacones me apretaban los dedos de los pies mientras intentaba mantener el ritmo. Finalmente, tras varias puertas cerradas, salimos al exterior. Odiaba estar en mi celda, estaba convencida de que moriría allí, pero estar afuera hacía que sintiera el corazón a punto de estallar.

No podía hacerlo. El estímulo sensorial era casi doloroso. El sol me daba en los ojos y el ruido, la gente, *todo*, era demasiado, maldición.

Metí la mano en el bolsillo. El suave pelaje de Queenie rozó mis dedos y alternó entre lamerme la piel y mordisquearla suavemente. Eso me tranquilizó lo suficiente como para poder asimilar lo que me rodeaba.

Estábamos ante una casa enorme que parecía más bien un castillo medieval. Diez automóviles negros con cristales polarizados se alineaban en el camino de entrada circular, cada uno decorado con un ramo de flores y una bandera con algún tipo de escudo. Una serie de disparos estridentes llenaron el aire. Grité y me agaché, pero lo único que escuché fueron risas escandalosas y aclamaciones. Los hombres que estaban junto a los coches disparaban sus rifles al aire.

Los guardias me levantaron y me llevaron a uno de los vehículos, haciéndome un gesto para que me metiera en la parte de atrás. Eché un último vistazo a las dos mujeres antes de entrar. La fiereza de sus expresiones me dejó sin aliento.

Antes de que pudiera procesar la mirada, la puerta del coche se cerró y presioné mis ojos contra las palmas de mis manos, cerrándolos con fuerza para no derrumbarme. ¿Sobreviviría a este día?

Queenie asomó su cabeza fuera del bolsillo de mi vestido, y fue tan dulce que dejé escapar una risa llorosa.

—Solo somos tú y yo, bonita —susurré—. Pero tienes que prometerme que, si las cosas se ponen feas, tienes que escaparte. —Me golpeó el dedo con su patita blanca.

La puerta del conductor se abrió y rápidamente volví a esconder a Queenie en mi bolsillo.

Nos alejamos de la casa, siguiendo la larga caravana de vehículos. El paisaje verde pasaba a toda velocidad por la ventanilla. ¿Dónde diablos estaba?

Nunca me había sentido tan perdida y sola.

70

JULIETA

Nunca había sido una chica que fantaseara con casarse, aunque las pocas veces que lo había pensado, ciertamente no había imaginado casarme con un hombre de más del doble de mi edad que me miraba como si fuera un trozo de carne.

Spiro Abazi me miró lascivamente mientras firmaba nuestra acta de matrimonio. Me dio el bolígrafo y me estremecí cuando sus dedos rozaron los míos. Me quedé mirando el acta.

Estábamos en una habitación pequeña con un hombre que parecía un funcionario del gobierno, el Carnicero, y otros dos soldados. Esperaba una gran ceremonia pública, pero ¿quizá solo era esto? Se me retorció el estómago por la culpa, como si estuviera traicionando cada fibra de mi ser, cuando me incliné y firmé con mi nombre sobre la línea en blanco. ¿Por qué no podía ser una mujer fuerte? ¿Por qué era tan débil?

El Carnicero agarró a Spiro por el hombro y soltó una sonora carcajada mientras salían de la habitación. Temía el momento en el que tuviera que besar a mi nuevo marido, pero parecía que nos íbamos a saltar esa parte de la ceremonia. Los soldados me empujaron hacia adelante, obligándome a seguir a los dos hombres por un laberinto de pasillos hasta que llegamos a la boca de una enorme y gran sala llena de cientos de personas. Un fuerte zumbido

me llenó los oídos y una oleada de vértigo me hizo tambalear. No podía entrar allí. No podía hacer nada de esto, no obstante, con los soldados armados a mi espalda, no tenía elección.

Con cuidado, introduje mi mano en el bolsillo. El suave pelaje de Queenie era lo único que impedía que me derrumbara. Los aplausos de la multitud se convirtieron en algo borroso mientras caminaba por el pasillo del centro, rodeado de largas mesas repletas de decoraciones con amapolas rojas, vajillas doradas, velas y candelabros de cristal colgantes.

Alguien me empujó para sentarme en la mesa principal. Spiro se desplomó en la silla de al lado y su mano encontró inmediatamente mi muslo. Me estremecí violentamente y sus dedos se clavaron con más fuerza. Me mordí el labio, bloqueando su contacto. Aquí nadie estaba de mi lado. Estaba completamente sola. Mi respiración se volvió entrecortada y agitada. Estaba a punto de enloquecer cuando la vi. Elira. Sus ojos ardientes se cruzaron con los míos durante un breve instante antes de que volviera a mirar al hombre que estaba a su lado. No era lógico, pero verla me hizo sentir menos sola, como si tuviera a alguien de mi lado después de todo.

Spiro se inclinó hacia mí y me dijo algo al oído. No entendí sus palabras, pero sí su lenguaje corporal. Sus labios rozaron torpemente mi mejilla y estuve a punto de darle un puñetazo cuando un grito al otro lado de la mesa lo distrajo.

Mis dedos se agitaron, ardiendo en deseos de agarrar el cuchillo que había junto al plato y clavármelo en la piel. Estaba a la deriva en un vasto océano y necesitaba el dolor para volver en mí. Imaginé que me cortaba la piel y la sangre rojo brillante se derramaba por el suelo, combinando con mi vestido y las flores.

Pasé mi dedo por una amapola antes de arrancar metódicamente los pétalos. Las amapolas parecían una flor de bodas inusual. Eran tan delicadas. Mis dedos se congelaron justo cuando estaba a punto de arrancar el último pétalo y miré al Carnicero. Volví a mirar cuando me di cuenta de que eran *dos*, este debía de ser su gemelo. El hombre más cercano ya me estaba observando, con una sonrisa enfermiza en su rostro. Se me revolvió el estómago al recordar el ramo de amapolas que me habían dejado en el escritorio después de

la firma de libros. Aparté rápidamente la vista. Estos hombres habían estado acechándome a cada paso de más formas de las que probablemente jamás sabría. Yo era su presa acorralada.

Quería a Romeo. Quería que destruyera a todos los hombres de este salón y me llevara en sus brazos. Quería su protección, su cuidado, su *amor*.

Excepto que él no estaba aquí, y tal vez ni siquiera existía. No la versión de Romeo de la que me había enamorado.

Nadie notó mi pánico silencioso mientras hablaban en albanés, lo que afortunadamente me ahorró la presión de contribuir a la conversación. De hecho, para ser mi boda, la gente parecía completamente desinteresada en mí como novia. Los hombres no paraban de gritar y brindar. Me pareció escuchar a alguien decir Matteo Rossi, aunque no podía estar segura. ¿Eso significaba que todo había sido un complot entre italianos y albaneses?

¿Cuánto dolor podía soportar un corazón antes de ceder por completo?

Plato tras plato de carne fueron colocados frente a mí. Hacía días que no comía una comida completa, pero no podía digerir ni un solo bocado. En lugar de eso, le di pequeños trozos a Queenie. Su ronroneo feliz vibró contra mi cuerpo. Al menos una de nosotras estaba tranquila en estos momentos. Agradecí que la tela oscura de mi vestido ocultara las manchas húmedas de sudor que brotaban de mi piel.

Uno de los Carniceros se levantó entre ovaciones y gritos por toda la sala. Cuando la multitud se calmó, empezó a ofrecer un brindis. Mientras hablaba, mujeres con bandejas de bebidas se movían entre las mesas. Los hombres agarraban los vasos altos llenos de alcohol blanco y turbio.

Recordé las palabras de Elira. Había dicho que las bebidas eran veneno.

Desvié mi mirada para no parecer sospechosa, pero mi corazón se aceleró. ¿Había dicho la verdad? ¿Estaban a punto de envenenar a estos hombres? Una esperanza inesperada llegó a mi alma entumecida. Ni una sola mujer tomó un vaso de trago mientras los pasaban de mano en mano.

Más hombres se turnaron para ponerse de pie y brindar, y cada uno terminó con otro trago. Todo el mundo estaba animado y pronto una banda de música en vivo comenzó a tocar música *folk* alegre. Mujeres vestidas con faldas negras, camisas blancas y chalecos decorados con colores dorados y rojos se dirigieron al centro de la sala y empezaron a bailar.

Conté los segundos, esperando que los hombres se desplomaran o quedaran inconscientes. Pero nadie parecía ni remotamente enfermo. ¿Quizá tardaba un poco en hacer efecto? ¿O tal vez estas bebidas no eran las que contenían el veneno?

Un fuerte grito resonó en la sala y, de pronto, me agarraron y me empujaron hacia donde estaba Spiro, en medio de la pista.

—¡Raki! —gritó un hombre. Me pusieron un trago en la mano. Sacudí la cabeza e intenté devolvérselo, pero entonces Spiro me rodeó la muñeca con los dedos y me obligó a llevarme el vaso a los labios. Mantuve la boca cerrada y el líquido me salpicó la piel. Su expresión se ensombreció y me apretó la mandíbula con tanta fuerza que grité de dolor, dándole la oportunidad de verter el alcohol en mi garganta. Tosí y escupí por la sensación de ardor.

—¡Necesitamos que esté relajada para la noche de bodas! —rugió el Carnicero en inglés a grandes gritos.

«Mierda, mierda, mierda».

«Oh, Dios mío».

«¿Estoy a punto de morir?».

La habitación se volvió borrosa. Mi piel se calentó y se enfrió cuando los invitados nos rodearon, agitando pañuelos en el aire al ritmo de tambores estruendosos. Spiro se puso frente a mí, arrancando otra ovación de la multitud mientras bailaba al ritmo de la música. Apenas podía mantenerme de pie, aunque no estaba segura de si era por el pánico, el agotamiento o el veneno.

El Carnicero irrumpió en el círculo, levantando las manos de Spiro y la mía en el aire. Gritó algo, lo que provocó carcajadas, y luego Spiro me arrastró lejos de la multitud de invitados.

Cuando me di cuenta de que me estaba sacando del salón de la recepción, clavé mis talones. No podía quedarme a solas con él. Apenas pude resistirme contra su enorme cuerpo y su agarre

aplastante. Conseguí echar un último vistazo por encima de mi hombro y alcancé a ver a Elira. Estaba de espaldas a mí.

Las lágrimas me quemaron los ojos. ¿Me había mentido? ¿O había fracasado su plan? Una desesperación enfermiza sustituyó a la breve esperanza que había sentido antes.

Spiro hizo un giro brusco y yo tropecé, torciéndome el tobillo. Un grito de dolor escapó de mis labios, seguido de un *no* de agonía cuando vi que el movimiento había sacado a Queenie de mi bolsillo. Cayó al suelo con un *maullido* triste, sus ojos clavados en mí mientras Spiro me arrastraba a través de una puerta y la cerraba de golpe.

Estábamos en un dormitorio. Una gran cama con dosel, almohadas afelpadas y una manta de terciopelo se alzaban como un presagio oscuro. Me miró de frente, con un brillo cruel en sus ojos. Habló y, aunque yo no entendía las palabras, el significado estaba claro.

Mis manos sudorosas arañaron el picaporte de la puerta, pero antes de que pudiera abrirla, Spiro se abalanzó sobre mí. Chillé cuando su cuerpo chocó con el mío. Mi mente daba vueltas, en blanco por el terror, mientras intentaba recordar los movimientos de defensa personal que Romeo me había enseñado. Le di una patada a Spiro en la rodilla. Gruñó, pero eso no le impidió arrastrarme hacia la cama.

Mi espalda cayó en el colchón, los latidos de mi corazón retumbando en mis oídos, antes de que él aterrizara encima de mí. Levanté la cabeza bruscamente, golpeándole la nariz con la frente, y él soltó un rugido enfurecido. La fuerza de su bofetada hizo que mi cara se girara hacia un lado. Me rasgó el vestido, abriendo la parte delantera y dejando al descubierto mis pechos desnudos. Grité. No volvería a pasar por esto. Me *negaba*, maldita sea.

Arremetí con mis brazos y piernas, aunque cada vez me pesaban más. Los movimientos de Spiro se volvieron torpes y sus palabras se arrastraban.

El veneno.

Por fin perdió la fuerza y se desplomó sobre mí con un quejido. Su peso me dejó sin aire en los pulmones. Lo empujé con brazos

débiles y me quedé tumbada jadeando en el colchón.

«Levántate».

«Tienes que escapar».

«Muévete».

Sin embargo, no pude hacerlo.

La habitación comenzó a girar, un torbellino de rojo y dorado, hasta que se me cerraron los ojos.

Mi último pensamiento antes de perder el conocimiento fue que hubiera deseado besar a Romeo una última vez antes del final.

71

ROMEO

—*Nuestros contactos en el terreno en Tirana encontraron la ubicación de la boda.* —La voz de Sienna llegó a través del altavoz del teléfono—. *Es un viejo castillo*.

Sienna y Franco se habían quedado atrás para tener acceso a todo el equipo que necesitaban mientras el resto de nosotros, Matteo, Leona, un grupo de nuestros soldados y Aria, subíamos a nuestro *jet*. El vuelo a través del Atlántico había sido una tortura interminable, pero ya casi habíamos llegado a Albania.

—¿Están seguros de que es el correcto? —pregunté. Mi garganta estaba tan apretada que apenas podía formar palabras. Esto había sido un maldito *infierno*. Apenas podía contenerme.

—No hemos podido acceder a las cámaras del interior del castillo. Diablos, puede que ni siquiera haya cámaras a las que podamos acceder, pero las imágenes satelitales muestran cientos de autos conduciendo en esa dirección y estacionados en el terreno. Tiene que ser el lugar —notificó Franco.

Leona y Matteo seguían planeando estrategias mientras yo caminaba de un lado a otro por el pasillo, con la rabia inundándome las venas como una avalancha. Por primera vez en mi vida, invoqué a mi monstruo interno para que saliera a jugar sin sentir vergüenza.

Haría todo lo posible por salvar a Julieta. Luego descargaría mi ira en cada persona que la lastimó.

Llegamos al enorme castillo en camionetas blancas con el logotipo de una gran florería. Había querido alquilar algo más rápido, pero la velocidad no nos habría servido de mucho en las estrechas carreteras secundarias hacia la costa. Además, la camioneta nos daba la cubierta que necesitábamos para entrar al estacionamiento sin que nos detuvieran los guardias.

—Recuerden, el interior es un laberinto. Quédense con su compañero y dispérsense por los pasillos, revisando todas las habitaciones. Nos reuniremos en el gran salón donde se celebra el banquete de bodas. —Leona repasó los planos del edificio que había cargado en su tableta, resaltando los caminos que debíamos seguir. Había decidido que los dos seríamos compañeros en esta misión, y no me importó lo suficiente como para discutir. Siempre y cuando no me retrasara.

Se me erizó la piel con una energía eléctrica. Teníamos que despejar las habitaciones que conducían a la recepción para evitar sorpresas ocultas, pero lo único que quería era llegar a Julieta.

La camioneta se detuvo.

La puerta se abrió.

Y salimos.

Fui el primero en entrar al castillo, irrumpiendo en un lúgubre pasillo con Leona pisándome los talones. Subí las escaleras de dos en dos, cada paso fuerte creaba el ritmo Ju-lie-ta.

Todo se desvaneció hasta que me convertí en la oscuridad, los últimos restos de mi humanidad desaparecieron cuando el monstruo tomó el control por completo.

Mi pistola era una extensión de mi mano mientras avanzaba por el primer pasillo. Cuatro puertas estaban alineadas en las paredes. Abrí la primera y me encontré con un grupo de hombres sentados alrededor de una mesa jugando a las cartas. Les disparé sin vacilar y

no sentí nada cuando sus cadáveres ensangrentados se deslizaron hasta el suelo. La segunda y la tercera habitación estaban vacías. La cuarta era una sala para fumadores con tres hombres rodeados por una nube de humo de puro. El monstruo tarareó con satisfacción mientras observaba como la vida se extinguía de sus ojos.

Leona frunció el ceño al mirarme, con una expresión de inquietud en el rostro. La ignoré y me adelanté por el siguiente pasillo. Me importaba una mierda lo que pensaran de mí, lo que vieran en mí. Julieta era lo único que importaba.

El castillo estaba inquietantemente silencioso. El lugar transmitía una sensación enfermiza y retorcida.

Despejé la siguiente habitación.

Y la siguiente.

El monstruo se inquietó, sediento de sangre.

Un eco de pasos hizo que Leona y yo nos giráramos y apuntáramos con nuestras armas. Nos encontramos con los ojos cafés y aterrados de una joven que llevaba una bandeja con vasos de *shots* llenos de un líquido turbio.

Bajé mi arma.

No lastimábamos a las mujeres, pero la interrogaría.

Se quedó inmóvil cuando me acerqué a ella.

—¿Sabes dónde está la novia?

Parpadeó y habló suavemente en albanés, con voz temblorosa.

Saqué mi teléfono y escribí la pregunta en una aplicación para traducir. Ella se quedó mirando la pantalla y yo estaba a punto de rendirme cuando asintió.

Llévame a donde está ella, escribí.

Sus ojos se desviaron hacia mi pistola antes de dar unos pasos tambaleantes por el pasillo. Leona levantó las cejas, mas nos siguió.

—¿Crees que de verdad lo sabe? —inquirió.

Moví mis hombros en lugar de responder. O nos llevaba hasta Julieta o nos conducía directamente a una trampa. Una me reunía con mi amor, la otra me daba la oportunidad de asesinar. Ambos resultados eran aceptables.

Seguimos a la mujer por una serie de pasillos angostos hasta que llegamos a una enorme puerta de madera. La señaló con una mano

temblorosa.

—Vigílala —ordené en voz baja, y Leona levantó la barbilla en señal de asentimiento.

El corazón me latía con anticipación cuando abrí la puerta de un empujón. Era un dormitorio grande y llamativo con una cama enorme en el centro.

Y en la cama yacían dos figuras inmóviles.

Un hombre corpulento estaba desplomado en la cabecera, pero mi atención se centró en la mujer que estaba a su lado. Tenía puesto un vestido rasgado en tonos rojos y dorados, y mechones de cabello castaño se escapaban del moño que tenía en la cabeza.

El hielo se filtró por mi torrente sanguíneo, serpenteando por mis venas mientras el mundo entero se detenía. Cerré los ojos y volví a abrirlos como si eso fuera a cambiar lo que estaba viendo.

Sin embargo, nada podía borrar el horror que tenía ante mí.

Un sonido ahogado y desgarrador escapó de mi garganta y me apresuré a avanzar.

—Julieta, mi ángel, no, no, no. —Acuné su cuerpo inmóvil contra mi pecho—. Despierta, nena. Despierta. Por favor, no me dejes.

Las lágrimas cayeron por mi cara, aterrizando en su mejilla magullada. Las limpié y las reemplacé con un beso.

—Vuelve a mí.

Contuve la respiración mientras trataba de encontrar su pulso.

No había nada.

Dentro de mí latía una oscuridad que nunca había sentido.

Me la habían arrebatado.

Habían robado la vida que deberíamos haber tenido juntos.

Miré hacia el segundo cuerpo y lo reconocí como Spiro Abazi.

Mi alma se llenó de rabia incontenible. El monstruo que llevaba dentro bramó de furia.

Mi Julieta estaba muerta y era culpa de este cabrón.

Desenfundé mi cuchillo y solté un rugido de rabia mientras se lo clavaba en el pecho, sin importarme que ya estuviera muerto. La sangre brotó de él, pero no fue suficiente.

Arrastré su cuerpo fuera de la cama para alejarlo de mi amada.

Mi puño se estrelló contra su pecho.

Una y otra vez.

Y otra vez.

Hasta que su pecho fue una masa sangrienta brutalizada. Aún no era suficiente.

Nada sería suficiente. Nada podía hacer retroceder el tiempo y devolverme a mi Julieta.

Una mano me tocó el hombro y me eché hacia atrás. Los ojos vidriosos de Leona se encontraron con los míos.

—Déjalo. Ya no es nada.

Quería gritar.

Tenía que hacer algo, *cualquier cosa*, para arreglar esto, pero le había fallado a Julieta. Todo esto fue culpa mía.

No merecía vivir.

La sangre empapó mis manos temblorosas. Las limpié en la colcha, negándome a ensuciar a mi amor con mis manos manchadas de sangre. Le ajusté el vestido roto para que estuviera cubierta, tragando la bilis que tenía en la boca al pensar que ese bastardo la había tocado. Había muerto asustada y sola.

—Lo siento mucho. Lo siento muchísimo, maldición.

Le acaricié el rostro y le di un suave beso en los labios. Con cuidado, le quité los pasadores del cabello, viéndolo caer en cascada alrededor de sus hombros. Mi Julieta tenía el cabello más bonito del mundo.

—Nadie ha amado nunca como yo te amo a ti. —Cerré mis ojos con fuerza—. Mi vida no era nada hasta que llegaste tú, y ahora no es nada sin ti. *Nada*.

El monstruo se movía inquieto dentro de mí, incitándome a vengarme de todos los que habían contribuido al sufrimiento de Julieta. Tenían que morir a manos mías.

Pero eso significaría abandonarla.

Le rocé los párpados con mis labios.

—Volveré, *Stellina*. Te lo prometo. Tengo que encargarme de esto y luego volveré contigo.

Soltarla de mis brazos y dejarla en aquella cama fue lo más difícil que había hecho en mi vida. No obstante, lo único peor que vivir en

un mundo en el que Julieta no existía era uno en el que sus verdugos aún respiraban aire.

Con una última mirada a mi ángel, salí de la habitación pasando junto a Leona.

—¡Romeo, espera! —gritó Leona, alcanzándome—. Tenemos que analizar esto. ¿Cómo murieron? Ninguno de los dos tiene heridas externas graves. Necesitamos un plan…

Amartillé mi pistola.

—En este momento solo tengo un plan.

Destruiría a todos los albaneses que estaban aquí. Cada uno de ellos era cómplice de lastimarla. ¿Y si yo caía en la pelea?

Mejor aún.

Dos enormes puertas aparecieron ante mí.

El gran salón.

Ignoré las advertencias de Leona y abrí las puertas de par en par, apuntando con mis armas.

La visión que me recibió me detuvo en seco.

72

ROMEO

—¡Tiren sus armas!

Una docena de pistolas me apuntaron.

Mi mente vaciló. ¿Qué carajos era esto?

Lo que parecían más de cien mujeres vestidas con trajes tradicionales de boda rodeaban a nuestros soldados, su atención fija ahora en Leona y en mí. Más extraño aún eran los cientos de hombres desplomados a su alrededor, muertos. Sus cuerpos estaban esparcidos por el suelo y tumbados sobre largas mesas decoradas.

Las mujeres no les prestaban atención.

—¡Suéltala! —exclamó una hermosa mujer de largo cabello castaño. Se comportaba como la líder del grupo, erguida, mientras me apuntaba con su pistola. Si pensó por un segundo que iba a rendirme, que me importaba una mierda mi vida, estaba muy equivocada.

La apunté con mi arma.

—Dame una buena razón. —Mi voz era baja y apagada, la oscuridad se había apoderado por completo de mi alma.

—Si quieres volver a ver a Julieta con vida, soltarás la pistola —demandó.

Me invadió la rabia.

—Demasiado tarde. ¡Julieta está muerta!

Los ojos de Matteo destellaron al encontrarse con mi rostro desconsolado.

—Julieta no está muerta —pronunció con una calma exasperante —. Pero lo estará pronto si no bajas tu arma.

Los latidos de mi corazón resonaron en mis tímpanos.

—Mientes.

Ladeó la cabeza.

—¿Es un riesgo que estás dispuesto a correr?

Demonios.

Mis ojos desorbitados se encontraron con los de Matteo y él asintió. Su pistola yacía en el suelo junto a sus pies. A mi lado, Leona bajó lentamente su arma.

Todo en mí protestaba mientras me agachaba lentamente y colocaba mi pistola en el suelo, pero mantuve en su lugar la que llevaba metida en la cintura a mi espalda.

La mujer bajó ligeramente su pistola.

—Bienvenido, Romeo De Luca. Me alegro de que hayas podido acompañarnos.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Sé mucho más que tu nombre.

—Entonces quizá seas tan amable de decirme el tuyo —siseé, con mi rostro convertido en una máscara de desprecio.

Sonrió, con una expresión profundamente inquietante en su rostro.

—Me llamo Elira. Elira Leka. Soy la nueva *Krye* de la Mafia Albanesa, y ustedes —señaló alrededor de la habitación—, están todos aquí porque yo lo hice posible.

—¿Qué quieres decir? —La voz de Matteo era fuerte y resonante.

—¿Quién crees que se aseguró de que la llamada que te hizo el Carnicero se realizara a través de un servidor sin codificar para que pudieran encontrar nuestra ubicación? ¿Quién crees que filtró la información sobre esta boda para que tus pequeños informantes pudieran darte la ubicación? Aquí no ha pasado nada por casualidad.

—¿Con qué objetivo? —cuestionó Matteo con cuidado, pero mi paciencia se había agotado.

—¡Dime qué está pasando con Julieta! ¡Demuéstrame que no está muerta! —reviré.

Elira frunció los labios y se acercó a un hombre desplomado sobre una mesa. Le jaló el cabello forzando su cabeza hacia atrás antes de sacar un pequeño frasco de su bolsillo y verterlo en su garganta.

—Este es mi querido esposo. Bujar, ¿me escuchas? —Le dio una bofetada en la mejilla.

El muerto emitió un quejido y se retorció al volver a la vida.

Una esperanza abrumadora se precipitó sobre mí como una ola. Me tambaleé, sintiéndome mareado de repente. ¿Me atrevía a creer que Julieta también estaba viva?

El hombre, Bujar, abrió los ojos lentamente.

—Ahí estás —demostró Elira, girándose hacia mí—. ¿Ves?, vivito y coleando. —Entonces, en un destello metálico, su cuchillo se clavó en el pecho de su marido. La sangre brotó de la herida. Su débil mano se levantó como para agarrar el cuchillo, aunque se desplomó antes de poder tocarlo—. Bueno, ya no está vivito y coleando, pero supongo que demostré mi punto.

Nuestros soldados se agitaron, desconcertados por las acciones de la mujer, y Leona arqueó una ceja, parecía impresionada. Me importaba un carajo si esta mujer destripaba a todos los hombres de la sala. Lo único que necesitaba era a mi amor, viva y despierta entre mis brazos.

—Tengo el antídoto para el veneno que ingirió Julieta, no obstante, solo funcionará durante los próximos… —Elira miró su reloj —. Doce minutos. Después, realmente estará muerta.

Me lancé hacia ella, y decenas de armas me apuntaron de inmediato.

—Vamos, vamos, Romeo, espero que juegues limpio. La vida de Julieta depende de ello.

Gruñí, clavando mis pies en el suelo. Estaba jugando con la vida de Julieta, y pagaría por ello.

—¿Qué quieres de nosotros? —Matteo preguntó.

—Queremos forjar una alianza entre la nueva Mafia Albanesa y la Mafia Italiana. —Matteo empezó a responder, pero Elira lo

interrumpió—. Pero nuestra alianza no sería contigo.

Matteo y yo fruncimos el ceño, intercambiando miradas.

—¿Con quién sería? —indagó el Don.

—Con Julieta. Mi sobrina —expresó Elira. Sus ojos verdes se clavaron en los míos. Ojos familiares. Los ojos de Julieta.

—Julieta no es la jefa de la Mafia Italiana —objetó Matteo.

—No. Sin embargo, es con ella con quien estamos dispuestas a aliarnos. No hacemos tratos con hombres.

Mi cuerpo se estremeció con impaciencia llena de pánico.

—Para formar una alianza con Julieta, tiene que estar viva. —Estaba a segundos de abalanzarme sobre Elira y arrancarle el antídoto. No me importaba si todas las mujeres vaciaban todos sus cargadores en mí con tal de que Julieta despertara.

—¿Está de acuerdo, Don Rossi? —La voz firme de Elira estaba impregnada de desprecio.

Observé a mi hermano, rogándole en silencio que aceptara. Lo que Elira proponía era un enorme insulto a la autoridad de Matteo, pero era la única manera de salvar al amor de mi vida. Y por lo que había visto, no queríamos a estas mujeres como enemigas.

—Discutiremos los términos una vez que Julieta se haya recuperado —ordenó.

Elira asintió.

—Excelente.

Sacó otro frasco de su bolsillo. Se lo arrebaté y volví corriendo a ese dormitorio olvidado de la mano de Dios.

«La habitación donde la dejaste. ¿Cómo pudiste hacer eso, bastardo?».

La culpa me atormentaba.

Entré por la puerta, ignorando el cadáver ensangrentado de Spiro mientras corría hacia Julieta. Me sobresalté al ver a una pequeña gatita negra acurrucada sobre su pecho. La gatita soltó un maullido de indignación cuando la aparté, y la ignoré mientras tomaba a Julieta entre mis brazos.

—*Stellina*, aquí estoy. —Apoyé mis dedos a ambos lados de su mandíbula, apretando lo suficiente como para separar sus labios. Me

temblaba la mano mientras destapaba el antídoto y se lo vertía en la boca—. Despierta, Ángel. Necesito que despiertes por mí. Vamos.

Cada segundo que pasaba era una eternidad. Le besé la frente, las mejillas y los labios, rogándole que se despertara con cada beso.

La gatita volvió a arrastrarse sobre el pecho de Julieta, ronroneando ruidosamente.

—No te preocupes —le dije a la gata—. Va a despertar. No se ha ido.

La puerta se abrió detrás de mí y entró gente, mas no levanté la vista. Nada podía apartar mi atención de Julieta.

Sin embargo, sus ojos permanecieron cerrados.

La desesperación empapó cada célula de mi cuerpo.

Era demasiado tarde.

Y entonces lo sentí, el susurro de una caricia en mi brazo. Bajé la mirada a tiempo para ver que la mano de Julieta se movía.

—Julieta, ¿puedes oírme?

Sus párpados se agitaron.

Ahogué una risa llorosa.

—Despierta para mí, *Stellina*. Déjame ver esos bonitos ojos. —La acuné en mis brazos, apretándola contra mi pecho. Tendría suerte si volvía a dejarla alejarse de mí más de medio metro. Le aparté el cabello del rostro, meciéndola de un lado a otro hasta que por fin abrió los ojos.

—Julieta. —Me atraganté.

Enterré mi cara en el pliegue de su cuello, respirándola. Las lágrimas caían por mi rostro y goteaban sobre su piel.

—Romeo. —Su susurro ronco fue el sonido más hermoso que jamás había escuchado.

Me incorporé y me limpié las mejillas.

—Aquí estoy. Nunca volveré a dejarte.

La gatita se abrió paso por debajo de mi muñeca y se acurrucó en el pecho de Julieta.

—Queenie —musitó—. Estás aquí.

—¿Queenie?

—Me hizo compañía en mi celda.

Todo el color que se había escurrido del mundo desde que me la robaron volvió a inundarlo con una fuerza que me dejó sin aliento.

—¿Cómo te sientes?

—Cansada.

Se me apretó el pecho cuando sus ojos volvieron a cerrarse.

—No cierres los ojos. Sigue mirándome. —Intenté, sin éxito, que el pánico no se reflejara en mi voz.

Los abrió, pero el enorme esfuerzo era evidente.

—Estoy mareada.

—Está bien, Ángel. Está bien. —Mi miedo regresó con toda su fuerza. ¿Y si el antídoto no era lo suficientemente fuerte? ¿Y si no había llegado a ella a tiempo?

—Se pondrá bien —aseguró Elira desde detrás de mí. Mis labios se curvaron formando una mueca. Esta mujer era la responsable de haber lastimado a mi amor. La abracé con más fuerza, ocultándola de la vista de Elira.

—La obligaron a beber —continuó—. Esto nunca formó parte de nuestro plan.

Arrimé a Julieta contra mi pecho, murmurando mientras la levantaba en mis brazos, mientras Queenie mantenía su lugar sobre su pecho.

Matteo permaneció a mi lado cuando me enfrenté a Elira.

—No me importa el trato que hagas con Matteo. Solamente formarás una alianza con Julieta si *ella* lo desea. Y nunca olvidaré que fuiste tú quien puso en riesgo su seguridad. Quien se mantuvo al margen mientras ella casi se muere.

La mandíbula de Elira se apretó, sin embargo, no discutió.

—Confío en que cuidarás de mi sobrina.

—Mejor que tú —reviré antes de dirigirme a la puerta, donde Leona estaba haciendo guardia.

—¿Necesita algo? —preguntó.

—Nuestra doctora está en el avión —señaló Matteo. Me apretó el hombro—. Iremos primero para despejar el camino por si queda alguien vivo. Dante y Niccolò te cubrirán la espalda.

No nos cruzamos con nadie al salir, pero al pasar por el salón principal, me detuve. El monstruo palpitaba, implacable y exigente.

No me dejaría irme sin terminar esto.

—Matteo, toma a Julieta por un momento.

El vacío en mis brazos era una tortura, pero no tardaría mucho.

Los hombres estaban exactamente donde los habíamos dejado. Las mujeres albanesas estaban sentadas a su alrededor, completamente indiferentes a la masacre. Pasé por encima de los cuerpos, mirando todas sus caras hasta que encontré al Carnicero. Estaba tendido en el suelo, con el brazo extendido. Y a su lado estaba…

¿Qué. *Carajo*?

Miré a las mujeres reunidas.

—¿Son dos?

No estaba seguro de que me entendieran hasta que una de ellas asintió.

—Trillizos.

Me quedé helado.

—¿Hay un tercero?

—Ya está muerto. Hace mucho tiempo.

Mi mente dio vueltas. Bien, esta era la respuesta a cómo es que el Carnicero había estado en New York y Albania al mismo tiempo. Tenía un millón de preguntas más, pero ninguna de ellas me importaba más que volver con Julieta.

Saqué mi cuchillo y lo clavé en el pecho del primer Carnicero. Lo arrastré hasta su estómago, destripándolo hasta que sus entrañas se derramaron. Me aparté, observando el desastre sangriento. No era suficiente. Mis dedos apretaron el cuchillo y le atravesé la polla a través de sus pantalones. Esperaba que aún no estuviera muerto y pudiera sentirlo todo en su estado inconsciente.

Repetí lo mismo con el gemelo antes de apartarme y admirar mi obra. La sangre y las vísceras empapaban el suelo. Sus muertes habían sido demasiado fáciles, demasiado pacíficas. Se merecían algo mucho peor por el sufrimiento que le habían hecho pasar a Julieta y a todas las mujeres víctimas de la trata.

Respiré con calma. El monstruo no estaba ni cerca de sentirse satisfecho, pero quizás eso estaba bien. La oscuridad era lo que me permitía oponerme a la injusticia y proteger a los que me

importaban, sin embargo, ya no ocupaba un lugar primordial en mi alma. Esa posición había sido usurpada por mi amor a Julieta.

Ahora mi mundo giraba en torno a ella.

Les di la espalda a los Carniceros y me alejé.

Hacia el amor.

Hacia la vida.

Hacia mi chica.

73

ROMEO

JULIETA SE DESPERTÓ VARIAS VECES MIENTRAS ÍBAMOS EN LA CAMIONETA DE vuelta al avión. Cada vez que abría los ojos, el alivio me recorría todo el cuerpo. Mas cuando se cerraban, el pánico volvía a invadirme.

Me aferraba a su muñeca, el suave latido de su corazón era lo único que me impedía perder la cabeza.

—Juro que no tenía pulso cuando la encontré. Lo revisé.

—Estoy segura de que lo hiciste —afirmó Leona—. Algunos venenos pueden reducir el ritmo cardíaco de alguien hasta que solo tenga un pulso muy débil. No podías saberlo.

Si bien tenía razón, yo no podía deshacerme de mi culpa por dejar a Julieta sola en esa habitación.

Por haberme rendido tan rápido.

Acaricié suavemente a Queenie, que se negaba rotundamente a separarse de Julieta. Estaba acurrucada en su regazo. Sentí una extraña gratitud hacia la gata por estar con mi chica cuando estaba sola.

Por fin llegamos a la pista de la sección privada del aeropuerto de Tirana. Matteo y Leona salieron primero de la camioneta, y el resto de nuestros hombres se desplegaron para cubrirnos.

—¿Necesitas ayuda con ella? —indagó Matteo.

Negué con la cabeza, pero dejé que Leona llevara a Queenie.

Sujeté a Julieta contra mi pecho para que no se sacudiera mientras subía las escaleras del avión y me dirigía directamente a la habitación del fondo. Aria ya estaba allí, con su botiquín preparado sobre la mesa auxiliar. Miró con preocupación a Julieta y señaló la cama. Dudé un momento, preguntándome si me saldría con la mía dejando a Julieta en mi regazo. No obstante, necesitaba que la examinaran a fondo, así que de mala gana la acosté en el colchón.

—¿Romeo? —Julieta tenía la voz ronca y agarré una botella de agua.

La levanté con mi brazo alrededor de su espalda.

—Toma, Ángel. Bebe esto.

Lo hizo antes de apartarla.

—¿Dónde estamos?

—En un avión privado. Volvemos a casa. —Se me quebró la voz y volví a abrazarla—. Lo siento mucho, Julieta. Mierda, lo siento muchísimo.

—Me… —Hizo una pausa y sus hermosos ojos verdes se encontraron con los míos, ligeramente desenfocados y vidriosos—. ¿Me entregaste al Carnicero?

Su pregunta susurrada me heló las venas.

—Eso es lo que dijo, que conocías mi conexión con los albaneses y que me estabas usando.

Un horror profundo y lento me invadió como piedras pesadas. En el horrible caos, había olvidado las palabras del Carnicero.

—No. *No*. Yo nunca… Joder, ¿le creíste, cariño? Nunca te traicionaría. Te amo, Ángel. —Las lágrimas me resbalaban por la cara, mas no me importaba.

Soltó un profundo suspiro y se relajó contra mí.

—No, no le creí.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta.

—¿Estás segura? Te juro que nunca trabajaría con…

—Lo sé. Siento haber preguntado. Simplemente necesitaba escucharte decirlo. —Me pasó los dedos por el cabello y me estremecí. Extrañaba eso. *Extrañaba* todo de ella.

—Fue una agonía sin ti —murmuré—. ¿Entiendes cuánto te amo? No puedo vivir en un mundo sin mi Julieta.

—Mi Romeo. Yo también te amo.

Sus párpados se cerraron y la sacudí ligeramente.

—Mantente despierta para mí, Ángel. —El pánico volvió a invadir mi voz y miré hacia donde estaba Aria, de pie a un lado, en un intento de darnos un poco de privacidad.

Se acercó rápidamente.

—Julieta, ¿puedes oírme?

—Sí.

—Soy la doctora Aria Amato. ¿Está bien si te reviso?

Julieta asintió, todavía con los ojos cerrados. Tomé su mano entre las mías, odiando que parecieran témpanos de hielo. Aún tenía puesto su horrible vestido de novia. ¿Por qué no había pensado en traerle ropa? Tendría que usar la mía hasta que volviéramos.

Aria empezó a sacarle sangre y nos dijo que iba a analizarla para ver qué veneno le habían dado a Julieta.

—Tus signos vitales son estables, pero tienes baja el azúcar, tu presión arterial también, y estás deshidratada. Necesitarás mucho reposo y cuidados durante un par de semanas.

—Los tendrá —confirmé con ferocidad.

Julieta seguía con los ojos cerrados, pero se las arregló para darme una palmadita en la pierna, con una pequeña sonrisa dibujándose en sus labios.

—Vas a ser súper sobreprotector, ¿verdad?

Le rocé la frente con mis labios.

—Ya lo sabes.

Aria le preguntó a Julieta si podía revisar el resto de su cuerpo en busca de otras heridas. Lentamente le quitamos el vestido, cubriéndola con mantas para darle calor y privacidad. Cada moretón y rasguño de su piel me hacía desear volver a matar a los dos Carniceros otra vez.

—Julieta, tengo algunas preguntas que quizá debamos discutir en privado. ¿Qué te parece si Romeo sale por unos…?

—¡No! —replicamos Julieta y yo al mismo tiempo.

Los labios de Aria se retorcieron.

—De acuerdo, entonces. —Se aclaró la garganta—. ¿Alguien te tocó sexualmente?

Respiré entrecortadamente mientras esperaba su respuesta.

—No. Lo intentó, pero lo empujé para que se quitara de encima, y entonces supongo que ambos quedamos inconscientes.

Me recordé a mí mismo que ya había matado a Abazi y que, por desgracia, no podía volver a hacerlo.

Julieta frunció el ceño.

—Espera, ¿todos se despertaron? ¿Qué pasó?

—Podemos hablar de eso cuando te sientas mejor —murmuré.

Ella se esforzó a abrir los ojos.

—No, cuéntamelo ahora.

Suspiré. Merecía saberlo, pero quería protegerla.

—Elira, tu tía, me dio un antídoto para ti. Los otros murieron.

—¿Mi tía?

—Eso fue lo que dijo.

Julieta cerró los ojos y volvió a acurrucarse contra mí.

—*Oh.*

—¿Es seguro para ella que duerma? —le pregunté a Aria.

—Dormir está bien. Voy a ponerle un suero y vigilaré sus signos vitales.

Agarré un par de mis bóxers y una sudadera de mi pequeña mochila y vestí cuidadosamente a Julieta.

—Estoy segura de que despegaremos pronto —agregó Aria—. Iré a la parte de enfrente para darles un poco de privacidad, pero avísame si algo cambia.

Abrió la puerta de la habitación para encontrar Matteo parado allí con Queenie.

—La gata está alterada —dijo.

Aria sonrió mientras se deslizaba a su lado. Matteo depositó a Queenie en la cama y ella se dirigió hacia donde estaba Julieta, acurrucándose en su pecho.

—¿Está bien? —inquirió Matteo.

—Creo que sí. Me preocupa que el veneno tenga algún tipo de efecto a largo plazo —hablé en voz baja, no quería que Julieta escuchara mis palabras mientras dormía.

Matteo asintió.

—Nos aseguraremos de que reciba los mejores cuidados posibles en cuanto aterricemos. Nos vamos en cinco minutos.

—Gracias —añadí con aspereza—. Por estar aquí, aunque eso significara dejar a Sofiya y Clementine.

—Sabes que haría cualquier cosa por nuestra familia. Eso ahora incluye a Julieta.

Asentí, con un nudo en la garganta. La aceptación de Matteo significaba todo para mí.

74

ROMEO

Para cuando entramos al garaje, Julieta estaba mucho más despierta y alerta. No estaba seguro de que eso fuera bueno cuando se aferró a mis brazos y sus uñas se clavaron en mi piel.

La agarré del cuello y le di un ligero apretón.

—¿Qué pasa?

—No, no puedo… —Su respiración se volvió acelerada.

Mierda. Ataque de pánico.

En cuanto nos estacionamos, desabroché el cinturón de seguridad de ambos y la atraje hacia mi regazo.

—Te tengo. Escucha mi voz y respira despacio.

Se acurrucó contra mi pecho, y yo inhalé y exhalé lentamente en un intento de guiarla.

—No me gusta la oscuridad. Me siento atrapada. —Jadeó.

La imagen de ella atada a aquella silla, encerrada en aquella celda, pasó por mi mente. Nuestro garaje subterráneo tenía luz, pero el espacio sin ventanas no era acogedor.

—Agárrate a mí y cierra los ojos, Ángel. Yo te cuidaré.

Ella negó con la cabeza.

—No, no. No puedo volver a ese apartamento. No puedo.

Y entonces me di cuenta. No le había dicho nada del cambio.

—No vamos a volver allí, nena. —Quería quemar todo el edificio, sabiendo lo que Julieta había sufrido allí. Como los demás residentes no aprobarían un incendio provocado, les había pedido a Sienna y Sofiya que arreglaran una de las unidades vacías para nosotros. Julieta no necesitaba que le recordaran malos momentos en un lugar que se suponía era seguro.

—Tenemos un apartamento nuevo. Cuando te sientas mejor, puedes comprar los muebles o la decoración que quieras para él. ¿Te parece bien?

Asintió temblorosamente con su mano alrededor de Queenie, que estaba dormida.

—Mi chica valiente. —Besé su frente y mis labios se detuvieron un instante en su piel.

Matteo abrió la puerta del auto y Julieta me rodeó con los brazos y las piernas. Entramos al ascensor rodeados por Matteo, Leona, Angelo y Dante, un muro de protección para mi chica. Seguí balbuceando tonterías sobre el nuevo apartamento para distraer a Julieta hasta que sonó la puerta del ascensor.

Nuestra nueva puerta principal ya estaba programada con mi huella digital. Asentí con un gesto de gratitud a mis amigos antes de llevar a Julieta al interior.

El apartamento era un poco más pequeño que el anterior, no obstante, este tenía un balcón con una vista a Central Park que esperaba que Julieta disfrutara.

—Sé que en este momento está un poco vacío. —En la sala había un sofá y una televisión, y nuestra habitación estaba vacía salvo por la cama—. Podemos contratar a alguien para que diseñe todo el lugar si te resulta más fácil, pero pensé que te gustaría opinar al respecto. Podemos convertir una de las habitaciones en una biblioteca para ti. Sienna ya hizo los planos para los libreros.

Las palabras brotaron de mis labios, impulsadas por mi ansiedad. Ahora que Julieta estaba consciente, estaba muerto de miedo de que me dijera que todo esto era demasiado, que nuestra *relación* era demasiado. La había puesto en peligro. Había fracasado en protegerla. Ni siquiera la culparía si quisiera abandonar este edificio por completo… abandonarme a *mí*.

Excepto que no podía hacerlo. No podía dejarla ir, así que tendría que ganarme de nuevo su confianza.

Su amor.

Carajo, ¿y si ella nunca pudiera amarme de nuevo?

Tenía que aceptarlo como una posibilidad. Lo único que importaba en el mundo era mantenerla a salvo y feliz.

—Sería agradable tener una biblioteca —murmuró.

Solté un suspiro nervioso. Menos mal, maldita sea. Quizá había hecho algo bien.

—De verdad necesito ducharme —dijo.

Necesitaba muchas cosas. Cada vez que se despertaba durante el vuelo, yo intentaba que comiera todo lo posible. Aunque el veneno le había dado náuseas, se las arregló para tomar una bebida de proteína sin vomitarla.

—¿Qué tal mejor un baño? —pregunté mientras me dirigía al baño. Dudaba que tuviera fuerzas para mantenerse de pie en la ducha.

Asintió y la senté suavemente en el tocador.

—Pondré a Queenie en nuestra cama, ¿te parece? Leona nos traerá las cosas para gatos que necesitamos.

Julieta soltó a la gatita a regañadientes. La acomodé en nuestra habitación y me apresuré a volver al baño. Mis manos estaban ocupadas preparando la bañera, pero mis ojos estaban pegados a Julieta, en caso de que se desmayara. Estaba tan callada, tan pálida. Me aterraba.

—¿Ángel? —Se estremeció cuando me acerqué para pasar mis dedos por su cabello enredado. Me aparté como si me hubiera quemado. ¿Me tenía miedo?

Me agarró la mano y la acercó a su pecho.

—Perdón —susurró.

—No pidas perdón, *Stellina*. A mí no. Pero espero que sepas que nunca te lastimaría.

Me apretó la mano con fuerza.

—Lo sé. Lo prometo. Es que… —Se le quebró la voz y se le escapó una lágrima.

—Mierda. —La abracé lentamente y recorrí su espalda de arriba a abajo con mi mano—. Te tengo. Ya estás a salvo.

Muy despacio, sus brazos rígidos se aferraron a mi cintura.

Cuando dejó de llorar, me aparté y sequé sus lágrimas.

—Vamos a meternos.

La desnudé suavemente, besando sus cicatrices y moretones, y la ayudé a entrar a la bañera. Me metí después de ella, colocándonos de modo que su espalda quedara pegada a mi pecho, sin embargo, ella se retorció rápidamente y se dio la vuelta para quedar a horcajadas sobre mí.

Tenía los ojos vidriosos y le temblaba el labio inferior.

—Necesito verte.

—Lo que necesites.

Me eché su gel de baño de fresas en las manos y la lavé con cuidado. Intenté poner todo mi amor y cuidado en mis movimientos. Mientras le masajeaba los hombros, se desplomó sobre mi pecho. Sus ojos se cerraron y lo tomé como la más grande de las victorias.

Le lavé el cabello y peiné suavemente todos los nudos. Las puntas rosas se habían desteñido casi por completo y lo odiaba. Necesitaba recuperar su vivacidad.

Julieta estaba medio dormida cuando la saqué de la bañera, la sequé y le puse una de mis camisetas. La metí bajo las sábanas y le besé la frente.

—Ahora vuelvo.

Se quejó y me agarró la muñeca.

—Solo voy a revisar la seguridad del apartamento. No me llevará más que un par de minutos.

Si bien dejarla era una agonía, no podía arriesgarme a que alguien entrara. Rápidamente revisé las cerraduras de las puertas y ventanas, activé la alarma y me coordiné con los cuatro hombres que estaban colocados frente a la puerta del apartamento y en la escalera de incendios.

Una vez convencido de que todo era seguro, me apresuré a volver con mi ángel.

—Ven aquí. —Extendí mis brazos hacia ella y se aferró a mí con manos desesperadas.

—Gracias —musitó.

Le pasé el pulgar por su mejilla magullada.

—¿Por qué?

—Por ser mi lugar seguro.

Esta vez no pude contener las lágrimas.

—Lo único que quiero en este mundo es que estés a salvo y seas feliz. Te amo tanto.

Sus labios rozaron mi pecho desnudo.

—Yo también te amo. Para siempre.

75

ROMEO

—¿Estás diciendo que eran *trillizos*, maldición?

Era raro ver a Matteo sorprendido. Después de casi quince años como Don, no muchas cosas lo sorprendían, pero trillizos secretos era algo increíble.

Todos estaban reunidos en nuestra sala nueva, donde un surtido de sillas plegables complementaba los asientos. No entendía por qué teníamos que reunirnos en este instante, cuando Julieta apenas había llegado a casa ayer. Necesitaba descansar mientras yo la mimaba y abrazaba todo el día, pero en lugar de eso, estaba sentada rígidamente en mi regazo mientras Matteo, Sofiya, Sienna, Angelo y Leona se esparcían por la habitación.

Julieta había dormido toda la noche gracias a los medicamentos que le había dado Aria, pero yo me había quedado completamente despierto. Mi mente no paraba de dar vueltas. Cada vez que cerraba los ojos, la imagen de su cuerpo sin vida me perseguía.

Julieta se inclinó para acariciar a Queenie, que había reclamado su sitio en el respaldo del cojín del sofá. Automáticamente la sujeté con más fuerza.

—¿Te encuentras bien, nena?

Se apoyó sobre mi pecho.

—Sigo bien, igual que hace tres minutos cuando me lo preguntaste.

Me quejé, enterrando mi cara en su cabello.

—Te prometería dejar de preguntar, pero no estoy seguro de tener tanto autocontrol.

—Está bien. —Me besó la mejilla, sus suaves labios dulces y relajantes. —Me estás cuidando muy bien.

Esperaba que fuera verdad. Aria nos llamó hace una hora con los resultados del laboratorio. La sustancia en el organismo de Julieta no coincidía con ninguna droga o veneno conocidos. Se estaba recuperando físicamente, aun así, tenía miedo de que el veneno pudiera tener efectos a largo plazo. Ahora mismo había muchas cosas desconocidas y fuera de mi control, y lo odiaba.

Habíamos terminado de informar acerca de todo lo sucedido desde que secuestraron a Julieta, ella había hablado de su encarcelamiento y nos habíamos contado mutuamente todos los aspectos de nuestra redada en el castillo albanés. Cuanto más escuchaba por lo que había pasado, más se encendía mi ira.

—¿Estás lista para esto? —indagó Matteo, mirando a Julieta detenidamente.

Había organizado esta llamada con Elira Leka para discutir los términos de su alianza, la que querían hacer con mi chica.

Ella asintió ligeramente y Matteo puso la llamada en el altavoz. Elira contestó y pasaron por las formalidades iniciales antes de que Matteo preguntara:

—¿Cuáles son tus planes ahora que eres *Krye*?

—*Nos enfocaremos en reconstruir aquí en casa. Llevamos mucho tiempo siendo gobernados por hombres corruptos, y eso ha causado cicatrices profundas en nuestras comunidades* —respondió Elira, con un ligero acento en sus palabras.

—Si ese es tu objetivo, ¿qué quieres de tu alianza con nosotros?

—*Nuestra alianza con Julieta* —aclaró.

Julieta retorció sus dedos en mi camisa cuando todas las miradas se dirigieron hacia ella.

—¿Pero por qué yo? No sé nada de estas cosas.

—*Eres la hija del hombre que debería haber sido* Krye*. La hija de mi hermana, Hana. Eres una princesa de nacimiento. Si alguna vez decides dejar a los italianos, nuestra alianza te sigue* a ti.

—¡No se irá! —espeté mientras la aferraba aún más cerca.

—*¿La retendrías en contra de su voluntad?*

La oscuridad se apoderó de mí, exigiéndome que protegiera a Julieta. Una suave mano en mi pecho impidió que arremetiera contra ella.

—No me iré a ninguna parte. —Sus labios rozaron los míos. Volteó hacia Matteo—. No quiero que pienses que intento quitarte tu poder.

Sus ojos se suavizaron.

—Por supuesto que no pienso eso. —Se reclinó en su asiento y rodeó a Sofiya con su brazo—. Permitiré que Julieta forme una alianza en nombre de la Mafia Italiana, si ella está de acuerdo.

—Siempre y cuando nadie espere que yo sea una especie de mafiosa ruda —murmuró ella.

—*Eres* muy ruda —halagué, rozando su oreja con mis labios.

—*Me alegra que estemos de acuerdo* —declaró Elira.

—Si querías aliarte con nosotros a través de Julieta, ¿por qué la pusiste en peligro como lo hiciste? —lancé, con un tono de amargura.

—*Este derrocamiento fue la culminación de tres años de planificación* —explicó Elira—*. Estábamos esperando el momento oportuno para atacar, y Julieta nos proporcionó la distracción perfecta.*

—Ella no es una distracción para que la utilices —rugí. La aversión que sentía por esta mujer avivaba mi ira. Tal vez estaba mal de mi parte echarle tanta culpa, pero había jugado con la vida de Julieta.

—*Hicimos lo que era necesario. El Carnicero y su hermano causaron un sinfín de violencia dentro de los clanes y en todo el mundo con su trata de personas. A veces, el sufrimiento momentáneo es necesario para salvar a cientos*.

Julieta me apretó el brazo, que era lo único que me impedía enloquecer por completo. Nunca sería aceptable que ella sufriera.

—Hablando de las chicas víctimas de la trata —comentó Sofiya, interrumpiendo las palabras mordaces que yo quería decir—, hemos establecido una red de refugios en la ciudad y en el norte del estado, pero creemos que hay más mujeres que no hemos podido encontrar.

—*Sabemos dónde están las demás* —informó Elira—. *Tenemos registros de todas las rutas comerciales que utilizaba el Carnicero y de los compradores con los que trabajaba. Por eso necesitamos permiso para entrar a New York. Las liberaremos y las traeremos a casa.*

Quería decirles que *no*. No las quería a menos de ciento sesenta kilómetros de Julieta, mas no era mi decisión.

Matteo se reclinó, pensativo.

—¿Te parece bien, Julieta?

Ella se sobresaltó, como si estuviera asombrada de que se lo consultara. Me miró de nuevo, con un ligero rastro de pánico en su mirada.

—No lo sé. Lo único que quiero es que todo el mundo esté a salvo.

La abracé con más fuerza.

—Te tengo, dulzura. —Su respiración sonaba rápida y superficial. No debería estar lidiando con ningún estrés en este momento. Ni nunca. Estaba decidido a darle una vida suave y fácil.

—Se les permitirá entrar a nuestro territorio únicamente con el propósito de rescatar a estas mujeres —señaló Matteo—. Y trabajarán en conjunto con mis hombres.

—*No trabajamos con hombres* —afirmó Elira.

—Digo, es una buena política —murmuró Leona, atrayendo una mirada exasperada de Matteo.

Julieta soltó una carcajada discreta, y yo quería embotellar el sonido.

—No podemos darles rienda suelta en nuestra ciudad —declaró Matteo—. O cooperan con nuestros requisitos, o pueden quedarse en Albania y enviarnos su información para que podamos liberar a las mujeres.

Hubo un largo silencio antes de que Elira respondiera:

—*Estamos dispuestas a seguir discutiéndolo*.

La tensión en la habitación disminuyó un poco. Apreté mi cara contra el cabello de Julieta. ¿Necesitaba un bocadillo? Aunque hacía menos de una hora que había desayunado, las ganas de alimentarla no me dejaban razonar. Había adelgazado durante su cautiverio y odiaba el maldito recordatorio de todo lo que había sufrido. Saqué un paquete de *snacks* de fruta del bolsillo y se lo puse en la mano. Casi sonrió y se metió una gomita en la boca.

—¿Cómo hackeó el Carnicero nuestro sistema de seguridad? —preguntó Sienna, con una arruga de frustración entre los ojos. Sabía que la estaba matando el hecho de haber sido superada por los albaneses.

—*No lo hizo el Carnicero* —se burló una mujer con acento muy marcado.

—¿Quién eres tú? —inquirió Matteo con tono tajante.

—*Soy Arta*, *la* hacker.

Sienna se sentó hacia adelante.

—¿Tú hiciste todo eso? ¿Permitiste que el Carnicero accediera a nuestro edificio? ¿Rastreaste nuestras ubicaciones?

—*Hice lo que tenía que hacer*.

Matteo se levantó de un salto, con el rostro furioso.

—¡Nos pusiste a todos en peligro! Sienna y Romeo pudieron haber muerto cuando fueron atacados. A Julieta la golpearon y la encerraron en una celda.

—*Yo lo pensaría dos veces antes de levantarle la voz a la mujer que les salvó la vida en varias ocasiones.* —La voz de Elira era como el hielo.

Matteo se quedó paralizado, y el silencio cubrió la habitación.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Julieta.

—*Hubo muchas ocasiones en las que Arta le dio al Carnicero información errónea y falsificó grabaciones de vídeo. Y, por supuesto, les dio la ubicación del Carnicero para que pudieran encontrar a Julieta. Todos ustedes estarían muertos si ella no hubiera estado trabajando con mi grupo de mujeres.*

Matteo volvió a sentarse y subió a Sofiya a su regazo. Yo también abracé con más fuerza a Julieta. Sabía que Elira estaba diciendo la

verdad, y darme cuenta de lo cerca que había estado de perder a Julieta me llenó de pánico. Me negaba a ser descuidado con su seguridad de nuevo.

—Quiero aprender de ti —pidió Sienna.

—¿Qué? —Matteo y Elira hablaron al mismo tiempo.

—Como parte de nuestra alianza, quiero que Arta me enseñe a ser una mejor *hacker*.

Matteo apoyó su cabeza en sus manos con un quejido. Sofiya apretó los labios para no sonreír mientras le frotaba el cuello.

Elira y Arta hablaron murmurando en albanés.

—*Tu trabajo no es horrible. Te aceptaré como alumna* —concretó finalmente Arta en inglés.

—Tendremos que discutir… —Empezó Matteo.

—Gracias. No te decepcionaré —interrumpió Sienna.

Matteo parecía a punto de perder la cabeza.

—Creo que este es un buen lugar para parar por hoy —propuso Sofiya—. Esta semana ha sido demasiado. Todos estamos exhaustos, y la tensión es alta. Vamos a programar una llamada dentro de unos días para pulir los detalles.

—*De acuerdo.* —Acepto Elira.

Sonreí mientras jugaba con el cabello de Julieta. Los hombres éramos claramente innecesarios en esta conversación.

—*Julieta* —llamó Elira, haciéndola brincar. Le acaricié la espalda con la mano—. *Lamento cómo te viste envuelta en todo.* —Sonaba genuinamente arrepentida, aunque eso no cambiaba lo que yo pensaba de ella—. *No es lo que quería. Quizás algún día podamos hablar de tu madre*.

Julieta mantuvo su mirada en su regazo, sus dedos fuertemente entrelazados. Los cubrí con mi mano y apreté suavemente.

—Ella te buscará si quiere hablar —declaré.

Matteo se recuperó lo suficiente de su aturdimiento inducido por el estrés como para terminar la llamada. Colgó y nos quedamos mirándonos unos a otros.

—Ya veremos cómo manejar esta alianza en el futuro. —Las palabras de Matteo a Julieta fueron gentiles—. Pero lo importante es que sepas que tienes gente de tu lado. Nosotros estamos de tu lado,

obviamente, pero Elira y sus mujeres también lo están. Si alguna vez estás en peligro, tienes a cientos de personas a quienes recurrir.

—Es una forma muy bonita de verlo —razonó Julieta. Se desplomó contra mi pecho, claramente agotada.

Matteo se levantó, abrazando a su mujer.

—Nos iremos y los dejaremos descansar.

—Avísenos si necesitan algo —comentó Sofiya.

—No le diría que no a un pastel de chocolate —añadí. Era el favorito de Julieta.

Matteo refunfuñó y Sofiya sonrió.

—Hecho.

Todos salieron del apartamento y cerraron la puerta tras de sí.

Julieta respiró profundamente.

—Lo hiciste bien, cariño. Sé que fue demasiado.

No respondió, y yo no la presioné para que hablara. Aprendería a ser paciente por Julieta.

—Es raro saber que tengo una familia —susurró—. O al menos una tía. Es lo que siempre soñé, pero ahora ni siquiera estoy segura de querer conocerla. Todo está envuelto en tanto dolor.

Besé su frente. Sabía un poco lo que era vivir distanciado de la familia a causa del dolor y los traumas del pasado, pero mi situación no era ni siquiera tan mala como la de Julieta—. No tienes que conocerla si no quieres. Es tu elección.

—Sí, es verdad.

Le apreté la mano.

—¿Quieres tomar una siesta?

Negó con la cabeza.

—Estoy cansada, pero también me siento agitada. No creo que pueda dormir en este momento.

—Lo entiendo, Ángel. —Yo sentía lo mismo. Cada músculo de mi cuerpo estaba tenso, como si me estuviera preparando para una pelea—. ¿Quieres jugar Mario Kart?

Sus ojos se iluminaron y una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—Sí, quiero.

Preparé el juego y me senté a su lado en el sofá. Inmediatamente se arrimó a mí y apoyó su cabeza en mi hombro.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

La miré, confundido.

—¿Yo? Estoy bien.

Tarareó y volvió a sentarse en mi regazo.

—Todo lo que pasó debió de ser horrible para ti.

Por una vez, me quedé sin palabras. Ella era la que había sido secuestrada y drogada. ¿Por qué me estaba preguntando cómo estaba?

Me pasó los dedos por el cabello y se me cerraron los ojos de lo bien que me sentí. Sus labios rozaron mi mejilla.

—Está bien que te resulte difícil. No sé qué haría yo si pensara que habías muerto.

La abracé con más fuerza, apretándola contra mi pecho.

—Fue lo peor que he sentido en mi vida, pensar que nunca volvería a hablar contigo, y sabiendo que fui yo quien te había fallado.

—¿De qué estás hablando? No me fallaste —objetó con fiereza—. Me rescataste.

—Deberías haber estado a salvo aquí. —Los albaneses, o más específicamente, Arta, había aprovechado una debilidad en la red eléctrica de New York City para desactivar los sistemas de alarma de nuestro edificio de apartamentos. Franco y Sienna ya habían hecho cambios para asegurarse de que nadie pudiera volver a hacerlo, y Matteo contrató a una empresa privada para que auditara nuestra seguridad. Pero yo seguía nervioso. Había expuesto a Julieta al peligro al introducirla en mi mundo. ¿De qué servía si no podía protegerla?

—Hace tiempo que tuve que aceptar que el mundo nunca es completamente seguro. Y que algunos riesgos valen la pena. —Tomó mi rostro y me miró fijamente—. La única razón por la que soy remotamente funcional en este momento es gracias a ti. Porque cuando desperté de entre los muertos, el rostro que vi fue el tuyo.

—Ángel —pronuncié, con la voz rota por la emoción—. Siempre te encontraré.

Se inclinó y sus labios se encontraron con los míos, dulces y suaves. Agarré su nuca y la incliné hacia atrás para tener un mejor acceso mientras profundizaba el beso.

Me sumergí en la sensación de Julieta, su peso sobre mi regazo, los suaves ruiditos que hacía, la dulzura de su boca. La parte de mí que se hizo añicos cuando supe que había muerto empezó a recuperarse.

76

JULIETA

Alguien estaba gritando.

En cuanto lo pensé, el grito se detuvo. Una respiración entrecortada llenó el aire y me di cuenta de que *yo* era la fuente del sonido.

Mientras volvía lentamente a mi cuerpo, lo escuché. *Romeo*.

—Te tengo. Estás a salvo.

Su cuerpo me envolvió y me acarició lentamente la espalda. Me aferré a él, apretando mi cara contra su cuello.

—Lo siento —susurré.

Me sentí fatal por interrumpir su sueño. Las dos lámparas de las mesitas de noche iluminaban la habitación. Romeo se negó a que las apagara, insistiendo en que podía dormir perfectamente bien teniéndolas encendidas. Tal vez era cierto, pero estaba claro que no dormía por mis gritos.

Me agarró con más fuerza.

—No te disculpes. Nunca conmigo.

La intensidad de su tono me hizo un nudo en la garganta.

—Dejaré de disculparme cuando dejes de sentirte culpable por lo ocurrido.

—Julieta…

—No, solo escúchame. No puedes controlarlo todo. A veces, pasan cosas malas. La diferencia es que esta vez, tuve a alguien que me salvó. —Enredé mis dedos en su cabello. Necesitaba otro corte pronto.

—Si lo que te pasó no fue culpa mía, entonces lo que le pasó a Breanna no fue culpa tuya —insistió Romeo—. Tú tampoco puedes controlarlo todo.

Por primera vez desde que me enteré de que Breanna se había quitado la vida, parte de mi vergüenza se aflojó. Culparme era una forma de mantener la ilusión de que podía haber cambiado la situación cuando no había nada que pudiera haber hecho. Aunque era una píldora muy trágica que tragar, tal vez era la manera de seguir adelante.

—Intentaré dejar de sentirme culpable si tú también lo haces —sugerí—. Te amo, mi amor. No quiero que cargues con esto.

Sus labios rozaron mi frente.

—Lo intentaré. Te lo prometo.

La calma nos rodeó mientras nos abrazábamos. Incluso con mis pesadillas persistentes, había algo especial en estar despierta con él en medio de la noche.

—¿Quieres contarme el sueño? —Me acarició la nuca y me masajeó suavemente el cuero cabelludo.

—Fue lo mismo. Estar sola atrapada en la oscuridad.

—Nunca más. Jamás. —Frunció el ceño—. Ojalá pudiera acompañarte en tus pesadillas y luchar contra la oscuridad.

Presioné mi sonrisa contra su garganta. ¿Cómo era posible que pudiera ser absorbida por mi trauma y ser feliz al mismo tiempo? Las pesadillas, los ataques de pánico, la agorafobia y los impulsos de cortarme habían vuelto, sin embargo, no estaba sola para afrontarlos… y quizás eso significaba que no volvería a ahogarme.

Besé su garganta y bajé hasta su hombro y su clavícula. Olía tan bien, a cuero y sal y a mi gel de baño de fresa.

Me agarró fuertemente por la cadera y me arqueé contra él. Por primera vez desde que llegué a casa, sentí *deseo*. Quería estar en mi cuerpo. Quería *sentir*.

Mis manos se arrastraron por su pecho.

Romeo gruñó.

—Dulzura, estás segura…

—Te deseo.

Su mano se desplazó hasta mi trasero y lo apretó. Me dolía el corazón de la emoción. No me había dado cuenta de lo mucho que extrañaba sus caricias, lo mucho que echaba de menos sentirme *sexy* y deseada.

Metí mi mano en sus bóxers y apreté su longitud. Mi coño se estremeció ante el vacío. Lo necesitaba dentro de mí.

Otro gruñido y me dio la vuelta para que quedara boca arriba.

—Si crees que hay una maldita posibilidad de que no te corras tú primero esta noche, es que no me conoces, preciosa. —Sus labios chocaron con los míos y envolví sus caderas con mis piernas, atrayéndolo hacia mí. Ambos gemimos, recorriendo el cuerpo del otro con las manos. Chispas de placer se dispararon desde mi centro hasta mi estómago.

Romeo me recorrió los costados y las caderas con las manos y, por una vez, no sentí ni un atisbo de ansiedad por la timidez. Al parecer, haber estado a punto de morir había curado mis problemas sobre el aspecto de mi cuerpo.

Me besó por todo el cuerpo y dedicó varios minutos a chuparme los pezones hasta dejarme empapada, antes de bajar hasta mi centro. Mi coño se apretó con anticipación, desesperado por él.

Empezó despacio, dándome caricias suaves. Su lengua presionaba mi clítoris y sus dedos acariciaban mi entrada hasta que le pedí más.

—¡Por favor! —rogué.

—Mi chica golosa, tan desesperada por mí. —Se apartó lo suficiente para sonreír ante mis mejillas ruborizadas—. Me encanta.

Jadeé cuando por fin presionó su dedo grueso dentro de mí. Su boca volvió a mi coño y solté un sollozo cuando me chupó el clítoris.

—Romeo. Qué bien se siente.

—Me encanta escucharte gritar mi nombre, demonios.

Me arqueé contra su boca, mi cuerpo desesperado por liberarse.

—Estoy a punto. —Me pasé el brazo por la cara con un quejido, el placer era casi abrumador.

Los dedos de Romeo recorrieron mi piel, me acariciaron el pecho y jugaron con mi pezón.

—Te tengo, nena. Déjate llevar.

Su seguridad me llevó al límite. Me lamió a través de las oleadas de placer hasta que se convirtieron en otro orgasmo. La intensidad me robó el aliento hasta que sentí que flotaba fuera de mi cuerpo.

Cuando por fin bajé a tierra, mis extremidades estaban relajadas y pesadas, y Romeo seguía entre mis piernas.

Presionó su rostro contra mi coño, aspirando profundamente.

—Joder, lo eres todo. —Subió lentamente por mi cuerpo. Sentirlo contra mi piel sensible era demasiado y no lo suficiente. Lo rodeé con las piernas y los brazos, necesitando su peso.

Me pasó la nariz por un lado de mi cara.

—Te amo, Ángel. Muchísimo.

Lo abracé con más fuerza.

—Yo también te amo.

Su polla se clavó en mi entrada, esperando a que yo asintiera. Sus ojos no se apartaron de los míos a la par que me penetraba lentamente. Me incliné hacia él mientras me acariciaba el rostro. Se me llenaron los ojos de lágrimas ante su ternura. Las secó cuando se derramaban por mis mejillas.

—¿Estás bien?

Besé su mejilla.

—Más que bien. Por favor. Continúa.

Una sonrisa se dibujó en su rostro, transformándolo completamente. Era el hombre más guapo que había visto en mi vida y, de alguna manera, era mío.

—Puedo hacerlo.

La sacó casi por completo y volvió a penetrarme, haciendo que me arqueara y gritara. Nos movimos juntos, en sintonía, como si nos conociéramos desde hacía mucho más tiempo, pero así había sido nuestra relación desde el principio. Solté una risita pensando en ello, y él alzó una ceja.

—Preciosa, estoy haciendo lo mejor que puedo, ¿y tú… te ríes?

Arrastré mis dedos por su cabello, raspando mis dedos contra su cuero cabelludo.

—Simplemente estoy feliz y pensando en cómo nunca te has sentido como un extraño, incluso cuando me tenías como rehén en mi tienda.

Se burló.

—No te tenía como rehén.

Mi boca esbozó una sonrisa, y fue su turno de reír.

—Bien. Puede que sí, pero no lo lamento. Te tomaré como rehén cuando quieras.

Me agarró el muslo, levantándolo para que estuviera aún más abierta para él. Me embistió con fuerza, empujándome hacia arriba del colchón.

—Eres tan ridículo. —Jadeé.

—*Nah*, simplemente estoy completamente obsesionado con mi Julieta.

Mis dedos se clavaron en su piel. Era tan suave, cálido y *real*. Después de pasar los últimos días entumecida y fuera de mi cuerpo, era un alivio estar de vuelta en él y experimentar placer y seguridad.

Romeo era mi *seguridad.*

Metió la mano entre nosotros y me frotó el clítoris con el pulgar. No necesité casi nada para correrme de nuevo.

—Carajo, me estás apretando mucho. —Enterró su cara en mi cabello mientras se corría. Su respiración y sus gemidos fueron casi suficientes para volver a correrme.

Deslicé mis dedos por su mandíbula, atrayéndolo hacia mis labios. Cuando por fin salió de mí, apreté mis muslos para evitar gotear sobre las sábanas.

Me besó en la nariz.

—Ahora vuelvo.

Volvió con una toallita y me limpió. Mis mejillas se sonrojaron cuando me separó los labios del coño y me miró fijamente.

—¿Qué estás haciendo? —chillé.

Me soltó con una palmada suave.

—Solo quería revisarte. Necesito asegurarme de que mi chica no está demasiado adolorida.

Puse los ojos en blanco cuando volvió a tumbarse en la cama. Nos acostamos de lado, uno frente al otro.

—Tengo algo para ti —dijo.

—¿Sí?

Agarró algo del cajón de la mesita de noche, pero me lo ocultó. Me pasó la mano por el brazo hasta que sentí que algo se deslizaba por mi dedo. Fruncí el ceño y aparté mi mano de la suya.

El corazón me dio un vuelco.

En mi dedo estaba el anillo de compromiso más hermoso que jamás había visto. El diamante central era de corte princesa y estaba rodeado de diamantes colocados en forma de rayos de sol.

Me quedé boquiabierta y miré a Romeo a los ojos.

—Elegí este diseño porque me recordaba a una estrella, y tú eres mi *stellina*. La luz en mi oscuridad.

Me quedé boquiabierta.

—*Umm*, ¿no te falta un paso?

—¿Qué paso?

—*Oh*, no lo sé. ¿Este anillo viene con una *pregunta*?

—*Nop.*

—*¿Nop?* —Volví a mirar el anillo. Me encantaba, pero ¿quizás no era un anillo de compromiso? ¿Me estaba equivocando?

Romeo me agarró la barbilla.

—No tengo ninguna pregunta porque te casarás conmigo, Julieta. Nunca voy a dejarte ir, así que haré todo lo posible para asegurarme de que estés tan atada a mí que nunca puedas desenredar el nudo.

Mis labios se torcieron.

Me quité el anillo del dedo y se lo devolví.

—Arrodíllate y pídemelo como se debe.

Gruñó y me mordió el labio en señal de castigo, no obstante, se levantó de la cama. Sus manos se extendieron por mis muslos, mientras me jalaba hacia el borde del colchón. Se arrodilló ante mí, ofreciéndome el anillo.

—Julieta, ángel mío. Nadie ha amado nunca como yo te amo. Quiero estar contigo para siempre. ¿Quieres casarte conmigo?

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Te amo tanto.

—¿Y? —preguntó impaciente.

Dejé escapar una risita llorosa.

—Sí, claro que me casaré contigo.

—Claro que lo harás. —Sonrió satisfecho y volvió a ponerme el anillo en el dedo.

Brillaba incluso con poca luz.

—Es muy bonito. Gracias.

Romeo me besó la rodilla.

—Lo que sea por ti. —Me subió las manos por las piernas, apretándome ligeramente las cicatrices antes de acercarse a mi centro. Me dedicó una sonrisa salvaje—. Ya que estoy arrodillado aquí, más vale que aproveche mi posición.

—*Mmm,* más vale.

Chillé cuando me atrajo más. Me dejé caer hacia atrás cuando me abrió las piernas.

Y me mostró lo feliz que estaba con mi respuesta una y otra vez.

Me despertÉ sintiéndome inesperadamente descansada. Lo primero que hice al abrir los ojos fue ver fijamente mi nuevo anillo.

Una risita grave vibró contra mi espalda.

—¿Debería estar celoso del anillo?

Giré lentamente en la maraña de brazos y piernas de Romeo hasta quedar frente a él.

—No te preocupes, tu cara es mucho más bonita.

Me apretó el trasero con fuerza.

—Malcriada.

Me retorcí contra él. Estaba un poco adolorida por lo de anoche, pero eso no impidió que mi coño se apretara con la desesperación de ser llenado de nuevo.

Romeo me besó.

—Conozco esa mirada. Necesitas que te follen, ¿verdad, nena?

Gemí cuando presionó su pierna firmemente entre las mías. Me apreté contra él, el placer era delicioso, pero no era suficiente.

—Esa es mi chica. Voy a follarte hasta que grites mi nombre. ¿Quieres?

—Sí, *por favor.*

—Me suplicas de forma tan bonita. Pero antes tenemos que hacer otra cosa.

Mi frente se arrugó en un ceño de disgusto.

—¿Otra cosa?

—Sí. Y si eres una chica muy buena, recibirás una recompensa.

Me aferré a él mientras se alejaba, y cuando buscó algo dentro de su mesita de noche, me animé. Tal vez recibiría más regalos. Sin embargo, lo que Romeo sacó del cajón definitivamente *no* era una joya.

El corazón me dio un vuelco cuando vi la jeringa y la gasa que tenía en la mano.

—*Umm,* ¿qué es eso?

Nos movió hasta que estuvimos sentados contra la cabecera.

—Esto es lidocaína y esto —sacó otra cosa del cajón—, es un aplicador para un rastreador.

—¿Un rastreador?

Asintió con los ojos apretados.

—Leona me lo consiguió. Los irlandeses desarrollaron un *chip* GPS lo bastante pequeño como para inyectarlo bajo la piel, y lo bastante potente como para enviar una señal a mi teléfono estés donde estés.

Se me cayó la mandíbula.

—¿Quieres poner eso dentro de mí?

Se pasó los dedos por el cabello.

—Ya hay un rastreador incrustado en tu anillo.

Me quedé estudiando fijamente mi anillo, tratando de averiguar dónde podía esconderse un rastreador. Debía de ser diminuto.

—Si hay uno en mi anillo, ¿por qué necesitas inyectarme otro?

—Porque no voy a correr ningún riesgo, Julieta. Podrías quitarte el anillo o perderlo en algún lugar. Alguien podría llevárselo al otro lado del país mientras te roba en dirección contraria.

Romeo tenía la mandíbula rígida de esa manera obstinada que me decía que no cedería en esto. Era lo más desquiciado, absurdo y posesivo que podía imaginar… así que, ¿por qué me gustaba? Había pasado toda mi vida sintiéndome perdida. Por retorcido que fuera, la

idea de que el hombre al que amaba siempre pudiera encontrarme me hacía sentir segura.

Respiré profundamente.

—De acuerdo.

—¿Sí?

Extendí mi brazo.

—Hazlo rápido antes de que me despierte completamente y me dé cuenta de que eres un auténtico psicópata por querer hacer esto.

Romeo no me hizo esperar. La toallita con alcohol se sentía fría sobre mi piel mientras la limpiaba.

—Primero tengo que inyectar la lidocaína.

Cerré los ojos para no tener que ver cómo entraba la aguja. Mi nariz se arrugó al sentir el pinchazo, pero terminó rápidamente.

Una vez que mi brazo estuvo adormecido, Romeo colocó el aplicador contra mi piel.

—¿Estás seguro de que no hay riesgo? —pregunté mirando el dispositivo.

Romeo señaló una pequeña costra en la parte superior de su bíceps.

—Nunca te haría algo si no supiera con certeza que es seguro.

Pasé suavemente el dedo por la zona de su piel.

—¿Tienes un rastreador?

Asintió con la cabeza.

Una lenta sonrisa se dibujó en mi rostro.

—¿Eso significa que puedo rastrearte?

Me agarró la barbilla y se inclinó para besarme.

—Por supuesto. Quiero que puedas cazarme y hacer lo que quieras conmigo.

Mis mejillas se sonrojaron y puse los ojos en blanco.

—Ya deja de coquetear conmigo.

—Jamás. —Apretó el dispositivo contra mi brazo—. Respira profundo, nena.

Cerré los ojos con fuerza y forcé el aire en mis pulmones. El aplicador hizo *clic* y sentí una presión profunda en el brazo, casi como un moretón.

Después, los labios de Romeo se posaron suavemente sobre los míos.

—Lo hiciste muy bien para mí.

Me atreví a mirar. Romeo había envuelto una gasa alrededor de la pequeña zona de la inyección.

—Dime si comienza a dolerte o molestarte de algún modo.

Me dejé caer de nuevo en el colchón con un suspiro, la adrenalina todavía corriendo a través de mí.

—Algo *más* me está molestando ahora mismo.

Romeo se apoyó sobre mí, sonriendo.

—¿Quién está coqueteando ahora?

La risa estalló en mi pecho, inesperada y maravillosa. Los ojos de Romeo se abrieron de par en par y sus labios se entreabrieron. Me observaba como si fuera mágica, pero todo era gracias a él. Su amor me transformó por completo.


UN MES
DESPUÉS

77

JULIETA

SOFIYA

¡Es el día del vestido de novia, ahhh!

SIENNA

¡Ojalá Sofiya estuviera emocionada!

SOFIYA

Oye, no pude elegir mi vestido de novia. Estoy viviendo la experiencia a través de Julieta

La encargada de la tienda de novias llegará en una hora. ¿Quieres que se instale en el penthouse o en tu apartamento? Cualquiera de las dos opciones nos parece bien

Como siempre, Sienna y Sofiya se adaptaron a mí sin hacerme sentir culpable. Llamaron a Romeo y tuvo que irse a primera hora de la mañana, pero Queenie y yo estuvimos practicando cómo usar el ascensor solas.

JULIETA

Iré para allá.

Estaba a punto de dejar mi teléfono cuando volvió a vibrar.

ROMEO

Estoy pensando en ti, Ángel. Me muero de ganas de que seas mi esposa.

JULIETA

Pronto subiré a probarme vestidos de novia. ¿Alguna petición?

ROMEO

Algo peligrosamente sexy.

Espera, no. No quiero tener que dejar ciegos a nuestros invitados.

Algo que te cubra completamente

Debería ser blanco.

JULIETA

Vaya. Eso fue útil.

ROMEO

Malcriada. Te amo.

JULIETA

Te amo. Cuídate.

ROMEO

¿Cómo podría no hacerlo cuando tengo que volver a ti?

Sonreí a mi teléfono como una tonta. En realidad, estaba un poco nerviosa por probarme vestidos. Había mirado vestidos en Internet y enseguida había quedado claro que los diseñadores hacían vestidos para un tipo de cuerpo específico. Sin embargo, Sienna y Sofiya habían insistido en que ellas se encargarían de todo y que encontraría algo perfecto.

Me preparé un *latte*, tomé un *bagel* y salí al pequeño balcón con vistas al parque. Aún no me sentía cómoda saliendo del apartamento, pero ya podía salir al balcón y a la azotea sin ansiedad. Los primeros árboles de Central Park empezaban a reverdecer mientras la primavera intentaba llegar a New York.

Queenie saltó a mi regazo y le dio un mordisco a mi *bagel* antes de que pudiera detenerla.

—¿Si te das cuenta de que en realidad no eres la reina?

Me miró sin arrepentirse y se lamió los labios.

Resoplé. Gobernaba a todo el mundo en sus dominios.

Me quedé afuera después de terminar mi desayuno y practiqué mis técnicas de respiración. Había empezado a ver a una terapeuta. Teníamos sesiones por videollamada dos veces por semana y Romeo incluso había participado en algunas de ellas. Me animaba mucho y estaba dispuesto a hacer todo lo posible para apoyarme.

Las primeras semanas tras mi regreso fueron borrosas, pero Romeo, Queenie y nuestros amigos habían sido constantes. Matteo y yo incluso habíamos vuelto a tener otra clase de defensa personal mientras Clementine hacía ruiditos en su moisés.

Cuando llegó la hora de ir al *penthouse*, me dirigí a la puerta principal con Queenie acurrucada en mis brazos. Había pasado la mayor parte de mi última sesión haciendo terapia de exposición en el ascensor. Queenie se había tomado muy en serio su papel de experta en apoyo emocional.

El corazón me retumbó en el pecho cuando presioné el botón del ascensor. Ahora podía soportar el corto trayecto sin sufrir un ataque de pánico, aun así, no era fácil. Sin embargo, no pude evitar sonreír cuando entré en el ascensor y fui recibida por el arte colorido y las notas escritas a mano que todos en el edificio habían escrito para mí.

Estaba rodeada de amor, incluso en medio de mi miedo.

Segundos después, el ascensor sonó y Queenie y yo bajamos. Angelo estaba afuera del *penthouse* y sonrió al verme.

—Mírate, tomando el ascensor tú sola. —Estaba escribiendo algo en su teléfono y yo entrecerré los ojos.

—¿Estás informando sobre mis movimientos?

Me guiñó un ojo.

—Ya sabes que tu hombre es propenso a hacer dramas si no recibe su informe de Julieta.

Fruncí los labios, pero no pude contener del todo la sonrisa.

Angelo inclinó la cabeza ante Queenie, diciendo:

—Su Majestad. —Antes de abrir la puerta del apartamento—. Diviértete.

Queenie saltó de mis brazos en cuanto cruzamos la puerta y se acercó con aire imperial a Noodle. Su cola lo golpeó en la cara, aunque a él no le importó. Si bien Noodle veía a Queenie como su mejor amiga, yo estaba bastante segura de que ella lo veía como su súbdito real.

—¡Hola! —gritó Sienna—. ¡Estamos aquí adentro!

Me dirigí a la cocina, parpadeando ante la enorme bandeja de charcutería con fruta, queso y postres que había en la isla.

Las chicas me abrazaron y me pusieron una mimosa en la mano.

—Todo está preparado en la sala —informó Sofiya—. Desterramos a todos los chicos excepto a Noodle, y Clementine está con Matteo para que podamos enfocarnos completamente en ti.

Sienna me arrastró a la sala antes de que pudiera balbucear una respuesta sobre cómo estaban haciendo demasiado por mí.

—Esta es nuestra extraordinaria asesora de bodas del día, Charlie —dijo Sienna, presentándome a la mujer que estaba de pie entre dos percheros largos de vestidos blancos.

—Encantada de conocer a nuestra futura novia —saludó Charlie con una sonrisa mientras estrechaba mi mano. Estaba vestida con *jeans* y camiseta y el cabello recogido en adorables moños espaciales, pero lo que me tranquilizó al instante fue que era de complexión grande, como yo. La tensión en mi pecho, la preocupación por ser juzgada por una asesora presuntuosa se desvaneció y fue sustituida por la emoción. Se suponía que esto debía ser *divertido*. Me iba a casar con el hombre de mis sueños y lo haría con un vestido hermoso y elegante.

Charlie no perdió el tiempo seleccionando vestidos para mí y preguntándome qué estilos me gustaban. Le enseñé algunas fotos que tenía en mi teléfono de vestidos que me habían llamado la atención y luego comenzamos. Me ayudó a ponerme los vestidos en la habitación de invitados y los modelé en la sala, donde Sienna había colocado un espejo de cuerpo completo. Todos los vestidos me quedaban bastante bien y solo necesitaban unos pocos arreglos, algo importante ya que la boda sería muy pronto, pero ninguno me parecía el adecuado.

—Tal vez estoy siendo demasiado exigente —expresé, girando frente al espejo. Este vestido era todo lo que pensé que quería: mangas de encaje, ajustado en la parte superior y con una falda voluminosa en la cintura.

—No estás siendo demasiado exigente —afirmó Sofiya con firmeza—. ¡Tienes muchos más que probarte!

—Tiene razón. —Charlie tamborileó sus dedos contra su brazo—. Tengo uno que sé que te quedará increíble. —Sacó un vestido del segundo perchero. Tenía mangas largas, un escote pronunciado y pedrería por todas partes. Era hermoso, pero me di cuenta de que me quedaría mucho más entallado que los que me había estado probando.

—¡Sí! Pruébate ese —animó Sienna, dándome un empujoncito.

Tamborileé mis dedos contra mi brazo, pero tuve que admitir que sentía un poco de curiosidad, así que seguí a Charlie hasta la habitación.

El vestido se sintió diferente desde el momento en que me lo puse. Me dirigí de nuevo hacia Sienna y Sofiya, que jadearon al unísono.

—Julieta, te ves despampanante. —Exhaló Sofiya.

Di vueltas frente al espejo de cuerpo completo.

La pedrería creaba unas líneas preciosas en una silueta por lo demás sencilla, aunque la parte más espectacular del vestido, sin duda, era el escote pronunciado por delante y por detrás. La parte superior del vestido estaba lo suficientemente estructurada como para que no tuviera que usar sostén y mis pechos siguieran luciendo firmes. Nunca había mostrado tanto escote, y me sentía muy *sexy*.

El vestido se ceñía a mis curvas, sin ocultar mis caderas anchas ni mi estómago.

—Es perfecto —comentó Sienna.

—¿No creen que sea poco favorecedor? —Me señalé el torso. Las dos gritaron su desacuerdo, y Charlie también se unió.

—¡Está bien!, ¡está bien! —exclamé, interrumpiendo sus fervientes declaraciones de que era *una diosa sexy con los senos más bonitos que habían visto en su vida*. Me dolían las mejillas de tanto reír—. Entonces creo que este es el vestido.

Se escucharon chillidos de felicidad y pasamos el resto de la mañana hablando de los planes para la boda mientras bebíamos y comíamos bocadillos.

La mano de Romeo rozó mi espalda mientras me acurrucaba contra su pecho en la cama. Era casi medianoche y hace media hora que había llegado a casa. En ese momento, estaba trabajando más para tener todo listo para el día de nuestra boda y la *luna de miel* que seguiría. No teníamos planes de viajar, sin embargo, al parecer Romeo tenía planeada una semana entera de actividades para nosotros en el apartamento.

Yo estaba emocionada de tenerlo para mí sola durante una semana.

—Hoy hablamos de la lista de invitados —conté—. Y me preguntaba si habías invitado a tu mamá.

Romeo casi nunca hablaba de su madre. De vez en cuando hablaban por teléfono y yo sabía que vivía en Italia, pero aparte de eso, ella era un misterio.

Su mano se detuvo en mi espalda.

—No estoy seguro.

—Se acerca muy pronto.

Como no respondió, me apoyé en su pecho desnudo.

—No me has hablado mucho de ella. ¿Eras muy unido a tus padres mientras crecías?

Sus dedos jugaron con las puntas de mi cabello.

—Éramos muy unidos cuando era un niño. Mis padres eran increíbles. Tuvieron un matrimonio arreglado, pero mi padre me dijo que se enamoró de ella cuando mamá caminó hacia el altar. Tuve una infancia increíble.

—Me alegro mucho de que la tuvieras —repliqué.

Me rodeó con ambos brazos, abrazándome contra su pecho.

—Ojalá tú también hubieras tenido eso, Ángel.

Tarareé.

—Entonces, ¿qué pasó?

—El padre de Matteo, Aurelio Rossi, era Don. Aldo, su hermano, tenía hambre de poder y asesinó a Aurelio. Matteo y Sienna apenas escaparon con vida. Pasamos los dos años siguientes en guerra, mi familia como muchas otras apoyaban la reclamación de Matteo, pero algunas apoyaban a Aldo. Atacaron a todos los que apoyaban a Matteo. Un grupo de los hombres de Aldo irrumpió en casa de mis padres y los mantuvieron como rehenes durante días. Los torturaron, y al final asesinaron a mi *papà*. Apenas llegué a ella a tiempo.

Le di un suave beso en la mejilla, deseando poder quitarle el dolor. Estaba segura de que había muchas cosas que no había dicho porque le costaba demasiado hablar o porque quería protegerme de ellas, pero le agradecí que compartiera tanto como lo había hecho.

—Lo siento mucho —consolé—. Es horrible que todos hayan pasado por eso.

Respiró profundamente.

—Mamá se mudó a Italia después de lo que pasó, y las cosas han sido tensas entre nosotros desde entonces.

—¿Alguna vez la visitas?

Se encogió de hombros.

—Estuve en Italia hace un par de años y la vi. Ahora tiene una nueva pareja, una mujer llamada Francesca que conoció después de mudarse allá.

—¿Eso te molesta? ¿Que esté con alguien nuevo, y que sea una mujer?

Negó con la cabeza.

—No, quiero que sea feliz. Conocí a Francesca una vez, pero parecen hacer buena pareja.

—Ella es la única familia que te queda. Tenemos que invitarlas a ambas. —Cuando no respondió, le acaricié la mejilla—. ¿Qué es lo que no me estás contando?

Me dedicó una sonrisa breve.

—Nada. Estoy seguro de que a mi madre le encantará venir. Te adorará.

Aún tenía la sensación de que me ocultaba algo, mas no quería presionarlo. Confiaba en que me lo diría cuando estuviera listo.

—¿Te he dicho lo emocionado que estoy por casarme contigo? —murmuró.

Besé suavemente sus labios.

—Puede que lo hayas mencionado una o dos veces.

78

JULIETA

La cama se movió y me di la vuelta con un quejido. No sabía qué hora era, solo que era *demasiado temprano*. Busqué a Romeo, pero mi mano chocó con el aire.

Una risita baja junto a mi oído me relajó.

—Me encanta lo mucho que me deseas incluso mientras duermes. —Sus labios rozaron mi mejilla.

—Vuelve a la cama —me quejé, estirándome detrás de mí para agarrarlo.

—No puedo. Tengo cosas muy importantes de la boda que hacer.

Abrí los ojos bruscamente.

—¿Qué tipo de cosas?

Sus manos rodearon mi cuerpo mientras se inclinaba para besarme.

—Cosas secretas.

Intenté tumbarlo encima de mí, pero no cedió.

—¿Cuándo volverás? —Estaba haciendo pucheros, pero era el día de mi boda, así que se me permitía hacerlo.

—El novio no puede ver a la novia antes de la boda.

Fruncí el ceño.

—Me estás viendo ahora.

Se rio entre dientes, con un sonido grave y delicioso.

—Es demasiado temprano. No cuenta. —Se medio tumbó encima de mí—. No me mires así. Te gustará la sorpresa. Además, te lo compensaré esta noche.

Mis mejillas se sonrojaron y mi centro se apretó, desesperado por lo que me estaba prometiendo.

—Más te vale.

—Demonios, que tierna eres. No puedo esperar a casarme contigo, esposa.

Lo respiré y saboreé el peso de su cuerpo sobre el mío.

—No veo la hora de casarme contigo, esposo.

Me besó suavemente, apartándose con una sonrisa cuando intenté profundizar el beso.

—Sofiya y Sienna llegarán pronto con el desayuno. Diviértete hoy, Ángel. La próxima vez que te vea, estarás caminando hacia el altar.

—Los estilistas y maquilladores deberían estar aquí en unos minutos —notificó Sienna mientras recogía nuestros platos del desayuno.

—¡Lo que significa que es el momento para esto! —exclamó Sofiya, sosteniendo una cajita envuelta en papel plateado.

Sonreí al ver el nombre de Queenie en la etiqueta del regalo.

—Oye, bonita, ven aquí. Papi te compró un regalo. —Queenie bajó de un salto del sofá y se estiró lentamente, mostrando el suéter azul que Romeo le había tejido, parte de una extensa y creciente colección de ropa en miniatura.

—*Oohh,* ¿qué es? —Sienna se acercó mientras lo abría.

—*Oh,* Dios mío. No lo hizo. —Era una tiara dorada tamaño gatito con piedras que parecían diamantes.

—Es lo más tierno que he visto en mi vida —soltó Sofiya—. Veámosela puesta a la reina.

Queenie trotó hacia nosotras, la levanté y la senté sobre la encimera.

—No son diamantes de verdad, ¿o sí?

Sofiya resopló.

—No, claro que no. Sería algo completamente absurdo.

Me quejé.

—Diablos, son auténticos, ¿no?

Sienna soltó una carcajada.

—Espera, eso me recuerda algo. ¿Recuerdas ese subsidio que te dieron antes de Navidad?

Asentí, desconfiando de adónde iba esto.

—Falsifiqué esa carta y Romeo envió el dinero.

Me quedé boquiabierta.

—¿Estás bromeando?

—*Nop.* Quería enviarte medio millón de dólares y se irritó muchísimo cuando le dije que eso era demasiado para ser creíble.

Mis labios se torcieron mientras intentaba no sonreír. Mi hombre ridículo. Lo regañaría por esto más tarde, aunque en este momento iba a disfrutar que me mimaran. Después de todo, era el día de mi boda.

Puse la tiara en la cabeza de Queenie.

—Pareces absolutamente de la realeza. —Me preocupaba que se la quitara de encima, pero se limitó a mirar a su alrededor con aire imponente.

—*Oh*, sabes que eres la reina, ¿verdad? —Sienna le rascó la barbilla y Queenie ronroneó.

Le quité la tiara.

—Te la volveremos a poner cuando sea tiempo para la boda. —Fui a colocarla de nuevo en la caja de la encimera y me quedé helada cuando vi una caja más grande a su lado.

—El siguiente es el tuyo —señaló Sofiya sonriendo.

Este regalo tenía mi nombre en la etiqueta. Me temblaron los dedos cuando desenvolví el papel plateado y abrí la caja de terciopelo negro que había debajo, revelando otra tiara. Solo que esta era de tamaño humano y aún más hermosa. Estaba compuesta por pequeñas ramas de oro que se unían para formar una punta en la parte superior. Había pequeños diamantes incrustados en las puntas de las ramas, que añadían brillo sin opacar el diseño

orgánico. Era lo más bonito que había visto en mi vida, aparte de mi anillo de compromiso.

Miré a Sofiya y Sienna con la boca abierta.

—Me regaló una tiara.

—Te quedará increíble —agregó Sofiya, aplaudiendo.

Quería discutir y decir que era excesivo, incluso extravagante para una chica que había vivido en hogares de acogida, pero estaba demasiado ocupada mirándola como para discutir.

Cuando tocaron la puerta, los maquilladores y estilistas llegaron y el apartamento se llenó de ajetreo. Dos mujeres me llevaron a una silla y empezaron a trabajar en mí. Durante todo el tiempo, agarré con fuerza la tiara, intentando mantenerme presente y centrada. Era mi día, mi vida. Me merecía disfrutarlo.

Una vez que mi cabello quedó con ondas sueltas, con las puntas rosas recién teñidas ante la insistencia de Romeo, la estilista colocó la tiara en mi cabeza. Respiré profundamente mientras me hacía girar hacia el espejo. La tiara encajaba a la perfección con mi peinado, y mi maquillaje era suave y natural, al tiempo que resaltaba mis mejores rasgos. Una semilla de alegría floreció en mi estómago. Parecía una princesa. Así me vería cuando me casara con el hombre de mis sueños.

La vida era increíblemente maravillosa.

—*Wow* —suspiré—. Nunca me había visto así.

—Te ves espectacular —elogió Sofiya mientras hacía rebotar a Clementine en su regazo. Matteo la había subido hace un rato para que la amamantara.

Sienna me rodeó suavemente los hombros con los brazos.

—No puedo creer lo extraordinariamente hermosísima que es mi nueva hermana. Romeo se volverá loco.

Abaniqué mis manos frente a mi cara.

—No me hagas llorar.

—¡No se permite llorar! —exclamó Sofiya.

—Nunca lo haría —me burlé.

—No te preocupes, estaré aquí hasta la ceremonia para retoques si es necesario —aseguró la estilista guiñándome un ojo.

Un grito en la puerta principal me hizo salir de la habitación.

—No se preocupen. ¡La diversión ha llegado! —Leona entró al apartamento en un torbellino de energía, con su cabello rojo en una explosión de rizos a su alrededor—. Traje lo esencial para el día, un regalo de noche de bodas, *champagne* y ¡a tus suegras! —Se hizo a un lado, dejando ver a dos mujeres.

Reconocí a Allegra De Luca por una foto que Romeo me había enseñado de su infancia con sus padres. Las líneas de expresión de su rostro reflejaban el paso del tiempo, aunque seguía siendo una mujer deslumbrante de piel aceitunada y una melena corta negra. Una mujer con un corte tipo *pixie* plateado sostenía su mano.

—Hola, Julieta —saludó mi suegra, sonando casi tímida.

Las dos nos quedamos inmóviles durante un momento incómodo, sin saber qué hacer, y luego nos abrazamos. Éramos más o menos de la misma estatura y sus brazos eran cálidos y fuertes.

—Te ves encantadora. Es fácil ver por qué mi hijo está tan enamorado de ti.

—Es un placer conocerla. Muchas gracias por venir —pronuncié cuando nos separamos. Allegra se secó una lágrima que tenía en el rabillo del ojo. Voltee hacia la mujer con la que estaba—. Ambas.

—Soy Francesca —dijo antes de abrazarme—. Es un honor estar aquí.

—¿Qué tal su viaje? —pregunté.

—*Oh,* todo estuvo muy bien —contestó Allegra.

—Romeo nos compró boletos de primera clase, así que nos consintieron mucho —agregó Francesca.

—Qué bien. —Jugueteé con mi bata, sin saber qué más decir—. Siento que no hayamos hablado antes.

—Tendremos mucho tiempo para conocernos en el futuro —expresó Allegra—. Si eso es lo que quieres.

Francesca pasó su brazo alrededor del hombro de Allegra. Había algo vulnerable en esta mujer que reconocí.

—Me encantaría —opiné—. En realidad, no tengo familia, así que… —Me aclaré la garganta mientras me interrumpía con incomodidad.

—Siempre quise tener una hija. —confesó Allegra, con la voz tensa. Sacó una cajita de su bolso—. Te traje esto.

Dentro de la caja de terciopelo negro había un par de unos delicados aretes de oro que parecían pequeñas estrellas de sol.

—Son preciosos —comenté.

—Claro que no tienes que ponértelos hoy, pero quería que los tuvieras. Eran de mi madre.

¿Por qué todo me hacía llorar hoy? Parpadeé para alejar las lágrimas, conmovida por el hecho de que ella quisiera que yo tuviera una reliquia familiar. Nunca pensé que tendría eso.

—Me encantan y será un honor lucirlos hoy. Hacen juego con mi anillo. ¿Pero estás segura de que quieres que los tenga?

—Sí, por supuesto.

Me volteé hacia el espejo de la sala y, mientras me los ponía, la puerta volvió a abrirse. Esta vez entró Arturo, con un elegante traje verde y un corbatín a juego. Esbocé una enorme sonrisa. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que vi al dueño de la librería y lo había echado de menos.

—Julieta. Te ves hermosa. —Me estrechó en un fuerte abrazo y bajó la voz—. ¿Estás segura de que quieres hacer esto? Traje mi coche por si quieres escaparte.

Arturo se había criado en la mafia; sabía exactamente lo mucho que arriesgaba con su oferta, pero no me cabía duda de que era sincero.

Mis labios se torcieron.

—Sí, estoy muy segura.

Parecía un poco disgustado y le di un golpecito en el brazo.

—Anímate. Será estupendo. Gracias por aceptar casarnos.

Cuando le dije a Arturo que iba a casarme, me regañó por haberle ocultado quién era mi *novio*, según sus palabras. ¿Y cuando se enteró de quién era mi prometido? Me soltó un sermón aún más largo sobre los peligros de los hombres en la mafia y sobre cómo había podido ser tan estúpida y que Romeo De Luca era un donjuán muy conocido en el que no se podía confiar.

Al día siguiente, me llamó para decirme que había solicitado una licencia de oficiante de bodas en caso de que yo quisiera que él nos casara.

Claro que le dije que sí.

—Esta es la señora De Luca, mi casi suegra —le presenté a Arturo.

—Oh no, Julieta. Por favor, llámame Allegra —pidió ella—. Encantada de conocerlo. —Arturo le besó las mejillas e hizo lo mismo con Francesca.

—Trabajo en la librería de Arturo desde hace un par de años. De hecho, allí conocí a Romeo.

Me dolía el corazón al pensar en la librería. Aunque estaba progresando en la terapia, no me sentía lista para volver a trabajar. Una parte de mí temía no estarlo nunca. Arturo había sido totalmente comprensivo y yo le había ayudado a contratar a un nuevo gerente, sin embargo, me seguía doliendo. Sienna y Sofiya no dejaban de animarme a abrir una cuenta de libros en las redes sociales para poder compartir lo que leía, y lo estaba considerando.

—Julieta es prácticamente mi nieta —habló Arturo con firmeza.

«No llores. No puedes arruinar tu maquillaje».

Sienna nos llevó a todos a una mesa enorme que habían preparado para un almuerzo tardío. Romeo no paraba de mandarme mensajes, diciendo que el tiempo pasaba muy despacio y que por qué habíamos decidido celebrar la ceremonia al atardecer.

Cuando *finalmente* llegó el momento de vestirnos, Sienna y yo nos dirigimos a mi habitación para que me subiera la cremallera.

—¿Qué te parece? —me preguntó, apoyando su barbilla en mi hombro mientras se colocaba detrás de mí.

—Me encanta.

Sonrió.

—Bien, porque te ves tan jodidamente ardiente, y Romeo no sabrá cómo lidiar con eso.

Salí de la habitación, donde mis invitados jadeaban y lloraban. Incluso Arturo se quedó atragantado. Mientras todos se preocupaban por mí y me decían lo hermosa que me veía, finalmente me di cuenta de algo… ahora tenía una familia.

79

JULIETA

El cielo se tiñó de rosa cuando el sol empezó a ocultarse, y Matteo y yo estábamos al pie de las escaleras que conducían a la azotea, esperando a que la música de la ceremonia nos diera la señal. Nunca había soñado con una boda lujosa y me habría conformado con que Romeo y yo firmáramos un acta de matrimonio y lo diéramos por terminado, pero en este instante, que tenía puesto el vestido y nuestros amigos nos esperaban, comprendí por qué había insistido tanto en esto.

Nuestra relación era lo más grande que jamás había vivido y merecía ser celebrada.

Mi estómago se llenó de mariposas.

—¿Estabas nervioso antes de tu boda?

Matteo arqueó una ceja.

—No.

Ah, bueno.

—Pero lo habría estado si hubiera sabido que me casaría con la mujer más perfecta del mundo.

Sonreí. Hace un par de semanas, Matteo y yo habíamos estado practicando defensa personal, y él se había ofrecido torpemente a llevarme al altar. Cuando le dije que sí, juro que se ruborizó.

Casarme con Romeo no me unía solamente al hombre de mis sueños, sino que me convertía oficialmente en parte de esta familia.

La música comenzó, y Matteo me regaló una sonrisa poco frecuente.

—¿Lista?

Tomé el brazo que me ofrecía.

—Lista.

Subimos los escalones y salimos al techo, que había sido completamente transformado. Sofiya y Sienna me habían prohibido verlo antes, y mi cerebro apenas podía comprender lo que estaba viendo. El suelo de cemento había sido cubierto con lo que parecía césped y una explosión de flores primaverales de colores. Sobre nosotros brillaban suavemente unas tiras de luces mientras el cuarteto de cuerdas tocaba una de mis canciones favoritas.

Lo único en lo que Romeo había insistido para la ceremonia era en que tuviéramos flores rosas. Rosa, dijo, por el color de mi cabello y la alegría que traía a su vida.

Allí estaba él, de pie bajo un arco de flores.

Mi Romeo.

Matteo se rio entre dientes cuando caminé más deprisa. Nuestro entorno, la decoración, los rostros sonrientes de nuestros invitados, todo se difuminó hasta que él fue todo lo que pude ver. Su esmoquin negro se ajustaba a sus hombros anchos y estaba adornado con una flor en el ojal de color rosa claro. Quería pasar mis dedos por su cabello perfectamente despeinado. Mas fue su sonrisa la que me dejó sin aliento y casi me hizo llorar de felicidad.

Cuando Matteo y yo llegamos al frente del altar, Romeo no perdió tiempo en agarrarme por la cintura y estrecharme contra su pecho. Lo abracé y mi ansiedad desapareció al instante.

—Carajo, nena —expresó, con sus labios rozándome la oreja—. Creí haberte dicho que eligieras un vestido que no me obligara a arrancarle los ojos a todos nuestros invitados.

Resoplé.

—Nada de arrancar ojos, por favor.

Arturo se aclaró la garganta ruidosamente, y yo me aparté sonrojándome. Abracé a Matteo antes de que se sentara, y luego

mis manos volvieron a estar entre las de Romeo.

—Hoy estamos aquí reunidos para celebrar el matrimonio de Julieta Leka y Romeo De Luca —recitó Arturo—. Este es un día muy especial para Romeo, que sabe que ni en un millón de años podría merecer a Julieta y que, si alguna vez la lastima, su muerte será lenta y dolorosa.

—¡Arturo! —grité, pero Romeo simplemente se rio.

—Tiene razón, señor. Nunca olvidaré lo afortunado que soy.

—Procura que así sea —advirtió Arturo con severidad antes de guiñarme un ojo. Puse los ojos en blanco, pero en secreto me encantó que le importara tanto.

El resto de la breve ceremonia transcurrió de manera borrosa. Las manos de Romeo sujetaban las mías con fuerza, manteniéndome centrada mientras recitábamos nuestros votos. Cuando llegó el momento de intercambiar los anillos, Arturo los bendijo y nos los ofreció.

Fue justo en ese momento, cuando me preparaba para deslizar el anillo de oro de Romeo en su dedo, cuando lo vi.

—¿Qué hiciste? —solté, olvidando que estábamos a mitad de nuestra ceremonia de boda.

Romeo sonrió satisfecho.

—Me preguntaba cuánto tardarías en darte cuenta.

Levanté su mano entre las mías, boquiabierta, porque ahora estaba cubierta de tatuajes. En sus dedos había letras que formaban la palabra *ángel* y una gran rosa que se extendía por su mano y su muñeca.

—Tengo uno más, pero tendré que enseñártelo más tarde —pronunció guiñándome un ojo.

—No puedo creer que hayas hecho esto. —Se me hizo un nudo en la garganta y las lágrimas amenazaron con estropearme el maquillaje.

Unas manos ásperas sujetaron mi cara.

—Somos tú y yo para siempre, Ángel. Mi *stellina*, mi dulzura. Te amo.

Después de años y años de no ser elegida por las familias de acogida, de estar aislada y sola, Romeo se había marcado

permanentemente para mí. Me había elegido a mí.

—Yo también te amo. —Mis palabras eran carrasposas y llenas de emoción.

Romeo me dio un beso en la frente antes de apretarme la mano.

—Ahora ponme ese anillo, esposa.

Mis labios se curvaron en una sonrisa.

—Lo que tú digas, esposo.

Se lo puse con cuidado en el dedo, sin querer irritar el tatuaje reciente. No perdió el tiempo y me puso el anillo.

—Ya está bien de tanta cursilería —refunfuñó Arturo—. Ahora que han sellado sus votos con el intercambio de anillos, los declaro marido y mujer. Romeo, puedes besar a tu novia.

Mi esposo me acercó a su cuerpo con un brazo alrededor de mi cintura y el otro acariciándome la cara. Sus labios se encontraron con los míos, suaves e insistentes.

Besarlo era como volver a casa.

Las ovaciones de nuestros invitados me devolvieron a la realidad. Allegra, Sienna y Sofiya se limpiaban los ojos. Angelo soltó un grito de júbilo, y Queenie agitó su colita mientras se sentaba en los brazos de Matteo, luciendo como una reina con su corona.

Romeo tomó mi mano y caminamos por el pasillo. Pegué un chillido cuando nuestros invitados empezaron a lanzar pétalos de flores. En el remolino de flores y risas, el mundo parecía absolutamente perfecto.

80

ROMEO

JULIETA BRILLABA BAJO LAS LUCES Y YO NO PODÍA APARTAR LA MIRADA. Bailaba con Sofiya y Sienna, con Queenie en sus brazos. Su risa flotaba en el aire, un sonido aún más cautivador que la música.

Matteo se acercó a mi lado y me agarró el hombro.

—Me alegro por ti, *Fratello*. Te lo mereces.

—Mierda, realmente te has vuelto sentimental.

Me dio un puñetazo en el hombro.

Angelo se acercó y los tres nos pusimos a platicar. Al cabo de un par de minutos, miré de nuevo a la pista de baile, esperando ver a Julieta, pero no estaba allí.

Mi corazón latió con el mismo pánico que siempre sentía ahora cada vez que la perdía de vista. Recorrí la azotea y solo pude respirar profundamente cuando la vi de pie a un lado con mamá.

Mi mamá, a quien había estado evitando desde que llegó porque me daba vergüenza hablar con ella.

Me detuve cerca de donde estaban conversando. No debería estar escuchando, pero maldita sea, no era un santo.

—Este ha sido un día tan hermoso —opinó *Mamma*. Se secó los ojos—. Me sorprendió mucho que Romeo me llamara para invitarme, y le estoy muy agradecida.

—Él te quiere aquí. Ambos queremos —aseguró Julieta.

Mamma titubeó y yo cerré mis ojos con fuerza. Me había alejado de nuestra relación por su bien, y aun así me mataba.

—Desearía saber qué fue lo que hice mal para que se alejara. —Se aclaró la garganta—. No me hagas caso. Este día se trata de ustedes dos y de su felicidad.

Julieta frunció el ceño.

—No creo que hayas hecho nada malo —expresó dulcemente.

Mamma le dio unas palmaditas en la mejilla.

—Eso es lo que todos los padres desean que sea verdad, pero tantas veces no lo es. ¿Sabes lo que le pasó a mi esposo?

Julieta asintió.

—Debió ser devastador.

—Esta vida puede ser muy cruel —comentó *Mamma*—. Cuando estaba recién casada, me preocupaba tanto traer a un niño a nuestro mundo, no obstante, Romeo siempre fue el niño más dulce. Yo era la mejor amiga de la madre de Matteo y quedamos embarazadas con apenas seis meses de diferencia. Criar a nuestros bebés juntas y ver cómo nuestros hijos se convirtieron en mejores amigos fue el mejor regalo. Fueron los años más felices de mi vida. Matteo siempre fue muy serio, incluso de niño, y mi Romeo sacó lo más juguetón en él. —Su voz se volvió más tensa a medida que continuaba hablando—. Ese día lo arruinó todo. Cuando Romeo por fin nos encontró, yo había sido torturada y su padre ya había muerto. Nunca había visto tanta desolación, tanta rabia en mi dulce niño. —Ella moqueó, y mi corazón se rompió. Yo le había hecho esto, le había causado esta pena y sufrimiento.

—Pero no hiciste nada malo —insistió Julieta.

—Debo haberlo hecho —respondió *Mamma*—. Romeo se alejó de mí todos estos años, y no sé por qué. Pensé que era porque verme le traía malos recuerdos, sin embargo, ahora creo que debe ser algo que yo hice.

Espera, ¿qué? ¿Eso es lo que ella pensaba?

Me acerqué a ellas. Julieta me vio primero y me ofreció su mano. Pero yo la atraje hacia mí, necesitaba sentirla.

—¿Cómo pudiste pensar eso? Nunca hiciste nada malo, *Mamma*.

Sus ojos muy abiertos se encontraron con los míos.

—Entonces, ¿por qué te alejaste? —preguntó, casi susurrando.

Apreté la mandíbula y me aferré con más fuerza a Julieta. Mi esposa perfecta. Ella me veía como un héroe, un buen hombre.

En este momento sabría la verdad.

—Por lo que hice cuando maté a esos hombres. —Esa fue una buena manera de decirlo. Los había brutalizado en una masacre, y *Mamma* lo había presenciado todo—. Lo vi en tus ojos. Me tenías miedo y te horrorizaba el monstruo en el que me había convertido. Me mantuve alejado para no causarte dolor.

Su ceño se frunció, confundida, antes de sonreír suavemente.

—Oh, mi niño tontito. Nunca te tuve miedo. Simplemente tenía miedo. El amor de mi vida acababa de ser asesinado frente a mí, y me aterraba pensar en lo que te harían los hombres del usurpador. Y… —Dudó, desviando la mirada—. Tenía miedo *por* ti. No quería que la oscuridad te consumiera, que perdieras todo tu brillo. —Sus ojos volvieron a los míos, con lágrimas—. Pero no lo hiciste. Eres el hermoso hijo que siempre has sido, y ahora tienes a tu lado a tu deslumbrante nueva esposa. Es todo lo que siempre he querido para ti, que experimentes un amor como el que yo tuve. Primero con tu padre, y ahora con Francesca. La vida no es nada sin amor.

Me quedé allí, atónito. Todos estos años había estado tan convencido de que mi madre estaba aterrada de mí, que me despreciaba en secreto.

—Oh, *mio caro*. —Se acercó a mí y casi caí en sus brazos. Por un momento, volví a sentirme como un niño pequeño, siendo abrazado por mi *mamma*.

—*Ti voglio bene, Mamma*. Siento haberme mantenido alejado.

Se retiró un momento y me dio unas palmaditas en la cara.

—Encontraste tu camino de vuelta a casa de nuevo. Y me trajiste una hija. —Era el turno de Julieta. *Mamma* la atrajo hacia sus brazos, estrechándola con fuerza—. Me encantaría ser tu mamá.

Julieta simplemente asintió entre lágrimas, pero sabía que *Mamma* entendía.

Ambas se secaron las lágrimas cuando se separaron.

—Me encantaría que me visitaran —pidió *Mamma* tímidamente—. Tengo tantas fotos de Romeo de bebé que puedo enseñarte.

Julieta jugueteó con su vestido y volví a atraerla a mi lado.

—A Julieta le cuesta trabajo viajar. Pero siempre serás bienvenida aquí. Tú y Francesca.

Parecía que *Mamma* iba a entrometerse, y yo estaba listo para interrumpirla si decía algo que alterara a Julieta. Pero mi novia me sorprendió con su respuesta.

—Tengo agorafobia —explicó. Era raro que hablara abiertamente de sí misma.

Los ojos de Mamma se suavizaron.

—Pobre *Piccola*.

—Quizás algún día. —Julieta se encogió de hombros—. Nunca se sabe. Siempre pensé que Italia era bella.

La estreché. Mi chica. Tan jodidamente valiente.

—Definitivamente algún día, cuando estés lista —replicó *Mamma*.

Un ladrido y un *maullido* furioso fue nuestro único aviso antes de que el caos descendiera. Queenie corrió entre mis piernas, con algo grande en su boca y Noodle pisándole los talones.

—¿Qué tienes ahí, Queenie? —inquirió Julieta, agachándose para recoger a la gata—. ¿Es el hueso de Noodle? Eso no es para ti.

Noodle se sentó a los pies de Julieta, con sus ojos tristes fijos en el hueso mientras se relamía los labios.

—Tienes que devolvérselo, bonita. Vamos. —Julieta sacó el hueso de la boca de Queenie y se lo devolvió a Noodle—. Pequeña buscapleitos.

Sienna y Matteo corrieron hacia nosotros.

—*Oh*, qué bien, la atrapaste —indicó Sienna.

Matteo frunció el ceño.

—Mi hijo tiene que aprender a defenderse por sí mismo. —Noodle le dio un cabezazo en la pierna, moviendo la cola.

—Maldita familia de locos —agregué.

Julieta soltó una carcajada mientras Queenie se dormía en sus brazos.

—*Nuestra* familia de locos.

Escucharla decir eso me provocó algo. Agarré su cara y la acerqué para darle un beso no muy apropiado estando rodeados de gente. Ignoré los gritos y silbidos. Nunca me cansaría de esto, nunca

me cansaría de ella. Mi vida antes de ella no había sido mala, pero ¿ahora que la había experimentado con ella?

Nunca nada podría compararse.

81

JULIETA

Solté una risita mientras Romeo me metía en nuestra habitación. Habíamos comido grandes cantidades de *pizza Deep-Dish* de Chicago y bailado con nuestros amigos hasta altas horas de la noche, hasta que la paciencia de mi esposo se agotó. Me había echado por encima de su hombro como el cavernícola que era y me había llevado cargada.

No es que me importara mucho.

—Tengo otro regalo que darte —pronunció.

Arqueé una ceja, muy preparada para lo que *quisiera* darme.

Se rio.

—Bueno, dos regalos más, porque definitivamente vamos a hacer lo que sea que estés pensando en este momento. Este primero.

Se desabrochó la camisa, abriéndola para revelar otro tatuaje.

Mi nombre, escrito sobre su corazón.

—¿Recuerdas la primera noche en que nos conocimos? —Sus manos recorrieron mis costados hasta que me agarró las caderas y me atrajo hacia él—. Me marcaste justo aquí, y en ese momento supe que serías mía.

No podía apartar mis ojos del tatuaje, otro símbolo permanente de nuestro amor.

—No podías saberlo en ese momento —pronuncié.

Sus labios se deslizaron por mi mejilla, la aspereza de su barba electrizándome la piel.

—Lo sabía, *Stellina*. Aquella mañana, cuando te dejé, supe que me habías cambiado para siempre. Y ahora el mundo entero lo sabe. Te pertenezco, mi Julieta.

—No puedes hacerme llorar *otra vez*. Lo único que he hecho hoy es llorar. —Su risita vibró en mi pecho. Le di un ligero beso a mi nombre en su piel—. Ahora quiero un tatuaje de tu nombre.

Romeo se quedó helado, y su agarre sobre mí se tensó.

—Joder, no puedes simplemente decir cosas así. —Me levantó y me arrojó suavemente sobre la cama—. No se puede esperar que me controle cuando dices mierdas como esa.

Se arrastró sobre mi cuerpo, con sus ojos oscuros.

Le agarré la nuca.

—Bien. Me encanta cuando estás fuera de control.

Dejó escapar lo que únicamente podría describirse como un gruñido mientras me volteaba boca abajo. Besó mi espalda desnuda hasta llegar a la cremallera.

—Me encanta cómo te queda este vestido. Parecías un ángel caminando hacia el altar.

Le ayudé a quitarme el vestido hasta que me quedé solamente con las bragas blancas de encaje que me había regalado Leona. Me puse boca arriba. Ahora podía ver los ojos oscuros de Romeo mientras jugaba con mi tanga, tan diferente de la ropa interior de tiro alto que solía usar. Cerré los ojos cuando sus labios se cerraron alrededor de mi pezón, chupando y mordisqueando hasta que me arqueé sobre la cama.

—Más. —Jadeé.

Mi esposo se quejó.

—Llevo todo el día pensando en esto.

No me hizo esperar y me arrancó las bragas mientras mis dedos temblorosos le quitaban el pantalón y los bóxers.

Las manos de Romeo eran ásperas cuando me tocaban, me agarraban la cadera, inmovilizando mi pierna entre las suyas, agarrándome la mandíbula mientras me abría para él. Su lengua

recorrió la mía, estimulando mi placer hasta que me desesperé por más.

Presioné su pecho con mis manos y nos giré para ponerme encima.

—Sí, carajo —gruñó Romeo.

Nunca había estado así encima, y una oleada de timidez se apoderó de mí momentáneamente. Él podía verlo todo aquí, pero por la mirada oscura y ansiosa de sus ojos, eso era exactamente lo que quería.

—Esta es mi nueva fantasía. Tú sentada en mi regazo tan jodidamente *sexy* en tu trono. —Me pellizcó un pezón y jadeé—. Mi reina.

Era imposible seguir cohibida cuando decía cosas así. Me sorprendí a mí misma levantando la mano para acariciarme los pezones, disfrutando de la forma en que me miraba como si fuera la persona más *sexy* del mundo.

Dirigió mis caderas mientras me levantaba, clavando su polla en mi entrada. Froté su cabeza con el *piercing* sobre mi clítoris. Ya estaba empapada para él.

—Deja de provocarme. Méteme dentro de ese precioso coñito tuyo.

Dejé escapar un largo gemido mientras me hundía en su longitud hasta que estuvimos tan conectados como dos personas podían estarlo jamás.

Tardé un minuto en encontrar mi ritmo, pero incluso cuando fallaba o me quedaba sin ritmo, Romeo no dejaba de elogiarme.

—Mírate, follando mi verga tan bien. Succionándome en ese coño codicioso.

Sus manos estaban en mis pechos, apretando y pellizcando hasta que estuve a punto de correrme.

Me incliné, desesperada por besarlo. El cambio de ángulo presionó mi clítoris contra su piel áspera. Se tragó mis gemidos mientras me devolvía el beso, despiadado con el placer que me daba.

—Vente conmigo, nena —me incitó—. Sé una buena chica y córrete para mí.

Su pulgar presionó mi clítoris, dándole vueltas y jugueteando a medida que aumentaba mi placer. Gimoteé y me aferré con más fuerza a sus hombros hasta que mi cuerpo no pudo aguantar más. El placer estalló por todo mi cuerpo, arrastrándome bajo sus interminables olas. Romeo se corrió conmigo, un gruñido salió de su pecho mientras se derramaba profundamente dentro de mí. Lo monté durante mi orgasmo, no quería que esta sensación terminara nunca.

Sus brazos me rodearon como una tenaza cuando por fin me desplomé sobre su pecho, con su polla todavía enterrada hasta el fondo.

—Mi Romeo —murmuré.

—Mi Julieta.

—Me alegra tanto que nuestra historia no sea una tragedia. Conseguimos nuestro final feliz.

—Te lo prometo, Ángel. Esto solamente es el comienzo.

Fin.

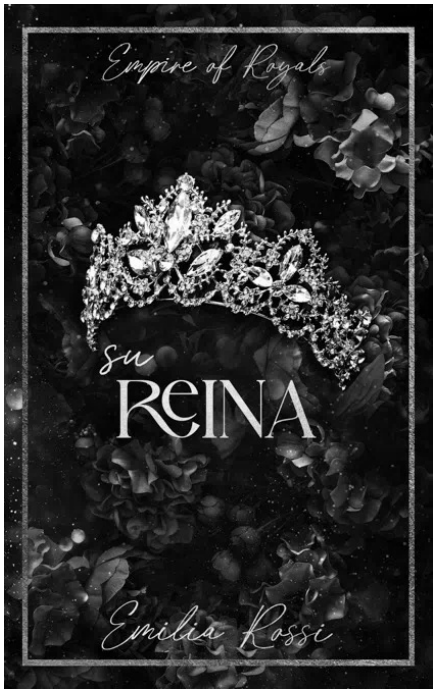
¿Aún no están listos para despedirse? ¿Quieren saber qué hacen Romeo y Julieta en su luna de miel en casa? ¡Disfruta de la atrevida escena extra aquí!



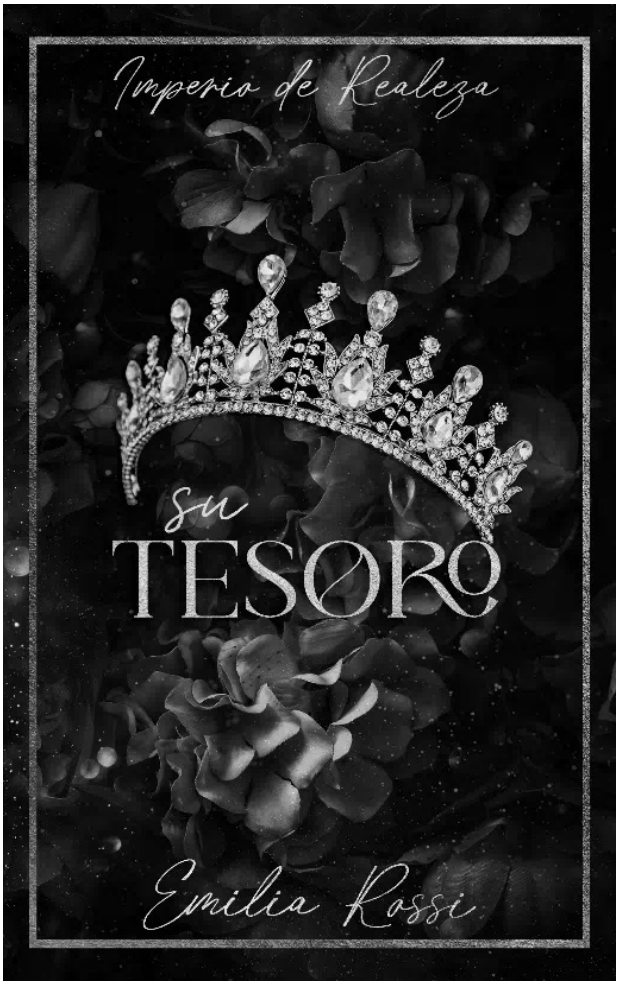


TAMBIÉN ESCRITO POR EMILIA ROSSI

¡PREORDENA el próximo libro del universo ***Imperio de Realeza, Su Reina!***



Y si aún no has leído el primer libro de la serie, ***Su Tesoro***, que narra la historia de amor de Matteo y Sofiya, ¿qué esperas? ¡Léelo ya!


Imperio de Realeza
su
TESORO
Emilia Rossi

AGRADECIMIENTOS

Cuando estaba escribiendo *Su Tesoro*, le puse al segundo al mando de Matteo un par de nombres diferentes antes de decidirme finalmente por Romeo. En cuanto decidí su nombre, supe que conocería a una mujer llamada Julieta en una librería. Estos dos personajes han acaparado mi mente durante mucho tiempo, pero tardé un poco en llegar a conocerlos. Julieta y Romeo ocultan su verdadero *yo* porque tienen miedo de lo que pasaría si alguien los viera de verdad y, sin duda, ¡me hicieron trabajar duro mientras los descifraba!

Cuanto más me adentraba en la historia, más me enamoraba de ellos. Tanto Romeo como Julieta han sufrido, pero no le temen a la oscuridad del otro. El dolor de Julieta no es demasiado para Romeo. Ella no tiene que fingir ni protegerlo de él, y lo mismo ocurre a la inversa. Romeo le aporta a Julieta una jovialidad que ella no ha experimentado en años, y Julieta le aporta luz y sinceridad a la vida de Romeo cuando él está acostumbrado a ocultar su verdadero yo.

Hubo momentos en los que me preocupaba que los aspectos relacionados con la enfermedad mental fueran demasiado oscuros. Sin embargo, mi esperanza es que esta historia llegue a personas que necesitan saber que no tienen que fingir… o al menos, que no tendrán que hacerlo con las personas adecuadas.

Ahora, los agradecimientos:

Mi primer agradecimiento va para ustedes, mis maravillosos lectores, por todo el amor y el apoyo que le han mostrado a *Imperio de Realeza*. Todos sus mensajes sobre lo que estos libros han significado para ustedes lo son todo para mí, ¡y estoy tan emocionada por las historias que están por venir!

A Ella: te llevé cerca de mi corazón mientras escribía la historia de Julieta. Te mereces una vida radiante y llena de amor. Ser tu

hermana es para mí uno de los mayores honores de mi vida.

A *Pappaw*: por dejar que te robara el apellido para Arturo y por personificar siempre la mejor energía del abuelo italiano.

A mis increíbles lectoras beta: Aimee, Blair, Bri, Erika, Katherine y Kendra. Gracias por animarme y por sus comentarios. Estoy muy orgullosa de los cambios que hice en este libro y gran parte de ellos se deben a ¡sus aportaciones!

A RE May, alias Rachel, la mejor cómplice de la mafia: No hay nadie más con quien preferiría hacer frenéticamente un borrador en una casa de Sedona con *The Crown* y *Chernobyl* de fondo en la TV.

A Eliana: por tu entusiasmo, tus comentarios ingeniosos y tu abundante *fan-fiction* sobre el Carnicero y sus dos hermanos, el Vegetariano y el Pescetariano.

Gracias a mis compañeras de escritura, Jenny, Robyn y Darcy: por su apoyo constante.

Y, por último, pero no por ello menos importante, ¡gracias a mis lectores de ARC y a todos los que han leído, reseñado y compartido mis libros! Ser una autora de tiempo completo es un sueño hecho realidad, y no podría hacerlo sin ustedes.

ACERCA DE LA AUTORA

Emilia Rossi escribe apasionantes romances de mafia con hombres celosos/posesivos y las increíbles mujeres que los tienen atrapados entre sus dedos. También escribe libros de *Why Choose omegaverse* bajo el seudónimo de Emilia Emerson.

A Emilia le encanta viajar, disfrutar de comida increíble y pasar días tranquilos escribiendo con su perro, Charlie.

Grupo de Facebook: Emilia's Romance Universe
Suscríbete a mi boletín: www.emiliaemerson.com
Instagram: @authoremiliarossi